Ciudades muertas
Ecología, catástrofe y revuelta

Mike Davis

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas 17

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

Este libro pertenece a la serie: «Ciudad, globalización y flujos migratorios. Cómo se reinstalan la relaciones Norte-Sur en las metrópolis globales»

La publicación de esta obra se ha beneficiado de una ayuda a la edición del Colegio Oficial de Arquitectos de Cádiz.

Título original:
Dead Cities and Other Tales.
Publicado por The New Press, Nueva York, 2002.

1ª edición: 1000 ejemplares
Enero de 2007
Título:
Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta
Autor:
Mike Davis
Traducción:
Dina Khorasane: capítulos 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 8
Marta Malo de Molina: prólogo
Tatiana de la O y Mónica Cifuentes Zaro: epílogo
Maquetación y diseño de cubierta:
Traficantes de Sueños
Edición:
Traficantes de Sueños
C/Embajadores 35
28012 Madrid. Tlf: 915320928
e-mail:editorial@traficantes.net
http://traficantes.net
Impresión:
Queimada Gráficas.
C/ Salitre, 15 28012, Madrid
Tlf: 915305211
ISBN 10: 84-96453-17-0
ISBN 13: 978-84-96453-17-0
Depósito legal: M-51719-2006

Ciudades muertas

Ecología, catástrofe y revuelta

Mike Davis

Traducción:
Dina Khorasane
Marta Malo de Molina
Tatiana de la O
Mónica Cifuentes Zaro

índice

Prefacio.
Las llamas de Nueva York

> El sur de Manhattan fue pronto un horno de llamas carmesí, de las que no había ninguna escapatoria. Los coches, los ferrocarriles, los *ferries*, todos se habían detenido y ninguna otra luz más que la del incendio alumbraba el camino de los distraídos fugitivos en aquella oscura confusión […] Una nube de polvo y humo negro avanzaba invadiendo las calles y enseguida se teñía de visos de llamas rojas.
>
> H. G. Wells, *The War in the Air*, 1908.

Esta imagen, parte de una larga nota de advertencia acerca de la «Masacre de Nueva York», permaneció dormida durante casi un siglo sobre un estante trasero de la Biblioteca Pública de Nueva York. H. G. Wells, aquel Nostradamus socialista, la compuso en 1907. La edición estadounidense de su *War in the Air* [Guerra en el Aire] incluye una extraordinaria ilustración (¿y no es de la CNN?) de una tormenta de fuego que devora Wall Street, con la Iglesia de la Trinidad ardiendo lentamente al fondo. Wells proporcionaba también algunas reflexiones perspicaces y hostiles acerca de la mesiánica creencia de Nueva York de eximirse del lado malo de la historia.

> Durante muchas generaciones, Nueva York había hecho caso omiso de la guerra, salvo como algo que sucedía muy lejos, que afectaba a los precios y que surtía a los periódicos de titulares y de fotos excitantes. Los neoyorquinos creían que la guerra en su propio país era algo imposible […] Veían la guerra como veían la historia, a través de una bruma iridiscente, desodorizada, perfumada de hecho, con todas sus crueldades esenciales discretamente ocultadas. Aclamaban la bandera por costumbre y tradición,

> despreciaban a otras naciones y siempre que había dificultades internacionales, se mostraban intensamente patrióticos, es decir, se oponían con fervor a cualquier político autóctono que no decía, no amenazaba con hacer y no hacía cosas duras e inflexibles al pueblo rival.[1]

Cuando la política exterior dominada por los *trusts* y los monopolios enzarza a Estados Unidos en una guerra general entre potencias, los neoyorquinos, sin ser todavía conscientes de ningún peligro real, corren a abrazar las banderas, el confeti y una presidencia imperial.

> Y entonces, de repente, en un mundo en su mayor parte ocupado pacíficamente en la armamentística y en el perfeccionamiento de explosivos, penetró la guerra. […] El efecto inmediato en Nueva York […] fue simplemente el de una intensificación de su habitual vehemencia. Grandes multitudes se juntaban […] a escuchar y a aclamar discursos patrióticos y había una verdadera epidemia de pequeñas banderas e insignias […] los hombres aguerridos lloraban al ver la bandera nacional […] el tráfico de armas ligeras recibió un enorme estímulo […] y se volvió peligroso no lucir una insignia de guerra. […] Históricamente, uno de los hechos más impresionantes en torno a esta guerra, un hecho que además hace absoluta la separación entre los métodos de la guerra y de la democracia, fue el eficaz secretismo de Washington. […] No se molestaron en confiar al público ni un solo detalle de sus preparativos. Ni siquiera se dignaron a hablar al Congreso. Sofocaron y reprimieron toda investigación. La guerra fue librada por el Presidente y el Secretario de Estado de un modo absolutamente autocrático.[2]

Pero los estadounidenses, cegados por la ilusión solipsista de vivir en una historia de factura exclusivamente propia, son blancos fáciles de esa Nueva Asiria conspiradora: la Alemania guillermina. Atacada por sorpresa por la flota imperial de zepelines, la Nueva York del *ragtime*[3] se convierte en la primera ciudad moderna destruida desde el aire. En un solo día, los altaneros manhattanianos se ven reducidos a nativos degollados.

---

1 H.G. Wells, The War in the Air, pp. 181-182.

2 Ibídem, pp 182-183 y 186.

3 Aquí el autor hace un juego de palabras intraducible: ya que, en inglés, *ragtime* alude al estilo musical de este nombre (caracterizado por una línea melódica sincopada y por un acompañamiento con acentos regulares, desarrollado en el marco de la música afroamericana en la última década del siglo XIX) pero, también, como calificativo, nos habla de indisciplina y de mala reputación. Por consiguiente, Mike Davis evoca una Nueva York a ritmo de *ragtime* (y, por lo tanto, jazzístico, negro…) y, al mismo tiempo, caótica y malfamada [N. del E.].

> Conforme las aeronaves surcaban el cielo, iban destrozando la ciudad del mismo modo que un niño haría añicos sus ciudades de tacos y naipes. Por debajo, iban dejando ruinas e incendios chispeantes, muertos apilados y esparcidos: hombres, mujeres y niños todos revueltos como si no hubieran sido nada más que moros o zulús o chinos.[4]

La máscara fantástica

El mascarón. ¡Mirad el mascarón!
¡Arena, caimán y miedo sobre Nueva York!

Federico García Lorca, *Danza de la muerte*, 1929.

Si bien Wells, mirando a través de su catalejo eduardiano, previó, con un enfoque de inquietante precisión, el final del excepcionalismo estadounidense, la suya no es más que una entre la miríada de visiones que se nos echan encima desde que el World Trade Center se convirtió en la cuna de todos los terrores. Los poemas neoyorquinos de Lorca, por ejemplo, están tan saturados de miedo y profecía que el propio autor los tituló en un principio como *Introducción a la muerte*. Durante el Martes Negro primigenio de 1929, el poeta andaluz vagó por los cañones de Wall Street, mirando asombrado cómo los inversores arruinados se arrojaban desde las ventanas de monstruosos edificios. «Las ambulancias se llevaban a los suicidas», escribió, «con las manos llenas de anillos». En medio del «silencio despiadado del dinero», Lorca sintió «la impresión de la muerte real, la muerte sin esperanza, la muerte que es podredumbre y nada más». Fue sencillo para él imaginar, pues, la inevitable destrucción del sur de Manhattan por «huracanes de oro» y por el «tumulto de las ventanas» —una intuición gitana, quizás de la mortífera nube negra que engulló *Wall Street* en septiembre.[5] O, tal vez, la nube mortal era en realidad aquel «vendaval que sopla desde el Paraíso […] apilando escombro sobre escombro» del que Walter Benjamin nos advirtió.[6] En cualquier caso, lo que se ha tomado la revancha no ha sido sólo «lo que llamamos progreso» (es decir, la verdadera historia del imperio estadounidense en Oriente Medio), sino, también, todas las catástrofes, ángeles vengadores y ajustes de cuentas que hemos imaginado.

---

4 *WA*, pp. 182-183, 186 y 211.
5 Ibídem, pp. 28-33.
6 «This storm is what we call progress» [«este vendaval es lo que llamamos progreso»]. Walter Benjamin, «Theses on the Philosophy of History», *Illuminations*, Nueva York, 1969, p. 257 y ss.

La urbanización amurallada sobre el sendero del fin de la historia resultó no ser más que una parada de metro de *La guerra de los mundos*. La *fatwa* desde una cueva de Afganistán desbocó y enardeció a todos los invasores y monstruos que alguna vez hicieran estremecer a los *fans* de *Amazing Tales* o de Universal Pictures. Los zepelines de Wells dejan caer una abrasadora lluvia de muerte sobre Wall Street. King Kong y Godzilla pulverizan la Quinta Avenida. Unos extraterrestres asan el Soho en azufre y brea. Esporas de pesadilla convierten Radio City[7] en una ciudad fantasma. Fu Manchú y el malvado Ming tienen un primo en Afganistán. La ciencia-ficción sucede. En realidad, cualquier cosa puede suceder. Pero el escalofrío es diferente de como lo esperábamos.

Estudios sobre el miedo

A decir verdad, el 11 de septiembre ha constituido un exorcismo societal al revés. Es importante recordar el ya tenso estado colectivo antes de que el terror real llegara de la mano de una flota de aviones de pasajeros secuestrados. Los *expedientes X* definieron la década de 1990 del mismo modo que los *honeymooners*[8] habían definido la década de 1950. Se trató de una época de angustia inexplicable. Aunque ahora parezca irrisorio, millones de personas se estremecieron supuestamente ante las amenazas ocultas de helicópteros negros, asteroides asesinos, adolescentes convertidos en perros rabiosos, recuerdos recuperados, enfermedad de Lyme, preescolares satánicos, conductas agresivas en la carretera, fiebre del Ébola, cárteles colombianos, virus informáticos, espías atómicos chinos y otros peligros por el estilo. Entre los científicos sociales y los teóricos culturales, existía un consenso en el diagnóstico de que los estadounidenses sufrían de hipocondría aguda, tal vez terminal. En vísperas del no-apocalipsis Y2K,[9] los «Estudios sobre el miedo» —o «sociofobia», tal y como se denomina en ocasiones a este campo— habían aparecido como el nuevo nicho caliente de la academia. Docenas de expertos

7 Radio City es un monumental Music Hall neoyorquino estilo *Art-Decó* construido en 1932 y perteneciente al complejo Rockefeller Centre. Un Moulin Rouge a la americana, ofrece ese tipo de espectáculos de cabaret que ninguna familia de provincias que se precie puede perderse en su visita a la «gran ciudad» [N. del E.].
8 Serie televisiva estadounidense, en clave de comedia de situación, emitida en la CBS desde 1952 y convertida en un auténtico fenómeno de masas durante dos décadas [N. del E.].
9 Acrónimo de Year 2 Khilias [Año dos mil] con el que se designaba en las comunidades informáticas el problema digital que sufrirían los ordenadores con el cambio de milenio y que, por el pánico que desató en todo el mundo, acabó constituyéndose en símbolo de la angustia milenarista contemporánea [N. del E.].

andaban locos por la «creciente preponderancia de la cultura de la conspiración», el advenimiento de la «sociedad del riesgo», la «hermenéutica de la sospecha», la «plaga de paranoia», el «síndrome del mundo hostil» o el papel recientemente descubierto de las amígdalas como «eje del mecanismo (cerebral) del miedo».[10]

En lo mejor del género, Barry Glassner desenmascaró sistemáticamente algunos de los trasgos más comunes —hombres negros jóvenes, drogas en la calle, corrección política terrorista, etc.— que asediaban deliberadamente el camino hacia la comprensión pública de problemas sociales tales como el desempleo, las malas escuelas, el racismo y el hambre mundial. Demostró con cuidado cómo los miedos conjurados por los medios de comunicación eran «expresiones oblicuas», culpables de la negativa postliberal a corregir las verdaderas condiciones de la desigualdad. El miedo se había convertido en el principal contrapeso para el giro hacia la derecha desde 1980. Los estadounidenses, en opinión de este autor, «tenían miedo de las cosas equivocadas» y estaban siendo engañados por los equivalentes modernos de la celebérrima emisión de Orson Welles de la *Guerra de los mundos*. «Los marcianos», subrayó, «*no* están llegando».[11]

Pero, ¡ay!, ahora han llegado, blandiendo cutters de bolsillo. Aunque las películas, al igual que las cometas y los rostros de las mujeres, estén prohibidos en la versión de la utopía del Hindu Kush, los ataques sobre Nueva York y Washington DC se organizaron siguiendo el modelo del cine épico de terror, con una atención meticulosa a la *mise en scène*. De hecho, los aviones secuestrados iban dirigidos precisamente a provocar un impacto sobre la vulnerable frontera entre la fantasía y la realidad. A diferencia de la invasión radiada de 1938, las miles de personas que encendieron sus televisores el 11 de septiembre estaban convencidas de que el cataclismo no era más que un programa, un engaño. Creyeron que estaban viendo las primeras pruebas de la última película de Bruce Willis. Desde entonces, ningún jarro de agua fría ha venido a romper este sentido de ilusión. Cuanto más improbable es el acontecimiento, más familiar es la imagen. El «Ataque contra América» y sus secuelas, «América contraataca» y «América flipa», han seguido desbobinándose como una sucesión

---

10 Algunos estudios representativos: Marina Warner, *No Go the Bogeyman: Scaring, Lulling and Making Mock*, Nueva York, 1998; Jane Franklin (ed.), *The Politics of the Risk Society*, Oxford, 1998; Nancy Schultz, ed., *Fear Itself: Enemies Real and Imagined in American Culture*, West Lafayette, 1999; Paul Newman, *A History of Terror: Fear and Dread Through the Ages*, Nueva York, 2000; y Robert Goldberg, *Enemies Within: The Culture of Conspiracy in Modern America*, New Haven, 2001.

11 Barry Glassner, *The Culture of Fear: Why Americans are Afraid of the Wrong Things*, Nueva York, 1999, p. 203.

de alucinaciones de celuloide que se pueden alquilar una por una en el videoclub de la esquina: *Estado de Sitio, Independence Day, Decisión Crítica, Estallido*, etc. Entretanto, George W. Bush, que cuenta con un estudio más grande, responde a Osama Bin Laden, como hace un *auteur* frente a otro, con sus propias hipérboles encendidas de gran angular.

¿Se ha convertido, pues, la historia sencillamente en un loco montaje de horrores prefabricados confeccionados en las cabañas de los escritores de Hollywood? Sin lugar a dudas, el Pentágono así lo creía cuando reclutó secretamente a un grupo de famosos guionistas, entre los que se encontraban Spike Jonze (*Cómo ser John Malkovich*) y Steven De Souza (*La jungla de cristal*), para «hacer una lluvia de ideas sobre los objetivos y planes de los terroristas en Estados Unidos y ofrecer soluciones para estas amenazas». El grupo de trabajo tiene su base en el Institute for Creative Technology [Instituto para la Tecnología Creativa], una empresa conjunta del Ejército con la Universidad del Sur de California, que explota la pericia de Hollywood para desarrollar juegos de guerra interactivos con sofisticados recorridos secuenciales. Uno de sus frutos es el *Real War* [Guerra Real], un videojuego que prepara a los mandos militares para «combatir contra insurgentes en Oriente Medio». Cuando el 20 de septiembre, un «organismo de inteligencia extranjero», no identificado, advirtió al FBI de un posible ataque sobre un estudio muy importante de Hollywood, se trataba del último giro en una cinta de Moebius que urde la realidad con la simulación, para luego volver otra vez a la simulación.[12]

Lo siniestro interminable

El mero escepticismo parece impotente a la hora de suprimir el mascarón fantástico que lucen semejantes acontecimientos. Cuando los hipocondríacos contraen efectivamente la plaga del peor de sus miedos, sus ontologías suelen verse violentamente desbaratadas. Al ver la Torre Sur del WTC desplomarse sobre sus miles de víctimas, el hijo de un amigo dejó escapar la siguiente frase: «Pero esto no es real del modo en el que las cosas reales son reales». Exactamente. Ni tampoco da una impresión de realidad del modo en el que las cosas reales la dan. Desde luego, existe un nombre adecuado para esta sobrecogedora sensación de realidad invadida por la fantasía. «Un efecto *siniestro*», escribió Freud, «se produce a menudo y

12 *Los Angeles Times*, 21 de septiembre de 2001; y Reuters, 8 de octubre de 2001.

con facilidad cuando la distinción entre imaginación y realidad se borra, como cuando algo que hemos considerado hasta el momento imaginario aparece ante nosotros en la realidad».[13]

No estoy seguro, sin embargo, de que Freud previera una Noche de Walpurgis[14] como ésta, de siniestros dobles y repeticiones. La psicoanalista israelí Yolanda Gampel, una experta en los legados del Holocausto sobre segundas generaciones, ha abordado ese estado extremo que ella llama «lo siniestro interminable». Se trata de una sensibilidad —cuyas prerrogativas ahora tal vez se hayan distribuido de forma masiva— que usurpa la vida de quienes han presenciado una «realidad pasmosa, increíble e irreal», como una masacre. Estas personas «ya no creían del todo en lo que veían sus propios ojos: encontraban dificultades para distinguir entre esa realidad irreal y su propia imaginación. [Además] un ataque semejante a la línea divisoria entre fantasía y realidad se hace de suyo traumática y conduce a un gran temor hacia los propios pensamientos y expectativas».[15]

Indiscutiblemente, hay también una importante dimensión, quizás efímera, de la histeria de toda la vida. Cuando el alcalde de Chicago tiene que asegurar por televisión a la ciudadanía que un pegote de guacamole sobre una acera no es ninguna variedad andromedana letal, entonces estamos de nuevo en el ámbito de los pánicos familiares al estilo de los marcianos radiados por Wells en Nueva Jersey o del «bombardeo» japonés de Los Ángeles en el período inmediatamente posterior a Pearl Harbour. Pero cuando la histeria se apague, es probable que lo siniestro persista, tal y como explica Gampel, «no [como] síntoma, comportamiento u organización neurótica», sino como «experiencia vivida»: un presentimiento permanente acerca del espacio urbano como *Ground Zero*[16] potencial.

---

13 «The Uncanny» (1919), en *Volume 14: Art and Literature*, The Penguin Freud Library, Londres, 1985, p. 367 [ed. cast.: «Lo siniestro» en *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002].

14 Bajo el nombre de Noche de Walpurgis se conoce la noche del 30 de abril, en la que, según cuenta la tradición medieval noreuropea, se celebraba un *sabbat* de brujas sobre el Brocken, el pico más alto de las montañas Harz, en Alemania. Esta fiesta tenía lugar la víspera de otra festividad, ésta cristiana, en honor de una santa, a la que debe su nombre: Santa Walburga, una monja inglesa que, en la primera mitad del siglo VIII, ayudó a convertir a los germanos al cristianismo y que, en el año 754, fue nombrada abadesa de la orden benedictina de Heidenheim. Sin embargo, el origen de la Noche de Walpurgis es anterior al cristianismo: una antigua festividad pagana que recibía el inicio del buen tiempo y que incluía ritos dirigidos a protegerse de la brujería. Goethe inmortalizaría la Noche de Walpurgis en *Fausto*, con su impresionante descripción de una escena del *sabbat* sobre el Brocken [N. del E.].

15 Yolanda Gampel, «The Interminable Uncanny», en Leo Rangell y Rena Moses-Hrushovski (eds.), *Psychoanalysis at the Political Border*, Madison, 1996, pp. 85-96.

16 En términos generales, el *Ground Zero* es el perímetro de impacto sobre el terreno de la explosión de una bomba, especialmente atómica. Pero desde el 11 de septiembre, esta expresión ha adquirido nuevas resonancias: sin necesidad de atributo ni complemento ninguno, cualquier estadounidense (y no sólo) entiende por *Ground Zero* la «zona congelada» en torno al WTC que permanece acordonada desde los atentados sobre las torres gemelas, recordando la catástrofe e invocando premoniciones de nuevas amenazas [N. del E.].

Negra utopía

El sombrero del burgués sale volando de su puntiaguda cabeza […]
Los trenes se caen de los puentes.

Jakob van Hoddis, *World's End*, 1910.[17]

Desde luego, desde una perspectiva psicoanalítica, hay más que decir. Según la definición de Freud de lo siniestro, éste siempre implica cierto «retorno de lo reprimido», como cuando, «después del hundimiento de su religión, los dioses [de un pueblo] se convierten en demonios».[18] (¿O sus rascacielos en infiernos?) ¿Pero cuál es la raíz reprimida del miedo urbano moderno? ¿Cuál es el substrato psicosocial último sobre el que la política (¿y qué otra cosa es si no?) ha ido depositando una capa tras otra de peligros espectrales: miedo a los pobres, miedo al crimen, miedo a la negritud y, ahora, miedo a Bin Laden?

La respuesta más interesante, por lo menos dentro de la tradición marxista, llega de la mano de Ernst Bloch. Aunque conocido fundamentalmente como dialéctico de la esperanza, Bloch prestaba también atención a las siniestras cualidades de la gran ciudad. En su calidad de único expresionista impenitente en las filas del marxismo occidental, conservó esa sensibilidad apocalíptica que había brotado por primera vez en el poema revolucionario del *Fin del mundo* que Jakob van Hoddis leyera en el *Das Neopathetische Cabaret* a finales de 1910. «Algo siniestro flotaba en el aire» y el *Expressionismus* fue el pararrayos que captó el miedo urbano en la antesala de la Primera Guerra Mundial, convirtiéndole en una visión prefiguradora de los horrores por venir.[19] Los poemas de George Heym y Georg Trakl y los lienzos de Franz Marc, Ernst Kirchner, Erich Heckel y, sobre todo, Ludwig Meidner ardían de clarividentes imágenes de víctimas de asesinato, habitáculos viniéndose abajo, ciudades explotando y cuerpos por los aires. De hecho, Meidner —que escribió que «la calle lleva lo apocalíptico dentro de sí»— no

17 «Fin del mundo» (1919); véase Johannes Becher, «On Jakob van Hoddis», en Paul Raabe (ed.), *The Era of German Expressionism*, Woodstock, 1985, pp. 44-45.

18 «Lo siniestro [u*nheimlich*] es algo secretamente familiar [*heimlich-heimisch*] que ha sido objeto de represión y que, luego, ha retornado…». «The Uncanny», *op. cit.*, pp. 358 y 368.

19 «Estas dos estrofas, estos ocho versos [el poema de van Hoddis] parecen habernos transformado en seres diferentes, habernos transportado fuera de un mundo de burguesía apática que despreciamos…». Becher lo llamaría la «Marsellesa de la Revolución expresionista»: «On Jakob van Hoddis», p. 44.

podía asomarse a la ventana sin quedar abrumado por la inminencia del desastre. «Mi cerebro sangró visiones terribles», escribió en el tórrido verano de 1913. «No podía ver más que mil esqueletos sacudiéndose en fila. Multitud de tumbas y de ciudades incendiadas se retorcían sobre las llanuras».[20]

En el año, igualmente ominoso, de 1929, Bloch volvió sobre esta aprensión escatológica. En *The Anxiety of the Engineer [La angustia del ingeniero]* explica, curiosamente, la figura del «burgués temeroso» desde el punto de vista del contraste entre las ecologías urbanas de las ciudades capitalista y precapitalista. En el caso de esta última (para la que Bloch emplea Nápoles como ejemplo), no existe ninguna ilusión de dominio total sobre la naturaleza, sino, sencillamente, una constante adaptación ecológica. La ciudad constituye una improvisación imperfecta y carnavalesca que cede a la transformación continua de un entorno mediterráneo dinámico. «Se permite que las cosas permanezcan en un estado a medio camino de lo real y se disfruta del modo en el que las cosas alcanzan su propio equilibrio y culminación». Aunque cabría sostener que los peligros objetivos (volcanes, terremotos, desprendimientos de tierra y maremotos) son mayores que en cualquier otra gran ciudad europea, Nápoles se siente a sus anchas (*heimisch*, en el sentido freudiano) con el «viejo dragón» de la naturaleza catastrófica. La angustia no infunde la vida cotidiana en las faldas del Vesubio.

En la «gran ciudad americanizada», por el contrario, la persecución de la utopía burguesa de un entorno totalmente calculable y seguro ha ocasionado paradójicamente una radical inseguridad (*unheimlich*). A decir verdad, «allí donde la tecnología ha alcanzado una victoria aparente sobre los límites de la naturaleza […] el coeficiente de peligro conocido y, de forma más significativa, de peligro desconocido ha crecido proporcionalmente». En parte, esto se debe a que los sistemas tecnológicos interdependientes de la metrópoli —tal y como tuvieron ocasión de descubrir los estadounidenses en otoño del 2001— se hayan vuelto «simultáneamente tan complejos y tan vulnerables». En un sentido más profundo, la gran ciudad capitalista resulta «extremadamente peligrosa» porque, en lugar de cooperar con la naturaleza, la domina. (Aunque Bloch tenga en la cabeza la anticuada ciudad industrial centralizada, es de suponer que su argumentación sería pertinente asimismo para la metrorregión policéntrica y conectada en red.)

Lo siniestro es justamente esa «nada [no integración con la Naturaleza] que se sitúa detrás del mundo mecanizado». Aunque Bloch es perfectamente consciente de los peligros inminentes del fascismo y de una nueva Guerra Mundial, insiste en que la estructura más profunda del miedo urbano no es la «guerra en el aire» de Wells, sino «el desprendimiento y la distancia con respecto al paisaje natural».

---

20 Citado en Carol Eliel, *The Apocalyptic Landscapes of Ludwig Meidner*, Los Ángeles, 1989, pp. 65 y 72.

> El sujeto se tambalea al borde del nihilismo absoluto; y si esta mecanización con o sin propósito, este agotamiento universal del sentido, llegara a su plena realización, entonces puede que el vacío futuro resultara igual que todas las angustias acerca de la muerte de la baja antigüedad y que todas las angustias medievales sobre el infierno.[21]

Años más tarde, en *El principio de esperanza* (1938-1947), Bloch volvió a reflexionar sobre la relación entre la angustia moderna y la «perversión» urbano-tecnológica. En esta ocasión, se centró en el binomio ciencia-ficción y catástrofe. Su pretexto fue el extravagante libro de 1844 de J. Grandville, *Otro mundo*, con sus imágenes de una naturaleza monstruosamente tecnologizada: insectos de hierro gigantes, lámparas de gas tan grandes como la luna, hombres con extraordinarias prótesis mecánicas, etc. Según la interpretación de Bloch, el «pequeño burgués esquizofrénico», Grandville (que «murió tres años después en un manicomio»), era el Hieronymus Bosch de la era del vapor y su libro, una inmensa pesadilla angustiosa «llena del terror del desafío tecnológico y de lo que éste anuncia». No obstante, el paisaje del terror es también, como en El Bosco, voluptuoso y casi infinito en su ironía. Recordándonos que el infierno está lleno de risas, Bloch, con cierta dosis de humor negro, llama a este cataclismo del que se presagia todo lo malo la *negra utopía*.[22] Podría haber estado pensando en Nueva York.

Las pesadillas de Manhattan

> Todas estas noches de abril batiendo las calles en solitario, le ha obsesionado un rascacielos —un edificio estriado que se eleva hacia lo alto, con innumerables ventanas resplandecientes que caen sobre él desde un cielo que se desliza vertiginosamente.
>
> John Dos Passos, *Manhattan Transfer*, 1925.[23]

---

21 «The Anxiety of the Engineer», en Ernst Bloch, *Literary Essays*, Stanford, 1998, pp. 306-308 y 312.

22 Ernst Bloch, *Principle of Hope*, vol. 1, Cambridge, MA, 1986, pp. 434-435 [ed. cast.: *El principio de esperanza: escrito en Estados Unidos entre 1938 y 1947, revisado en 1953 y 1957*, Madrid, Trotta, 2004-2006].

23 John Dos Passos, *Manhattan Transfer*, Nueva York, 1925, p. 365. «Los rascacielos suben como llamas, en llamas, llamas»: p. 253 [ed. cast.: *Manhattan Transfer*, Editorial Debate, Madrid, 1999].

La «ironía», por supuesto, es ahora una extranjera ilegal en el país de la libertad. Hasta ironistas profesionales como Christopher Hitchens custodian la zona sagrada de «no ironía» que rodea las ruinas del World Trade Center. De lo contrario, cabría la posibilidad de establecer diversos paralelismos entre la pesadilla de Jimmy Herf en *Manhattan Transfer,* con un rascacielos que se le viene encima, y el burgués sin sombrero del Apocalipsis expresionista. La angustia urbana serpentea como una corriente de 50.000 voltios por toda la afamada novela de Dos Passos (calificada de «expresionista» por muchos críticos), escrita pocos años después de que unos anarquistas italianos hubieran hecho explotar un carro lleno de dinamita frente a las oficinas de J. P. Morgan en Wall Street en septiembre de 1920, ocasionando 40 muertos y 200 heridos.

> El caballo y el carro volaron en mil pedazos. Llovieron cristales desde las ventanas de las oficinas y estallaron en llamas los toldos que se encontraban a doce pisos de altura. La gente huía despavorida a medida que una gran nube de polvo envolvía la zona. En las oficinas de Morgan, Thomas Joyce, del departamento bursátil, cayó muerto sobre su mesa de trabajo entre escombros de yeso y cristal. Fuera, montones de cuerpos atestaban las calles. Había sangre por todas partes.[24]

El Nueva York de Dos Passos, al igual que el Berlín de Bloch, es una gran locomotora que se precipita a todo motor por raíles que los ingenieros todavía tienen que construir y hacia destinos desconocidos. La velocidad total fuera de control de la metrópoli, incluido el ebrio balanceo de su arrogante horizonte, constituye el tema primordial de *Manhattan Transfer*. No es de extrañar que los pasajeros de este tren sin frenos sientan algo más que una ligera angustia. Al final, Jimmy Herf responde a su propia pregunta retórica —«pero ¿de qué sirve pasarse toda la vida huyendo de la Ciudad de la Destrucción?»— haciendo auto-stop para salir de la ciudad («¿A dónde va?», pregunta el camionero. «Ni idea», contesta. «… Bastante lejos»).[25]

En la década de 1990, la hybris de los grandes propietarios y los policías neoyorquinos les hizo creer que la implacable «Tolerancia Zero» podría suprimir esta angustia constitutiva: la «crispación» que generaciones de veinteañeros habían perseguido con la desesperación de los yonquis. El expreso de Gotham[26] fue desviado hacia una vía muerta de sosiego residencial, escaparate nacional de que «las grandes ciudades volvían a ser seguras». Gobernando desde su denominado «búnker» (el Emergency Command Center [Centro de Mando de Emergencia]) en un vigesimotercer piso del World Trade Center, el alcalde Giuliani remodeló Manhattan, convirtiéndola en «un parque temático

---

24 Paul Avrich, *Sacco and Vanzetti: The Anarchist Background*, Princeton, 1991, p. 205.
25 John Dos Passos, *Manhattan Transfer*, *op. cit.*, pp. 366, 404.
26 Apodo por el que se conoce a la ciudad de Nueva York acuñado por el escritor estadounidense Washington Irving en su conjunto de ensayos recogidos bajo el título de *Salmagundi* (1807-8) y actualmente asociado a las historias de Batman [N. del E.].

urbano eléctrico tan seguro y, dicen algunos, tan estéril como un centro comercial en una urbanización».[27]

El gusano en la manzana

En una nueva y feroz biografía de Giuliani, el Wayne Barrett de *Village Voice* muestra cómo un departamento de policía con un nivel peligrosamente alto de testosterona se convirtió en el organismo de planificación urbana de la ciudad.

> El búnker era el emblema de una administración que había cerrado inconstitucionalmente el City Hall Park [Parque del Ayuntamiento] a todo lo que no fueran espectáculos públicos autorizados por la alcaldía, la misma que había bloqueado varios puentes para acabar con una protesta de taxistas, que había colocado barreras en los pasos de peatones del centro de la ciudad para regular el tránsito de peatones y que, la noche más fría del año, había sacado a los sin techo a empujones de las camas guarecidas para hacer que se cumplieran las viejas órdenes de la magistratura contra las infracciones de la prohibición de llevar latas de cerveza abiertas en público.[28]

En general, los medios de comunicación consideraban la intimidación fascista hacia los limpiadores de parabrisas, los mendigos, taxistas, vendedores callejeros y destinatarios de la asistencia social como el pequeño precio que había que pagar por los triunfos de haberse traído Disney (el imprimátur máximo de la seguridad tipo urbanización) a Times Square y haber vuelto a atraer el turismo a Nueva York. Ahora, las gentes de Iowa miran las horripilantes imágenes televisivas del FBI rastrillando los escombros en Fresh Kills[29] en busca de restos humanos en proceso de putrefacción (se emplean fuegos artificiales para mantener alejados del vertedero a los enormes buitres cabecirrojos) y le dan gracias a Dios de vivir todavía en la granja o, por lo menos, en una urbanización de acceso restringido de Des Moines. Por mucho que puedan admirar la pose churchilliana adoptada por Giuliani o el valor de los trabajadores de los equipos de salvamento neoyor-

27 Wayne Barrett, *Rudy! An Investigative Biography of Rudolph Giuliani*, Nueva York, 2000, p. 2.
28 Ibídem., p. 6.
29 Se trata del mayor vertedero del mundo, situado en el barrio de Queens (Nueva York), al que se trasladaron provisionalmente los escombros del WTC, convirtiéndose en un gigantesco laboratorio forense en el que cerca de ochocientos especialistas del FBI examinaron las montañas de cascotes y despojos en busca de restos humanos y de posibles pistas y pruebas [N. del E.].

quinos, las vacaciones familiares no suelen planearse como ejercicios de «superación del miedo». Así que se quedan masivamente en casa: al igual que hacen las miríadas de trabajadores mal pagados y en su mayoría inmigrantes de hoteles y restaurantes, despedidos por la crisis del turismo. Toda antigua connotación de la Gran Ciudad como siniestra morada del peligro, la muerte y la infección se ha visto revalorizada por las «alertas terroristas» casi semanales y por los pánicos de la administración Bush acerca de la inminente amenaza de una bomba nuclear o bomba sucia sobre Nueva York, Washington u otras metrópolis. Los operadores turísticos de la Gran Manzana deben de haberse quedado horrorizados con el reciente aviso dirigido al Congreso por la Federación de Científicos Estadounidensese sobre las posibles consecuencias de un ataque radiactivo *low-tech* en Manhattan:

> ... una bomba hecha de una vara de 20 centímetros de cobalto de una planta de radiación de comida y simplemente 10 libras de dinamita, detonadas en Union Square con un viento suave enviarían una nube de radiacción a través de tres estados. Buena parte de Manhattan quedaría contaminada como el área permanentemente clausurada en torno a la planta nuclear de Chernóbil. Cualquiera que viviese en Manhattan tendría al menos un 1% de posibilidades de morir por un cáncer causado por la radiación. Un área que se adestraría profundamente en el valle del Hueso tendría que ser descontaminada o destruída, bajo los estándares de la Agencia de Protección del Medioambiente.

Aunque, indiscutiblemente, acechan muchas sorpresas río abajo, ya ha quedado claro que el advenimiento del «terrorismo catastrófico», al lado de lo que es muy posible que sea la peor recesión desde 1938, dará lugar a importantes mutaciones en la ciudad estadounidense. Apenas cabe duda, por ejemplo, de que Bin Laden *et alli* han clavado una estaca de plata en el corazón de la «recuperación del centro» de Nueva York y del resto de las ciudades. El centro urbano tradicional, en el que los valores de los edificios y del suelo tienden a ponerse por las nubes, todavía no ha muerto, pero está perdiendo pulso. La actual globalización del miedo acelerará la dispersión *high-tech* de las organizaciones centralizadas —bancos, firmas bursátiles, organismos del Estado y centros de telecomunicaciones incluidos— en redes regionales policéntricas. De hecho, el terror se ha convertido en socio empresarial de proveedores de tecnología como Sun Microsystems y Cisco Systems, que han sostenido desde hace tiempo que el procesamiento distribuido (redes de PC's que crecen a grandes velocidades) exige un «lugar de trabajo distribuido». En este modelo espacial (del que la red Al Qaeda podría ser un ejemplo), las sucursales satélite, el teletrabajo y también, si se diera la necesidad, los confortables búnkers, sustituirán la mayor parte de funciones de ese Behemoth[30] obsoleto que es el rascacielos. Hace mucho que los edificios muy altos son

básicamente poco rentables; de hecho, el World Trade Center, absurdamente excesivo en su construcción —un clásico enredo Rockefeller—, se subvencionó en gran medida gracias a los inquilinos de vivienda pública.[31] (¿Se llegará a pensar algún día que los aviones de pasajeros secuestrados han desempeñado el mismo papel en la extinción de los rascacielos que el que jugó el asteroide de Chixulub en la desaparición de los dinosaurios?)

La economía del miedo

Entretanto, la «economía del miedo», tal y como la prensa financiera ha calificado al complejo de empresas militares y securitarias que se han precipitado a explotar la crisis nerviosa nacional, se enriquecerá en medio de la escasez general. Desde luego, el miedo ha venido reconfigurando la vida urbana estadounidense desde por lo menos el final de la década de 1960; pero el nuevo terror proporciona un potente multiplicador keynesiano. De modo que se prevé que el ejército de guardias de seguridad mal pagados, que cuenta ya con un millón de miembros, aumente un 50% más en la próxima década; mientras que la videovigilancia, por fin reforzada para adecuarse al estándar británico de *software* de reconocimiento facial, desnudará hasta la última intimidad de la rutina cotidiana. Probablemente, el régimen de seguridad de las salas de embarque de los aeropuertos proveerá una plantilla para regular la circulación de grandes masas de gente en centros y explanadas comerciales, eventos deportivos y demás espacios. De los estadounidenses se esperará que expresen gratitud mientras se les escudriña, registra, retrata, interroga y pincha las telecomunicaciones «por su propia seguridad». El capital riesgo entrará a raudales en sectores de vanguardia que desarrollen sensores antiguerra bacteriológica y *software* que permita construir perfiles de la amenaza. Tal y como ya ilustra la evolución de la seguridad doméstica, las tecnologías específicas de la vigilancia, la supervisión medioambiental y el procesamiento de datos confluirán en un único

30 Monstruo gigantesco de la mitología hebreo-babilónica que gobierna sobre las tierras y es de una ambición y gula infinitas [N. del E.].

31 Robert Fitch señala que los desalojos para construir el WTC destituyeron 30.000 puestos de trabajo y, al impulsar el desarrollo del adyacente Battery Park City, eliminaron también los cruciales astilleros del sur de Manhattan. «Algo había ido realmente mal con las prioridades y la política de una ciudad en la que se podía hacer desaparecer a 30.000 personas de sus puestos de trabajo y de sus tiendas por un bloque de oficinas estatal [el WTC es propiedad de la autoridad portuaria]», *The Assassination of New York*, Nueva York, 1993, pp. 140-141.

sistema integrado. La «seguridad», en otras palabras, pasará a ser un servicio público urbano hecho y derecho, como el agua y la electricidad.

Pese a los grandes planes de «refuerzo» y de «reaseguramiento contra el terror» de los espacios públicos y de los edificios monumentales del centro de la ciudad, sin embargo la mayor parte de los oficinistas y los directivos preferirán consumir las mejoras securitarias más cerca de sus hogares, situados en áreas residenciales fuera de la ciudad.[32] La actualización del diseño de los dispositivos para la seguridad física —refuerzo de las estructuras de los edificios, sistemas de detección de humo y huellas, balizas y barreras a la circulación, contenedores para la mitigación de bombas, puertas inteligentes, detectores de metales, cubos de basura a prueba de bombas, portales de vigilancia biométrica, reducción de los aparcamientos de superficie y subterráneos, etc.— impondrá gastos enormes e inevitables a las ciudades que traten de sostener las economías de sus centros urbanos, pero difícilmente detendrá el nuevo éxodo de puestos de trabajo y de recursos fiscales. De igual modo, las cuantiosas ayudas públicas a los promotores inmobiliarios y a las empresas arrendatarias pueden ralentizar la tendencia a la desconcentración, pero es probable que no la inviertan. Además, conforme las autopublicitadas «ciudades globales» se emplean a fondo de cara al largo asedio, los economistas urbanos y los analistas fiscales se verán obligados a combatir el nuevo demonio de la «desglobalización»: la parte de la producción global de servicios y del turismo internacional que puede que se haya perdido para siempre.

Huelga decir que todo esto se suma a una crisis fiscal de una magnitud que puede hacer que la sonadísima debacle municipal de mediados de la década de 1970 parezca insignificante. No cabe duda de que ésta es la situación en Nueva York capital, donde Félix Rohatyn, máxima autoridad financiera de la ciudad nombrado por la banca de 1973 a 1993, ha advertido de la quiebra que se avecina en un momento en el que el Ayuntamiento afronta un déficit que se prevé de 6.000 millones de dólares en un presupuesto de 40.000 millones de dólares.[33] Su previsión resulta especialmente desalentadora para la nueva clase trabajadora inmigrante, sepultada bajo los escombros de las industrias en declive del turismo y de los servicios de la ciudad. Tal y como le gustaba advertir al derrotado candidato demócrata a la alcaldía, el robótico Mark Green, la reconstrucción del sur de Manhattan «puede requerir el sacrificio de otros». Puesto que el control del crimen de

32 Para un aleccionador análisis de los costes de proteger Times Square, Grand Central, la Catedral de St. Patrick y la Estatua de la Libertad, véase David Barstow, «Envisioning an Expensive Future in the Brave New World of Fortress New York», *New York Times*, 16 de septiembre de 2001.

33 «Fiscal Disaster the City Can't Face Alone», *New York Times*, 9 de octubre de 2001.

la era Giuliani es sacrosanto, al igual que lo es la clientela y el renombre comercial de las grandes empresas, los profesionales del recorte presupuestario se pulirán a hachazos los servicios públicos —vivienda, bibliotecas, limpieza, instalaciones recreativas, programas de empleo y similares— que constituyen el cordón umbilical de los abandonados barrios negros y latinos de Nueva York. Con independencia de qué réplica de las Torres Gemelas o qué novedad monumental llene al final el hueco en el sur de Manhattan, probablemente se financiará a costa de una racionalización salvaje del gasto en Washington Heights, Mott Haven y Brownsville. Lo mismo puede decirse de la famosa «solidaridad» de los neoyorquinos.[34]

La guerra de los mundos

De un modo inmediato e integral,
el recelo hacia los árabes se convirtió
en una segunda naturaleza.

Franz Fanon, *La furia racista en Francia*, 1959.[35]

Hace tiempo, un turista que visitaba Nueva York envió una postal a casa. «Si todo el mundo se convirtiera en América», escribió el poeta Sayyid Qutb, «sería sin duda la ruina de la humanidad». Enviado por el gobierno egipcio para estudiar los métodos educativos estadounidenses, Qutb desembarcó en el muelle de la calle 42 en otoño de 1948, siendo un admirador de la modernidad liberal. Pero los Estados Unidos de Truman resultaron un revulsivo para él y experimentó una profunda reconversión religiosa. Regresó a El Cairo dos años después, convertido en un ferviente partidario de la Fraternidad Musulmana y pronto fue detenido por ser su propagandista más destacado. En 1966, después de once años en prisión, murió en la horca bajo la falsa acusación de conspirar para derrocar a Nasser. Qutb es universalmente aclamado

34 «Dentro de la nueva ética del sacrificio común, ¿qué sacrificio exigirá [el próximo alcalde] de la comunidad empresarial? Ni Bloomberg ni Green pudieron darme una respuesta satisfactoria». James Traub, «No-Fun City», *New York Times Magazine*, 4 de noviembre de 2001, p. 41.
35 «Racist Fury in France» (1959), en Franz Fanon, *Toward the African Revolution*, Nueva York, 1967, p. 163.

como el filósofo más importante del islamismo radical, si no literalmente, tal y como afirma el New York Times, como el «abuelo intelectual de Osama Bin Laden y de sus compañeros de terrorismo». Su obra maestra, *Hitos* (1964), suele describirse como la versión islamista del *¿Qué hacer?* de Lenin.[36]

¿Por qué se convirtió Qutb en el anti-Whitman, retrayéndose repugnado de la legendaria agitación de Manhattan? Comprender su hostilidad hacia la autoproclamada «capital del siglo XX» podría arrojar alguna luz sobre la genealogía de los medios musulmanes que han aplaudido la destrucción del símbolo más monumental del capitalismo estadounidense. Por supuesto, el análisis populachero adapta la persona al estereotipo prefabricado. Así, para Robert Worth y Judith Shulevitz (que escriben por separado en el *New York Times),* el poeta y crítico literario egipcio de 42 años era, al igual que todos los fanáticos musulmanes, un mojigato escandalizado por la «decadencia» de la gran ciudad, por el Informe Kinsey,[37] por el baile y por la promiscuidad sexual. Efectivamente, Qutb se quejaba del contenido «pornográfico» de gran parte de la cultura popular estadounidense, del mismo modo que criticaba la obsesión nacional de cuidar el césped en detrimento de la atención a la vida familiar y el materialismo obtuso que recubría la caridad. Pero el gran escándalo de Nueva York —y aquí su reacción era la misma que la de García Lorca veinte años antes— era la «funesta y fanática discriminación racial». No cabe duda de que Qutb, un hombre negro del alto Egipto, tuvo hirientes encuentros con Jim Crow.[38]

Hoy en día, las experiencias turísticas de Qutb podrían ser más traumáticas. Podría estar incomunicado, sin derecho a hablar ni con sus familiares ni con un abogado, por el delito «terrorista» de haberse quedado más tiempo en

---

36 Robert Worth, «The Deep Intellectual Roots of Islamic Terror», *New York Times*, 13 de octubre de 2001; y Anthony Shadid, *Legacy of the Prophet: Despots, Democrats, and the New Politics of Islam*, Boulder, 2001, p. 58. Para un juicio equilibrado del pensamiento de Qutb, una fascinante combinación de anarco-humanismo y quiliasmo coránico, véase Ahmad Moussali, *Moderate and Radical Islamic Fundamentalism*, Tallahassee, 1999, cap. 5.

37 Nombre por el que se conoce popularmente el libro más controvertido e influyente del sexólogo y zoólogo estadounidense Alfred Charles Kinsey, *Sexual Behaviour in the Human Male* [*Comportamiento sexual en el varón humano*], publicado en 1948 y seguido cinco años después por otro volumen complementario, *Sexual Behaviour in the Human Female* [*Comportamiento sexual en la mujer*] [N. del E.].

38 Con el nombre de Jim Crow se designa, en Estados Unidos, a la política de segregación y discriminación de la población negra que fue impulsada, especialmente, a través de las leyes aprobadas en los estados del Sur a finales del siglo XIX y que no fue puesta en cuestión hasta después de la Segunda Guerra Mundial. El término proviene del título de una canción de las plantaciones de principios del siglo XIX [N. del E.]. Robert Worth, «The Deep Intellectual Roots of Islamic Terror», *op. cit.*; Judith Shulevitz, «The Close Reader: At War with the World», *New York Times Book Review*, 21 de octubre de 2001; y *Legacy of the Prophet*, p. 57. Véase también John Calvert, «The World is an Undutiful Boy: Sayyid Qutb's American Experience», *Islam and Christian-Muslim Relations*, vol. II, núm. 1, 2000.

Estados Unidos de lo que su visado se lo permitía o, simplemente, por haber suscitado las sospechas de sus vecinos. El verdadero peso del nuevo miedo urbano —la parte que no es alucinatoria ni está hiperbolizada— lo cargan encima quienes se adecuan al perfil racial de la angustia blanca: estadounidenses árabes y musulmanes, pero también cualquiera que se cubra la cabeza con algo poco común, que tenga un pasaporte de Oriente Medio o que sostenga opiniones mal vistas acerca de Israel. Para aquellos atrapados justo en el medio de esta gestalt paranoide —pongamos por caso, un taxista paquistaní en Nueva York o un ingeniero electrónico sij en California— existe la amenaza de la violencia, pero, en aún mayor medida, la certeza de estar bajo la vigilancia de poderes «insondables, fríos e inclementes».[39] La «alteridad» —árabes, coranes y esporas— se ha convertido en la obsesión central de esa interminable combinación de sesiones informativas del Pentágono y de ceremoniales de George W. Bush que pasan por la televisión estadounidense. A decir verdad, la «Amenaza a América» (otro marchamo de las cadenas) se representa como algo en esencia extraterrestre: Oriente Medio es el Airado Planeta Rojo que envía a sus monstruos a vivir entre nosotros y a asesinarnos.

Tous martiens

De la violenta reacción en territorio nacional apenas se ha dicho nada en los medios de comunicación dominantes. Los diarios y las cadenas de noticias de las grandes ciudades han demostrado su preocupación patriótica por la imagen de Estados Unidos en el extranjero, restando importancia a lo que de lo contrario podría haberse reconocido como el equivalente compadre de la *Kristallnacht*. Sin embargo, hasta las estadísticas fragmentarias que se manejan resultan escalofriantes. En las seis semanas que siguieron al 11 de septiembre, los grupos pro derechos civiles estiman que hubo por lo menos seis asesinatos y mil agresiones graves cometidas contra personas percibidas como «árabes» o «musulmanas», entre las que se cuentan varios cientos de ataques contra sijs.[40] El *Texas Observer*, un semanario progresista que se ha negado a minimizar el terror en territorio nacional, informó a principios de octubre sobre la violencia que había «rebrotado» en las áreas residenciales de Dallas en el periodo inmediatamente posterior a los ataques

---

39 H. G. Wells, *The War of the Worlds*, Londres, 1898, p. 1 [ed. cast.: *La guerra de los mundos*, Anaya, Madrid, 1999].

40 Total de delitos xenófobos extraído del Consejo sobre Relaciones Americano-Islámicas, 22 de octubre; para los asesinatos, véase el *Washington Post*, 26 de octubre de 2001.

sobre Nueva York y sobre el distrito de Columbia. Además del asesinato xenófobo del dueño inmigrante paquistaní de una tienda de comestibles, se disparó o lanzó explosivos sobre tres mezquitas, un rumano que hacía *footing* recibió una paliza por parecer «de Oriente Medio» y dos etíopes fueron apuñalados mientras visitaban los jardines botánicos de Fort Worth. Los líderes musulmanes locales culpaban a los medios informativos, especialmente al *Morning News* de Dallas, de contribuir a instigar la violencia con titulares incendiarios como: «¡Los soldados del terror viven en la casa de enfrente!».[41]

Si semejantes incidentes recuerdan a las «cacerías de árabes» de la Francia metropolitana durante la Guerra de Argelia que Franz Fanon denunciaba («incluso acribillaron a balazos a un sudamericano por tener aspecto de norteafricano»),[42] la búsqueda frenética por parte del ministerio de Justicia de «células dormidas» de Al-Qaeda aviva el recuerdo de aquella otra gran «batida antiterrorista», las sonadísimas redadas Palmer de 1919-1920, en las que miles de inmigrantes radicales fueron detenidos sin orden ni causa judicial y, luego, cientos de ellos fueron deportados tras una serie de explosiones de paquetes bomba en Washington DC. (Las bombas que estallaron en Wall Street se supuso que habían sido una venganza anarquista por las deportaciones.) En esta ocasión, el *New York Times* informa de que once mil y pico personas han sido detenidas y recluidas en el transcurso de la «investigación anti-terrorista» del gobierno.[43] Muchas de ellas han desaparecido tras un hermético laberinto federal, en el que se les ha negado la asistencia de un abogado, han recibido palizas de guardias y presos y se les ha vendado los ojos, sometido a aislamiento sensorial y obligado a pasar por el detector de mentiras. Por lo menos un detenido ha muerto y montones de ellos, contra los que no se ha presentado ningún cargo penal, siguen retenidos bajo el arresto indefinido que permite la ley de inmigración. Se rumorea que sólo cuatro tienen alguna conexión directa con Bin Laden. La mayoría, simplemente, han permanecido en Estados Unidos durante más tiempo de lo que su visado se lo permitía o han utilizado identidades falsas: algo nada inusual en una nación en la que se calcula que entre diez y doce millones de inmigrantes indocumentados proporcionan una mano de obra barata indispensable.

Probablemente, Fanon no se sorprendería de que los frustrados investigadores del FBI estén presionando, al igual que hizo la Sûreté francesa antes que ellos, para hacer bajar a los sospechosos recalcitrantes a los sótanos a prueba

---

41 Karen Olsson, «Letter from Dallas», *Texas Observer*, 12 de octubre de 2001.
42 Franz Fanon, «Racist Fury», *op. cit.*, p. 163.
43 «Terrorism investigation» *New York Times*, 10 de noviembre de 2001.

de gritos en los que se guardan las baterías y los electrodos. Por primera vez en la historia de Estados Unidos, existe una seria campaña pública con el fin de justificar la tortura en los interrogatorios policiales. Con el apoyo, desde la tribuna de distintos periódicos, de liberales muy destacados, como Jonathan Alter desde el *Newsweek*, el FBI quiere autorización para emplear métodos que el *Wahington Post* definió de modo eufemístico como los que «eventualmente utilizan los interrogadores israelíes». Si los tribunales estadounidenses se muestran reacios a un trabajo tan tosco, la alternativa es exportar la tarea y dejarla en manos de grupos de profesionales extranjeros como el Mossad. «Otra idea», explicaba el *Washington Post*, el 21 de octubre, «es extraditar a los sospechosos a países aliados en los que en ocasiones los servicios de seguridad emplean amenazas a los miembros de la familia o recurren a la tortura».

Sin embargo, a falta de electrodos, el Congreso (salvo un partido de la oposición) ha concedido recientemente al Ministerio de Justicia una cornucopia de poderes expresados en términos muy vagos y ciertamente siniestros. La «Ley de instrumentos adecuados y de eficacia probada requeridos para detener y obstaculizar el terrorismo» [Proved Appropriate Tools Required to Intercept and Obstruct Terrorism Act (PATRIOT)] enjaula a los no-ciudadanos, incluidos millones de inmigrantes latinos y asiáticos en el interior de nuevas categorías inflexibles de vigilancia, acción judicial y posibilidades de deportación. Pero esto no es más que la piedra angular del Estado de Seguridad Patria cuyo pleno desarrollo prevé la administración Bush *junior*. En una conferencia de prensa la víspera de Todos los Santos *[Halloween]*, Colin Powell, en un tono propio de alguien que hubiera acabado de leer el *Neuromante*, se recreaba exponiendo planes para un inmenso depósito centralizado de datos que almacenaría «cualquier detalle desacreditador» acerca de turistas y posibles futuros inmigrantes. Los organismos federales de seguridad del Estado se están reestructurando de forma que el FBI pueda centrarse de manera permanente en la Guerra contra el Terrorismo —lo cual significa que en gran medida se convertirá en una policía inmigratoria de élite—, mientras que una misteriosa nueva entidad del Pentágono, el Comando de Defensa de la Patria, adoptará supuestamente la frontera mexicana como principal campo de batalla. Tanto México como Canadá están recibiendo presiones tremendas para endurecer sus políticas inmigratorias de acuerdo con los estándares marcados por Washington. A decir verdad, para regocijo de nativistas y neofascistas de todas partes, todo el bloque de la OCDE parece estar elevando puentes levadizos y echando cerrojo a sus puertas para mantener a raya al resto de la humanidad.

La globalización del miedo se ha convertido en una profecía autocumplida. Automáticamente, el Consejo de Seguridad endosó el cheque en blanco que el Congreso había extendido a la Casa Blanca para «librar al mundo del

mal», dejando que pilotos de caza estadounidenses tiraran bombas de dispersión con los nombres de los bomberos muertos de Manhattan, escritos en tiza, sobre las ruinas de Kabul —una ciudad infinitamente más trágica que Nueva York. El terror se ha convertido en el esteroide del imperio. Aunque nerviosamente, el orden establecido en todas partes se ha reunido en torno a las barras y estrellas de la bandera estadounidense. Tal y como ha señalado un Henry Kissinger exultante, uno de esos cadáveres todavía en pie, es lo mejor que ha pasado desde que Metternich cenó por última vez con el Zar.

Parte 1
Sobre las ruinas del Oeste

1. *Los blancos son sólo un mal sueño*

¡El Torbellino! ¡El Torbellino!
¡El Torbellino! ¡El Torbellino!
El canto del baile fantasma.

El buscador

Valle Mason, Nevada: 1 de enero de 1892.

Es un atardecer muy frío y sin luna. Una ventisca reciente ha cubierto los matorrales con una nieve que llega hasta las rodillas. Un pequeño grupo de hombres nerviosos y medio congelados, cabalgan en fila seguidos por un carromato. Sus linternas solitarias bañan con una pálida luz amarilla, el suelo delante de ellos. Un rastro marcado tenuemente, se disuelve eventualmente en la nieve, en un laberinto de caminos de ganado. No tienen la menor idea de en qué dirección van. Los jinetes y sus caballos están cansados y desorientados. El viento empieza a aullar siniestramente y cada hombre lucha contra el pequeño nudo de pánico de su estómago.

No es una buena noche para estar perdidos. En tales condiciones, los vaqueros no suelen salir, los pastores abandonan sus rebaños, los grupos se rinden en su búsqueda y los vagabundos se congelan hasta la muerte a lo largo del sendero. Pero este grupo —tres paiutes y dos hombres blancos— tiene una misión de una extraña urgencia. Están buscando a un Mesías llamado Wovoka.

«Después de seguir en vano una docena de falsos rastros y gritar repetidamente a la espera de escuchar alguna respuesta salvadora» intentan un recurso desesperado. Usando el carromato cubierto de escarcha como punto de referencia, cada uno va en distinta dirección, recorriendo distancias cortas. Cuando no logran encontrar el rastro, mueven el carromato y vuelven a empezar. Finalmente, el conductor del vagón escucha ruidos. Unos centenares de metros más adelante, el grupo se encuentra con cuatro pequeños *tule wikiups*.[1] En uno de ellos, el Mesías estaba esperando silenciosamente junto al fogón.

El líder del grupo es James Mooney, un lingüista y antropólogo autodidacta. Trabaja para el Departamento de Etnología, recientemente trasladado del Estudio Geológico Estadounidense al Instituto Smithsoniano. Su patrón es el legendario John Westley Powell, héroe de la guerra civil, con un solo brazo y explorador del Gran Cañón. La sombría misión, y de última hora, del Departamento, es la de ser testigo científico de la extinción de la América Nativa. Los genios más eminentes de la nación han eliminado toda posibilidad de supervivencia de las culturas indias. Ahora Mooney y sus colegas están tratando de documentar lo más posible estas fuentes de vida condenadas al fracaso, antes de que sean arrastradas por la presencia del hombre blanco y el progreso industrial.

Mooney tiene el temperamento melancólico perfecto para su trabajo. Es un nacionalista irlandés de Ohio. Encuentra un paralelismo profundo entre la caída de los indios americanos y la tragedia de los celtas. Como los kiowas y cherokees, cuyos idiomas habla con soltura, la tribu de Mooney, los irlandeses gaélico-parlantes, son anacronismos humanos en una era de ciudades de metal, intercambio de bienes de consumo y pistolas Hotchkiss. Sus informantes y amigos indios —con nombres conmovedores como Oso Parado, Truenos de Fuego, Caballo Americano, Espada George, Coyote Negro y Toro Sentado— ven en Mooney una sensibilidad más profunda que su piel blanca. Tal vez les haya comentado en su propio idioma el amargo epitafio del patriota John Mitchell: «La nación que conocía como Irlanda está rota y destruida; y el lugar tal y como se conocía, ya nunca será reconocido». En todo caso, su empatía es fascinante y se ha ganado la entrada a un mundo en otros casos sellado para siempre a los blancos debido a las matanzas y las promesas incumplidas. Protegido por la confianza de sus buenos amigos, Mooney va de tribu en tribu buscando información sobre una extraña nueva religión.

---

1 Habitaciones transportables de los indígenas del oeste de Estados Unidos, similares a las tiendas de planta circular [N. del E.].

Algunas semanas antes, Mooney estuvo con los lakotas en Dakota del Sur. Todos los pueblos condenados sueñan con un renacimiento mágico. En la miseria de sus reservas, los lakotas, que sólo una década atrás habían sido los jinetes más poderosos del continente, se han aferrado a una ceremonia de renovación conocida como el «baile fantasma». A la velocidad de la esperanza, esa profecía de un mundo restaurado se ha extendido desde los wikiups del Valle Mason a todos los rincones de la América indígena. Como un gran bramido, se ha despertado el fuego apagado de la autoestima y la resistencia espiritual india.

Mooney vería luego una resonancia de milenarismo indio dentro de un contexto hiberiano. La versión irlandesa del baile fantasma —no menos fabulosa y utópica— fue el resurgimiento celta de 1890 que después de las sucesivas derrotas de los fenianos,[2] Devitt y luego Parnell, trató de reconstruir una nación irlandesa basada en su olvidada cultura. Sus profetas y curanderos se llamaron Yeats, Synge, Hyde, y Pearse. (Y para aquellos dispuestos a hacer el viaje conceptual, hubo realmente un punto de contacto previo entre lakotas e irlandeses en la asombrosa rebelión de la pampa del mítico Métis y el utópico socialista Louis Riel. Éste consideró a Toro Sentado y a la Hermandad de la República Irlandesa como aliados en su lucha contra el Canadá anglosajón.)

El despertar irlandés produjo una pequeña república en una isla dividida. Sin embargo, el pueblo lakota pagó inmediatamente un precio muy alto por sus sueños: 146 refugiados de Borde Pino, que incluían a 44 mujeres y 18 niños, fueron volados en pedazos sobre las orillas congeladas del arroyo Wounded Knee a causa de las grandes ráfagas explosivas de las nuevas pistolas Hotchkiss del ejército. (Algunos de los supervivientes fueron grotescamente exhibidos en Europa en el Show del Oeste Salvaje de Búfalo Bill.) Entre las tareas etnográficas para la Exposición Colombina Mundial en Chicago, Mooney estaba reuniendo los primeros relatos explicativos de la masacre, a la que el gobierno estadounidense llama todavía falsamente «revuelta».

Luego, en el prefacio de su libro, *Religión del baile fantasma y la revuelta de los sioux de 1890,* publicado en 1896, da nota de que ha viajado 32.000 pasmosas millas en veintidós meses (1890-92) y que ha pasado su tiempo con veinte tribus. Su meticuloso relato acerca de la promesa de amor y no violencia de la nueva religión, contrapuesto con las fotografías de las mujeres y los niños lakotas masacrados y arrojados a montones sobre la pradera

---

2 Fenianos, nombre común usado a mediados del siglo XIX para designar a los nacionalistas irlandeses y específicamente a la Hermandad de la República Irlandesa [N. del E.].

acusará moralmente a su propio empleador, el gobierno federal, por deshonestidad y asesinato. También asegurará su propio ostracismo dentro de los círculos oficiales.

Wounded Knee ocurrió el 29 de diciembre de 1890. Casi un año después, Mooney estuvo sentado al lado de un fuego con Wovoka.

El Mesías

Wovoka —el nombre significa «El Hombre con Hacha»— tiene treinta y cinco años. Irónicamente, es hijo de Tavibo u «Hombre Blanco» y cuando tenía cuatro años fue testigo de la famosa batalla de Pyramid Lake. Los mineros blancos de las minas de plata, secuestraron a varias mujeres paiutes y aunque el hecho fue considerado una «indignación india», cuando sus maridos las rescataron, ninguno de los mineros fue herido. Una gran tribu blanca fue enviada a destruir los campos indios, pero fueron emboscados por los paiutes en un paso angosto. Sólo con arcos y flechas, el grupo de Wovoka mató a casi cincuenta mineros y forzó a los demás a escapar del terror. Aunque nunca fueron derrotados en el campo de batalla, los paiutes perdieron su libertad a causa de la exorbitante expansión de las fronteras de las minas y del ganado de los blancos. Entonces, después de la muerte de su padre, Wovoka fue contratado por un ranchero local llamado David Wilson. Aunque se niega a aprender inglés o a mudarse a una casa, ahora es llamado «Jack Wilson» por los blancos y es considerado un ayudante de rancho fiel y trabajador. Pasará su vida entera cuidando el ganado y las ovejas del Valle Mason.

Como a otros grandes profetas, de Moisés a Joseph Smith, su revelación tuvo lugar sobre una montaña. Un día, hacia finales de 1888 o principios de 1889, estaba cortando madera para David Wilson cuando el cielo empezó a oscurecerse. Mirando hacia arriba vio «al Sol muriendo» (un eclipse), seguido por un gran griterío que bajaba de los árboles. Dejando su hacha, corrió en dirección al tumulto. Él mismo «murió» o quedó inconsciente instantáneamente. Entonces, tal y como lo relata a Mooney, «le llevaron a otro mundo».

> Allí vio a Dios, con todas las personas que habían muerto hacía mucho tiempo, ocupados en sus viejos deportes y tareas, todos contentos y siempre jóvenes. Era una tierra agradable y llena de animales para cazar. Después de mostrarle todo, Dios le dijo que debía volver y decir a su pueblo que debían ser buenos y amarse los unos a los otros, que nunca deberían pelearse y que debían vivir

> en paz con los blancos… Debían alejarse de las viejas prácticas que se alimentaban de la guerra; y si obedecían religiosamente sus instrucciones irían, por lo menos, a reunirse con sus amigos en el otro mundo, donde no habría muerte, enfermedad o vejez [o, por deducción, blancos]… (p. 772)

Como un regalo al pueblo indio, Dios le dio un baile sagrado. Interpretado a intervalos, durante cinco días seguidos, el baile iba a dar ritmo a los intérpretes y a apresurar la llegada de los nuevos tiempos. Wovoka también recibió poderes para pronosticar y controlar el clima. Mooney entrevistaría después a un antiguo representante indio en Walker Lake, que afirmaba que Wovoka «le había pedido una vez que escribiera y enviara al presidente [Grover Cleveland] una declaración de sus afirmaciones sobrenaturales con una proposición: si él recibía una recompensa monetaria, pequeña y regular, aceptaría la residencia en la reserva y mantendría informado al pueblo de Nevada sobre las últimas noticias del cielo, pudiendo suministrar lluvia cuando hubiera necesidad». El representante, que se reía por lo bajo mientras fingía seriedad, nunca envió la carta prometida.

Los blancos locales, incluyendo a quienes «Jack Wilson» les caía bien, interpretaron la revelación condescendientemente como poco menos que una reacción de histeria frente al eclipse solar inesperado. Por otro lado, para los paiutes era un signo esperado durante mucho tiempo. El primer baile fantasma tuvo lugar en la reserva de Walker Lake en enero de 1889. En medio continente se produjo un terremoto espiritual. Pronto, todos los pueblos nativos de la Gran Cuenca —Washoos, Utes, Shoshones, Bannocks y Gosiutes— escucharon que el mismo «Cristo» estuvo en Walker Lake, enseñando a los paiutes un baile sagrado que iba a restaurar el mundo de sus padres. Estas tribus propagaron la buena nueva a sus vecinos, quienes a su vez la pasaron a sus otros vecinos. Rápidamente las delegaciones llegaron a Walker Lake desde las reservas de California, Utah, Idaho, Montana y también Oklahoma, Nebraska, Iowa y Dakota del Sur. En dos años, cerca de cuarenta naciones entraron al círculo sagrado de Wovoka. Sólo los Navajos, cuya religión proscribe toda mención a los muertos, se mantuvieron inmunes al fervor resurreccionalista que arrastró al Oeste nativo desde el Pacífico hasta Misisipi.

Al lado de varios relatos encontrados, orales o de segunda mano, de la enseñanza de Wovoka, hay una carta —publicada por Mooney— que el profeta dictó a un delegado arapahoe en la compañía de Negra Nariz Corta en 1891. El joven arapahoe escribió a Wovoka en «inglés carlisle», después fue transcrita al inglés correcto por la hija escolar de Negra Nariz Corta, allí en Oklahoma. Como acentúa Mooney, «es la declaración genuina y oficial de la doctrina del Baile Fantasma expresada por el mismo Mesías a sus discípulos». Es también un modelo de concisión espiritual.

> No se lo digas a los blancos. Jesús está ahora en la tierra. Tiene forma de nube. Los muertos están vivos otra vez. No sé cuando regresarán; tal vez este otoño o en la primavera. Cuando llegue la hora ya no habrá enfermedad y todos serán jóvenes otra vez.
>
> No te niegues a trabajar con los blancos y no les causes problemas hasta que te marches. Cuando la tierra tiemble —a la llegada del nuevo mundo— no tengas miedo. No va a hacerte daño.
>
> Quiero que bailes cada seis semanas, que hagas un festín para el baile y tengas comida que todos puedan comer. Después báñate en el agua. Nada más. En algún momento vas a recibir buenas palabras mías. No digas mentiras.

Como Mooney hizo recordar a los lectores del informe, el código moral predicado por Wovoka es «tan puro y detallado en su sencillez como cualquier cosa encontrada en los sistemas religiosos desde los días de Gautama Buda a los tiempos de Jesús». Efectivamente, argumenta Mooney, el baile fantasma es el nuevo testamento, o por lo menos su corazón espiritual vestido claramente de ropa india. Para un pueblo dividido y derrotado, Wovoka predica unidad, amor y la esperanza de resurrección. «Sólo aquellos que han conocido el odio mortal que alguna vez enfrentó a paiutes, cheyennes y pawnees, unos contra otros, y son capaces de contrastarlo con su presente espíritu de amor fraternal mutuo, pueden saber lo que la religión del baile fantasma ha logrado… Es una revolución que acontece sólo una vez en la vida de una raza».

Para ilustrar mejor el sentido humano del baile fantasma, Mooney cita el ejemplo de un amigo arapahoe, que hacía poco perdió a su hijito. «No voy a matar a ningún pony y mi esposa no va a cortar sus patas. Ya lo hicimos cuando murieron nuestros amigos, porque pensamos que no los volveríamos a ver, y nos sentimos mal. Pero ahora sabemos que vamos a estar unidos otra vez». Con respecto a la ceremonia en sí, y particularmente al papel hipnótico del baile, Mooney previene a sus lectores blancos de considerar cómo algunas de sus practicas religiosas podrían ser vistas por los extraños. «En un país que produce curadores magnéticos, bailarines agitadores, mediums en trance, etcétera, puede trazarse un paralelo con todas estas cosas sin alejarse mucho de casa».

El espejismo

En el centenario de la conversación de Mooney con Wovoka, enero de 1991, visité el Walker Lake, en Nevada. No tenía mucho más en mente que el simple deseo de ver la tumba del profeta y conocer las condiciones de vida de sus tataranietos. Al principio no tuve la suerte de encontrar la lápida, entonces busqué el consejo de un joven paiute de veinte y pico años. Estaba sentado en su Ford Ranger rojo, tomando un café y escuchando la música urbana de Ice-T, «Fuck the police….». Bajó el volumen de su cassette y me dio las direcciones con una sonrisa. Después subió el volumen de Ice-T otra vez.

Sobre la modesta tumba de Wovoka, encontré una concha abalone con una pluma de águila y varias conchas 30-30. Había también algunas flores, colocadas recientemente. Obviamente, esto era algo más que una conmemoración. La religión del baile fantasma no murió en Wounded Knee y Wovoka sigue teniendo una presencia vital para muchos americanos nativos. Su legado espiritual es dinámico y todavía esta siendo elaborado.

Mooney expresó mucho asombro ante las diversas formas en que el mensaje de Wovoka fue asimilado en sus principios mientras estaba trabajando de nuevo en los detalles para encastrar las visiones individuales y las historias específicas de las distintas culturas indias. Por ejemplo, los arapahoes creían que el mundo restaurado avanzaría tras una pared de fuego que empujaría a los blancos otra vez hacia Europa, mientras que los lakotas, con más resentimiento, tenían una visión de la civilización blanca enterrada viva por terremotos y derrumbes, con sus supervivientes transformados en pececitos del río. Los cheyennes preferían una versión nativa del Éxtasis, con el pueblo indio ascendiendo a través de las nubes a una hermosa tierra donde cazar, mientras que los shoshones preveían un paraíso en el futuro, donde indios y blancos coexistieran en paz. Sin embargo, en cada una de todas las versiones del callejón espiritual real hacia la tierra nueva estaba el profundo sueño inducido por el baile fantasma y que duraba cuatro días. Al despertar, las primeras personas comprenderían que los blancos sólo habían sido una pesadilla.

Al año siguiente, después de la visita a la tumba de Wovoka, tuve la oportunidad de discutir su legado con algunos de los activistas paiutes y shoshones que estaban organizando las manifestaciones de «curación global» en la Zona de Pruebas Nucleares de Nevada. Con el desierto nuclearizado como dramático escenario, enfatizaron que si bien las inmediatas expectativas milenarias de sus bisabuelos (como las de los primeros cristianos) se habían visto frustradas, las visiones de Wovoka de un pueblo indio

unido retomando el control del Oeste después de que la civilización blanca fuera destruida por una catástrofe autoprovocada, son más fascinantes que nunca. Señalando el horizonte con su dedo, uno de ellos me cuestionó: «¿Realmente piensas que todo esto puede durar?» Su gesto tenía la intención de incluir no sólo la Zona de Pruebas, sino también los principales monumentos en homenaje al trabajo de conquista del siglo pasado: presas, casinos, suburbios instantáneos, polígonos de tiro, cárceles, parques temáticos, vertederos tóxicos, casas de trofeos y estacionamientos de camiones.

Por supuesto, los paiutes y shoshones modernos viven en casas con luz, tienen camionetas, envían a sus hijos al colegio y presionan a los miembros del Congreso —pero lo hacen con una fuerte conciencia de la inestabilidad radical de este mundo artificial y de sus paisajes de neón. Se trata de una catástrofe a la cual se han adaptado dolorosamente y que ha transformado los atributos exteriores de sus vidas, pero siguen resistiendo en su interior. La esencia del baile fantasma es, quizás, la resistencia moral necesaria para sobrevivir a este gran espejismo.

La profecía

Es interesante especular qué estaba haciendo Frederick Jackson Turner el día en que Mooney se encontró con Wovoka. Mientras estaba sentado con su familia para la cena de Noche Vieja frente a un cálido hogar, ¿estaría pensando en el famoso discurso que daría dos años después en la Exposición Mundial Colombina de Chicago? ¿Cuál fue su reacción ante la espeluznante descripción, que se acababa de recoger en los diarios, acerca de los disturbios de los sioux en Dakota del Sur? ¿Sabía quién era Wovoka? ¿O Mooney?

Nunca fui a visitar la tumba de Turner, así que no sé si alguien ha dejado allí flores frescas hace poco, mucho menos conchas de mar, plumas de águila y cartuchos de Winchester. Sin embargo su sombrío culto sigue resistiendo. Los historiadores han marchado sobre su tumba durante ya cuatro generaciones y es muy raro el artículo o monografía, incluso en esta era postmoderna, que no se saque el sombrero ante el patrón. Es verdad, hay otras tradiciones mayores en la historiografía del Oeste, más notable es la escuela de estudios comparativos de frontera de Bolton y la geografía histórica de las corrientes comerciales de Innes. Además, se ha dado un mestizaje suficiente en la disciplina como para producir revisionistas, frente a aquellos que todavía son excepcionalistas americanos y turneristas, y que estudian las ciudades y los circuitos mercantiles. Pero casi todos trabajan

en el campo, no importa si su genealogía teórica empieza en Berkeley, Toronto, Madison o incluso en París; si lloran por las víctimas o si se regodean con los vencedores, todos aceptan el camino evolutivo que va desde la frontera hasta la región metropolitana, desde la periferia colonial hasta el cinturón del sol. Prácticamente por definición, reconocen una cierta estabilidad de la identidad regional y una continuidad histórica.

Todos, salvo los herederos de Wovoka. Éstos rechazan los *telos* del producto final, el paisaje conquistado, la narrativa histórica lineal, el ecosistema administrado. Ven más un caos ontológico que el ciclo del auge y fracaso. Conocen las estructuras presuntamente «permanentes» de la tradición y el sentido en el Oeste blanco, muy pocas veces sobreviven más de una generación antes de ser derrocadas y reemplazadas. Al igual que un cierto filósofo alemán, son completamente conscientes de que «todo lo sólido se desvanece en el aire», incluyendo nuestros conceptos más afectuosamente sostenidos del Oeste en tanto región.

En otras palabras, Wovoka mantiene ante sus tataranietos una visión apocalíptica de la historia del Oeste americano. Ya que «apocalíptico» es un término muy usado y barato, es importante que recordemos su sentido en las religiones abrahámicas. Apocalipsis es, literalmente, la revelación de la historia secreta del mundo concretándose bajo la terrible claridad de los últimos días. Es la historia alternativa y detestada de las clases subalternas, del pueblo vencido, de las culturas extinguidas. En otras palabras, estoy afirmando que Wovoka nos ofrece una epistemología neocatastrófica para reinterpretar la historia del Oeste desde el punto de vista de ciertas características terminales del paisaje milenario que se está acercando. Nos invita a reabrir la historia desde un futuro ya visible cuando la expansión, la basura, las adicciones, la violencia y el simulacro abruman casi todo el espacio vital al oeste de las Rocosas. Ésta es la historia turneriana, si así lo desean, desnudada hasta su última paranoia: el Oeste se convierte en Los Ángeles.

Para aquellos que conservan la tradición del baile fantasma, este punto final es también irónicamente el punto de renacimiento y restauración. Es a través de este agujero negro como el Oeste va a desaparecer en la singularidad de la catástrofe, solamente para emerger de nuevo, al otro lado, con riachuelos llenos de salmones y llanuras negras de bisontes.



Richard Misrach, *Dead Animals*, #327

2. *Ecocidio en el país de Marlboro*

¿Ha sido la Guerra Fría el peor desastre ecológico sobre la tierra en los últimos diez mil años? Ha llegado la hora de medir los costes ambientales de la «lucha crepuscular» y su insistente carrera de armas nucleares. Hasta hace poco, la mayoría de los ecologistas subestimaron el impacto de las guerras y de la producción de armas sobre la historia natural.[1] Sin embargo, existen claras evidencias de que grandes áreas de Eurasia y América del Norte, particularmente los desiertos militarizados de Asia Central y la Gran Cuenca se han vuelto inhabitables para los humanos, quizás durante miles de años, como resultado directo de las pruebas armamentísticas (convencionales, nucleares y biológicas) realizadas por la Unión Soviética, China y Estados Unidos.

Primera parte. Retratos del infierno

Estas «zonas nacionales de sacrificio»,[2] ahora poco reconocibles como parte de la biosfera, son también el hogar de culturas indígenas (kazajos, paiutes, shoshones y otros muchos) cuyos pueblos podrían haber sufrido daños genéticos irreparables. Además de millones de personas más —soldados, trabajadores

---

1 Aunque la caza de ballenas y los desagües de aguas inmundas son considerados en detalle, el impacto ambiental del militarismo en el siglo XX es un tema inexplicablemente ausente en los 42 estudios que forman parte del hito de las auditorías globales: B. L. Turner et alli (eds.), *The Earth as Transformed by Human Action: Global and regional changes in the Biosphere over the Past 100 Years*, Cambridge, 1990.

2 Este es el término usado por Michael Carricato, el anterior oficial jefe de medioambiente del Pentágono.

de la industria de armamento, civiles afectados por los vientos radioactivos— se han convertido en las víctimas silenciosas de las plagas atómicas. Si, al final de la vieja era de los superpoderes, se evitó finalmente un Apocalipsis nuclear global, fue solamente por el coste de estos holocaustos secretos.[3]

La historia escondida se ha revelado de forma dramática en la antigua Unión Soviética donde el activismo ambiental y antinuclear, estimulado por Chernóbil en 1986, resurgió masivamente durante la crisis de 1990-1991. Las protestas de base de los mineros, los estudiantes, los trabajadores de la salud y los indígenas, forzaron una declaración oficial que confirmó las sensacionales acusaciones hechas por los anteriores escritores del *samizdat*, como Shores Medvedev y Boris Komarov (Ze'ev Wolfson). Finalmente, *Izvestiya* publicó los escalofriantes relatos de la catástrofe nuclear de 1957 en la ciudad militar secreta de Cheliabinsk-40, así como el envenenamiento del lago Baikal provocado por el complejo militar industrial. Incluso la glacial pared de silencio construida alrededor de los accidentes radioactivos en el «polígono» Semipalatinsk, el mayor campo de pruebas nucleares de los soviéticos en Kazajstán, comenzó a derretirse.[4]

Como resultado, el público ex soviético ahora tiene una mirada más amplia y honesta acerca de los costos ecológicos y humanos de la Guerra Fría que sus homónimos estadounidenses y británicos. Efectivamente, la Academia Rusa de Ciencias ha compilado en un mapa extraordinario que muestra la degradación ambiental de «proporciones irreparables y catastróficas» de cuarenta y cinco lugares diferentes, que comprenden no menos del 3,3% de la superficie de la antigua Unión Soviética. De forma nada sorprendente, buena parte de la devastación está concentrada en aquellas zonas al sur de los Urales y en Asia Central que fueron el núcleo geográfico del complejo militar-industrial nuclear de la Unión Soviética.[5]

Los veteranos kremlinologistas, con disfraces verdes un tanto incómodos, se han ajustado a estas revelaciones para escribir los feroces epitafios de la Unión Soviética. Según *Radio Liberty* y el investigador D. J. Peterson del centro de investigación Rand, «la destrucción de la naturaleza sirve de solemne metáfora para una nación en decadencia».[6] Por otro lado, para el ex

---

3 Por supuesto, los paisajes nucleares también incluyen partes del Ártico (Novaya Zemlya y los Aleutianos), el oeste de Australia y el Pacífico (las Islas Marshall y Mururoa).

4 Zhores Medvedev, *Nuclear Disaster in the Urals*, Nueva York, 1979; y Boris Komarov, *The Destruction of Nature in the Soviet Union*, White Plains, Nueva York, 1980.

5 Véase D. J. Peterson, *Troubled Lands: The Legacy of Soviet Environmental Destruction*, un estudio de investigación de Rand, Boulder, 1993, pp. 7-10.

6 Ibídem, p. 23.

asesor del Señor Carrington, Murria Feshbach y su acompañante literario Al Friendly (ex jefe de departamento del *Newsweek* en Moscú), la relación entre el cataclismo ecológico y la desintegración de la Unión Soviética es más que una metáfora: cuando los historiadores realicen finalmente una autopsia a la Unión Soviética y al comunismo soviético, podrían dictar el veredicto de muerte por ecocidio».[7]

Troubled Lands [Tierras problemáticas] de Peterson y especialmente *Ecocide in the USSR [Ecocidio en la URSS]* de Feshbach y Friendly, han recibido una publicidad espectacular en los medios estadounidenses. Aprovechando las noticias, una gran cantidad de fuentes en ruso no censuradas, describen una crisis ambiental de proporciones bíblicas. La antigua tierra de los soviéticos es interpretada como una distopía de lagos contaminados, cosechas envenenadas, ciudades tóxicas y niños enfermos. Todo lo que no ha sido arruinado por la industria pesada stalinista y el monocultivo sin sentido de algodón, el ejército soviético lo ha logrado bombardear e irradiar. Para Peterson, este «terrorismo ecológico» es la prueba de la irracionalidad de una sociedad carente de un mecanismo de mercado incapaz de «valorar» adecuadamente el medio ambiente. Midiendo cualquier posibilidad de una limpieza ambiental, sostiene la desoladora esperanza de que solamente con la caída de su economía y la desindustrialización radical, Rusia y Ucrania podrían deshacerse de sus peores contaminadores.[8]

Feshbach y Friendly, los fanáticos de la ecología del Pentágono, no tienen pelos en la lengua. Parece que el bolchevismo ha sido deliberadamente conspirativo contra Gaia y también contra la humanidad. «El ecocidio en la Unión Soviética tiene sus orígenes en la fuerza, no en el fracaso, de las ambiciones utópicas.» Es la «última expresión de la brutalidad física y espiritual de la Revolución». Con el orgullo del Viejo Testamento, repiten que «no hay sobre el planeta una situación ecológica peor».[9]

Obviamente, Feshbach y Friendly nunca han ido a Nevada o al occidente de Utah».[10] Los horrores ambientales de Cheliabinsk-40 y del Polígono Semipalatinsk han sido los espeluznantes homónimos en el paisaje envenenado y terminal del país de Marlboro.

---

7 Murray Feshback y Alfred Friendly Jr., *Ecocide in the USSR*, Nueva York, 1992, p.1.

8 Peterson, *op. cit.*, p. 248. También cita los miedos rusos a que las aventuras occidentales y la inversión multinacional puedan incrementar la destrucción ambiental y acelerar la conversión de la antigua Unión Soviética, especialmente Siberia, en una «colonia ecológica» (pp. 254-57).

9 Feshbach y Friendly, pp. 11, 28, y 39.

10 Efectivamente, su única cita acerca de la degradación ambiental en Estados Unidos concierne a las camas de ostras de la Bahia de Chesapeake.

El infierno de Misrach

La cabeza de un caballo sale de una fosa común parcialmente destruida. Un potro muerto —sus patas delanteras levantadas delicadamente como en un galope— yace en los brazos de su madre. La rodadora blanca está puesta como al azar en la cima de una pirámide enmarañada de vacas, ovejas, caballos y toros salvajes. Hinchada por la descomposición, la masa cadaverosa, parece estar luchando por levantarse. Un toro minoico estira su cabeza sin ojos por encima de la arena. Un extraño animal, casi un esqueleto jurásico —excepto por una pata, podrían ser los restos de un pterosaurio— está tendido al lado de un charco mohoso de una asquerosidad innombrable. El desierto apesta debido a la putrefacción.

El fotógrafo Richard Misrach sacó esta secuencia de fotografías a color de 8 x 10 en 1985-87 en varios sitios donde se depositan animales muertos, cerca de lugares conocidos por la acumulación de plutonio y de basureros tóxicos militares de Nevada. Como se explica en un texto corto, es común que el ganado local muera misteriosamente, o den a luz crías monstruosas. Los rancheros son oficialmente alentados, sin hacer preguntas, a arrojar los cadáveres en fosas no registradas que pertenecen al Departamento de Defensa. Anteriormente, Misrach había oído hablar sobre este paisaje propio de El Bosco en un poema paiute. Cuando pidió las direcciones, le aconsejaron conducir por el desierto y observar las bandadas de cuervos. Los pájaros carroñeros se alimentan con los ojos del ganado muerto.[11]

«La fosa» ha sido comparada con el *Guernica* de Picasso. Definitivamente, es una reconfiguración horrorosa de los estereotipos sobre los vaqueros. Las exuberantes fotografías son repelentes, elegiacas e hipnóticas al mismo tiempo. Misrach ha producido quizás la imagen más inquietante del oeste americano, desde que el etnólogo James Mooney contrarrestó las populares pinturas de Frederic Remington de la heroica caballería, con las duras fotografías de los cadáveres congelados de las mujeres y niños indios de Wounded Knee, aniquilados por las pistolas Hotchkiss del Séptimo de Caballería en 1890.[12]

---

11 Richard Misrach, *Violent Legacies: Three Cantos*, Nueva York, 1992, pp. 38-59, 86. La interpretación de Misrach de las fosas es controvertida. Oficialmente, son lugares brutales destinados para los animales infectados con brucelosis y otras enfermedades de granja. Sin embargo, los rancheros paiutes a quienes he entrevistado, corroboraron el predominio de muertes misteriosas y nacimientos grotescos.

12 Un nacionalista irlandés que simpatizó con la lucha de los indios, Mooney, arriesgó su ruina profesional por incluir el relato de Ogalala sobre la masacre en su clásico, *The Ghost-Dance Religion and the Sioux Outbreak of 1890*, XIV Informe Anual de la Oficina de Etnología, Washington, 1986, pp. 843-86. 9 Feshbach y Friendly, pp. 11, 28, y 39.

Pero este holocausto de las bestias es solamente una parte (el «Canto VI») de un enorme mural de visiones prohibidas llamadas los *Cantos del desierto.* Misrach es un experto en entrar sin autorización, ya que desde finales de la década de 1970 ha penetrado en algunos de los espacios más reservados del desierto del Pentágono en California, Nevada y Utah. Cada uno de sus catorce cantos completos (el trabajo aún continua) construye un drama alrededor de una «metáfora encontrada» que disuelve la división entre documental y alegoría. Siempre hay una tensión no resuelta entre la violencia de las imágenes y la elegancia de su composición.

Los primeros cantos (¿su época del *desert noir*?), fueron experiencias estéticas formales influidas por la lectura de varias fuentes cabalísticas. Son fantasmagorías misteriosas separadas de cualquier contexto sociopolítico explícito: el desierto bajo fuego, un ciervo ahogado en Salton Sea, una palmera tragada por una siniestra duna de arena,[13] etc. Sin embargo, a mediados de 1980, Misrach dejó de lado a Blake y a Castaneda, y empezó a producir exposiciones con contenido político acerca del impacto de la Guerra Fría sobre el Oeste americano. Con el foco puesto sobre Nevada, donde el ejército controla 4 millones de acres de tierra y el 70% del espacio aéreo, estaba fascinado con las extrañas historias contadas por los furiosos rancheros: «Incursiones nocturnas de helicópteros navales, vacas quemadas con láser, bombardeos a pueblos históricos y vuelos supersónicos insoportables». Con la ayuda de dos improbables activistas anti-Pentágono, un médico de pueblo llamado Doc Bargen y un piloto polvoriento llamado Dick Colmes, Misrach pasó dieciocho meses fotografiando una gran cantidad de terreno público en Nevada central que fue bombardeado, de forma ilegal y continua, a lo largo de casi cuarenta años. Para la marina, éste paisaje caracterizado por una destrucción casi incomprensible, sembrado con balas vivas y ojivas que no explotaron, es simplemente «Bravo 20». Por otro lado, para Misrach es «el epicentro… el corazón del Apocalipsis»:

> Fue el ambiente más arrasado que haya visto… vagué durante horas entre los cráteres. Había miles. Algunos eran pequeños, hoyos poco profundos, del tamaño de una bañera, otros eran excavaciones enormes, del tamaño de un estacionamiento para dos coches. Algunos estaban completamente secos, con paredes salpicadas por «tierra traumatizada», otros eran piletas escalofriantes de agua color sangre o verde esmeralda. Algunos se cristalizaron en extrañas formaciones de sal. Algunos fueron decorados con restos de jeeps, tanques y camiones.[14]

13 Richard Misrach, *A Photographic Book*, San Francisco, 1979; y *Desert Cantos*, Albuquerque, N.M. 1987.

14 Richard Misrach (con Myriam Weisang Misrach), *Bravo 20: The Bombing of the American West*, Baltimore, 1990, p. xiv.

Aunque las fotografías de Misrach de los lugares públicos pulverizados, publicadas en 1990, remacharon la atención nacional sobre el bombardeo del oeste, ésta fue una realización agridulce. Su amigo piloto, Dick Colmes, a quien había fotografiado levantando la bandera americana sobre un monte alumbrado por la luna, en una parodia deliciosa sobre los astronautas del Apolo, murió en un accidente de avión inexplicable. Mientras tanto, la administración Bush aceleró la modernización de los polígonos de bombas en Nevada, Utah e Idaho. Enormes zonas del lejano Oeste, incluyendo Bravo 20, han sido actualizadas en cuadrículas con multiobjetivos marcados electrónicamente, que vistos ahora desde el espacio deben parecer un colosal videojuego del Pentágono.

En su más reciente colección de cantos, *Legados Violentos* (que incluye «La Fosa»), Misrach ofrece una arqueología visual fascinante del «Proyecto W-47», la prueba final supersecreta de la bomba que cayó sobre Hiroshima y Nagasaki. El hangar que contenía al *Enola Gay,* aún permanece en pie (un cartel advierte: «uso de fuerza mortal autorizada») entre las ruinas de la Base Aérea Wendover en el Gran Desierto de Sal de Utah. En el contexto del incipiente genocidio, el lamentable humor de la tripulación de vuelo de 1945 es desconcertante. Por eso, la descolorida consigna escrita en el edificio de montaje de la bomba-A, dice: SANGRE, SUDOR Y CERVEZA, mientras el graffiti de la oficina central de administración, ordena: COME MI RADIACIÓN. El resto del complejo de la base, incluyendo las literas de almacenamiento de bombas atómicas y las fosas de cargamento, se ha erosionado en abstracciones megalíticas que estimulan el desorden de la tierra-cero, como en el cuento «Playa Terminal» de J. G. Ballard. Puestos frente a las montañas desérticas (la cordillera de Newfoundland, creo), la arquitectura olvidada y el detrito informal de la primera guerra nuclear son casi preciosos.[15]

Cultivando un estilo neoilustrado, Misrach gasta una broma sutil acerca de lo sublime. Él puede mirar al horror de Kurtz directamente a la cara y hacer una postal con eso. Esta atención a la estética del asesinato, hace enfurecer a algunos partidarios del tradicional documentalismo político en blanco y negro, pero también explica la extraordinaria popularidad de Misrach. Revela la belleza terrible e hipnótica de la naturaleza frente a la muerte, del paisaje como infierno. No nos queda otra opción que mirar.

Si hay pocos precedentes de esto en las fotografías previas del Oeste americano, tiene sin embargo una rica resonancia en la ficción política contemporánea, particularmente en América Latina. Discutiendo el papel del

---

15 Misrach, *Violent Legacies*, pp. 14-37, 83-86.

folclore apocalíptico en las novelas de García Márquez y Carlos Fuentes, Luis Zamora ofrece, sin querer, una caracterización oportuna sobre los *Cantos del Desierto:*

> El aparato literario del Apocalipsis bíblico y el realismo mágico coinciden en su narración hiperbólica y en sus imágenes surrealistas de caos total y perfección innombrable. Y en ambos casos, [este] surrealismo no es concebido principalmente para tener un efecto psicológico, como en los ejemplos europeos anteriores de este tipo, sino que está fundado sobre realidades sociales y políticas, y está diseñado para comunicar las críticas de los autores sobre aquellas realidades.[16]

Reestudiando el Oeste

Tal y como Márquez y Fuentes nos han ligado al laberinto mágico de la historia moderna de América Latina, Misrach se ha convertido en un guía turístico imprescindible del reino apocalíptico que el Departamento de Defensa ha construido en el desierto oeste. Su visión es singular, *Cantos del Desierto* tiene una afiliación importante en un movimiento de fotografías de paisajes politizados en el Oeste, que ha convertido a la destrucción de la naturaleza en su tema principal.

Sus distintas separaciones a lo largo de los últimos quince años, incluyen a la llamada Nueva Topología de mediados de los setenta (Lewis Baltz, Robert Adams, y Joel Deal),[17] seguida rápidamente por el Proyecto de Estudios Refotográficos (Mark Klett y colegas)[18] y después, en 1987, por el explícitamente activista Gremio de Fotógrafos Atómicos (Robert Del Tredici, Carole Gallagher, Meter Goin, Patrick Nagatani y doce más).[19] Si cada uno de estos momentos ha tenido su propia virtud artística (y la pretensión de la misma), comparten también una estructura común de consignas revisionistas.

---

16 Lois Parkinson Zamora, *Writing the Apocalypse: Historical Vision in Contemporary US and Latin American Fiction*, Cambridge, 1989, p. 189.

17 William Jenkins, *New Topographics: Photographs of a Man-Altered Landscape,* International Museum of Photography, Rochester, 1975.

18 Mark Klett *et alli*, *Second View: The Rephotographic Survey Project,* Albuquerque, N.M. 1984.

19 San Francisco Camerawork, *Nuclear Matters,* San Francisco, 1991.

En primer lugar, han lanzado un ataque frontal a la hegemonía de Ansel Adams, el pope muerto de la «escuela Sierra Club» de las fotografías de la «naturaleza como igual a Dios». Si era necesario, Adams modificaba sus negativos para eliminar cualquier evidencia de presencia humana de su perspectiva de naturaleza apoteósica.[20] La nueva generación ha desarmado claramente este mito de la naturaleza virginal, aunque esté puesta en peligro. Han rechazado la división maniquea de Adams del paisaje dividido entre «sagrado» y «profano», que «deja a las ya alteradas y deshabitadas zonas de nuestro territorio, peligrosamente expuestas a una explotación fuera de control».[21] En cambio, su Oeste es un paisaje irrevocablemente social, transformado por el militarismo, la urbanización, la autopista interestatal, el vandalismo epidémico, el turismo masivo y el ciclo de auge y fracaso de las industrias extractivas. Incluso en los «últimos lugares salvajes», las cordilleras lejanas y los cañones perdidos, los aviones del Pentágono están continuamente sobrevolando por encima.

En segundo lugar, la nueva generación ha creado una iconografía alternativa alrededor de ciertos objetos característicos, que anteriormente eran «infotografiables», como escombros industriales, graffitis de piedra, saguaros mutilados, caminos destrozados, revistas femeninas pasadas de moda, metralla militar y animales muertos.[22] Como los surrealistas, ellos han reconocido el oráculo y las potencias críticas de lo ordinario, desechable y feo.[23] Pero como los ecologistas, ellos también entienden el destino del oeste rural como el basurero de la nación.

Finalmente, sus proyectos derivan su autoridad histórica de ese mismo punto de referencia: el archivo fotográfico de los grandes estudios científicos y topográficos del Oeste montañoso del siglo XIX. Efectivamente, la mayoría de ellos ha reconocido la importancia del «reexamen» como estrategia o metáfora. Los Nuevos Topógrafos, como su nombre indica, han declarado lealtad a la distancia científica y a la claridad geológica de Timothy O'Sullivan (fotógrafo conocido por su estudio de la Gran Cuenca en los años setenta), cuando enfocaron sus cámaras sobre los suburbios de las periferias del Nuevo Oeste. Los nuevos fotógrafos «alentaron» la dislocación del pasado

---

20 Véase el relato de Adams de cómo retocó la famosa fotografía del monte Whitney para eliminar el nombre de un pueblo en un primer plano: *Examples: The Making of Forty Photographs*, Boston, 1983, p. 165.

21 Barry López, parafraseado por Thomas Southall, «I wonder What He Saw» de Klett *et alli*, *Second View...*, p. 150.

22 Además de Misracch, véase particularmente: Mark Klett, *Traces of Eden: Travels in the Desert Southwest*, Boston 1986; y *Revealing Territory*, Albuquerque, N.M. 1992.

23 De manera reveladora, el fotógrafo surrealista Frederich Sommer, fue una influencia decisiva para los nuevos topógrafos. Véase la monografía de Mark Haworth-Booth en Lewis Baltz, *San Quentin Point*, Nueva York, 1986.

al presente cuando usaron meticulosamente las mismas posiciones de las cámaras de sus predecesores y produjeron el mismo escenario cien años después. Mientras tanto, los Fotógrafos Atómicos, tratando de emular los viejos estudios científicos, han producido estudios cada vez más precisos sobre el paisaje tectónico de las pruebas nucleares.

Por supuesto, reexaminar supone una crisis de definición y es interesante especular por qué la nueva refotografía, en su lucha por captar el sentido del Oeste postmoderno, ha sido tan obsesiva con las imágenes y los cañones del siglo XIX. No es porque Timothy O'Sullivan y sus colegas, como suele imaginarse, fueron capaces de ver el viejo Oeste prolijo y virgen. Como demuestran claramente las «fotografías» de Klett, ya en 1870, la mano sucia del destino revelado estaba metida en todo el paisaje. Lo más importante fue la integridad científica y artística con que los estudios confrontaron los paisajes que, como sugiere Jan Zita Grover, eran culturalmente «ilegibles».[24]

Las regiones que hoy constituyen las «zonas de sacrificio nacional» del Pentágono (la Gran Cuenca del este de California, Nevada y el oeste de Utah) y su «periferia de plutonio» (la meseta Snake-Columbia, la Cuenca de Wyoming y la meseta de Colorado), tienen en el mundo pocos paisajes análogos. Los relatos anteriores acerca del Oeste de 1840 y 1850 (John Fremont, sir Richard Burton, los estudios de los ferrocarriles Pacífico) estudiaron de manera detallada y ecléctica, y sin mucho éxito, las abstracciones populares dominantes del «gran desierto americano».[25] Por ejemplo, Nevada y Utah fueron comparadas muchas veces con Arabia, Turkestán, Taklamakán, Tombuktú, Australia, etc. Pero en realidad, las mentes victorianas viajaban a través de un terreno esencialmente extraterrestre, muy lejos de su experiencia cultural.[26] (Quizás literalmente, después de que los geólogos estudiasen las formaciones lunares y extraterrestres por su analogía con paisajes sumamente parecidos a las mesetas del Colorado y del Río Columbia-Snake.)[27]

---

24 Jan Zita Cover, «Landscapes Ordinary and Extraordinary», *Afterimage,* diciembre 1983, pp. 7-8.

25 Los desiertos fríos y las estepas de artemisia de la Gran Cuenca y la meseta son colonias de flores características de Asia Central (véase Neil West (ed.), *Ecosystems of the World 5; Temperate Deserts and Semi-Deserts,* Amsterdam, 1983), pero los paisajes físicos son prácticamente únicos (véase W.L. Graf, ed., *Geomorphic Systems of North America,* Boulder, Colorado, 1987).

26 Es importante recordar que la exploración inicial de mucho de este «último Oeste» ocurrió hace sólo 125 años. Cf. Gloria Cline, *Exploring the Great Basin,* Reno, 1963; William Goetzmann, *Army Exploration in the American West, 1803-1863,* New Haven, 1959; y *New Lands, New Men,* Nueva York, 1986.

27 Los procesos aeolianos de la meseta del Colorado han proporcionado valiosas perspectivas acerca de los orígenes de ciertos paisajes marcianos (Julie Laity, «The Colorado Plateau in Planetary Geology Studies,» en Graf, pp. 288-97), mientras los Channeled Scablands de Washington son el equivalente terrestre mas parecido a los grandes canales del diluvio descubiertos en Marte en 1972. (Ver Baker *et alli*, «Columbia and Snake River Plains», Graf, pp. 403-68.) Finalmente, los llanos de basalto y las calderas del Río Snake de Idaho son considerados los mejores análogos del *mar* lunar (ibídem).

La audaz postura de los geólogos, los artistas y los fotógrafos que llevan adelante los estudios, fue la de enfrentarse a esta radical «otredad» en sus propios términos.[28] Finalmente, como Darwin en las Galápagos, John Wesley Powell y sus colegas (particularmente Clarence Dutton y el gran Carl Grove Gilbert) dejaron de lado un baúl lleno de prejuicios victorianos para poder reconocer nuevas formas y procesos en la naturaleza. Entonces, Powell y Gilbert tuvieron que inventar una nueva ciencia, la geomorfología, para explicar el extraordinario paisaje de la meseta del Colorado, donde muchas veces los ríos «antecedían» al altiplano y las «gigantescas» montañas eran en realidad volcanes impotentes. (De la misma manera, décadas después, otra revolucionaria en ésta tradición de estudio, Harlen Bretz, tiraba por la borda la ortodoxia geológica uniforme para poder mostrar que las gigantescas inundaciones de la Edad de Hielo fueron las responsables de los extrañas lagunas hundidas talladas en la lava de la meseta de Columbia.)[29]

Si los estudios «llevaron a las extrañas cúspides, a las fachadas de acantilados majestuosos y a los fabulosos cañones, hacia el terreno de las explicaciones científicas» (apuntes del biógrafo de Gilbert), después «también les dieron un sentido estético crucial» a través de fotografías, dibujos y narraciones que acompañaron y expandieron los reportajes técnicos.[30] Así, Timothy O´Sullivan (quién ha fotografiado con Mathew Brady las campos de la muerte de Gettysburg) ha abandonado el paradigma ruskiniano de las representaciones de la naturaleza para concentrarse en las formas esenciales y desnudas, de una manera que ha presagiado al modernismo. Sus «rígidos aviones, las paredes gruesas aparentemente bidimensionales, no [han] tenido ningún paralelo inmediato en la historia del arte y de la fotografía».[31] Así mismo, Clarence Dutton, «el *genius loci* del Gran Cañón», creó un nuevo lenguaje para el paisaje —en gran parte arquitectónico, pero a veces fantasmagórico—

28 Entre 1867 y 1879 se realizaron cuatro estudios topográficos y geológicos en el Oeste. El estudio del cuadragésimo Paralelo fue liderado por Clarence King, El Estudio Oeste del Centésimo Meridiano estaba bajo el mando del Lugarteniente George Wheeler, el Estudio de los Territorios fue dirigido por Ferdinand Vandeveer Hayden y el Estudio de la Región de las Montañas Rocosas fue encabezado por John Westley Powell. Todos ellos produjeron 116 publicaciones científicas, incluyendo obras maestras como Clarence Dutton, *Tertiary History Henry Mountains,* Washington, 1877; y John Wesley Powell, *Exploration of the Colorado River of the West,* Washington, 1873. Recientemente, John McPhee ha repetido el estudio de King del cuadragésimo paralelo (ahora la carretera interestatal 80) en sus cuatro volúmenes de «una variedad de tiempo geológico y humano»: *Annuals of the Former World,* Nueva York, 1980-1993.

29 Cf. R. J. Chorley, A.J. Dunn y R. P. Beckinsale, *The History of the Study of Landforms, Volume 1: Geomorphology before Davis,* Boston, 1854, capítulo 2.

30 Stephen Pyne, *Grove Karl Gilbert,* Austin, Tex. 1980, p. 81.

31 Ann-Sargent Wooster, «Reading the American Landscape», *Afterimage,* marzo 1982, pp. 6-8.

para describir una dialéctica sin precedente entre las piedras, los colores y las luces. (Wallace Stegner dice que ha «estilizado la geología»; quizás, dicho de una manera más adecuada, la ha erotizado).[32]

Pero esta convergencia entre ciencia y sensibilidad (que no tiene un homónimo igual en el siglo XX) también ha estimulado una mirada moral del medio ambiente cuando este ha sido expuesto a la explotación. Sentando un precedente al que muy pocos de sus descendientes han tenido el coraje de seguir, Powell, el héroe de la Guerra Civil con un solo brazo, describió en detalle, con una honestidad precisa, las implicaciones políticas de los estudios occidentales en su conocido reportaje en las tierras de la región árida, en 1877. Su mensaje, al que Stegner ha llamado «revolucionario» (otros lo han llamado «socialista»), decía que la única salvación para la región montañosa era el cooperativismo basado en la administración y conservación comunal de los pastos y los escasos recursos de agua. El capitalismo puro y simple, da a entender Powell, destruiría al Oeste.[33]

Por lo tanto, los estudios no eran solamente otro episodio en la toma de medidas del Oeste como lugar de conquista y saqueo; por el contrario, eran un momento autónomo en la historia de la ciencia americana, cuando las nuevas perspectivas radicales crearon una utópica alternativa temporal para el futuro, que luego se convirtió en el Proyecto W-47 y La Fosa. Ese punto de vista ya no existe. Reclamando esta tradición, los fotógrafos contemporáneos decidieron crear su propia mirada sin la ayuda del optimismo victoriano que condujo a Powell a la sima del Colorado. Pero «reexaminar», si bien es una consigna resonante, es también un mandato difuso. Para algunos sólo significó ver si las rocas cambiaron de lugar después de cien años. Sin embargo, para otros han significado peligrosos viajes morales a la profundidad de los paisajes de la Gran Bomba.

Los bebés medusa

Si Richard Misrach vio el «corazón del Apocalipsis» en Bravo 20, Carole Gallagher ha pasado una década en el «punto cero americano» (el título de su nuevo libro) en Nevada y en el suroeste de Utah, tomando fotos y registrando

---

32 Considérese «relapsing chasms», «wilted, drooping faces», «waving cones of the Uinkaret», etc. Véase Wallace Stegner, *Beyond the Hundreth Meridian: John Wesley Powell and the Second Opening of the West,* Boston 1954, capítulo 2.

33 Ibídem, capítulo 3. El irónico legado del *Informe* de Powell, fue la eventual formación de una Agencia Federal de Reclamación que se convirtió en la sirvienta de la estructura de poder occidental dirigida por los monopolios de las empresas agricultoras y de servicios públicos.

las historias de las víctimas.[34] Es una de las fundadoras del Gremio de Fotógrafos Atómicos, posiblemente la colaboración socio-documental más importante desde los años treinta, cuando la Unidad Fotográfica de la Administración de Seguridad Granjera de Roy Stryker juntó las famosas lentes de Walter Evans, Dorotea Lange, Ben Shahn, Russell Lee y Arthur Rothstein. De la misma manera en que los fotógrafos de la ASG dramatizaran la lucha de los pobres rurales durante la Gran Depresión, el Gremio ha intentado documentar los costes humanos y ecológicos de la carrera de armas nucleares. Sus éxitos incluyen al revelador *Nuclear Landscape [Paisaje nuclear]* de Peter Goin (fotografiado en los lugares de pruebas nucleares del Oeste americano y las islas Marshall) y la corrosiva muestra de la fábrica nuclear, *At Work in the Fields of the Bomb [Trabajando en los campos de la Bomba]*.[35]

Pero es el trabajo de Gallagher el que proclama una mayor continuidad con la tradición de la ASG, particularmente con los retratos clásicos en blanco y negro de Dorotea Lange. Efectivamente, ella escribe en el prefacio de su libro una reflexión sobre el lema de Lange e incorpora algunas de sus perturbadoras fotografías de St. George, Utah en 1953. No hay duda de que *American Ground Zero* tiene la intención ser tan importante como los clásicos de la época del New Deal, como el *American Exodus [El éxodo americano], Let Us Now Praise Famous Men [Y ahora alabemos a los hombres famosos] y You Have Seen Their Faces [Has visto sus caras]*.[36] Sin embargo, el libro de Dorotea es más doloroso.

A principios de los ochenta, Gallagher se mudó de Nueva York a St. George para trabajar a tiempo completo sobre su historia oral acerca de las víctimas del programa estadounidense de pruebas nucleares. Empezando por su primera detonación nuclear en 1951, esta pequeña ciudad mormona, situada al este de la Zona de Pruebas, ha sido cubierta sucesivas veces por lluvia radioactiva debido a una gran cantidad de explosiones subterráneas «ventiladas» accidentalmente. Cada nube letal era el equivalente a mil millones de radiografías y contenía más radiación que la que fue emitida en Chernóbil en 1988. Además, la Comisión de Energía Atómica (CEA) de los

---

34 Carole Gallagher, *American Ground Zero: The Secret Nuclear War*, Boston, 1993.

35 Peter Goin, *Nuclear Landscapes,* Baltimore, 1991; y Robert Del Tredici, *Work in the Fields of the Bomb,* Nueva York, 1987. También véase Patrick Nagatani, *Nuclear Enchantment,* Albuquerque, 1990; John Hooton, *Nuclear Heartlands,* 1988; y Jim Leager, *In the Shadow of the Cloud,* 1988. El trabajo realizado por los directores de cine independiente incluyen a John Else, *The Day after Trinity* (1981); Dennis O'Rouke, *Half Life* (1985); y Robert Stone, *Radio Bikini* (1988).

36 Dorothea Lange y Paul Taylor, *An American Exodus,* Nueva York, 1938; James Agee y Walker Evans, *Let Us Now Praise Famous Men,* Boston, 1941; Erskine Caldwell y Margaret Bourke-White, *You Have Seen Their Faces,* Nueva York, 1937.

años cincuenta planeó esparcir deliberadamente polvillo radioactivo sobre la región de St. George para no afectar a Las Vegas y a Los Ángeles. En la fría jerga del memorándum del CEA descubierto por Gallagher, las comunidades afectadas eran «un segmento de la población de poca utilidad».[37]

Como resultado directo, la población afectada (expuesta al polvillo radioactivo de quizás cincuenta Hiroshimas) esta siendo devorada por cánceres acumulativos, desordenes neurológicos y defectos genéticos. Por ejemplo, Gallagher habla de su silencioso pavor al entrar en un supermercado local y «ver niños de cuatro y cinco años con pelucas, pálidos y obviamente en tratamiento de quimioterapia».[38] Pero tal horror se ha convertido en rutina en una región donde el cáncer está tan concentrado, que cualquier residente puede mencionar una buena cantidad de amigos y familiares con tumores u otras enfermedades. Las ochenta y pico voces —tanto «soldados atómicos» y ex trabajadores de la Zona de Pruebas en Nevada, como poblaciones afectadas— que forman parte del American Ground Zero, están cansadas de tanto dolor y tanta muerte.

En la mayoría de estas historias individuales, un sólo momento de reconocimiento destila el terror y la gravedad de la catástrofe que han consumido sus vidas. Por ejemplo, dos veteranos militares de Hood (una bomba de hidrógeno de 74 mil toneladas detonada en julio de 1957) recuerdan la visión del infierno que encontraron en el desierto de Nevada:

> Habíamos recorrido una corta distancia cuando uno de mis hombres dijo, «¡Jesucristo, mira eso! Miré hacia donde él estaba apuntando, y lo que vi me horrorizó. Había gente dentro de un vallado —un cerco de cadenas con alambre de púas encima. El cabello se les caía y parecía que su piel se estaba descascarando. Estaban vestidos con jeans, pero sin camisas…
>
> Yo estaba feliz, lleno de vida antes de ver la bomba. En ese entonces entendí la maldad y nunca fue lo mismo… Entendí cómo puede terminar el mundo.[39]

Para los pastores, este fue el inquietante espectáculo que vieron época tras época en las cuadras de las ovejas, cuando ellas intentaban parir: «¿Has visto alguna vez un cordero con cinco patas?»[40] Por otro lado, para un esposo era simplemente ver a su esposa lavándose el pelo.

---

37 Gallagher, *op. cit.*, p.xxiii.

38 Ibídem, p. xxxii.

39 Israel Torres y Robert Carter, citado en ibídem, pp. 61-62. Gallagher encontró la historia sobre los humanos carbonizados utilizados como conejillos de indias en: «Una y otra vez hombres que participaron en 'shot' Hood» (p. 62).

40 Delayne Evans, citado en *ibídem*, p. 275.

> Cuatro semanas después [de la prueba atómica] estaba sentado en el recibidor leyendo el periódico y ella fue al baño a lavarse el pelo. Al instante dio un grito muy fuerte y fui corriendo. ¡Vi que casi la mitad de su pelo estaba en la bañera! Puedes imaginar, una mujer con un pelo tan negro que tenía un brillo verde bajo el sol y que le llegaba hasta los hombros. Ella tenía la mitad en la bañera y estaba tan pelada como el viejo Yul Brynner.[41]

Quizás lo más escalofriante, más todavía que las descripciones de los niños muriendo de leucemia, son las historias de los «bebés medusa»: fetos irradiados que crecieron dentro de grotescas molas hidatidiformes.

> Recuerdo que estaba preocupada porque, ellos decían que las vacas iban a comer el heno y todo este polvillo radioactivo estaba cubriéndolo y a través de la leche iban a consumir yodo radioactivo… De los cuatro a los seis meses estuve preguntándome porque no sentía las patadas del bebé… Mi embarazo no se desarrolló hasta un tamaño normal y el médico me hizo una imagen de ultrasonidos. No podía ver ninguna forma de bebé… Me hizo un aborto. Mi marido también estaba allí y le mostró lo que había sacado de mi útero. Había quistes que parecían uvas pequeñas. Mi marido dijo que parecían un manojo de uvas peladas.[42]

Los estadounidenses comunes que vivieron y viven aún ésta pesadilla, transmiten una gran dignidad a través de las fotografías de Gallagher. Pero ella no puede suprimir su frustración con la misma pasividad de muchos de los mormones afectados por el aire contaminado. Su sumisión completa al gobierno de la Guerra Fría de Washington y a la autoritaria jerarquía eclesiástica de Salt Lake City inhabilitó la protesta a lo largo de las décadas de contaminación. Para los cínicos atomócratas del CEA, ellos no eran nada más que unos tontos crédulos del campo, que absorbían las idiotas películas de propaganda que vendían «el átomo es tu amigo». Tal y como un sujeto evocó su infancia en Utah: «Recuerdo que una vez en la escuela pasaron una película que se llamaba, A de átomo, B de bomba. Creo que la mayoría de quienes crecimos en esa época… [ahora hemos] agregado C de cáncer, M de muerte».[43]

Efectivamente, parece que a la mayoría de las personas entrevistadas por Gallagher se les hace más fácil asumir el cáncer, que la decepción provocada por el gobierno. Irónicamente, Washington ha emprendido la guerra

---

41 Isaac Nelson, citado en ibídem, 134.

42 Ina Iverson, citado en ibídem, pp. 141-43. Gallagher apuntó que los embarazos molares son también «una experiencia muy común para las mujeres nativas de las islas Marshall en el Polígono de Pruebas del Pacífico, después de ser expuestas a la precipitación radioactiva de las detonaciones de bombas hidrógenas» (p. 141).

43 Jay Truman, citado en ibídem, p. 308.

nuclear silenciosa contra las poblaciones más patrióticamente imaginables, realmente una tapicería virtual de Norman Rockwell: marines entusiasmados, trabajadores de los lugares nucleares ultra legitimistas, mineros y vaqueros de Nevada, campesinos mormones y niños pecosos de escuelas primarias que viven en Utah. Durante cuarenta años la Comisión de Energía Atómica y su sucesor, el Departamento de Energía, mintieron acerca de los niveles de exposición, ocultaron los accidentes que llegaron a tener la misma severidad que Chernóbil, suprimieron la investigación sobre la contaminación de los productos lácteos, arruinaron la reputación de los científicos disidentes, secuestraron cientos de partes de cuerpos de las víctimas y encabezaron una brutal pelea legal para negar compensaciones a las poblaciones afectadas».[44] Un estudio de 1980 del Congreso acusó a las agencias de «fraude frente al juicio», pero Gallagher usó una palabra más fuerte—«genocidio»—y nos hace recordar que «la falta de control y vigilancia sobre los campeones de la carrera armamentística» ha «jugado un gran papel [moral y económico] al dejar en bancarrota… no solamente a una, sino a dos superpotencias.»[45]

¿Y cuál es el coste final? Durante décadas, el encubrimiento del CEA ha prevenido la acumulación de estadísticas o el comienzo de investigaciones que podrían proporcionar algún tipo de parámetros. Sin embargo, un informe inédito realizado por un grupo de estudio de la administración Carter (citado por Philip Fradkin) ha determinado que las 170.000 personas que viven a unas 250 millas del radio de la Zona de Pruebas de Nevada han sido expuestas a la contaminación. Aproximadamente 250.000 mecánicos, algunos de ellos atrincherados a unos miles de yardas del punto cero, también participaron en los juegos de guerra nuclear en Nevada y las islas Marshall durante los cincuenta y principios de los sesenta. Por lo tanto, es razonable pensar que junto con los trabajadores del Lugar de Pruebas, más o menos 500.000 personas han sido expuestas a los intensos efectos de corto alcance de las detonaciones nucleares. (En comparación, éste es el número máximo citado por los estudiantes de los efectos del polvillo radioactivo en el Polígono Semipalatinsk.)[46]

---

44 La literatura es aplastante. Véase House Subcommittee on Oversight and Investigations, *The Forgotten Guinea Pigs,* 96th Congress, 2nd session, agosto 1980; Thomas Saffer y Orville Kelly, *Countdown Zero,* Nueva York, 1982; John Fuller, *The Day We Bombed Utah: America's Most Lethal Secret,* Nueva York, 1984; Richard Miller, *Under the Cloud: The Decades of Nuclear Testing,* Nueva York, 1986; A. Costandina Titus, *Bombs in the Backyard: Atomic Testing and Atomic Politics,* Reno, 1986; y Phili Fradkin, *Fallout: An American Nuclear Tragedy,* Tucson, 1989.

45 Gallagher, pp. xxxi-xxxii.

46 Fradkin, p. 57; Peterson, pp. 203 y 230 (nota 49).

Pero estos números apenas muestran la escala real de la toxicidad nuclear. Otro millón de estadounidenses han trabajado en las plantas de armas nucleares desde 1945, y algunas de estas plantas, específicamente el gigantesco complejo Hanford de Washington, han contaminado sus ambientes con emisiones secretas y mortales, incluso con yodo radioactivo.[47] Además, la mayor parte de la población urbana del medio oeste y del noreste se ha visto afectada por las pruebas atmosféricas de los cincuenta y muchas veces los frentes de tormentas han descargado carcinógenos y radioisótopos concentrados en lugares tan al este como la ciudad de Nueva York. El comandante del escuadrón de las Fuerzas Áreas de élite, responsable del monitorizar las nubes de las pruebas nucleares durante los cincuenta, dijo a Gallagher (él padecía cáncer): «No hay nadie en Estados Unidos que no esté afectado por el viento radioactivo… Cuando seguimos las nubes, recorrimos Estados Unidos de este a oeste… ¿Dónde marcarías la línea?».[48]

Segunda parte. Curando las heridas globales

Sin embargo, a lo largo de las últimas décadas americanos nativos, rancheros, pacifistas, poblaciones afectadas por los vientos radiactivos e incluso los miembros de las instituciones de los conservadores mormones, han tratado de poner un límite a las pruebas de armas nucleares, a los envenenamientos por radiación y al ecocidio en los desiertos de Nevada y Utah. Los tres cortos informes de campo que siguen (escritos en 1992, 1993, y 1996-97) son una síntesis del más extraordinario movimiento social en el Oeste en la época de la postguerra.

Humillando al «tío poderoso»

Recordando el otoño de 1992. Los guardias (privados) de Wackenhut ubicados en la puerta de entrada de la Zona de Pruebas Nucleares de Nevada (SPN), ajustan nerviosamente los cascos que normalmente utilizan en las manifestaciones y manosean sus porras. A una manzana, justo después de una señal de tránsito que advierte «Vigilancia de los Manifestantes», miles de activistas antinucleares avanzan con sus carteles a paso fúnebre y al ritmo de un bombo sombrío.

---

47 Véase «From the Editors», *The Bulletin of the Atomic Scientists*, septiembre de 1990, p. 2.

48 Colonel Langdon Harrison, citado en Gallagher, p. 97.

El líder menos pensado de este ejército juvenil es un ranchero de las Montañas Ruby de apariencia rugosa llamado Raymond Yowell. Tiene un pecho musculoso que estira en su camisa con botones perlados y unas manos callosas que han cogido con lazo a miles de toros, a su lado el hombre de Marlboro parece debilucho. Pero si miras más de cerca, verás la pluma sagrada de águila sobre su Stetson. El Sr. Yowell es el jefe del Consejo Nacional Oeste de los shoshones.

Cuando un oficial advierte a los manifestantes que serán arrestados si cruzan la garita que demarca el límite con la Zona de Pruebas, el Jefe Yowell dice que es el Departamento de Energía quien está traspasando la tierra sagrada del pueblo Shoshone. «Estaríamos agradecidos», dice firmemente, «si *se* fueran. Y por favor llévense su basura nuclear y sus policías alquilados».

Mientras esposan al jefe Yowell en la puerta de entrada, una buena cantidad de manifestantes está cruzando la barrera y dispersándose por todo el desierto. Son perseguidos como conejos por los Wackenhuts montados en quads. Algunos tratan de esconderse tras los árboles de Josué, pero, todos serán finalmente atrapados y conducidos al sector cercado con alambres de púas, que sirve como calabozo de la Zona de Pruebas. Es 11 de octubre, el día previo al quinto centenario del aterrizaje forzoso de Colón en el Nuevo Mundo.

El programa estadounidense de pruebas nucleares ha estado bajo un asedio casi permanente desde que las Pruebas de Paz Americanas (una rama de acción directa del viejo Moratorium) localizadas en Las Vegas, hicieron su primer campamento frente el portón Mercurio del SPN en 1987. Desde entonces, diez mil personas han sido esposadas en las grandes manifestaciones de las PPA o en pequeñas acciones, desde las vigilias de oración cuáquera hasta las incursiones estilo comando de Green Peace en el Punto Cero. (En el libro *Violent Legacies,* Misrach puso una fotografía maravillosa de los «Príncipes contra el plutonio» vestidos con trajes radioactivos y mascaras de muerte, acampando ilegalmente dentro del perímetro del SPN). Esquivar a los wackenhuts en el desierto de Nevada se ha convertido en un rito para una nueva generación de activistas por la paz.

La movilización en contra de la Zona de Pruebas en el otoño de 1992 —«Curando las heridas globales»— fue un precedente en la historia de la protesta antinuclear. En primer lugar, la acción coincidía con la moratoria del Congreso a las pruebas nucleares, que duró nueve meses (posponiendo hasta ese septiembre las pruebas de explosión con el nombre en clave del «Tío Poderoso»). En definitiva, el objetivo estratégico del movimiento, un tratado comprensivo prohibiendo las pruebas, está casi al alcance de la

mano. En segundo lugar, los indígenas, que han sufrido el envenenamiento de sus tierras durante casi medio siglo de pruebas nucleares, están empezando a asumir el liderazgo dentro del movimiento.

Estos dos avances tienen una conexión internacional fascinante. La moratoria de Washington fue una respuesta resentida al cese unilateral de pruebas nucleares en Moscú, mientras que la iniciativa rusa fue una coartada de Yeltsin por la fuerte presión popular. La revelación de un importante accidente nuclear en el Polígono en febrero de 1989, provocó una revuelta no violenta en Kazajstán. El famoso escritor Olzhas Suleimenow, aprovechó una lección poética televisada para presionar a los kazajos a seguir el ejemplo de las manifestaciones en Nevada. Miles de manifestantes, algunos con las fotos de los familiares que murieron de cáncer, llenaron las calles de Semipalatinsk y Alma-Ata, y en un año el «Movimiento Nevada-Semipalatinsk» se convirtió en «la mayor organización pública y con más influencia de todo Kazajstán, encontrando mucho apoyo en distintos sectores de la población —desde los académicos hasta la clase trabajadora».[49] Dos años después, el Soviet Supremo de Kazajstán, como parte de su declaración de independencia, prohibió las pruebas nucleares para siempre.

Fue la primera revolución antinuclear exitosa a escala mundial y sus organizadores intentaron extender su espíritu con la creación de la Alianza Global Antinuclear (AGA). Específicamente, esperaban encontrar a otras naciones indígenas y comunidades víctimas del colonialismo nuclear. Los shoshones del oeste fueron de los primeros en responder. A diferencia de muchas otras tribus del Oeste, la gente del jefe Yowell nunca reconoció la soberanía de EEUU en la Gran Cuenca de Nevada y Utah, e insistió incluso en llevar su propio pasaporte nacional para viajar al extranjero. En conversaciones con los kazajos y los activistas de las Zonas de Pruebas del Pacífico, ellos descubrieron un reinado relevante que eventualmente convirtieron a la AGA y a los shoshones en los patrocinadores de «Curando las heridas globales», con sus demandas paralelas para terminar con las pruebas nucleares y restaurar el derecho a la tierra de los nativos.

En el pasado, algunos participantes criticaron los campamentos de Pruebas de Paz Americanas por su carácter abrumadoramente contracultural. Efectivamente, en octubre pasado como era normal, el cartel de información a la entrada del campamento tenía direcciones de grupos de afinidad, mesas de masajes, arroz negro y perfeccionamiento astral. Pero el ambiente de Greatful Dead estaba dejando paso a un auténtico frente unido de la Gran Cuenca, que incluía a mormones e indios paiutes de la región de St.

---

49 Peterson, p. 204; véase también Feshbach y Friendly, pp. 238-39.

George afectados por los vientos radioactivos, soldados jubilados que fueron expuestos a las pruebas atmosféricas en los cincuenta, rancheros de Nevada que luchan por la desmilitarización de los terrenos públicos (Alerta Ciudadana), un representante de los trabajadores envenenados por el plutonio en la gigantesca planta nuclear de Hanford y el Reese River Valley Rosses, una tribu shoshone de la región rural oeste. Además, había amigos de Kazajstán y Mururoa y algunos militantes pacifistas europeos transcontinentales.

Un mes después, la derrota de George Bush solidificó el optimismo del movimiento pacifista «Curando las heridas globales» acerca de que la Moratoria del Congreso iba a convertirse en una prohibición permanente. Aparentemente, la Zona de Pruebas de Nevada tenía los días contados. Sin embargo, a pesar de la consternación de los shoshones del oeste, de las poblaciones afectadas por el viento radioactivo y del resto de la comunidad pacifista, la nueva administración demócrata apoyó con mucho entusiasmo al poderoso complejo industrial nuclear. Apoyados por el régimen *tory* de Londres, que tenían muchas ganas de probar las ojivas nucleares de los nuevos misiles «TASM» de la RAF en el desierto de Nevada, el Pentágono y los tres grandes laboratorios atómicos (Livermore, Los Álamos y Sandia) estuvieron a punto de convencer a Clinton de dar continuidad al «Tío Poderoso». Sólo en el último momento, una revuelta de veintitrés senadores —preocupados porque más pruebas podrían contradecir la cruzada estadounidense contra los poderes nucleares incipientes de Iraq y Corea del Norte—obligó a la Casa Blanca a extender la Moratoria.

Aunque la prohibición seguía existiendo, hay alguna evidencia de que el Pentágono ha participado indirectamente en las pruebas de la Polinesia Francesa. En 1995 la Casa Blanca, infringiendo la política de los años de la administración Bush, permitió al ejército francés transportar por aire a Mururoa los componentes de la Bomba-H a través del espacio aéreo estadounidense, utilizando LAX como punto de transborde. El Partido Laborista Británico, reproduciendo las descripciones en la prensa francesa, acusó a Washington y a Londres de ser socios silenciosos en la serie de pruebas de Mururoa denunciadas internacionalmente, conociendo la información francesa mientras entregaba apoyo logístico y diplomático a París.[50]

Más recientemente, la atención volvió sobre Nevada, donde en la primavera de 1997 los militantes pacifistas estaban preparando las protestas contra el nuevo programa de «rendición cero» de las pruebas del SPN. El

50 Véase mi «French Kisses and Virtual Nukes», en *Capitalism, Nature, Socialism*, núm. 1 (marzo 1996).

Departamento de Energía, está planeando usar explosivos de alta capacidad para comprimir plutonio «viejo» al borde de una reacción en cadena, una clara violación del acuerdo de Prohibición Extensiva de Pruebas, con la idea de generar información para un estudio informático «sobre los efectos de la edad en las armas nucleares». Ésta es una parte del programa científico del Stockpile Stewardship de la administración Clinton, que según los críticos, simplemente ha trasladado la competencia de armas nucleares a los laboratorios de alta tecnología como el National Ignition Facility de Livermore valorado en mil millones de dólares, donde los superlasers van a producir explosiones nucleares en miniatura, que una tras otra serán estudiadas por la próxima generación de supercomputadoras *teraflop* (un trillón de cálculos por segundo). Los militantes pacifistas de la Gran Cuenca, al igual que sus compañeros de «Curando las heridas globales», tienen miedo de que estas «pruebas atómicas nucleares», combinadas con los datos de las explosiones de «rendición cero» en Nevada, puedan promover no sólo el mantenimiento, sino también el desarrollo de armas nucleares estratégicas. Mientras tanto, los automovilistas van a tener que «detenerse frente a los manifestantes» a la salida del Mercury.[51]

El laboratorio de la muerte

Enero de 1993. Ha sido uno de los inviernos más fríos que se pueda recordar en la Gran Cuenca. Los camioneros se congelan en la carretera interestatal 80, cubierta de hielo, mientras las tormentas de nieve se tragan los rebaños de ovejas. Es fácil perder de vista la salida del Valle Skull.

A una hora de automóvil hacia el oeste de Salt Lake City está el Valle Skull, un típico lugar de la Cuenca. El paisaje de la región es característico de la mayor parte del Oeste intermontano. Diez mil años atrás fue un brazo del fiordo de color aguamarina del prehistórico Lago Bonneville (madre del actual Gran Lago Salado), que todavía tiene su costa extendida a lo largo de las montañas de Stansbury. Hoy, el llano del valle (cuando no esta bloqueado por la nieve) está normalmente entregado a la artemisia, al polvillo de alkali y a las huellas de la extraña e incomparable historia del lugar.

---

51 Cf. Kealy Davidson, «The Virtual Bomb», *Mother Jones,* marzo / abril 1995; Jacqueline Cabasso y John Burroughs, «End Run Around the NPT», *Bulletin of the Atomic Scientists*, septiembre / octubre de 1995; y Jonathan Weissman, «New Mission for the National Labs», *Science,* 6 de octubre de 1995. Sobre los planes de protesta: entrevista a los Trabajadores Católicos de Las Vegas, mayo de 1997.

Media docena de casas de campo, ahora asfixiadas por la maleza, es lo único que queda de los inmigrantes británicos que trabajaban en las algodoneras —el clásico proletariado del Lancashire de Engels. Fueron los primeros mormones de finales de la década de 1850. El pueblo fantasma de Iosepa, cercano al valle, fue testigo de los centenares de hawaianos conversos que llegaron una generación después y que lucharon contra la sequía, la nostalgia y la lepra. Su cementerio, con nombres polinesios muy bonitos, tallados en las cuarcitas de Stansbury, es uno de los lugares mas inesperados e intensos del Oeste americano.[52]

Más hacia el sur, algunas familias supervivientes de la tribu Gosiute —gente de los tiempos del sueño de Utah y primos hermanos de los shoshones del oeste—controlan la «Última Estación del Pony Express» (que ahora es un supermercado) y alquilan el resto de su reserva a la Corporación Hércules para que pruebe sus misiles y sus explosivos. En 1918, después de que rehusaran registrarse para ir a la guerra, las tribus indígenas gosiutes del Valle Skull y de Arrollo Profundo fueron conducidas por el ejército a lo que los periódicos de Salt Lake City llamaron él «último levantamiento indio».[53]

Finalmente, al sur del valle, frente a un templo mormón grande y solitario, un cartel advierte a los espías de que se larguen del Dugway Proving Ground: desde 1942, es el lugar para las pruebas primarias de la industria estadounidense de armas químicas, biológicas e incendiarias. El napalm fue inventado aquí y fue probado sobre unas réplicas de casas de trabajadores alemanes y japoneses que ocupaban una manzana de largo (partes de esta espeluznante «ciudad de condena» todavía permanecen en pié). También aquí, fue probada la bomba supersecreta anglo-americana de ántrax (proyecto N) que Churchill, exasperado por los ataques V-2 sobre Londres en 1945, quería usar con el fin de matar a 12 millones de alemanes. El Proyecto W-47 —que incineró a Hiroshima y Nagasaki— tenía su base cerca de allí, justo al otro lado del Monte Granite.[54]

En los años de la postguerra, el Pentágono llevó a cabo, en Dugway, una secuencia de experimentos de pesadilla con sujetos vivos. Por ejemplo, en 1955, un generador de nubes fue usado para saturar a treinta voluntarios —

---

52 Véase Tracey Panek, «Life at losepa, Utah's Polynesian Colony», *Utah Historcal Quarterly;* y Donald Rosenberg, «Iosepa» discurso sobre el centenario, Salt Lake City, 27 de agosto 1989, (colecciones especiales, Biblioteca de la Universidad de Utah).

53 Ronald Bateman, «Goshute Uprising of 1918», *Deep Creek Reflecions*, pp.367-70.

54 Barton Bernstein, «Churchill's Secret Biological Weapons», *Bulletin of the Atomic Scientists*, enero / febrero 1987.

todos Adventistas del Séptimo Día y concienzudos opositores— con la fiebre Q, potencialmente mortal. Después, entre agosto y octubre de 1959, la fuerza aérea dejó derretir deliberadamente los reactores nucleares en ocho ocasiones y «utilizó aire contaminado para asegurarse de que la radiación resultante se extendiera con el viento. Se montaron sensores a lo largo de un área de 210 millas para rastrear las nubes de radiación». Cuando fueron detectadas las últimas, se estaban dirigiendo hacia la vieja carretera 40 (ahora la interestatal 80).[55]

De forma más notoria, el ejército realizó 1.635 pruebas de campo con gas nervioso, utilizando al menos 500.000 libras de agentes mortales sobre Dugway, entre 1951 y 1969. La descarga al aire libre de gas nervioso fue finalmente detenida después de que un embrollado experimento en 1968 asfixiara a 6.000 ovejas de la vecina reserva gosiute. Aunque el ejército pagó un millón de dólares en indemnizaciones, se negó a reconocer cualquier responsabilidad. Envuelto en secreto y financiado por un gran presupuesto negro, Dugway seguía operando sin escrutinio público.[56]

Después, en 1985, el senador Jeremy Strasser y el escritor Jeremy Rifkin se unieron para exponer los planes del Pentágono de usar ingeniería genética recombinante con el fin de crear «tensiones andrómedas» de microorganismos asesinos. A pesar de la adhesión americana a la Convención de Armas Biológicas de 1972 que prohibía su desarrollo, el ejército se propuso construir un laboratorio de alta capacidad en Dugway con el fin de probar «defensivamente» sus nuevos bichos de diseño.[57]

La oposición al Laboratorio de la Muerte fue liderada por Downwinders, Inc., un grupo asentado en Salt Lake City que se creó en solidaridad con las víctimas de la radiación en el área de St. George. Con la adhesión de rancheros y estudiantes universitarios, los Downwinders eran capaces de dirigir el apoyo de los médicos del hospital Latter Day Saints (mormones) y, eventualmente, de toda la Asociación Médica de Utah. Además, la inquietud local hacia Dugway se vio agravada por el reconocimiento del ejército de que los organismos ultra tóxicos eran regularmente enviados a través del correo estadounidense.

---

55 Véase Ann LoLordo, «Germ Warefare Test Subjects», (aparece por primera vez en *Baltimore Sun*), reimpreso en *Las Vegas Review-Journal*, 29 de Agosto de 1994; y Lee Davidson, «Cold War Weapons Testing», *Deseret News,* 22 de diciembre de 1994.

56 Lee Davidson, «Lethal Breeze», *Deseret News,* 5 de junio de 1994.

57 Para informes más completos, véase Jeanne McDermott, *The Killing Winds,* Nueva York, 1987; y Charles Piller y Keith Yamamoto, *Gene Wars: Military Control over the New Genetic Technologies,* Nueva York, 1988.

El Pentágono, acostumbrado a un tratamiento de alfombra roja en la superpatriótica Utah, estaba tan pasmado por la tormenta de audiencias y protestas públicas, como por la amplitud de la oposición. Sin entusiasmo, en septiembre de 1988, el ejército canceló sus planes para el nuevo laboratorio «BL-4». En una entrevista reciente, el organizador de Downwinders, Steve Erickson, apuntó: «Ésta ha sido la primera victoria de base en cualquier parte del mundo frente a las pruebas de guerra química o biológica». En cualquier caso, en 1990 las autoridades de Dugway resucitaron sin querer su esquema de laboratorio de guerra biológica, aunque ahora restringían la gama de las pruebas a los organismos letales «naturales» en lugar de controlar los mutantes biotécnicos.[58]

Un año después, mientras los Downwinders y sus aliados todavía estaban en escaramuzas con el ejército acerca del posible impacto ambiental del nuevo laboratorio, Desert Shield (Escudo Desértico), éste se convirtió repentinamente en el Desert Storm (la Tormenta del Desierto). Washington se preocupó abiertamente por el terrorífico arsenal iraquí de agentes químicos y biológicos, y Dugway lanzó un programa intensivo de experimentos con ántrax, botulismo, plaga bubónica y otras microtoxinas en una renovada instalación de la década de 1950 llamada Laboratorio Baker. Las simulaciones de estos organismos también fueron probadas en la atmósfera.

Downwinders, junto con la Asociación Médica de Utah (dominada por médicos mormones), fueron a la Corte de Estados Unidos para bloquear tanto la reanudación de pruebas en el veterano Laboratorio Baker, como el plan para una nueva «instalación de pruebas biológicas». Su caso se montó alrededor del incumplimiento por parte del ejército de las regulaciones federales de medio ambiente y su escandaloso fracaso por no proveer a los hospitales locales de suero y entrenamiento para afrontar un posible accidente de bioguerra en Dugway. Por ejemplo, el virus del botulismo, fantásticamente tóxico, ha sido probado en Dugway durante décadas, pero en Utah no había ni una sola dosis de antitoxina (de hecho, en 1993, sólo había doce dosis en toda la costa Oeste).[59]

En el juicio, los Downwinders también querían clarificar el papel de las armas químicas y biológicas en la Guerra del Golfo. En primer lugar, esperaban poder forzar al ejército a revelar porqué vacunaron a decenas de miles de sus hombres con un suero antibotulismo experimental y posiblemente

---

58 Steve Erickson, Downwinders, Inc., entrevistado en septiembre y noviembre de 1992 y enero de 1993.

59 *Downwinders, Inc. v. Cheney and Stone,* Civil núm. 91-C-681 j, Corte de los Estados Unidos, Distrito de Utah, División Central.

peligroso. ¿De nuevo estaba el Pentágono utilizando a los soldados como conejillos de indias? ¿Hubo alguna conexión entre las vacunaciones y la rara enfermedad —el llamado «síndrome de la Guerra del Golfo»—que trajeron a casa muchos veteranos?

En segundo lugar, los Downwinders tenían la esperanza de poder clarificar porqué la administración Bush permitió la venta a Iraq de agentes biológicos potenciales en los meses previos a la invasión de Kuwait. «Si la justificación del ejército para retomar las pruebas en Dugway fue la amenaza de una guerra biológica inminente», dice Erickson, «entonces, ¿por qué el Departamento de Comercio permitió la venta de 20 millones de dólares en materiales biológicos de «doble uso» a la Comisión de Energía Atómica iraquí? ¿Estábamos tratando de proteger a nuestras tropas contra nuestros propios bichos renegados?»[60]

Naturalmente, el Pentágono se negó a responder a estas preguntas y los Downwinders perdieron el juicio, aunque siguen convencidos de que los bioagentes son los primeros sospechosos en el Síndrome de la Guerra del Golfo. Mientras tanto, el ejército acabó de levantar el polémico Instituto de Pruebas de Ciencias Biológicas y empezaron a correr los rumores sobre una investigación sobre fibrovirus superletales. Después, en 1994, Lee Davidson, un periodista del periódico mormón *Deseret News*, usó el Acta de Libertad de Información para excavar sobre los detalles de los experimentos con sujetos humanos en Dugway durante las décadas de 1950 y 1960. Dos años después, ex empleados de Dugway se quejaron públicamente, por primera vez, de los cánceres y otras discapacidades que creían estaban causadas por las pruebas químicas y biológicas. El Departamento de Defensa admitió finalmente que la limpieza de los 143 principales puntos negros de Dugway, podría costar mil millones de dólares y llevaría generaciones, si alguna vez fuera finalizada.[61]

¿La Gran Cuenca de «desechos»?

Las protestas de base en los estados intermontanos han perturbado repetidamente los planes mejor pergeñados del Pentágono. Reproduciendo los sentimientos frecuentemente expresados por «Curando las heridas globales», Steve Erickson, de los Downwinders, alardea acerca del dramático

60 Erickson se refiere a la información revelada en diciembre de 1990 por Ted Jacobs, jefe asesor de la Subcomisión de la Casa de Asuntos Comerciales, Monetarios y de Consumo.

61 Entrevistas con Chip Ward, Grantsville, Utah, octubre 1996.

avance realizado por el movimiento pacifista del Oeste a lo largo de la última década. «Hemos podido derrotar al sistema de misiles MX y Midgetman, barrenar la Instalación de Desechos Nucleares propuesta para las tierras del Cañón, detener la construcción del BL-4 de Dugway e imponer una prohibición temporal de las pruebas nucleares. No son logros insignificantes para un grupo de rancheros e indios de Nevada y Utah: supuestamente, ¡dos sólidos estados pro-militares!»[62] Sin embargo, la lucha continua. Los Downwinders y otros grupos, incluidos los Shoshones del oeste y Alerta Ciudadana, ven una nueva y siniestra amenaza ambiental y contra la salud pública bajo la consigna aparentemente benigna de la «desmilitarización». Con el precipitado final de la Guerra Fría, miles de armas tácticas y estratégicas, cada vez más viejas, y también seis toneladas de plutonio militar (la sustancia mas venenosa que ha existido en la historia geológica de la Tierra), deben ser desechados de alguna manera. Como advierte Seth Schulman, «el problema militar nacional de los desechos tóxicos es monumental —una pesadilla de proporciones casi agobiantes».[63]

De forma nada sorprendente, la reacción del Departamento de Defensa ha sido la de deshacerse de la mayoría de sus misiles obsoletos, armas químicas y desechos nucleares en el triángulo poco poblado que forman Reno, Salt Lake City y Las Vegas: un área que quizás tiene ya mil puntos «altamente contaminados» (el número exacto es un secreto) repartidos en dieciséis bases militares y en las instalaciones del Departamento de Energía.[64] La Gran Cuenca, como en 1942 y 1950, ha sido nominada de nuevo para ser sacrificada. Sin embargo, el detrito apocalíptico del Pentágono es una nueva cornucopia regional —el equivalente al postmoderno Comstock— para un puñado de poderosos contratistas de defensa y de empresas de tratamiento de desechos. Tal y como advirtió unos años atrás la periodista ambientalista, Tirana Silton, «una auténtica guerra corporativa está tomando forma a partir del viejo complejo militar-industrial, con el fin de transformarse en un nuevo complejo de eliminación de desechos tóxicos».[65]

Hay enormes beneficios en la eliminación de la vieja artillería, las máquinas de los misiles, las armas químicas, los restos de uranio, la tierra radioactiva, etc. Y a fin de cuentas, las compañías parecen mejorar su imagen cuando el reciclaje militar es combinado con el procesamiento de desechos sólidos urbanos, restos médicos, materiales tóxicos industriales y desechos

62 Ibídem.

63 Schulman, p. 7.

64 El cálculo son de las figuras en Schulman, apéndice B.

65 Entrevista con Triana Silton, septiembre de 1992.

radioactivos no militares, todos importados. El mayor problema ha sido el de encontrar un gobierno local sumiso dispuesto a aceptar el envenenamiento de sus paisajes humanos y naturales.

Ninguna localidad ha estado más ansiosa por adoptar la nueva economía política de desechos tóxicos que el condado de Tooele, inmediatamente al oeste de Salt Lake City. Tal y como un prominente activista se lamentaba conmigo, «los miembros de la comisión del condado han convertido a Tooele en el punto rojo económico más grande del Oeste».[66] Además del Dugway Proving Ground y los viejos polígonos de bombas de Wendover y Deseret, el condado es también el hogar del extenso depósito del ejército de Tooele, donde casi la mitad de las reservas de armas químicas del Pentágono están esperando a ser incineradas. Sus bienes tóxicos no militares incluyen el horno de fundición local de la Corporación Magnesio de América (el líder nacional en la contaminación con gases de cloro) y la West Desert Hazardous Industry Area (WDHIA) que importa desechos peligrosos y radioactivos de todo el país con el propósito de quemarlos en sus dos incineradoras con forma de torre o de enterrarlos en sus tres enormes vertederos.[67]

La mayoría de estas instalaciones han estado enredadas en recientes escándalos de corrupción o de salud y seguridad. Por ejemplo, el anterior director de control de radiación estatal de Utah, fue acusado, a finales de diciembre de 1996, de arrancarle 600.000 dólares («en todo tipo de activos, desde monedas hasta bienes inmobiliarios») a Khosrow Semnani, el dueño de Environcare, el basurero de desechos radioactivos de baja intensidad de la WDHIA. Semnani ha contribuido de forma importante a los legisladores locales en un exitoso intento por mantener los impuestos estatales y las cuotas de Environcare, lo más bajas posible. Mientras los otros dos estados, Carolina del Sur y Washington, que licencian sitios comerciales para desechos de bajo nivel, reciben 235 y 13,75 dólares por pie cúbico respectivamente, Utah cobra unos insignificantes 0,10 dólares por pie cúbico. Como resultado, los desechos radioactivos de todo el país han sido vertidos en el WDHIA.[68]

Mientras tanto, ha aumentado la inquietud acerca de las condiciones de seguridad de la incineradora de armas químicas, valorada en 500 millones de dólares y administrada por la Corporación EG&G, del Depósito del ejército

---

66 Entrevista con Chip Ward, Grantsville Utah, octubre de 1996.

67 Para una descripción del WDHIA y su ambiente natural, véase Barry Wolomon, «Geologic Hazards and Land-use Planning for Tooele Valley and the Western Desert Hazardous Industrial Area», Estudio Geológico de Utah, *Survey Notes*, noviembre de 1994.

68 Jim Wolf, «Does N-Waste Firm Pay Enough to Utah?» *Salt Lake Tribune*, enero, 1997.

de Tooele. Al ser la única incineradora operativa en la parte continental de Estados Unidos (otra incineradora colmada de accidentes esta ubicada en el aislado arrecife Johnson del Pacífico), el depósito es la clave del programa de desmilitarización química del Pentágono, valorado en 31.000 millones de dólares. La vehemente oposición pública ha bloqueado las incineradoras planificadas originalmente en otros siete estados. Sólo en el condado de Tooele, hambriento de empleo e impuestos, que prometió 13 millones de dólares en concepto de «pago de combate» durante siete años, ha encontrado en el ejército un felpudo de bienvenida.[69]

Sin embargo, ya en 1989, los periodistas obtuvieron un informe interno indicando que, en «el peor de los casos», un accidente en la planta podría matar a más de dos mil residentes de Tooele y extender el gas nervioso sobre todo por el urbanizado Wasatch Front. (El National Gulf War Resource Center de Washington, D.C. advirtió más tarde: «Si hay un escape de gas sarín del incinerador de Tooele o de uno de los arcones de agentes de la guerra química, los residentes de Salt Lake City quizás se encuentren con el síndrome de la Guerra del Golfo a la vuelta de la esquina».) Sin embargo, los tribunales federales rechazaron un juicio iniciado en el último momento por el Sierra Club y la Vietnam Veterans of America Foundation, para prevenir la inauguración de la incineradora en agosto de 1996.[70]

De hecho, a las 72 horas de su ignición, un escape de gas nervioso obligó a los operarios a cerrar la instalación. Otro escape serio ocurrió unos meses después. Mas tarde, en noviembre de 1996, el ex director de la planta corroboró el testimonio de los anteriores «aguafiestas», cuando advirtió públicamente a los oficiales de EG&G de que todavía estaban presentes en la operación «300 deficiencias operacionales, de calidad y de seguridad». También se quejó de que el «plan era gestionado por antiguos oficiales del ejército que ignoran los riesgos de seguridad y que se ocupan demasiado de los exigentes programas de incineración». Mientras tanto, los grupos ecologistas han visto crecer su preocupación de que incluso las operaciones «exitosas» de la incineradora, podrían liberar una peligrosa cantidad de dioxinas cancerígenas al ecosistema local.[71]

---

69 Ralph Vartabedian, «Startup of Incinerator Is Assailed», *Los Angeles Times,* 4 de marzo de 1996.

70 Lee Davidson, «An Accident at TAD Could Be Lethal», *Deseret News,* 23 de mayo 1989; y Lee Siegel, «Burn Foes Fear Outbreak of Gulf War Ills», *Salt Lake Tribune,* 12 de enero de 1997.

71 Joseph Bauman, «Former Tooele Manager Calls Plant Unsafe», *Deseret News,* 26 de noviembre de 1996.

Efectivamente, hay una preocupante evidencia de que una siniestra sinergia de ambientes tóxicos puede haber creado ya un lento holocausto comparable al calvario de las comunidades envenenadas y todas sus secuelas registradas por Carole Gallagher. Por ejemplo, al noreste del Valle Toeele, Grantsville (5.000 habitantes) está actualmente bajo las sombras superpuestas del plumaje de cloro de la Corporación Magnesio, las emisiones de las incineradoras de material peligroso en el WDHIA y cualquier cosa que se escape de la instalación de Desmilitarización Química. En el pasado también se ha visto afectada por los vientos radioactivos de las pruebas nucleares de Nevada y por la descarga de gas nervioso de Dugway, además de la detonación a cielo abierto de la vieja artillería en la cercana, aunque ahora cerrada, Área Norte del depósito del ejército.

Durante años, Grantsville ha vivido bajo un sentimiento de terror creciente, mientras los casos de cáncer se multiplicaban y el cementerio se llenaba de muertes prematuras, particularmente mujeres de treinta años. Como en una novela de Stephen King, había numerosos rumores de que algo andaba muy mal. Finalmente, en enero de 1996, un grupo de residentes organizados en la West Desert Healthy Enviroment Coalition (HEAL) [Coalición por un Medio Ambiente Saludable en el Desierto del Oeste] por el bibliotecario Chip Ward y la concejal Janet Cook, llevaron a cabo una encuesta en 650 familias locales, que representaban a más de la mitad de la población de Grantsville.

Para su horror, descubrieron 201 casos de cáncer, 181 casos de dificultades respiratorias graves (que no incluyen bronquitis, alergias o neumonías) y 12 casos de esclerosis múltiple. Aunque los voluntarios de la CMSDO creen que la mayoría de los residentes mormones han informado sólo de una parte de sus problemas reproductivos actuales, registraron 29 defectos serios de nacimiento y 38 casos actuales de daños reproductivos graves. Dicho en otras palabras, en dos tercios de los hogares consultados había un miembro de la familia con cáncer o alguna invalidez mayor: muchas veces el promedio del estado y de la nación. Como dijo Janet Cook a un periodista, «Grantsville no tiene nada que envidiarle a Utah del sur».[72]

«Más notable aún», observa Ward, «parecía que el cáncer estaba concentrado en los antiguos residentes». Una fuente de exposición histórica que ahora Ward y otros piensan que fue subestimada, fueron las pruebas de

---

72 West Desert Healthy Environment Alliance, *The Grantsville Community's Health: A Citizen Survey,* Grantsville, Utah, 1996; Diane Rutter, «Healing Their Wounds», *Catalyst,* abril, 1996. Véase también «Listen to Cancer Concerns», editorial del *Salt Lake Tribune,* 6 de abril de 1996.

Dugway. «Por ejemplo, una mujer encuestada informó de que ella dio a luz gemelos seriamente deformados, varios meses después de la matanza de las ovejas en el Valle Skull en 1968. Su médico le dijo que nunca había visto tantos defectos de nacimiento como en ese año».[73]

Pero indudablemente, más allá de un incidente particular, la influencia negativa queda demostrada por la terrorífica concentración de morbosidad en Grantsville. Los expertos en salud ambiental han dicho a la CMSDO que «la acumulación, la exposición múltiple, con "virulencia sinérgica" [el total es mayor a la suma de sus partes]» explica la prevalencia local de cánceres y enfermedades pulmonares. En un pueblo afectado por los vientos radioactivos, donde la mayoría de la población trabaja en profesiones arriesgadas, incluyendo el Depósito del Ejército, Dugway, WDHIA y la Corporación Magnesio, la exposición ambiental se ve redoblada por la exposición ocupacional y viceversa.[74]

En consecuencia, la West Desert HEAL, apoyada por la Progressive Alliance que incluye a grupos de obreros, mujeres y ecologistas de Utah, está exigiendo más control ambiental, la Moratoria de las emisiones y las detonaciones abiertas, la documentación completa sobre las pruebas militares anteriores y un estudio básico de la salud regional con una participación ciudadana significativa. A principios de 1997, se obtuvo una aprobación legislativa para un estudio sobre salud y una reducción radical en las detonaciones del Ejército. Sin embargo, la Corporación Magnesio seguía expulsando cloro y el Pentágono seguía jugando con fuego con 13.616 toneladas de gas nervioso.[75]

Desde un taburete de la taberna *Dead Dog,* Grantsville parece una reliquia viviente del Viejo Oeste de los mineros, los vaqueros y los indios desilusionados. Sólo a unas cuantas millas, sobre el mismo camino, se puede ver la expansión suburbial cada vez más cercana. Desde 1995, el área metropolitana de Salt Lake City se ha extendido. O mejor dicho, ha explotado en el norte del Valle Tooele. La sede del condado, Tooele, ha sido destacada en el *New York Times* como «una de las ciudades con mayor velocidad de crecimiento del Oeste» y Overlake, una vasta y planificada periferia rica de mil millones de dólares, ha sido depositada sobre sus márgenes. [76]

---

73 Entrevista con Chip Ward, Grantsville, Utah, octubre de 1996.

74 Ibídem.

75 Entrevista con Chip Ward, enero de 1997.

76 James Brooke, «Next Door to Danger, a Booming City», *New York Times,* 6 de octubre de 1996.

Aunque los promotores locales se mofan de la campaña popular de los «tree-huggers» y de los grupos antipolución, segmentos significativos de la población urbana estarán pronto bajo la sombra tóxica de las horrorosas industrias de Tooele. «Cuando los nuevos habitantes suburbanos se despierten una mañana y noten que ellos también están siendo afectados por los vientos tóxicos», predica Chip Ward, «en ese momento la política ecologista de Utah será realmente interesante».[77]

1992 / 1997

Postscriptum

Interesante, sin duda. En 1997 la pequeña banda gosiute del Valle Skull (actualmente la mayoría vive en Grantsville) sorprendió al resto de Utah al firmar un contrato para abrir su reserva a 40.000 toneladas de desechos nucleares de servicios públicos importados de otros estados. Aunque la mayoría de los americanos nativos del oeste ha rechazado el almacenamiento nuclear por considerarlo la peor forma de «racismo ambiental», el líder tribal Leon Bear (un no-tradicionalista que no habla gosiute) persuadió a la mayoría de sus miembros de que la instalación propuesta de 3.000 millones de dólares no solamente iba a hacer rica a la tribu, sino que además iba a asegurar la preservación de su lengua, ahora en peligro. Contra la amarga oposición de los tradicionalistas tribales, que reclamaron que la instalación del almacenamiento iba a destruir un paisaje sagrado, Bear sostenía que sólo sería una dulce venganza contra una sociedad blanca que ha expulsado a los gosiutes del Valle Tooele y ha llevado a su cultura al borde de la extinción. Los críticos ecologistas, como Downwinders Inc., responden que aunque los indios del Valle Skull tienen un caso fuerte para lograr reparaciones, sería mejor no pagarles con plutonio.

En cualquier caso, la rata gosiute sigue rugiendo en 2002, mientras los funcionarios luchan por bloquear la construcción en el Valle Skull. El complejo para el Almacenamiento de Combustible Privado está previsto como un siniestro parque de arte ambiental: cuatro mil botes de acero inoxidable

---

77 Entrevista con Chip Ward, enero de 1997. Su hito, *Canaries on the Rim: Living Downwind in the West*, un informe comprensivo de la pesadilla de Grantsville, fue publicado por Verso en 1999.

de 18 pies de altura sobre una superficie de 820 acres. (El reflejo podría verse desde el espacio.) Las empresas de servicios públicos prevén el envío de miles de cargas de combustibles. Cada una contiene una descarga de radioactividad a largo plazo diez veces mayor que la bomba de Hiroshima, durante un periodo de treinta años. Aunque el combustible gastado está destinado a ser almacenado para la eternidad en la cripta de las montañas de Yucca, no queda claro si la Zona de Nevada —bajo el asedio de científicos y opositores locales— volverá a abrirse. Así, el Valle Skull se convertiría, por defecto, en el cementerio permanente de la edad nuclear y en las pesadillas de los residentes de Salt Lake City, el objetivo terrorista más tentador de toda la nación.

3. *El esqueleto de Berlín en el armario de Utah*

Todo dispersado yace sobre Berlín.

Günter Grass

EL SUBURBIO DE BERLÍN MÁS REMOTO, secreto y huérfano está en el desierto de sal, aproximadamente a noventa millas al sudoeste de Salt Lake City. «El barrio alemán,» como es denominado oficialmente en los mapas desclasificados del Dugway Proving Ground del ejército de Estados Unidos, es el remanente de un gran «barrio condenado» alemán / japonés, construido por la Standard Oil en 1943. Este barrio jugó un papel crucial en el último gran proyecto público del gobierno del New Deal: la incineración de las ciudades del este de Alemania y de Japón.

En 1997, el ejército me permitió recorrer brevemente el barrio alemán con una docena de mis estudiantes del Instituto de Arquitectura de California del Sur. Dugway, hay que mencionarlo, es un poco más grande que Rhode Island y está más contaminado que la Zona de Pruebas Nucleares del cercano estado de Nevada. Como un laboratorio del diablo, durante tres generaciones de armas químicas, incendiarias y biológicas estadounidenses, siempre ha estado envuelto en los secretos oficiales y en los mitos de la Guerra Fría. Sin embargo, la amenaza de la reestructuración ha impulsado al ejército a montar una pequeña campaña de relaciones públicas en nombre de Dugway. Desde que el napalm, el botulismo y el gas nervioso binario no son atracciones turísticas convencionales, el Dugway Proving Ground garantiza, en cambio, la conservación de un original sector de la

autopista Lincoln.[1] La mayoría de los visitantes son automovilistas entusiastas y aventureros que vienen a admirar el puente decrépito de una sola senda que vadea un terreno pantanoso en Baker Area, no muy lejos del controvertido laboratorio de guerra biológica, cercado por un doble perímetro de alambre de espino donde el ejército juega con tensiones andrómedas.

El barrio alemán está más o menos a doce millas al oeste, en un extenso laberinto de misteriosos lugares de pruebas y áreas señaladas como objetivos, que el comandante de Dugway no está ansioso por sumar al itinerario de los visitantes. Sólo cedió cuando convencimos a su gabinete de prensa de que el pueblo tenía un aura importante que podría acrecentar su «base patrimonial»: de hecho, fue diseñado por uno de los dioses del modernismo, el arquitecto judío-alemán, Eric Mendelsohn.

Bombardeando sobre Brecht

En 1943, el Cuerpo de Guerra Química reclutó en secreto a Mendelsohn para trabajar con los ingenieros de Standard Oil y los diseñadores del RKO con el fin de crear un barrio marginal en miniatura de Hohenzollern en el desierto de Utah. Nada en la apariencia de la estructura que todavía sobrevive —la manzana de viviendas dobles conocidas como el edificio 8100— da indicación de que sea el producto de las mismas manos que diseñaron los hitos del Berlín de Weimar, tales como las oficinas del Berliner Tageblatt, el Columbushaus, la quinta Sternefeld en Charlottenburg o el Complejo Woga sobre el Kurfurstendamm. El Cuerpo de Guerra Química quería algo absolutamente «típico» en todos los aspectos del diseño y la construcción.[2]

Estaban apurados. A pesar del horroroso éxito de sus miles de ataques incendiarios contra Colonia y Hamburgo, sus aliados británicos estaban cada vez más frustrados por su inhabilidad para iniciar una tormenta de fuego en la capital del Reich. El máximo asesor de los aliados insistió en un programa rápido de experimentación incendiaria con réplicas exactas de las viviendas de la clase trabajadora. Sólo Estados Unidos —o, mejor

1 Departamento de Interior, *Historic Properties Report: Dugway Proving Ground*, Washington, D.C., 1984.

2 Lo que sigue es tomado de Standard Oil Development Company, «Design and Construction of Typical German and Japonese Test Structures at Dugway Proving Grounds, Utah», 27 de mayo de 1943 (copia proporcionada por la oficina de relaciones públicas de Dugway).

dicho, las fuerzas combinadas de Hollywood y la industria petrolera— tenía los recursos para completar la tarea en unos meses. Los procesos de diseño y construcción estaban unidos con una secreta investigación paralela sobre las características del fuego sobre las casas japonesas, coordinados por el arquitecto Antonin Raymond, que trabajó en Japón antes de la guerra.[3] El eventual complejo de pruebas era de cinco millas cuadradas.

El logro de Mendelsohn fue el anonimato de sus resultados: seis iteraciones de viviendas adornadas profundamente con gabletes —*mietskasernen* o «cuarteles alquilados»— que hicieron de los distritos rojos de Berlín los barrios marginales más densamente poblados de Europa. Tres de las manzanas de apartamentos tenían techos de tejas sobre listones, característicos de las construcciones de Berlín, mientras los otros tres tenían techos de pizarra sobre revestimiento, más común en las ciudades industriales del Rhin. Por otra parte, aunque no tan altas como su contraparte de siete pisos de Wedding o Kreuzberg, las estructuras de pruebas eran réplicas increíblemente precisas, muy superiores en todas las especificaciones que los británicos habían logrado en su propio objetivo alemán de Harmondsworth.

Antes de dibujar cualquier boceto, Mendelsohn investigó exhaustivamente la cubierta de las terrazas —un parámetro incendiario crítico— de los barrios de Berlín y de otras ciudades industriales señaladas como objetivos. Sus datos eran «extensos y estaban confirmados», informó el Standard Oil Development Company, «a través de un miembro de la Escuela de Arquitectura de Harvard, un experto en la construcción de edificios alemanes con marcos de madera». (¿Podría haber sido Walter Gropius?) Los constructores, trabajando con los ingenieros especializados en la protección contra incendios, prestaron una extraordinaria atención para asegurarse de que los marcos (una madera auténtica importada de lugares tan lejanos como Murmansk) replicarán el envejecimiento y la gravedad específica de las construcciones alemanas más viejas. Cuando los expertos en incendios objetaron, diciendo que el clima de Dugway era demasiado árido, sus homónimos de la Standard Oil procuraron mantener la madera húmeda, haciendo que los soldados «regasen» los objetivos regularmente simulando la lluvia prusiana.

---

3 Antonin Raymond, *An Autobiography*, Rutland, Vt., 1973. «Como yo estaba muy ocupado en Fort Dix, Nueva Jersey, construimos una fábrica prefabricada cerca de Fort Dix, y establecimos una línea de camiones de Dix en Jersey hasta el Utah Proving Grounds, a miles de kilómetros de distancia, con el fin de transportar las partes prefabricadas. Las partes eran luego armadas en el Proving Grounds y sometidas a bombardeo. Inmediatamente después de ser destruídas, se levantaban otras nuevas, hasta que el resultado fuera satisfactorio. Los edificios estaban completamente amueblados con *futon, zabuto*, y todo lo que uno normalmente encuentra en una casa japonesa. Incluso tenían *amado* (persianas corredizas) y el bombardeo ocurría de noche y de día, con el *amado* cerrado o abierto», (traducido para esta edición), (p. 189).

Mientras tanto, los muebles interiores fueron alquilados a la División de Autenticidad de la RKO, los genios detrás de *Ciudadano Kane*. Utilizando a los artesanos entrenados en Alemania, duplicaron los baratos, aunque pesados muebles, que eran la dote matrimonial de las casas del proletariado de Berlín. El lino alemán fue estudiado cuidadosamente para asegurar la homologación con los cubrecamas y cortinas. Mientras los autentificadores discutían los detalles con Mendelsohn y los ingenieros expertos en incendios, el proceso de construcción se aceleró en secreto reclutando a la mayoría de los internos de la Prisión Estatal de Utah. Llevó sólo cuarenta y cuatro días terminar el barrio alemán y su homónimo japonés (doce apartamentos dobles, amueblados con *hinoki* y *tatami).* El complejo entero fue dinamitado con thermite y napalm, y reconstruido completamente por lo menos tres veces entre mayo y septiembre de 1943. Como conclusión, las pruebas mostraron la superioridad del napalm M-69, recientemente inventado.[4] Era un espléndido ejemplo de la típica costumbre americana «de encarar la guerra como si fuera un vasto proyecto de ingeniería cuyos procesos esenciales son tan precisamente calculados como la fuerza requerida por un tensor de un dique o de un puente».[5]

La marca secreta de Mendelsohn sobre el barrio alemán es también rica en ironías. Como todos sus contemporáneos progresistas de Weimar, tiene un profundo interés en la reforma de las viviendas y en la creación de una *neue Wohnkultur* (nueva cultura de vida). Sin embargo, como han notado todos sus biógrafos, nunca participó en los grandes concursos de vivienda pública organizados por los socialdemócratas a finales de la década de 1920 y que representaron un escaparate crucial para las ideas urbanísticas del emergente movimiento Moderno. Su ausencia en el concurso de Weissenhof Siedlung de 1927 fue la más dramática (y misteriosa). Éste era el proyecto de viviendas, modelo coordinado por Mies van der Rohe y patrocinado por el gobierno izquierdista de Stuttgart al que Philip Johnson ha llamado «el grupo de constructores más importante en la historia de la arquitectura moderna». En su biografía, Bruno Zevi dice que Mendelsohn fue «*excluido* de las grandes obras de Siedlung». (¿Está dando a entender antisemitismo?)[6]

Si así fuera, el barrio alemán de Dugway fue su venganza. Allí había viviendas de trabajadores perversamente diseñadas con el fin de acelerar la campaña «para dejar sin hogar al trabajador industrial alemán», como decían bruscamente los ingleses. Las obras maestras de Weissenhof de Gropius y de

---

4 Louis Fieser, *The Scientific Method: A Personal Accpunt of Unusual Projects in War and Peace*, Nueva York, 1964, pp. 129-30; y Kenneth Werrell, *Blankets of Fire: US Bombers over Japan during World War II*, Washington, D.C., 1996, p. 49.

5 Barry Watts, *The Foundations of US Air Doctrine*, Maxwell Air Force Base 1984, p. 106.

6 Bruno Zevi, *Erich Mendelsohn*, Londres, 1985, p. 140.

los hermanos Taut fueron incluidas en el 45% del inventario de viviendas alemanas de 1939 que el Comando de Bombarderos y la Octava Fuerza Aérea lograron destruir o dañar en la primavera de 1945.[7] Efectivamente, los bombarderos aliados hicieron añicos más utopías socialistas y modernistas de los años veinte que villas nazis. (Se estima que aproximadamente el 95% de los miembros del partido Nazi sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial.)[8]

¿Mendelsohn y los otros refugiados antinazis que trabajaron en el barrio alemán estaban en desacuerdo con la experimentación incendiaria que sólo implicaban las viviendas de la gente común? ¿Entendieron la agonía que el Cuerpo de Guerra Química planificaba imponer sobre el proletariado de Berlín? (Parado frente al edificio 8100, no podía evitar pensar lo siguiente: «Esto es como bombardear sobre Brecht».) Ninguna memoria o correspondencia —Mendelsohn era notoriamente callado— autoriza a cualquier suposición. Por otro lado, los historiadores de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, han excavado un complejo, a veces tortuoso debate (uno que nunca se dio en el infierno racial del Teatro del Pacífico) acerca de la ética de arrojar bombas incendiarias sobre Berlín.

La sociedad zoroastriana

Durante los primeros días de la Segunda Guerra Mundial, decenas de miles de votantes estadounidenses de ascendencia alemana e italiana se sentían tranquilos porque la Fuerza Aérea nunca señalaría, deliberadamente, como objetivo a «un hombre común de la calle». Los estadounidenses estaban oficialmente comprometidos con una destrucción limpia y de alta tecnología de objetivos estrictamente militares o militar-industriales. La Octava Fuerza Aérea envió a sus tripulaciones a hacer incursiones de «precisión» durante el día contra objetivos visualmente identificables, en contraste con sus aliados británicos que en vuelos relámpago bombardeaban las ciudades alemanas por la noche, repetidamente, con la esperanza de aterrorizar a sus habitantes para que huyesen o se rebelasen. Las extraordinarias tecnologías del B-17 y del bombardero Norden, permitieron a Estados Unidos bombardear «con valores democráticos». (En ese entonces, al igual que ahora, los «daños colaterales» fueron limpiamente escondidos bajo la alfombra de la conciencia nacional.)

7 Richard Rommer y Cristian Otto, *Weissenhof 1927 and the Modern Movement in Architecture*, Chicago, 1991, pp. 156-7.

8 Alexander Richie, *Faust's Metropolis: A History of Berlin*, Londres, 1999, p. 533.

Pero, tal y como dramatiza la construcción del barrio alemán, la historia no censurada es considerablemente más siniestra. Mientras la doctrina de la administración, la tecnología de las aeronaves y la opinión publica nacional preservaban una gran inversión en el bombardeo de precisión, el bombardeo «moral» o contra civiles nunca fue excluido por Estados Unidos en la planificación de la guerra contra Alemania. Tal y como han demostrado Ronald Schaffer y otros historiadores, la AWPD-1 —una estrategia secreta para una guerra aérea contra Alemania que fue aprobada unos meses antes de Pearl Harbor— imaginaba que podría ser «muy beneficioso enviar un ataque total y a gran escala sobre la población civil de Berlín» después de que el bombardeo de precisión hubiese desgajado las industrias del Ruhr. Como preparación para un ataque contra una metrópolis industrial del nivel de Berlín, la Escuela del Cuerpo de Tácticas Aéreas ya había «bombardeado» las críticas infraestructuras de la ciudad de Nueva York durante un ejercicio táctico en 1939.[9]

Los británicos presionaron fieramente a la Octava Fuerza Aérea estadounidense para que formara parte de su cruzada de «bombardeos de superficie». Incluso antes de la Batalla de Inglaterra, Churchill había defendido un «ataque de devastación y exterminio absolutos con bombarderos pesados sobre el país de la patria nazi».[10] El vuelo relámpago generó rápidamente una opinión publica vengativa que apoyó ésta estrategia de bombardear a los civiles enemigos. Pero ni Churchill, ni su máximo asesor científico, una especie de Doctor Strangelove, lord Cherwell, estaban interesados prioritariamente en la venganza *per se*. Mientras liberaban la furia del Comando de Bombarderos en marzo de 1942, probaban la hipótesis, bastante avanzada por lord Trenchard, el pionero teórico de Gran Bretaña especializado en bombardeos estratégicos, de que la moral nacional (como en 1918) era el talón de Aquiles de Alemania. Esta teoría pronto se convirtió en la *idée fixe* en torno a la que giró toda la política aérea británica.[11]

Claro que hay distintas formas de aterrorizar a los alemanes desde el cielo. Por ejemplo, podían haber elegido las mansiones de la élite política e industrial nazi para un castigo aéreo. Pero esto suponía una arriesgada represalia sobre el Peerage de Burke y fue excluida por Cherwell desde el

---

9 Robert Pape, *Bombing to Win: Air Power and Coercion in War*, Ithaca, 1996, p. 64.

10 John Terraine, *The Right of the Line: The Royal Air Force in the European War*, 1939-1945, Londres, 1985, p. 259.

11 Ibídem, p. 263. Los defensores del bombardeo de terror, como Cherwell, Trenchard, sir Charles Portal y por supuesto, Arthur Harris del Comando de Bombarderos, sostuvieron que una campaña sostenida iba a provocar la completa derrota del Reich en 1944, y sólo con la ayuda de «una fuerza terrestre relativamente pequeña» (p. 504).

principio. «El bombardeo tiene que ser dirigido esencialmente hacia las casas de la clase trabajadora. Las casas de la clase media tienen demasiado espacio a su alrededor y eso supondría un desperdicio de bombas». Por lo tanto, los escuálidos Mietskasernen eran el centro del blanco y el «bombardeo de superficie» fue adoptado como el eufemismo oficial para el temprano «exterminio» de Churchill.[12] «Ya estaba decidido» dice la orden oficial a la tripulación aérea en febrero de 1942, «que el objetivo principal de nuestras operaciones debe enfocarse sobre la moral de la población civil del enemigo y, en particular, la de los trabajadores industriales».[13] En noviembre de 1942, cuando las incursiones nocturnas con miles de bombas sobre el oeste de Alemania se hicieron muy comunes, Churchill fue capaz de alardear ante el FDR acerca de las heroicas cuotas que la RAF consiguió producir: 900.000 civiles muertos, un millón seriamente heridos y 25 millones sin hogar.[14]

A. J. P. Taylor escribiría sobre «la disposición de los británicos, de todas las personas, a no detenerse cuando llevan adelante una guerra. Las limitaciones civilizadas, todas las consideraciones de moralidad, fueron abandonadas». En ese momento, el único disentimiento público fue la poderosa manifestación del escritor británico Vera Brittain, *Massacre by Bombing,* que fue publicada en Estados Unidos por Fellowship of Reconciliation. Poco después, el líder socialista Norman Thomas, defendió a Brittain en un famoso debate radial con Norman Cousins, el belicoso editor de *The Saturday Evening Post.* Aunque Brittain y Thomas generalmente eran ignorados por la prensa, algunos de los jefes aéreos estadounidenses, como el General George McDonald, director de Inteligencia de la Fuerza Aérea, compartían en privado su repulsión hacia «el homicidio y la destrucción indiscriminados».[15] El General Cabell, otro «precisionista» se quejó de un «mismo plan que vale tanto para matar a bebes, como a muchachos que se hacen ricos rápidamente».[16] El secretario de Guerra, Henry Stimson y el jefe de equipo, George Marshall, también lucharon silenciosamente por mantener una distinción moral entre los líderes nazis y la clase trabajadora alemana. (Stimson, sin querer «que Estados Unidos tenga una reputación que exceda a Hitler en las atrocidades» se opuso igualmente

12 «La política aérea, la política de bombardeos, todo el curso de la ofensiva estratégica, estaba ahora arrastrada exorbitantemente hacia el método que ni siquiera Churchill llama "exterminio", aunque la palabra "moral" aún era ampliamente usada, y de forma más general, "bombardeo aéreo"» [traducido para esta edición]: ibídem, (p. 262).

13 Lee Kennett, *A History of Stragetic Bombing,* Nueva York, 1982, p. 129.

14 Terraine, *op. cit*., p. 507. «This was a prescription for massacre; nothing more or less» [Esto fue una receta para la masacre, ni más ni menos].

15 Ronald Schaffer, *Wings of Judgement: American Bombing in World War II*, Nueva York, 1985, p. 102.

16 Ibídem, p. 92.

al bombardeo incendiario en Japón.)[17] Mientras tanto, los informes al FDR se quejaron de que la tripulación de la Octava Fuerza Aérea «no abrigase un odio particular hacia los alemanes», faltaba la motivación racial vengativa de sus hermanos en el Pacífico.[18] Pero el Comandante en Jefe, influido por sus propios asesores y su amistad con Churchill, estaba más abierto a la posibilidad de masacrar a los civiles enemigos. Cuando la Operación Gomorrah de la RAF de julio y agosto de 1943 tuvo éxito en generar tormentas de fuego en el corazón de Hamburgo (había siete mil niños entre las víctimas carbonizadas), informaron que Roosevelt estaba gratamente impresionado.[19]

Gomorrah también estrechó las manos de los defensores de la guerra incendiaria dentro de la Fuerza Aérea y del Comité de Investigación de Defensa Nacional. Seis meses antes de Pearl Harbor, el Servicio de Guerra Química había despachado en secreto a Enrique Zanitti, un químico de la Universidad de Columbia, para estudiar la guerra incendiaria en Londres. Éste se convirtió en un influyente y ardiente partidario del método churchiliano de las piedras de salmuera y brea. Después de la llegada de la Octava Fuerza Aérea, el ambicioso jefe de la sección de Químicos, Crawford Kellog, también buscó a los expertos británicos. En consecuencia, la RFA organizó un grupo de discusión, la llamada Sociedad Zoroastriana, con el fin de compartir información técnica y promover la estrategia para quemar la ciudad.[20] Pronto se convirtió en un hogar intelectual para jóvenes y agresivos comandantes, como Curtis Le May que estaba infectado del entusiasmo británico por las armas incendiarias y quería ver su despliegue generalizado en todos los teatros. Su posición fue respaldada por el asistente del secretario de Guerra, Robert

---

17 Conrad Crane, *Bombs, Cities and Civilians: American Airpower Strategy in World War II*, Lawrence, University Press of Kansas, 1993, pp. 29-30 y 34-37. Desgraciadamente, el secretario de guerra no encontraba ninguna consistencia significativa que moviese sus escrúpulos. «Robert Oppenheimer recordó que Stimson pensaba que era "espantoso" que nadie protestara por la gran pérdida de vidas causada por las incursiones aéreas contra Japón» [traducido para esta edición], p. 37.

18 Ibídem, p. 58.

19 Kenneth Hewitt, «Place Annihilation: Area Bombing and the Fate of Urban Places», AAAG 73. núm. 2 (1983), p. 272; Werrell, p. 41; Sherry, p. 156; y Crane, pp. 32-33; 1.3 millones de bombas incendiarias fueron arrojadas sobre Hamburgo. El número de muertos ha sido estimado en 45.000, «no se podía calcular el número exacto de las capas de cenizas humanas» [traducido para esta edición]. Brooks Kleber y Dale Birdsell, *The Chemical Warfare Service: Chemicals in Combat [United States Army in World War II]*, Washington, D.C., 1966, p. 619.

20 Crane, *op. cit.*, p. 91; y Kleber y Bursell, *op. cit.*, pp. 617-19. Véase también Michael Sherry, *The Rise of American Air Power: The Creation of Armageddon*, New Haven, Yale University Press, p. 227.

Lovett. En una reunión para discutir la implementación de una bomba antipersonal de pesadilla cargada con napalm y fósforo blanco, sostuvo: «Si vamos a una guerra total, deberíamos hacerla lo más horrible posible».[21]

En casa, los civiles a menudo eran más ávidos defensores de una guerra total que sus homónimos militares. Por ejemplo, Walt Disney popularizó las escalofriantes ideas del emigrante ruso, Alexander P. de Seversky —un fanático defensor del bombardeo sobre ciudades— en la película, *Victory Through Airpower.*[22] Después de la caída de Bataan, *Harper's* publicó un artículo ampliamente discutido que exaltaba los ataques con bombas incendiarias sobre Kyoto y Kobe: «Es terrible contemplar el sufrimiento que puede causar un ataque incendiario. Pero ésta es la manera más barata de inmovilizar a Japón».[23] Además, la guerra incendiaria contó con el poderoso apoyo de científicos influyentes de Harvard (liderados por el «padre del napalm», Louis Feiser), empresas petroleras, psicólogos (que estudiaron la moral del Eje)[24] y la industria de protección contra el fuego. Los expertos en seguros contra incendios, tal y como enfatiza uno de los historiadores, «no asesoraban simplemente a la Fuerza Aérea. La empujaron tanto como pudieron para hacerla iniciar una guerra incendiaria contra fábricas y hogares». Les encantaba mostrar a los aviadores la potencialidad incendiaria de estructuras como las iglesias, que eran «bastante vulnerables a pequeños incendios».[25] El principal analista de operaciones, Willian B. Shockley (el futuro inventor del transistor y un notorio defensor de la inferioridad intelectual de las personas de color) sostuvo la causa de las bombas incendiarias con un ingenioso calculo de su superior «rentabilidad» destructiva.[26]

El barrio alemán fue construido en mayo de 1943, la víspera de la ofrenda quemada de Churchill a Hamburgo, con el fin de afrontar las oportunidades y los problemas que estaban más allá del perímetro moral del bombardeo de precisión. Se trataba un *show* comercial para el aburguesado lobby de la guerra incendiaria hambriento de «beneficios». Quienes planeaban la ofensiva aérea contra las ciudades de Japón, estaban entusiasmados por ver cómo las bombas incendiarias, recientemente inventadas, incluido el

---

21 Schaffer, *op. cit*. p. 93.

22 Crane, *op. cit.*, p. 24.

23 Charles McNichols y Clayton Carus, «One Way to Cripple Japan: The Inflammable Cities of Osaka Bay», Harper's, junio de 1942.

24 Para descubrir la mejor manera de destrozar la moral alemana, un psicólogo del estado de Ohio propuso convertir a los civiles internos nazis en «conejillos de indias» con el fin de descubrir qué miedos o tormentos podrían desmoralizarlos (Schaffer, *op. cit*., p. 91).

25 Schaffer, p. 109.

26 Sherry, *op. cit.*, p. 232.

napalm y una increíble «bomba murciélago» (el proyecto rayo-X) que arrojaba cientos de murciélagos vivos cargados con diminutas bombas incendiarias, que caían sobre las viviendas japonesas de Dugway.[27] Mientras tanto, la Sociedad Zoroastriana estaba buscando pistas acerca de cómo prender fuego al enorme escudo de ladrillo de Berlín.

El «marxismo» de Churchill

En su autoritario informe de postguerra, *The Fire Attacks on German Cities*, Horatio Bond, el experto en incendios del Comité de Investigaciones para la Defensa Nacional, subrayó la frustración de los aliados. «Berlín era más difícil de quemar que la mayoría de las otras ciudades. Tenía mejores construcciones edilicias. En otras palabras, los edificios residenciales no presentaban grandes divisiones o áreas de fuego. Hubo que disminuir aproximadamente dos veces la cantidad de bombas incendiarias para asegurar el fuego en cada división». Como demostraron las pruebas en el barrio alemán, «poco [podría] esperarse de la libre expansión del fuego de edificio en edificio». Los edificios se perdieron «porque fueron golpeados por las bombas, no porque el fuego se extendiera desde de un edificio a otro».[28]

Mientras Zhukov estaba, literalmente, escupiendo en el Spree, los británicos se adhirieron a la creencia (o demencia, puesto que muchos estadounidenses lo vieron así) de que Berlín podría quedar hecha pedazos después de la guerra. Lo que los *mietskasernen* se negaban a favorecer en términos de combustibilidad, argumentaron los planificadores de la RFA, podría ser compensado con más bombardeos y más densidad incendiaria. Asumieron que el intolerable sufrimiento civil produciría, inevitablemente, una revuelta del proletariado en el corazón del Tercer Reich. «Los británicos», explica Robert Pape, emparentaron claramente «el temor aéreo con el temor Rojo de los años veinte. Según ésta lógica, el poder aéreo iba a bombardear los centros industriales, creando desempleo y pánico masivos, especialmente entre las clases trabajadoras, que en un momento dado derrocarían al gobierno. En definitiva, un ataque aéreo contra las poblaciones provocaría un levantamiento de la clase trabajadora contra la clase

---

27 Jack Couffer, *Bat Bomb*: *World War II's Other Secret Weapon*, Austin, Texas, 1992.

28 Horatio Bond, «The Fire Attacks on German Cities» en *National Fire Protection Association, Fire and the Air War*, Boston, 1946, pp. 86 y 243 (véase también p. 125).

gobernante».[29] Churchill, que pensó que suficientes bombarderos Lancaster convertirían a los trabajadores de Berlín otra vez en antifascistas, se mantuvo más marxista que Stalin, quien parece haber sido el único en entender la enormidad del dominio moral del hitlerismo sobre la capital del Reich.

Prometiendo al pueblo británico que «Berlín iba a ser bombardeada hasta que el corazón de la Alemania Nazi dejara de latir», sir Arthur Harris (cuyo entusiasmo por bombardear civiles empezó en la Tercera Guerra Afgana de 1919)[30] dejó partir a los pesados bombarderos de la RAF el 18 de noviembre. En una nueva estrategia, llamada por los alemanes *bombenteppich* o «bombardeos en alfombra», los Lancasters, sobrevolando en formaciones peligrosamente cercanas, concentraron su descarga de bombas sobre áreas pequeñas y densamente pobladas. El éxito de la misión fue medido simplemente por la cantidad de acres urbanos destruidos. Los ataques incendiarios fueron seguidos por explosivos que tenían el deliberado objetivo de matar bomberos, rescatistas y refugiados. En línea con la doctrina churchiliana de apuntar a los Cinturones Rojos de Weimar para maximizar el descontento, la famosa fortaleza del KPD en Wedding fue completamente pulverizada y puesta en llamas.[31]

El zoológico también fue un objetivo, que sin querer aumentó la ración de carne de los residentes más pobres de la ciudad. «De forma sorprendente, los berlineses descubrieron que algunos platos extraños eran sumamente sabrosos. Por ejemplo, la cola de cocodrilo, cocinada lentamente en grandes recipientes, no era muy diferente al pollo gordo, mientras que el jamón y la salchicha de oso demostraron una delicadeza particular.» Aunque Harris no pudo avivar una tormenta de fuego al estilo de Hamburgo sobre el Tiergarten, los Lancasters arrasaron casi un cuarto del centro metropolitano. La BBC alardeaba que aproximadamente 1.000 berlineses fueron heridos o eliminados.[32]

Sin embargo, como Harris mismo tuvo que reconocer a Churchill, el gran esfuerzo de la RAF «no parecía ser un gran éxito». Por un lado, Goebbels, el verdadero gobernante de la ciudad, montó una brillante defensa con sus

---

29 Pape, p. 61. La misma idea apareció después cuando planificaron las incursiones incendiarias sobre Japón. «Antes del otoño de 1944, cuando el *Joint Target Group* estaba planificando la incursión con bombas incendiarias, el profesor Crozier había sugerido que la fuerza aérea podría intensificar la hostilidad entre clases si exterminara los barrios bajos mientras se dejaba intactos los distritos opulentos». [Traducido para esta edición] (Schaffer, p. 136).

30 Charles Messenger, *«Bomber» Harris and the Strategic Bombing Offensive, 1939-1945*, Nueva York, 1984, p. 15.

31 Anthony Read y David Fisher, *The Fall of Berlin*, Londres, 1992, p. 130.

32 Ibídem, pp. 141-42.

torres antiaéreas, escuadrones de mortales luchadores nocturnos y brigadas de fuego reclutadas por toda Alemania. El 5 % de los paracaidistas de Harris eran arrojados desde el cielo todas las noches, un sacrificio no sostenible para el Comando de Bombarderos. Inclusive, a pesar del terrible daño a los poblados, la máquina real de poder y producción de Berlín permanecía notablemente intacta. Los estadounidenses, quienes habían dañado el sistema de códigos de los japoneses, no encontraron ningún informe de daño severo en los mensajes telegráficos interceptados desde la embajada de Japón en Berlín. Por su parte, los analistas de bombardeos estratégicos se maravillaron de la capacidad de las industrias de la ciudad «de producir material de guerra, casi hasta el final, en cantidades sólo levemente disminuidas».[33]

Con respecto al cálculo de sufrimientos que el bombardeo incendiario presuntamente tendría que haber infligido, Goebbels cambió hábilmente los parámetros. «No nieguen la reivindicación inglesa de haber matado a millones en Berlín», ordenó a sus propagandistas. Mientras más rápidamente los ingleses piensen que no hay vida en Berlín, mejor para nosotros».[34] Mientras tanto, evacuaba a más de un millón de civiles no esenciales —especialmente niños— hacia el campo. De manera inversa, trasladaba a centenares de miles de prisioneros de guerra rusos y polacos hacia el alcance de las bombas aliadas. Así describió Alexander Richie su situación: «Casi no teníamos protección de las incursiones aéreas, estábamos detenidos en las condiciones de los campos de concentración, recibíamos poca comida e, inevitablemente nos daban los trabajos más difíciles, sucios y peligrosos... de las 720 personas asesinadas durante una típica incursión el 16 de diciembre de 1943, 249 eran jornaleros eslavos... ».[35]

Mientras Hitler montaba en cólera en su refugio, Goebbels estaba llevando a cabo agitados mítines en las ruinas del Cinturón Rojo, cosechando el enojo popular hacia los aliados, que con sus bombardeos alfombra habían despertado a los barrios de la clase trabajadora. Al mismo tiempo, reforzó de forma masiva su incomparable red de vigilancia y terror, asegurándose de que cualquier semilla de descontento, sería rápidamente destruida antes de germinar en una conspiración mayor. Si los británicos eran estúpidamente inconscientes de la posibilidad de que «el bombardeo moral» pudiera realmente fortalecer al Estado nazi, los enemigos internos de Goebbels no tenían ninguna duda:

---

33 Ibídem, p. 142; Sherry, p. 156.

34 Kennett, *op. cit.*, p. 154.

35 Richie, *op. cit.*, p. 583.

> El terror de los bombardeos unió más a los hombres. En el trabajo de rescate no había tiempo para que se preguntaran unos a otros quienes estaban a favor o en contra de los nazis. En la desesperanza general se aferraron a la única voluntad fanática que podían ver y lamentablemente Goebbels era la personificación de esa voluntad. Era repugnante verlo, pero cada vez que aparecía ese enano rencoroso, la gente todavía anhelaba verlo y se sentían beatificados al recibir de él un autógrafo o un apretón de manos.[36]

La RAF se aferró con fanatismo a su agrietado paradigma. Harris convenció a Churchill —que era propenso a los ataques masivos de gases venenosos y de primer uso— de que «nosotros [todavía] podríamos destrozar Berlín de punta a punta si la Fuerza Aérea estadounidense se comprometiera con ello. Va a costarnos entre 400 y 500 aeronaves. A Alemania va a costarle la guerra».[37] A finales del invierno y durante la primavera de 1944, mientras los nuevos aviones estadounidenses de combate, sensacionales y de largo alcance, comenzaban a dar una protección sin precedentes a los B-17 sobre el este de Alemania, la Octava Fuerza Aérea, que en teoría continuaba seleccionando solamente objetivos de precisión, se asocia a los bombardeos aéreos británicos en una serie de incursiones con miles de aviones en lo que las tripulaciones siempre llamaron «la Gran Ciudad». La ofensiva culminó en abril con un segundo bombardeo de alfombra sobre la bolchevique Wedding y su hermana roja, Pankow. Un millón y medio de berlineses se quedaron sin techo, pero la producción industrial se recuperó, de nuevo, muy rápido.[38]

Operación trueno

En este punto de la guerra, Roosevelt reconcilió las filosofías divergentes del bombardeo estratégico, al aceptar en la Conferencia de Casablanca de 1943 el concepto británico de bombardeo ofensivo combinado «para minar la moral del pueblo alemán», pero a la vez preservando la opción táctica de la Fuerza Aérea de mantener objetivos de precisión diurnos. Después de que Hitler se vengara por el día-D con sus ataques de V-1 y V-2 sobre Londres,

---

36 Comisario de la policía de Berlin, von Helldorf citado en Ralf Reuth, *Goebbels*, Nueva York, 1993, p. 335.

37 *Messenger, op. cit.*, p. 142; y Stephen Garrett, *Ethics and Airpower in World War II: The British Bombing of German Cities,* Nueva York, 1993, p. 17.

38 Crane, *op. cit.*, pp. 90-91 [gasolina venenosa]; y Richie, *op. cit.*, p. 531.

este compromiso se hizo insostenible. Efectivamente, la reacción inicial de Churchill frente a las armas secretas de Alemania fue la de exigir ataques de gases venenosos o incluso peores sobre Berlín. «Es absurdo considerar la moralidad sobre este asunto», y a principios de julio intimidó a los planificadores de la RAF: «Quiero que el asunto sea estudiado con sangre fría por personas razonables, y no por derrotistas uniformados que cantan salmos».[39]

Como ha demostrado Barton Bernstein, Churchill demandó a Roosevelt adelantar la entrega de 500.000 «bombas-N» supersecretas que contenían carbunco mortal y que habían sido desarrolladas en el complejo Granite Peak de Dugway.[40] La RAF, escribe Bernstein, «estaba organizando un plan de bombardeos de carbunco contra seis ciudades alemanas: Berlín, Hamburgo, Stuttgart, Frankfurt, Aachen y Wilhemshafen. La expectativa era que 40.000 de los proyectiles de 500 libras, que contenían 4,25 millones de bombas de cuatro libras, pudieran matar por lo menos a la mitad de la población "por inhalación" y muchos más morirían después por la absorción a través de la piel».[41]

El gas venenoso y el carbunco eran demasiado para la Casa Blanca, pero Roosevelt, muy apasionado, quería ofrecer un regalo a los británicos. En agosto de 1944, se quejó al Secretario del Tesoro, Henry Morgenthau Jr.: «Tenemos que ser duros con Alemania y quiero decir con el pueblo alemán, no sólo con los nazis. O castramos al pueblo alemán o le tratamos de manera tal que no puedan continuar reproduciendo gente que quiera seguir actuando de la manera que lo han hecho en el pasado».[42] El mismo mes Churchill propusó al FDR la «Operación Trueno», un plan de la RAF que iba a garantizar la «castración» de 275.000 berlineses (muertos y heridos) con una sola superincursión de 2.000 bombarderos sobre el centro de la ciudad. Roosevelt, siguiendo el consejo del jefe de equipo, George Marshall, aceptó el plan en principio.[43]

---

39 Barton Bernstein, «Churchill's Secret Biological Weapons», *Bulletin of the Atomic Scientists*, enero / febrero de 1987, p. 49. Churchill había sido un gran entusiasta de la guerra química contra civiles; por ejemplo, cuando defendió notoriamente su uso contra los pueblos pushtanos durante la Tercera Guerra Afgana en 1919 (p. 45).

40 Dugway también condujo extensas pruebas de fosfógeno, cianógeno, cianuro hidrogenado y otros elementos mortales aerotransportados. Se rumorea que algunas áreas contaminadas de la base fueron puestas en cuarentena «por lo menos durante 1.000 años».

41 Bernstein, *op. cit.*, p. 50.

42 La sorprendente metáfora del FDR es sintomática de una cultura de élite empapada de valores eugenésicos. Si en su carrera anterior no fue un abierto defensor de la eugenesia negativa y de la esterilización forzada, como Churchill o Hitler, definitivamente compartía la mentalidad: por ejemplo, creyendo que los japoneses tenían «cráneos menos desarrollados» (Crane, *op. cit.*, p. 120).

43 Ibídem, pp. 115-18.

Los líderes claves de la Fuerza Aérea estaban perturbados por el carácter repugnante de la Operación Trueno. El General Mayor, Laurence Kuter, declaró ante sus colegas que «está en contra de nuestros ideales nacionales hacer una guerra contra los civiles». El jefe de Inteligencia, McDonald, cuestionó este plan que «rechaza nuestros propósitos y prácticas del pasado... [y] nos ubica ante nuestros aliados, los neutrales, nuestros enemigos y la historia, en evidente contraste con los rusos, cuyas preocupaciones por los objetivos completamente militares han sido hasta ahora tan notables como las nuestras». El lugarteniente General Carl Spaatz,[44] comandante de los bombardeos estadounidenses en Europa, «no tenía dudas... la RAF quiere con fuerza que las Fuerzas Aéreas estadounidenses se enloden con las consecuencias de un bombardeo moral que creemos que van a ser terroríficas» (Spatz ya se sentía incómodo con la crítica internacional por las horrorosas víctimas civiles, más de 12.000 muertes, causadas por la errática «precisión» de las incursiones americanas sobre Bucarest en septiembre).[45] El héroe de guerra, Jimmy Doolittle, comandante de la Octava Fuerza Aérea, protestó con amargura, después de que Eisenhower le ordenara estar listo para arrojar bombas «indiscriminadamente» sobre Berlín.[46]

Ni siquiera los comandantes de la Fuerza Aérea en Europa aceptaron fácilmente el argumento de los planificadores de Washington, que aseguraron que Stalin se había vuelto demasiado potente en el campo de batalla y necesitaba de una dramática demostración del poder destructivo de los bombardeos aliados. La tripulación de la RAF decoró el pastel de la Operación Trueno en una reunión informativa en agosto de 1944: «Una lección contundente, espectacular y final al pueblo alemán sobre las consecuencias de una agresión universal, que tendrán que seguir siendo objeto de valoración todavía durante el periodo de postguerra. Una vez más, la devastación total del centro de una enorme ciudad como Berlín, ofrecerá pruebas irrefutables, a todas las personas, del poder de una fuerza aérea moderna... Convencerá a nuestros aliados rusos y a los neutrales de la efectividad del poder aéreo angloamericano».[47]

---

44 Schaffer, *op. cit.*, p. 102.

45 Crane, *op. cit.*, pp. 98 y 117.

46 Richard Davis, «Operación Trueno», *Journal of Strategic Studies*, pp. 94 y 105: «La misión es única, entre las aproximadamente 800 de la Octava Fuerza Aérea bajo el mando del USSTAF, por la naturaleza y vehemencia de la objeción de Doolittle hacia sus objetivos» [traducido para esta edición], p. 105.

47 Davis, *op. cit.*, p. 96. Asimismo, el General Estadounidense David Schlatter: «Siento que nuestras fuerzas aéreas son las fichas azules con las que vamos a acercarnos a la mesa de acuerdos de la postguerra, y que [Thunderclap] se sumará inconmensurablemente a su fuerza, o más bien al conocimiento ruso de su fuerza» [traducido para esta edicion], Schaffer, *op. cit.*, p. 96.

Finalmente, la Operación Trueno (que ahora incluía a Dresde y Leipzig en su menú) fue abandonada por razones contradictorias y de competencia, que tenían mucho más que ver con el comienzo de la Guerra Fría que con como terminar la Segunda Guerra Mundial. Mientras tanto, el potencial asesino de lo que los planificadores estadounidenses llamaron «bombardeo promiscuo», aumentó de forma dramática por el influjo de centenares de miles de refugiados aterrorizados, que escapaban del avance del Ejército Rojo a principios de 1945. Cuando los pesados cielos invernales se aclararon finalmente sobre Berlín, el 3 de febrero, Doolittle contuvo obstinadamente sus más vulnerables B-24, pero envió 900 B-17 y centenares de aviones de combate. No era el Gotterdammerung que los británicos habían imaginado, sin embargo, 25.000 berlineses perecieron mientras Hitler, el canciller del Reich, escuchaba a Wagner en su profundo refugio.[48]

Un mes después, Dresde estaba más cerca de la concepción apocalíptica original del Trueno. Aunque era la última ciudad indemne en el menú de bombardeo de Harris, el Ejército Rojo que estaba aproximándose, no la había señalado como objetivo. Una aglomeración de refugiados, jornaleros eslavos y prisioneros aliados desesperados se concentraba en el centro urbano, cuyo único papel estratégico era el de servir como confluencia de transporte temporal sobre la muy concentrada frontera este. «El ímpetu de atacar Dresde, que existía entre los círculos británicos, venía más bien de Churchill», cuyo objetivo, como siempre, era el «de incrementar el terror». Así, los bombarderos estadounidenses se concentraron en las vías de tren, mientras que los británicos fueron detrás de las áreas residenciales. «Las industrias marginales de guerra en Dresde, aunque a veces citadas como justificación para los ataques, ni siquiera fueron objetivos señalados».[49]

Era la mayor tormenta de fuego desde Hamburgo, «un incendio total» en la jerga de los planificadores británicos extáticos. Dada la gran cantidad de refugiados, es imposible conocer el número de muertos, aunque las estimaciones varían de 35.000 a 300.000. Después de reducirla a cenizas, Harris volvió a bombardear salvajemente la ciudad con potentes explosivos para matar a los supervivientes de los sótanos. La historia oficial lo llamó «el logro coronado» del Comando de Bombarderos.[50] Luego, la RAF enfureció a Spaatz y Doolittle con una conferencia de prensa en la que se regodeaba, asegurando que la Fuerza Aérea estadounidense ahora había adoptado

---

48 Fuerzas Aéreas del Ejército, p. 726.

49 Sherry, *op. cit.*, p. 260.

50 Crane, *op. cit.*, p. 115; Garrett, *op. cit.*, p. 20. Cuando fue interrogado por uno de los asistentes de Churchill sobre los efectos del ataque, Harris respondió: «¿Dresde? No existe tal lugar» [traducido para esta edición], Garrett, p. 42.

completamente la estrategia churchiliana. (El comunicado del AP decía: «Los jefes aéreos aliados han tomado la decisión largamente esperada de bombardear deliberadamente los grandes centros de población alemana, con el propósito de generar terror, como una cruel oportunidad de acelerar la condena de Hitler».)[51]

Allí en Berlín, Hitler, que siempre odió la ciudad y su clase trabajadora infectada de bolcheviques, emitió su infame orden «Nero». Cada instalación y estructura civil de valor potencial para los rusos debía ser destruida sistemáticamente antes de su llegada. Cuando Speer protestó de que «tales demoliciones iban a significar la muerte de Berlín», el Führer respondió que esa era exactamente su intención. «Si la guerra está perdida, la nación también perecerá. Aquellos que queden después de la batalla serán solamente los inferiores, porque los buenos habrán sido asesinados». El fin del Reich sería un enorme ejercicio de eugenesia terminal.[52]

La aprobación de Roosevelt de la Operación Trueno, que allanó el camino para la complicidad estadounidense en Dresde, significó un gran cambio en la conducta moral estadounidense en la guerra. Los incendios de las ciudades triunfaron finalmente sobre los bombardeos de precisión. Comprometiendo a la Fuerza Aérea con la doctrina británica en Alemania, la Operación Trueno también abrió la puerta para el alumnado de la Sociedad Zoroastriana, que quería una campaña incendiaria sin restricciones contra Japón. Los cientos de miles de civiles a quienes la Octava Fuerza Aérea quemó hasta la muerte en las ciudades del este de Alemania durante el invierno de 1945, serían sólo un preludio del millón de japoneses consumidos en el auto de fe de los B-29 durante la primavera.

Las pruebas secretas con napalm en el «barrio japonés» de Dugway y después en la «Pequeña Tokyo» de Eglin Field en Florida, junto con la incursión experimental «exclusivamente incendiaria» de Curtis Le May sobre la ciudad china de Hankow en diciembre de 1944, dió a los planificadores estadounidenses la confianza de que podrían realizar el viejo sueño del pionero del bombardeo, Billy Mitchell, de incinerar «las ciudades de papel» de Japón («los mejores blancos aéreos que se hayan visto en el mundo»).[53] El Comité de Analistas de Operaciones —en cuya membresía Brahim incluye a Thomas Lamont de J. P. Morgan, W. Barton Leach de la Escuela de Derecho de Harvard y Edward Earle del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton— esta-

---

51 Schaffer, op. cit., pp. 98-100.

52 Cf. Michael Burleigh, *The Third Reich*, Nueva York, 2000, pp. 789-91; y Robert Payne, *The Life and Death of Adolf Hilter*, Nueva York, 1973, p. 541.

53 Kennett, *op. cit.*, p. 164; y Sherry, op. cit., p. 58.

ba convencido de que había resuelto el enigma científico de cómo generar holocaustos, cuyos «óptimos resultados» se traducirían en un «caos total en seis ciudades [japonesas], asesinando a 584.000 personas». En esas circunstancias, el ataque del XXI Comando de Bombarderos sobre Tokyo, el 10 de marzo de 1945, excedió todas las expectativas: el General Norstad lo describió como «nada menos que una maravilla».[54]

El blanco de las Operaciones de Localización de Viviendas —la incursión aérea más devastadora en la historia mundial— fue el homónimo japonés de Wedding o del Lower East Side, el congestionado distrito de clase trabajadora de Asakusa. El comandante de la Quinta Fuerza Aérea, Curtis Le May, consideraba a los japoneses de la misma manera que un Heydrich o un Eichmann consideraría a los judíos o a los comunistas: «Sabíamos que íbamos a matar a muchas mujeres y muchos niños cuando quemamos ese pueblo... Así debía ser. Para nosotros no hay civiles en Japón».[55] Dado que Japón carecía de aviones de combate nocturno, Le May desnudó de armamentos sus superpoderosos B-29 haciendo espacio para los cargamentos de bombas. Dos mil toneladas incendiarias de napalm y magnesio fueron arrojadas en un patrón concentrado que las pruebas de Dugway monstraron con el fin de maximizar la temperatura y la propagación del fuego. El infierno resultante (*akakaze* o «viento rojo» en japonés) era más mortal que Hiroshima, aproximadamente asesinó a 100.000 personas. El *know-how* estadounidense creó los fuegos del infierno.

> La mayoría murió horriblemente cuando el intenso calor de la tormenta de fuego consumió el oxígeno, hirvió el agua de los canales y desparramó vidrio líquido por las calles. Miles se asfixiaron en refugios y parques; masas aterrorizadas aplastaron a las víctimas que habían caído en las calles mientras avanzaban hacia las vías fluviales para escapar del fuego. Quizá la situación más terrible fue cuando un B-29 arrojó siete toneladas de bombas incendiarias sobre y alrededor del apiñado puente Kokotoi. Centenares de personas se transformaron en antorchas ardientes y «se arrojaron río abajo en chirriantes siseos». Un escritor describió los cuerpos tirándose como algo parecido a «orugas que han sido quemadas sobre un árbol». Los artilleros de retaguardia enloquecieron ante la visión de centenares de personas quemadas hasta la muerte con napalm sobre la superficie del río Sumida... La tripulación de los B-29 luchó contra las nubes de aire ardiendo que destruyeron, por lo menos, diez aviones y debieron usar máscaras de oxígeno para no vomitar por el hedor de la carne quemada.[56]

---

54 Schaffer, *op. cit.*, pp. 111-20 y 138.

55 Ibídem, p. 142; y Crane, *op. cit.*, p. 133.

56 Ibídem, p. 132.

El macabro éxito de la incursión, que hizo a Le May el comandante aéreo más «rentable» de la guerra, fue ocultado en secreto al público estadounidense durante casi tres meses. Entonces, el 30 de mayo, el New York Times chilló con hipérbole orgullosa: «Se cree que 1.000.000 de japoneses han perecido». El historiador de la Fuerza Aérea, Thomas Searle, mencionó secamente, «pocos americanos se quejaron».[57] Unos meses después, los horrores de Hiroshima y Nagasaki eran apenas el anticlímax de los millones de muertos en Tokio, que la mayoría de los estadounidenses creían que habían sido infringidos como venganza por Pearl Harbor. La exterminación masiva de civiles japoneses había pasado por aceptable para la opinión pública mucho antes de que el Enola Gay pusiera a la alcaldía de Hiroshima al alcance de su bomba.

Los fantasmas del lado más oscuro de la Guerra Justa —quizás dos millones de civiles del Eje— todavía rondan entre los deshechos sin vida del barrio alemán. La espantosa historia de la moderna guerra incendiaria está archivada aquí. Ahora que Potsdamer Platz y las otras heridas abiertas de la historia de Berlín están curadas en las obras maestras de la prosperidad reunificada, repentinamente, los abandonados *mietskasernen* de Mendelsohn parecen monumentales: la reprobación de la honradez de castigar los «malos lugares» bombardeándolos. El barrio alemán es el dolor secreto de Berlín, susurrando en el silencio contaminado del desierto de Utah.

2002

57 Thomas Searle, «It Made a Lot of Sense to Kill Skilled Workers': The Firebombing of Tokyo in March 1945», *Journal of Military History*, núm. 66, enero 2002, p. 122. Como acentúa Searle, el bombardeo incendiario de las ciudades japonesas fue pavorosamente transmitido en la prensa estadounidense (aunque con retrasos de tiempo por la censura militar). Puede haber pocas dudas de que la mayoría de los estadounidenses eran conscientes del peso y horror de la campaña, incluyendo la probable incineración de miles de niños pequeños y sus madres.

4. *Las Vegas contra la Naturaleza*

Fue anunciada como la mayor explosión no nuclear en la historia de Nevada. El 27 de octubre de 1993, Steve Wynn, el «dios oficial de la hospitalidad» del estado, emitió su característica sonrisa y apretó el detonador. Mientras aclamaban 200.000 nativos de Las Vegas, el Hotel Dunes, el alguna vez buque insignia del Strip, se desmoronaba lentamente sobre el suelo del desierto. El gigantesco penacho de polvo era visible desde la frontera californiana.

A nadie en Nevada le pareció extraño, ni lo mas mínimo, que el regalo de Wynn a la ciudad que tanto adoraba, se tratara de hacer volar por los aires una importante pieza del pasado. Ésta fue una simple renovación urbana al estilo Vegas: una costosa fachada destruida para dar lugar a otra. De hecho, la destrucción del Dunes sólo incentivó a otros dueños de los casinos corporativos a volar sus propiedades obsoletas con la misma fanfarria: el Sands, con fama de banda de canallas, se vino abajo en noviembre de 1996, mientras el Hacienda fue dinamitado al dar la medianoche, en víspera del año nuevo. En Las Vegas, las extravagantes demoliciones se han convertido en festivales cívicos.

En lugar del viejo Dunes, los contratistas del Mirage Resorts de Wynn están terminando el Bellagio de 1.250 millones de dólares, un super-resort con lagos tan grandes como para esquiar con jet skys, creados con el agua que provenía del originario campo de golf del Dunes. La compra del Dunes por Wynn solucionó su problema de agua, pero no el de los otros diseñadores de resorts. El empresario Sheldon Adelson, que está construyendo el Venetian Casino Resort de 2.000 millones de dólares y 6.000 habitaciones en el lugar del Sands, con góndolas flotando sobre canales artificiales, no ha explicado de dónde va a provenir el agua necesaria; ni tampoco lo ha hecho el Circus Circus Enterprises, que

está transformando el viejo Hacienda en Project Paradise, «una antigua ciudad prohibida sobre una exuberante isla tropical con olas al estilo hawaiano y una exhibición de tiburones».[1]

En los cinco años desde que Wynn hizo volar al Dunes, se han invertido 8.000 millones de dólares en trece grandes propiedades y esto sólo a lo largo del Strip. Como resultado, el Sphinz ahora está en la misma acera de la Estatua de la Libertad, la Torre Eiffel, la Isla del Tesoro, la Tierra de Oz y, pronto, la Plaza de San Marcos. Y este auge, que sigue rompiendo todos las records en 1997, está dando muestras de continuidad.[2]

Por una oscura coincidencia, la demolición del Dunes siguió de cerca al centenario del legendario discurso de Frederick Jackson Turner en la Exposición Mundial Colombina de Chicago, «El fin de la frontera», donde los jóvenes historiadores de las llanuras meditaron acerca del famoso destino de la idiosincrasia estadounidense en un Oeste conquistado y rápidamente urbanizando. Turner cuestionaba la supervivencia de la democracia de frontera en la emergente época de las ciudades y los gigantescos emporios (ni hablar de Coney Island y las películas), y se preguntaba cómo sería el Oeste un siglo después.

Steve Wynn y los otros barones de la delincuencia del Strip creen saber la respuesta: Las Vegas es la estación terminal de la historia del Oeste, el final del camino. Como un superpoderoso artificio cultural cabalga hacia la entrada del siglo XXI del mismo modo que la «ciudad blanca» de Burnham, emplazada a lo largo de la fachada lacustre de Chicago, estaba destinada a prefigurar el siglo XX. Al borde del milenio, esta extraña amalgama de ciudad en crecimiento, feria mundial y delincuencia en las autopistas, es el área metropolitana que más ha crecido en Estados Unidos. (Como veremos, es también la estrella más luminosa en el firmamento del postmodernismo.)

En 1996, más de 30 millones de turistas fueron asaltados por las máquinas tragaperras y las mesas de dados: un asombroso incremento del 33% desde 1990. (Mientras usted esté leyendo esto, Las Vegas podría estar pisándole los talones a Orlando, en Florida, que con 35 millones de visitantes al Walt Disney World y al Universal-MGM Studios, es el primer destino turístico del mundo.) Mientras el sur de California sufría su peor recesión desde los años treinta, Las Vegas ha generado decenas de miles de nuevos trabajos

---

1 Dave Berns, «Venice in Las Vegas», *Las Vegas Review-Journal,* 27 de noviembre de 1996; Gary Thompson, «Paradise to Be Part of Las Vegas Strip», *Las Vegas Sun,* 19 de noviembre de 1996.

2 Michael Hiltzik, «Stakes Raised Ever Higher in Las Vegas Building Boom», *Los Angeles Times,* 24 de diciembre de 1996.

en la construcción, los juegos, la seguridad y los servicios relacionados. Como consecuencia, casi mil nuevos residentes, la mitad de ellos californianos, llegan cada semana.[3]

Algunos de los inmigrantes son familias de clase trabajadora en decadencia —los californianos son llamados «*okies*[4] de reserva» por la gente local— que buscan de manera desesperada una nueva vida en la prosperidad de Las Vegas. Otros son jubilados ricos que se dirigen directamente a un suburbio privado al que imaginan como un santuario de oro alejado del tumulto urbano de Los Ángeles. La población está creciendo con los jóvenes latinos, el nuevo pilar y el sistema nervioso de la economía de los casinos y los hoteles. En la primavera de 1995, la población del condado de Clark superó el millón de habitantes y los ansiosos demógrafos pronosticaron que crecería otro millón más antes de 2010.[5]

El terrorismo ambiental

El crecimiento explosivo y en gran parte imprevisto de la población en el sur de Nevada, ha acelerado de forma dramática el deterioro ambiental del suroeste de Estados Unidos. Hace mucho tiempo que Las Vegas dejó atrás su propia infraestructura de recursos naturales y su «huella ecológica» cubre ahora todo el sur de Nevada y partes adyacentes de California y Arizona. El hidrofetichismo de Steve Wynn (que una vez propuso convertir la calle Fermont del centro de la ciudad en un gran canal pseudo-veneciano) marca el estándar para el excesivo consumo de agua de los nativos de Las Vegas: 360 galones diarios per cápita frente a los 211 de Los Ángeles, 160 de Tucson y 110 de Oakland. En una cuenca desértica que sólo recibe de 7 a 8 pulgadas anuales de lluvia, la irrigación de céspedes y campos de golf (el 60% del consumo total de agua en Las Vegas) —sin contar lagos y lagunas artificiales— suma un equivalente de 20 a 30 pulgadas de lluvia por acre.[6]

---

3 Darlene Superville, «L.V. Grew Fastest in Nation», *Las Vegas Review-Journal,* 2 de octubre de 1995; «Nevada No. 1 in Job Growth», *Las Vegas Review-Journal,* 13 de febrero de 1996.

4 La voz *okie* se acuña a principios del siglo XX, en el Oeste de Estados Unidos, para hacer referencia a los habitantes de Oklahoma. Durante los años treinta adquiere un matiz marcadamente peyorativo con el fin de hacer referencia a los inmigrantes de las granjas rurales del medio oeste que se vieron obligados a marchar sobre California. Se entiende así el carácter despectivo de esta denominación en el contexto de la nueva inmigración a Las Vegas [N. del E.].

5 Hal K. Rothman, *Devil's Bargains: Tourism and Transformation in the Twentieth-Century American West,* Lawrence, University Press of Kansas, 1998; Ed Vogel, «Growth Figures Revised», *Las Vegas Review-Journal,* 4 de noviembre de 1995.

6 Datos de entrevistas telefónicas con las autoridades metropolitanas de aguas.

Sin embargo, el sur de Nevada tiene poca agua que malgastar. Como si fuera el *Johnny-comelately* de las guerras del agua de la cuenca del Colorado, tuvo que beber el lago Mead con el sorbete más pequeño. A la vez, la extracción imprudente de aguas subterráneas en el valle de Las Vegas está produciendo un extenso y costoso hundimiento de las bases de la ciudad. Por ejemplo, el Strip se encuentra hoy varios pies por debajo de lo que estaba en 1960 y las secciones de algunas subdivisiones han tenido que ser abandonadas.[7]

La aridez natural dicta una ética del agua fastidiosamente conservadora. Después de todo, Tucson ha prosperado con una reducida ración de agua: en realidad, sus residentes parecen preferir que en sus patios haya cactus, en lugar de hierba. Pero Las Vegas desdeña con altanería vivir dentro de los límites de sus recursos. A cambio, está transformando agresivamente su libertinaje en terrorismo ambiental contra sus vecinos. «Dennos su agua, o moriremos», es lo que los diseñadores exigen a los políticos que engordan con las donaciones de campaña de la industria del juego. En la actualidad, Las Vegas está intentando dos estrategias a largo plazo, especialmente imperialistas, con el fin de expandir sus recursos de agua.

En primer lugar, el Southern Nevada Water Authority [Autoridad del Agua del Sur de Nevada] está amenazando con desviar agua del río Virgin (un pintoresco tributario del Colorado con cabecera en el Parque Nacional Zion) o robársela a los rancheros en el poco poblado centro de Nevada. En 1989 la SNWA (en ese entonces llamada Las Vegas Valley Water District) desconcertó a los habitantes rurales de Nevada al reclamar derechos sobre más de 800.000 acres de aguas subterráneas y superficiales de los condados de White Pine, Nye y Lincoln.[8]

Este infame arrebato de agua (en el lenguaje oficial, «un proyecto cooperativo de agua») dio lugar a una inaudita coalición de los habitantes rurales de Nevada: rancheros, mineros, campesinos, la tribu moapa de los paiutes y los ecologistas. Su consigna de lucha ha sido «recordar el valle Owens», refiriéndose a la notoria apropiación que hizo Los Ángeles de los derechos sobre el agua en el alguna vez exuberante valle oriental de Sierra Nevada: un acto de piratería ambiental inmortalizado en la película *Chinatown.* Los enfadados residentes del valle Owens hicieron volar algunas secciones del acueducto de Los Ángeles durante los años veinte y algunos ciudadanos del centro de Nevada amenazaron con hacer lo mismo con cualquier tubería que desviase aguas locales hacia Las Vegas.[9]

---

7 *Annual Report, 1992-1993,* Las Vegas: Clark County Flood Control District, 1993.

8 Jon Christensen, «Will Las Vegas Drain Rural Nevada?», *High Country News*, 21 de mayo de 1990.

9 Véase Jon Christensen, «Betting on Water» en Mike Davis y Hal Rothman (eds.), *The Grit Beneath the Glitter: Tales from the Real Las Vegas,* Berkeley, 2002.

Desde 1966, la SNWA, sin abandonar sus demandas legales por el agua de Nevada central, ha puesto mas énfasis en tomar el agua del río Virgin directamente de su desembocadura en el lago Mead. Esto conforma la segunda y más importante estrategia de Las Vegas para aumentar la extracción de agua del río Colorado almacenada en el lago Mead o en los depósitos de aguas abajo. Para evadir el *statu quo* del Colorado River Compact, la SNWA se ha unido al poderoso Metropolitan Water District del sur de California en lo que una gran parte de los observadores creen que es la primera fase de una guerra mayor por el agua en el suroeste.

El área de Las Vegas y Los Ángeles quiere reestructurar la distribución de agua del río Colorado desde las zonas de agricultura hacia sus respectivas regiones metropolitanas. En la mayoría de los escenarios, esto involucra una incursión en la distribución de Arizona, y su gobernador, J. Fife Symington III, respondió aliándose con los administradores de aguas de San Diego y el Valle Imperial. (Otros actores principales en esta coalición contra el Metropolitan Water District, son los multimillonarios hermanos Bass de Fort Worth, que compraron decenas de miles de selectos acres agrícolas en el centro para poder vender a San Diego sus lotes de agua subsidiados por el gobierno federal.)[10]

A través de uno u otro de estos gambitos maquiavélicos, el director general, Pat Mulroy, ha asegurado a la industria del juego que el condado de Clark tendrá agua suficiente para un rápido y continuo crecimiento a lo largo de la próxima generación. Sin embargo, los expertos independientes en aguas han criticado las proyecciones optimistas de Mulroy, y uno de ellos, Hal Furman, causó una pequeña sensación en febrero de 1997 con su afirmación de que «el sur de Nevada se quedará seco después del cambio de siglo». En el caso de que haya tal crisis, el último recurso que tendrá Las Vegas probablemente sea el de «ayudar a subsidiar el costoso proceso de desalinización del agua del océano Pacífico a cambio de la parte que le corresponde del río Colorado en California». Sin embargo, casi con seguridad, esto podría duplicar el coste ficticiamente bajo del metro cúbico de agua.[11]

Un agravante al problema de la futura provisión de agua es la emergente crisis de la calidad de la misma en el lago Mead, que opera a la vez como reserva y como pileta del agua de desecho de Las Vegas. En 1997, los investigadores federales descubrieron que la proteína de los huevos

---

10 William Kahrl, «Water Wars about to Bubble Over», *San Bernardino Sun*, 4 de febrero de 1996; Mike Davis, «Water Pirates», *Los Angeles Weekly*, 23-29 de febrero de 1996.

11 Susan Greene, «Water Outlook Revised», *Las Vegas Review-Journal*, 20 de febrero de 1997.

hallada en muestras de plasma sanguíneo de la carpa macho, estaba causando masivas deformaciones reproductivas en los peces. Lo más probable es que la catastrófica ruptura endocrina, con su potencial impacto genético en los humanos, esté relacionado con las grandes cantidades de desechos tóxicos, particularmente pesticidas y químicos industriales, que están siendo volcados a los lagos.[12] Además, en 1994, 37 personas, la mayoría con SIDA, murieron por la acción de un protozoo mortal, el *cryptosporidium parvuum,* que los expertos de los centros nacionales de control de enfermedades suponían que fue transmitido por agua de grifo proveniente del lago Mead. Los investigadores de salud pública están alarmados por la coincidencia de estas dos oleadas en un momento en el que el hipercrecimiento está saturando las aguas regionales y las facultades de tratamiento de desechos. Un biólogo se ha preguntado recientemente en la página de libre publicación de *Las Vegas Review-Journal:* «¿Cuánta gente más va a morir por la contaminación de nuestra agua potable con *cryptosporidium* si continuamos arrojando al lago nuestros desechos?».[13]

Finalmente, para hacer otro paralelo con *Chinatown*, los grupos de vigilancia como la Nevada Seniors Coalition y el Sierra Club están cada vez mas preocupados con el hecho de que el sistema de distribución de agua del lago Mead del SNWA, valorado en 1.700 millones de dólares y actualmente en construcción, pueda estar generando muchas ganancias especulativas en propiedades a lo largo de la periferia subdesarrollada de Las Vegas. Por ejemplo, uno de los principales acueductos (el denominado Valle Lateral Sur) corre a través de un área cercana a la periferia rica de Henderson, donde inversionistas privados han adquirido recientemente enormes parcelas en un complicado intercambio de tierras con el Bureau of Land Management, que controla la mayor parte de la periferia desértica. Ésta es la misma fórmula —tierra subvalorada más agua subsidiada— que en un instante produjo millones de dólares para un «sindicato interior» cuando el Acueducto de Los Ángeles fue llevado hacia el árido valle de San Fernando en 1913.[14]

El sur de Nevada está tan sedienta de combustible como de agua. Naturalmente, la mayoría de los turistas imaginan que el espectáculo de luces más famoso del mundo está directamente enchufado a las turbinas del cercano dique Hoover. De hecho, la mayor parte del rendimiento es trasla-

---

12 Frank Clifford, «Lake Mead Carp Deformed», *Las Vegas Review-Journal,* 19 de noviembre de 1996.

13 Larry Paulson, «Leading The Chargeagainst Growth», *Las Vegas Review-journal*, 17 de enero de 1997.

14 Ibídem.

dado al sur de California. La electricidad para el Strip, además de las dos mil luces del nuevo (y desconcertante) «Fremont Street Experience» del centro de Las Vegas, proviene principalmente de la combustión de carbón y de las plantas contaminantes instaladas en la reserva indígena moapa al nordeste de la ciudad y a lo largo del río Colorado. Solo el 4% del actual consumo de electricidad proviene de electricidad «limpia». Más aún, la electricidad barata para la industria del juego está directamente subvencionada por las elevadas tasas de los consumidores residenciales.[15]

Los automóviles son la otra parte del problema del combustible. Como ha atestiguado el director de transportes de Clark en 1996, el condado tiene «el índice de ocupación de vehículos más bajo del país» al lado del mayor «por persona, viaje y día». En consecuencia, el número de días con aire de calidad insalubre está incrementándose de forma dramática. Como les pasó antes a Fénix y a Los Ángeles, Las Vegas ha dejado de ser La Meca para aquellos que buscaban los poderes de restauración del puro aire desértico. En la actualidad, según la *Environmental Protection Agency,* Las Vegas ha suplantado a Nueva York como la quinta ciudad con mayor número de días con «aire insalubre» (medidos entre 1991 y 1995). Su polución ya forma parte de la ocre mortaja tendida sobre el Gran Cañón y también está empezando a reducir la visibilidad en el nuevo East Mojave National Recreation Area de California.[16]

Más aún, Las Vegas es un importante campo de base para las divisiones panzer de juguetes motorizados —quads, bicicletas todoterreno, lanchas, jet skys, etc.— que cada fin de semana declaran la guerra al frágil ambiente desértico. Pocos paisajes del Oeste han sido tan degradados como el valle inferior del río Colorado, que está bajo la implacable amenaza del ocioso estilo de vida del sur de Nevada, Fénix y el sur de California.

En el calor infernal del Big Bend del río Colorado, la ciudad de Laughlin, la semilla del mismo demonio de Las Vegas, ha germinado como la planta de kudzu[17] en un importante centro de juegos. Casinos con forma de rascacielos y lujosas urbanizaciones comparten la orilla oeste con la megacontaminante Mojave Power Plant, que devora una mezcla de carbón bombeado con agua robada de las mesetas Hopi, centenares de millas al este. Directamente al otro

---

15 Jay Brigham, «Lighting Las Vegas», en Davis y Rothman (eds.), *Grit beneath the Glitter.*

16 Datos suministrados por la *Environmental Protection Agency.* También véase Keith Rogers, «Scientists Tackle Dirty Air in LV.», *Las Vegas Review-Journal,* 15 de enero de 1996.

17 Kudzu, kuzu o ge-gen (nombre científico *pueraria lobata*) planta trepadora de China y el sureste de Estados Unidos, de crecimiento muy rápido y que puede llegar a ahogar los árboles que parasita. Tiene amplios usos en la medicina tradicional china [N. del E.].

lado del río, el yaciente y violento condado de Mohave, en Arizona—que comprende Bullhead City y Kingman— provee viviendas en áreas de casas *roulotte* para la mano de obra barata y no sindicalizada de Laughlin y también una zona para la formación de milicias antigubernamentales. (Era aquí donde trabajaba como guardia Timothy McVeigh,[18] mientras incubaba sus fantasías de venganza aria al estilo de su *Turner Diary.*)

El crecimiento hiperbólico

En otras palabras, el «milagro» de Las Vegas demuestra la fanática persistencia de un sistema de asentamientos humanos ecológica y socialmente en bancarrota y confirma la peor pesadilla de Edward Abbey sobre el comienzo de un urbanismo apocalíptico en el suroeste. Aunque los filósofos postmodernos (que no tienen que vivir allí) se deleitan con la «virtualidad» e «hiperrealidad» del Strip, la mayoría del condado de Clark está sellado con un molde monótonamente familiar y real. En esencia, Las Vegas es un Los Ángeles hiperbólico, la Tierra del Sol sobreacelerada.

El patrón histórico para todas las ciudades de baja densidad y recursos intensivos del suroeste provocó la gran expansión de los años veinte que atrajo, con sus automóviles, a dos millones de personas del medio oeste hacia Los Ángeles. Este fue el auge tipo «Ur» que definió al cinturón del Sol. A pesar de las advertencias de una generación entera de planificadores y ecologistas, castigados por el auge de la década de 1920, la planificación regional y la conservación de los espacios abiertos cayó nuevamente en la nada durante la explosión poblacional post-1945 en el sur de California. En un famoso artículo escrito para la revisa *Fortune* en 1958, el sociólogo William Whyte describe cómo «volando desde Los Ángeles hacia San Bernardino —una enervante lección de la infinita capacidad del hombre de arruinar su medio ambiente— el viajero puede ver una legión de tractores niveladores mordiendo la última extensión de verde que queda entre dos ciudades». Él bautizó a esta insidiosa especie en desarrollo como «desorganización urbana».[19]

Aunque la tercera generación de esta desorganización urbana incorpora algunas innovaciones (por ejemplo, centros comerciales fusionados con casinos), recapitula, por otra parte con una fidelidad mecánica, los siete pecados

---

18 Mike Davis, «How Eden Lost Its Garden», en Allen Scott y Edward Soja (eds.), *The City,* Berkeley, 1997.

19 Ibídem.

capitales de Los Ángeles y sus clones del cinturón del Sol como Fénix y Orange. Las Vegas ha (1) abdicado a una ética responsable del agua; (2) ha fragmentado al gobierno local y lo ha subordinado a una planificación corporativa privada; (3) ha producido una insignificante cantidad de espacios públicos utilizables; (4) ha abjurado del uso de las «zonas de riesgo» para mitigar los desastres naturales y conservar el paisaje; (5) ha dispersado el uso de la tierra sobre un área enorme e innecesaria; (6) ha abrazado la consecuente dictadura del automóvil; y (7) ha tolerado la desigualdad social y particularmente la desigualdad racial.[20]

En la mediterránea California o en el desierto del suroeste, el uso del agua es la medida más obvia de la eficiencia ambiental de los espacios construidos. Aceptar las limitaciones de los derrames locales y de los reservorios subterráneos es un poderoso estímulo para el buen diseño urbano. Esto captura la atención de la ingenuidad social sobre los problemas de la conservación de recursos, sostiene modelos de asentamiento eficientes y compactos y genera respeto hacia el paisaje nativo. En definitiva, crea un urbanismo «inteligente» (como se ha visto en la moderna Israel o en las clásicas ciudades estado de Andalucía y el Magreb), con una tendencia hacia economías constantes en el uso de los recursos.[21]

Al comienzo de la era del cítrico, cuando el reciclaje de agua tenía una gran importancia, el sur de California era un laboratorio de innovación ambiental. Así lo han demostrado algunas innovaciones, tales como el bungalow (con un eficiente uso del aislamiento térmico y de la energía de pantallas), sistemas solares de calefacción (de uso extensivo hasta los años veinte) y las modernas tecnologías de recuperación de desechos y aguas cloacales. Su abandono de un uso correcto del agua, y por lo tanto de un urbanismo inteligente, comenzó con el acueducto del valle Owens y culminó en la década de 1940 con la llegada del agua proveniente del río Colorado, barata y subvencionada a nivel nacional. El dique Hoover extendió la frontera de la periferia rica hacia la profundidad de los valles interiores del sur de California y en el proceso fueron subvaloradas las prácticas de conservación tradicional del agua. Por ejemplo, el tratamiento de aguas cloacales y la recuperación de las aguas de tormenta, ahora inexistentes.

---

20 Para una discusión de primer nivel sobre los principios de un diseño urbano sostenible, con una aplicación particular a los casos de estudio del sur de California véase John Tillman Lyle, *Design for Human Ecosystems*, Nueva York, 1985.

21 Para una discusión crítica sobre las «tijeras» fiscales en Las Vegas (es decir, las inmensas necesidades sociales frente a la capacidad artificialmente contenida de los impuestos), véase Eugene Moehring, «Growth, Urbanization, and the Political Economy of Gambling, 1970-1996», en Davis y Rothman (eds.), *Grit Beneath the Glitter.*

A diferencia de Los Ángeles, Las Vegas nunca ha practicado ningún tipo de conservación del agua ni ningún diseño ambiental a gran escala. Nació estúpida. El agua barata le ha permitido exorcizar las más residuales alusiones semióticas de sus reales raíces ambientales e históricas. Los visitantes del moderno Strip, con sus islas tropicales y sus rascacielos al estilo Manhattan, buscarán en vano cualquier referencia al lejano Oeste (ya sean los rancheros o sus atractivas tabernas) que tematizó la primera generación de casinos de la era Bugsy Siegel. Más aun, el desierto ha perdido toda su presencia positiva como paisaje o hábitat; es solamente un fondo oscuro que incuba a la Babel de neón que Wynn y sus competidores están creando.

Asimismo, el uso desmedido de agua disuelve muchos de los lazos tradicionales de ciudadanía común. El condado de Los Ángeles es notorio por su profusión de gobiernos con intereses especiales —«ciudades fantasmas», «condados isla», y paraísos fiscales geográficos— diseñados para un uso espacial concentrado y dejar el poder fiscal en manos de intereses particulares. Sin embargo, el condado de Clark puede exceder a Los Ángeles con su radical dilución y dispersión de las autoridades públicas.

Por ejemplo, los límites de la ciudad de Las Vegas apenas abarcan un tercio de la población metropolitana (frente a casi la mitad en la ciudad de Los Ángeles). Los mayores recursos regionales —el Strip, el Centro de Convenciones, el Aeropuerto Internacional de McCarran y la Universidad de Nevada de Las Vegas (UNLV)— están ubicados en un municipio separado, llamado acertadamente Paradise [el Paraíso], mientras la pobreza, el desempleo y la falta de viviendas están concentrados de manera desproporcionada dentro de los límites de las ciudades de Las Vegas y Las Vegas Norte.

Se trata de una geografía política diabólicamente concebida para separar los recursos que provienen de los impuestos de las necesidades sociales regionales. Los enormes y extensos distritos electorales debilitan el poder de las minorías y de los votantes de la clase trabajadora. A la inversa, la falta de incorporación centraliza el poder de decisión sobre el uso de la tierra en manos de un gobierno invisible de grandes empresas del juegos y diseñadores de gigantescas residencias y centros comerciales.

En particular, las inversiones empresariales de mil millones de dólares a lo largo del Strip —con sus enormes costes sociales en lo que se refiere a la congestión del tráfico, el consumo de agua y electricidad, los hogares y las escuelas— obligan al sector público, fiscalmente malnutrido, a ir siempre por detrás. Esta asimetría estructural del poder entre las corporaciones del juego y el gobierno local está expresada de la manera más dramática en la financiación de las nuevas infraestructuras públicas para promover la expansión de los casinos y el crecimiento del turismo. Un ejemplo clásico de esto mismo es el nuevo sistema de distribución de aguas implementado por

la SNWA cuyos bonos están garantizados en los impuestos a las venta: el medio más regresivo posible, pero la única fuente significativa de ingresos estatales no nombrados de Nevada.[22]

A diferencia de los dogmas económicos neoclásicos y de la moderna teoría de la «elección pública», el desarrollo económico controlado por las corporaciones en un mercado de gobiernos locales débiles y competitivos es inherentemente ineficiente. Por ejemplo, considérense los enormes cuadros vacíos en el telar urbano de Las Vegas, dramáticamente visibles desde el aire, que representan el modelo de desarrollo de tipo «salto de rana» que los planificadores han denunciado durante generaciones en el sur de California, ya que aumentan innecesariamente los costes de las calles, las escuelas y los beneficios públicos. Un hábitat fundamental para los humanos (en la forma de parques) y para las especies en vía de extinción, como la tortuga desértica, es destruido por el bien de los terrenos disponibles y la desolación de las periferias ricas.

De la misma manera, Los Ángeles y Las Vegas cultivan celosamente la imagen de infinita oportunidad de diversión bajo el Sol. Sin embargo, el recreo gratuito es más accesible en las ciudades más viejas del este y del medio oeste que aprecian sus parques y paisajes públicos. Ya en 1909, los expertos advirtieron a los líderes de Los Ángeles sobre la posibilidad de una inminente escasez de parques y playas públicas a nivel regional. Aunque la crisis de las playas fue parcialmente aminorada en los años cincuenta, Los Ángeles sigue siendo la ciudad más pobre en parques, en comparación con las principales ciudades americanas, con sólo un tercio del espacio abierto utilizable per cápita de Nueva York.[23]

Mientras tanto, Las Vegas casi no tiene espacios comunes: apenas 1,4 acres por cada mil residentes, comparados con la mínima media nacional recomendada de 10 acres. Esta falta de parques puede significar poco para el turista que practica jet sky en el lago Mead o se pasea por la pileta del Mirage, pero define la empobrecida calidad de vida de los miles de trabajadores de servicios, con bajos salarios, que viven en las viviendas de estuco alineadas en las calles laterales del Strip. Las reclamaciones de Booster sobre los centenares de miles de acres de espacios de calidad para el recreo en el condado de Clark, se refieren sólo a los destinos accesibles en automóvil, no a los espacios despejados para llegar caminando desde casa o la escuela. Uno no sustituye al otro.[24]

---

22 Mike Davis, «How Eden Lost Its Garden».

23 *Parks and Recreation Master Plan, 1992-1997,* Las Vega: Clark County Rarks y Recreation Departament, 1992.

24 Mike Zapler, «Huge Project OK'd Next to Red Rock,» *Las Vegas Review-Journal,* 28 de enero de 1997.

Además, algunas de las más hermosas áreas desérticas cercanas a Las Vegas están siendo amenazadas por una urbanización desenfrenada. Los diseñadores están intentando aumentar el valor de las tierras a través de la privatización de los beneficios naturales como si fueran un paisaje capitalizable. Por ejemplo, el activo local del Sierra Club se ha movilizado recientemente contra la invasión del Summerlin West, un segmento de la gran comunidad planificada de Summerlin que es el legado principal de Howard Hughes, sobre el Red Rock Canyon National Conservation Area —el lugar favorito de los nativos de Las Vegas para picnics y excursiones de fin de semana. El proyecto, respaldado por Las Vegas City Council (que de forma consecuente permitió realizar la construcción), incluye 20.000 casas, dos casinos, cinco campos de golf y casi 6 millones de pies cuadrados para oficinas y espacios comerciales. Tal y como lo plantea uno de los diarios locales, la mayoría de los activistas ecologistas estaban «menos entusiasmados con la posibilidad de cubrir un lado del Red Rock Canyon, uno de los hitos del valle más valorados, con casinos, negocios y viviendas».[25]

La crisis de las zonas de esparcimiento en las ciudades del cinturón del Sol es la otra cara de la moneda de la falta de conservación de los ecosistemas nativos, otra consecuencia es la pérdida de protección contra los peligros naturales como inundaciones e incendios. El lazo entre estas cuestiones es parte de un legado perdido de ambientalismo urbano apoyado por planificadores y arquitectos paisajistas durante la época de la *City Beautiful*. Por ejemplo, en 1930, Frederick Law Olmster Jr., el gran diseñador urbano de su generación, recomendó delimitar las «zonas de riesgo» de Los Ángeles como la mejor estrategia para reducir los costes sociales de las inevitables inundaciones, los fuegos salvajes y los terremotos. En su propuesta tristemente no realizada, las construcciones hubieran sido prohibidas en los llanos propensos a inundarse y en las colinas con probabilidades de incendios. Él argumentaba que estos terrenos estaban mejor preparados para la conservación de espacios verdes multiuso y parques silvestres con el objetivo específico de aumentar las oportunidades de recreo al aire libre para los ciudadanos más pobres.[26]

Las Vegas es todo lo que Olmster aborrecía. Por ejemplo, sus desiertos artificiales de hormigón y asfalto han exacerbado mucho su problema con las crecidas del río en verano (tal vez el secreto mejor guardado de la ciudad, excepto en ocasiones, como cuando unos turistas confiados se ahogaron en los estacionamientos de los casinos en 1992). Al igual que Los Ángeles, Clark

---

25 *Parks, Playgrounds, and Beaches for the Los Angeles Region,* Los Ángeles, Olmsted Brothers and Bartholomew, 1930, pp. 97-114.

26 Cartas en *Las Vegas Review-Journal,* 1 de febrero de 1996.

ha preferido usar los subsidios federales para transformar su hidrología natural (literalmente, el valle se inclina hacia el río Colorado) con un costoso sistema de tuberías propenso al fracaso, en lugar de excluir de la construcción las zonas cercanas a los arroyos y las ramblas que deberían convertirse en los equivalentes desérticos a los cinturones verdes de Olmsted. (El reciente anuncio de la construcción de un parque desértico de tierras mojadas en Las Vegas Wash, el corredor ripario, es una tardía media-medida.)[27]

Mundos alejados

Los Ángeles fue la primera metrópolis en el mundo construida decisivamente en la época del mayor crecimiento del automóvil. El resultado fue la descentralización del consumo y la cultura y la atrofia constante del centro de la ciudad. Recientemente, un grupo de teóricos de la Universidad de California en Irvine, ha sugerido que, en el condado de Orange, y en otras *edge cities*,[28] estamos asistiendo al nacimiento de una «metrópolis postperiferia rica» donde las funciones tradicionales del lugar central (cultura y deportes, gobierno, compras en centros comerciales y administración corporativa) están radicalmente dispersas entre diferentes centros urbanos.[29]

Si esto es realmente o no una tendencia general, Las Vegas contemporánea sintetiza de manera extrema lo que ocurre en el condado de Orange. La industria del juego ha desplazado otras actividades cívicas del centro a la periferia, con la excepción parcial del gobierno y las leyes. El turismo y los pobres ocupan ahora el centro geográfico de la metrópolis. Las otras características tradicionales del centro, como las zonas comerciales, los centros culturales y las oficinas centrales de las empresas, están esparcidos caóticamente a través del valle de Las Vegas con la aparente lógica de un avión que se ha desplomado.

---

27 Con *edge cities* se refiere al concepto de Joel Garrau (*Edge cities. Life in new frontier*, Nueva York, Anchore Books, 1992) con el que hacía referencia a las ciudadades periféricas que se construían sobre los ejes de crecimiento de las grandes metrópolis estadounidenses. Garrau ensalzaba, con la retórica de la colonización de una nueva frontera, el completo proceso de suburbanización de la metrópolis estadounidense, en el que empleo, recreo y hogar se reunían en ciudades de tamaño medio y socialmente homogéneas, separadas de los grandes y viejos monstruos urbanos, difíciles de habitar y por supuesto, criminalmente peligrosos y racialmente promiscuos [N. del E.].

28 Stuwart Olin *et alli*, *Postsuburban California,* Berkeley, Calif. 1992.

29 William Fulton, *The Reluctant Metropolis: The Politics of Urban Growth in Los Angeles,* Point Arena, 1997, pp. 307-8.

Mientras tanto, sus crecientes periferias ricas rechazan la integración social y física con el resto de la ciudad. Para utilizar el concepto de la película futurista *Blade Runner,* son «mundos alejados» y autocontenidos, que valoran ante todo su seguridad y exclusividad social. El historiador de la planificación, William Fulton, ha descrito recientemente la periferia de Las Vegas como una versión de «volver al futuro» del sur de California de los años cincuenta: «No es ninguna sorpresa que a los constructores de viviendas de Los Ángeles les encante Las Vegas. No solamente pueden aprovechar un mercado con el estilo de Los Ángeles, con productos con el estilo de Los Ángeles, también pueden hacer las cosas a la manera que solían hacerlas en los buenos tiempos de L.A.». Como puntualiza Fulton, mientras los constructores de viviendas del sur de California deben pagar ahora parte de los costes de las nuevas escuelas y de los sistemas de aguas, los diseñadores de Las Vegas «no pagan ninguna retribución para las nuevas infraestructuras».[30]

El más ambicioso de los «mundos alejados» en Las Vegas es Summerlin. Construido conjuntamente por las corporaciones Summa y Del Webb, y con el nombre de una de las abuelas de Howard Hughes, alardea de tener una completa autosuficiencia (es «un mundo en sí mismo», según el lema de un cartel) con sus propios centros comerciales, campos de golf, hospitales, comunidades de jubilados y, por supuesto, casinos. «Nuestro objetivo es ser una comunidad completa», aclara el presidente de Summerlin, Mark Fine, «con el gran plan de adoptar un estilo de vida único donde uno pueda vivir, trabajar y jugar en un ambiente estético y seguro». (En lugar de las corporaciones, son los residentes quienes pagan las inversiones en las infraestructuras clave, tales como una nueva autopista desde Las Vegas hacia los distritos especiales.) Cuando Summerlin esté finalmente terminado a principios del siglo XXI, una población de mas de 200.000 personas viviendo en veintiséis «pueblitos», diferenciados por sueldo y edad, estará herméticamente sellada como la versión chic de Las Vegas, en la resquebrajada biosfera de Arizona.[31]

El pueblo harinero, antes polvoriento, de Henderson, al sureste del Strip, también se ha convertido en un polo de crecimiento para los amurallados sectores de rentas medias y se está convirtiéndo en la segunda ciudad de Nevada. (Para obtener una ventaja óptima entre sus beneficios públicos y obligaciones impositivas, Summerlin está dividido entre la ciudad de Las Vegas y el apartado condado de Clark.) En el borde de Henderson está el Xanadú del lago Las Vegas: una fantasía wynniana creada cuando levantaron

---

30 Sam May Kaplan, «Summerlin», *Urban Land,* septiembre de 1994, p. 14.

31 Adam Steinhauer, «Lakes Las Vegas Resort Planned», *Las Vegas Review-Journal,* 13 de diciembre de 1996.

una represa de dieciocho pisos a lo largo de Las Vegas Lake. «La mayor construcción con financiación privada de América del Norte», según un panfleto de 1995, el lago de Las Vegas (controlado por los ubicuos hermanos Bass de Fort Worth) es una pura hipérbole. Incluye villas de 2 millones de dólares que están frente al lago en subdivisiones privadas *dentro* de una comunidad residencial vigilada. El gran plan de Basses prevé la construcción de seis grandes complejos turísticos, sostenido por hoteles y casinos de lujo, y cinco campos de golf de calidad mundial, además de «restaurantes y negocios que van a ser la alternativa chic de Las Vegas».[32]

La estructura urbana centrífuga de Las Vegas, con *edge cities* tan poderosamente gravitatorias como Summerlin y Henderson Lake Las Vegas, refuerzan la servil dependencia de los automóviles. Según los modernos teóricos de arquitectura como Robert Venturi y Dense Scott Brown, para quienes *Learning from Las Vegas* ha sido un texto básico del postmodernismo, el Las Vegas Boulevard es la supuesta apoteosis del urbanismo definido por los automóviles, la madre de los Strips. Sin embargo, el crecimiento en la última década ha hecho casi intransitable el Strip. Las Vegas Boulevard está normalmente tan transitada como la autopista de San Diego a la hora punta y su intersección con la avenida Tropicana es supuestamente la esquina más transitada de la nación.[33]

Como resultado, los frustrados turistas descubrirán pronto que el paso desde el aeropuerto McCarran (inmediatamente adyacente al Strip) hacia sus hoteles, lleva con frecuencia más tiempo que el vuelo desde Los Ángeles. El tamaño brobdingnaniano de las propiedades y el salvaje calor del verano, sin mencionar las agresiones constantes de los vendedores ambulantes que promocionan sexo en los principales periódicos, pueden convertir en un calvario las expediciones peatonales de los ancianos y las familias con niños. La ausencia de una planificación coherente para el Strip (la ineludible consecuencia de dar a las corporaciones del juego el control total de la construcción de sus espacios), normalmente ha acabado en una serie de soluciones desesperadas y de remiendo, que incluyen algunos puentes peatonales nuevos. Sin embargo, la Nevada Resort Association —que representa a las principales corporaciones del juego—cuenta con las nuevas autopistas y sus arterias para desviar el tráfico del Strip y un monorraíl de 1.200 millones para que los clientes puedan trasladarse rápidamente entre los grandes hoteles-casino.

---

32 Robert Venturi, *Learning from Las Vegas: The Forgotten Symbolism of Architectural Form,* Cambridge, 1977.

33 Lisa Bach, «Panel Eras Mass Transit Options», *Las Vegas Review-Journal,* 7 de febrero 1997; Susan Greene, «Schools, Roads Plan Nears», *Las Vegas Review-Journal,* 25 de febrero de 1997.

Durante la mayor parte de la década de 1990, Las Vegas ha sido una gran obra de construcción de autopistas. No se ha aprovechado ninguna enseñanza de la triste experiencia de California, ni siquiera la lección elemental de que las autopistas aumentan la dispersión y, en consecuencia, la demanda de más autopistas. Cuando esté terminada, la nueva red de autopistas de Las Vegas va a permitir que la mayoría de los viajeros abonados puedan desviarse por completo del Strip, pero también va a centrifugar el crecimiento de la población hacia el desierto, con sus correspondientes costes sociales en infraestructuras y escuelas.

Mientras tanto, la Nevada Resort Association ha concentrado su inmenso poder político para asegurarse de que el aumento del 8% de los impuestos para las habitaciones de los hoteles se invierta exclusivamente en su propio Resort Corridor Transportation Master Plan (el monorraíl). La industria del juego, que diseña la financiación del nuevo sistema de distribución de agua con un regresivo aumento de los impuestos sobre las ventas, se ha opuesto a todos los esfuerzos de los desesperados funcionarios del Clark County School District para desviar una porción del incremento en los impuestos a las viviendas hacia la construcción de escuelas. Al igual que en las luchas impositivas anteriores, los defensores de las escuelas y los subsidios gubernamentales se ven enormemente superados en número por las pistolas contratadas por la Resort Association. Nevada es el estado más notoriamente antiimpuestos del país, y los lobbys de la industria del juego, con sus cofres hinchados por las ganancias del *boom*, dominan la legislatura de Carson City. El reciente diluvio de jubilados en las periferias ricas de Las Vegas sólo ha reforzado la mayoría anti-impuestos. (Paradójicamente, el electorado de Clark está envejeciendo, mientras la edad media actual de la población —gracias, en particular, a los jóvenes inmigrantes latinos y sus familias— está disminuyendo.)[34]

Un índice del extraordinario poder que maneja la Resort Association es el hecho de que la relativa contribución de los impuestos del juego al ingreso estatal ha disminuido durante el *annus mirabilis* de 1995, cuando la construcción de hoteles-casino superó todos los records. Sin embargo, la industria, agitada por los disturbios locales debidos al caso «Rodney King» en la primavera de 1992, es consciente de que la calidad en la educación está disminuyendo y de que los servicios sociales producirán patologías sociales que podrían socavar la atmósfera vacacional de la ciudad. Sus calculadas soluciones, después de meses de discusiones de alto nivel en el invierno de 1996-1997, han sido las de otorgar voluntariamente el incremento a las viviendas —que es transferido directamente a los turistas y luego invertido exclusivamente en el monorraíl

34 John Smith, «Gaming Industry Hits PR Jackpot with Hotel Tax Proposal», *Las Vegas Review-Journal,* 27 de febrero 1997.

del Strip— como si fuese un «heroico» acto de responsabilidad social. Esto ha reducido la presión impositiva a los propietarios de los casinos mientras transmitía el claro mensaje, escrito por el *lobby* de la Resort Association, que ha llegado la hora de que los constructores de viviendas y los propietarios de pequeños comercios hagan una contribución a la financiación escolar. Tal y como ha sido señalado por el columnista John Smith, «por haberse adelantado, ellos desvían el foco de un potencial ingreso a través de los juegos con el incremento de impuestos [que saldría de sus bolsillos] y reclaman la responsabilidad de los promotores y los dueños de comercios del sur de Nevada».[35]

Mientras tanto, el hipercrecimiento de la década anterior, sin la contraparte del gasto social, ha aumentado la desigualdad económica a lo largo y ancho del condado de Clark. A pesar del febril auge, la oferta de inmigrantes desocupados ha sobrepasado la demanda de nuevos trabajadores en el núcleo sindicalizado de la economía del juego. La diferencia se traduce en una creciente población de trabajadores marginales, atrapados en trabajos de servicios con sueldos mínimos: el sector del juego no sindicalizado, la industria del sexo y el negocio de las drogas. Según una estimación, la población sin techo de Las Vegas ha aumentado en un 750% durante los años de gran auge económico, entre 1990 y 1995. Al mismo tiempo, cada vez un mayor porcentaje de nativos de Las Vegas, más que en cualquier otra gran ciudad, no tiene seguro médico. De la misma forma, el sur de Nevada está infestado por un elevado nivel de crímenes violentos, abusos infantiles, enfermedades mentales, cáncer de pulmón, enfermedades epidémicas, suicidios y, de lo que nadie quiere hablar, el problema del juego compulsivo es el principal factor de las patologías familiares.[36]

Obviamente, esto provee un pobre escenario para la asimilación de una nueva diversidad étnica y racial. A pesar de los decretos consensuados y del fuerte apoyo de la Culinary Workers Union a la acción afirmativa, la industria del juego sigue estando lejos de lograr la igualdad racial o de género en los contratos y en las promociones. En el pasado, Las Vegas tenía muy bien merecida su reputación como «Misisipi del Oeste». Si bien durante los años sesenta los populares artistas afroamericanos como Sammy Davis Jr. y Nat King Cole estaban capitalizando la atención del Strip con su talento, los negros tenían prohibida la entrada en la mayoría de los hoteles y casinos, a excepción de las camareras. De hecho, un estudio comparativo realizado durante ese periodo sobre la discriminación residencial en Estados Unidos, descubrió que Las Vegas era la ciudad «más segregada de la nación».[37]

---

35 Robert Parker, «The Social Costs of Rapid Urbanization in Southern Nevada» en Davis y Rothman (eds.), *Grit Beneath the Glitter.*

36 Mike Davis, «Racial Cauldron in Las Vegas», *Nation,* 6 de julio de 1992.

37 Ibídem.

Hace poco tiempo, los altos y persistentes niveles de desempleo en el lado oeste de la ciudad, predominantemente negro, precipitaron cuatro violentos fines de semana de disturbios después del veredicto a Rodney King en abril de 1992. Las tensiones interétnicas, exacerbadas por un sector público relativamente reducido, también se han incrementado mientras los latinos reemplazaban a los afroamericanos como el grupo minoritario más numeroso del valle. De hecho, los líderes negros han advertido la «avanzada miamización», ya que algunos de los propietarios de casinos prefieren contratar a inmigrantes latinos en lugar de a los negros locales. Por su parte, los latinos se han convertido en el objetivo de las sobresaturadas escuelas (los latinos constituyen ahora el 40% de la población de las escuelas primarias en la ciudad de Las Vegas), la brutalidad policial y la falta de representación en el gobierno local.[38]

Reverdecer el desierto urbano

Regresemos una vez más a Las Vegas y al fin de la historia del Oeste. En su apocalíptica obra, *The Stand* (1992), Stephen King visualizaba a Las Vegas como la capital terrestre de Satán, con el Demonio literalmente entronizado en el gran MGM. Muchos ecologistas, junto a las pequeñas poblaciones amenazadas de los *hinterlands* desérticos de Las Vegas, tal vez hubieran estado de acuerdo con la caracterización del diabólico *zeitgeist* de Glitterdome. Ninguna otra ciudad del Oeste americano parece tan motivada por fuerzas ocultas o con tan poca capacidad de respuesta a las limitaciones sociales o naturales. Al igual que Los Ángeles, Las Vegas parece estar dirigida hacia una especie de ruptura escatológica (en la novela de King, Satán se cocina finalmente a sí mismo).

Enfrentada al mismo diablo y a su inexorable plan para dos millones o más de nativos, ¿qué puede hacer la comunidad ecologista de Las Vegas? Las decisiones estratégicas son necesariamente limitadas. Por un lado, los ecologistas pueden seguir defendiendo los recursos naturales y las áreas desérticas contra la gran máquina del desarrollo: un recurso básicamente defensivo que puede obtener algunas victorias individuales pero que está predestinado a perder la guerra. Por otro lado, pueden oponerse al desarrollo desde sus raíces luchando por una moratoria del aumento poblacional en el árido suroeste. Sin embargo, de una manera

38 Ibídem.

más abstracta, esta opción dogmática sólo conseguirá encasillar a los verdes como los enemigos del empleo y de los sindicatos de trabajadores. De hecho, sobre los márgenes, algunos ecologistas pueden perderse en el ciego callejón malthusiano del control de fronteras aliándose a los grupos nativistas que quieren deportar a los trabajadores inmigrantes latinos, cuyo consumo per cápita de recursos es solamente una pequeña fracción del de sus empleadores nativos.

Una forma mejor de encarar la cuestión, aunque sea utópica a corto o medio plazo, se enfocaría totalmente sobre las características de la urbanización del desierto. La «máxima capacidad» no es sólo una función lineal de la población y la base de recursos disponibles; también está determinada por la forma social de consumo, que después de todo es una cuestión de diseño urbano. Las ciudades tienen capacidades increíbles para el uso eficiente de recursos naturales escasos, en su mayoría todavía no explotados. Sobre todo, tienen el potencial de contraponer la opulencia pública (grandes bibliotecas, parques, museos, etc.) como una alternativa real al consumismo privatizado y penetrar entonces la aparente contradicción entre la mejora de los estándares de vida y la aceptación de las limitaciones impuestas por el ecosistema y los recursos naturales finitos.

Con esta perspectiva, el procedimiento más condenatorio contra la ciudad del cinturón del Sol es la atrofia de las clásicas calidades urbanas (y pro-ambientales) tales como la densidad residencial, la cantidad de peatones, el transporte masivo y la riqueza de paisajes públicos. En cambio, Los Ángeles y sus clones postmodernos están estupefactos por la disponibilidad de agua, electricidad y suelo artificialmente barato. Además, el mal diseño no ha previsto las consecuencias ambientales, como las provocadas por el colosal consumo de electricidad en el sur de Nevada. En lugar de mitigar su clima desértico a través de un diseño creativo (por ejemplo, la buena orientación de los edificios, un mejor aprovechamiento de las sombras, la minimización de *hardscapes*[39] que absorben el calor, etc.), Las Vegas al igual que Fénix, depende simplemente del aire acondicionado universal. Pero gracias a la ley de conservación de la energía, el calor desperdiciado es trasladado al medioambiente urbano en general. Como resultado, Las Vegas es una abrasadora «isla caliente» cuyas temperaturas nocturnas suelen ser de 2 a 4 grados más elevadas que en el desierto circundante.

---

39 En arquitectura, los *hardscapes* son los elementos inanimados que forman parte del paisaje urbano como motivo de decoración o con el fin de introducir una alteración humana en el mismo. Constituyen así la parte «dura» del paisaje, frente a la parte *soft* compuesta por la vegetación y la fauna [N. del E.].

Por fortuna, los acosados ecologistas del Oeste tienen algunos aliados nuevos. En su cruzada por el Nuevo Urbanismo, Peter Calthorpe, Andreas Duany y otros jóvenes arquitectos conscientes con el medioambiente han restablecido un diálogo crítico entre diseñadores urbanos y los grupos ecologistas dominantes, particularmente con el Sierra Club. Con una admirable claridad, han esbozado un modelo de planificación regional que vincula de forma contundente cuestiones relativas a la igualdad social (áreas residenciales económicamente diferentes, igualdad en lo que se refiere al esparcimiento, más viviendas accesibles eliminando la necesidad de tener un segundo automóvil y un paisaje peatonal preferente para niños y ancianos) dando una alta prioridad a los intereses ambientales (reciclaje de productos desechables en el lugar, cinturones verdes, la integridad de los ecosistemas de las tierras húmedas, corredores ecológicos, etc.). En efecto, ofrecen los elementos de un poderoso programa para poder unir a quienes de otro modo serían electores dispares —residentes del centro de la ciudad, ciudadanos ancianos, defensores de los niños, ecologistas— todos ellos en desventaja frente a una ciudad dominada por los automóviles y los suburbios ricos.

El Nuevo Urbanismo ha tenido muchos éxitos pequeños en el norte y centro de California, el noroeste del Pacífico y otras áreas donde la preservación de la calidad del medioambiente requiere de una mayoría electoral. Por contraste, en el suroeste, el modelo Summerlin —con su extrema segregación de usos de suelo y grupos de renta, así como su servil dependencia de agua y energía baratas— representa el estándar de las «mejores prácticas» de la industria de la construcción. (Solamente Tucson, con su autoimpuesta disciplina ambiental, constituye una excepción regional.) En otras palabras, el Oeste esta polarizado entre los mercados de viviendas en los que el Nuevo Urbanismo ha conseguido tener un cierto impacto y aquellos donde siguen siendo hegemónicos los patrones del sur de California de los años sesenta. En el caso de Las Vegas, donde las contradicciones del hipercrecimiento y la inflexible demanda de recursos son más agudas, la necesidad de un modelo poblacional alternativo ha llegado a ser doblemente urgente.

El Nuevo Urbanismo en sí mismo es sólo un punto de partida, no una panacea. Una política verde para el desierto urbano tendría que asimilar y sintetizar décadas de investigación internacional sobre el hábitat humano en ecosistemas áridos. También, debería considerar las posibles alternativas a una economía regional que se ha vuelto dependiente de la monocultura de los casinos temáticos. Y debería comprender que su principal aliado en la larga marcha hacia la justicia social y ambiental debe ser el propio movimiento obrero (particularmente el ala progresista representada por

sindicatos como Las Vegas Culinary Workers) al que hoy los ecologistas locales consideran con un desdén apenas encubierto. Éstas son las nuevas tareas de Hércules. Crear una visión de un urbanismo alternativo, sostenible y democrático en el suroeste, es un cambio extraordinario. Pero ésta es quizás la ultima generación que tiene la oportunidad de intentarlo.

1998

Parte 2.
La ciudad de la revuelta

5. *Tan mala como la bomba atómica*

«Es la hora», el Dr. Fred Schwartz insiste a los residentes de la ciudad más patriótica de la nación «de que dejen de lado los temas secundarios e insignificantes... Los americanos tienen que renunciar a la conspiración, la ignorancia y la codicia, y dedicarse a arrojar el guante de la libertad en la cara de los ateos comunistas». El ex patriota australiano, médico, director ejecutivo de la Christian Anti-Communist Crusade [Cruzada Cristiana Anticomunista], estaba en San Diego para abrir la mayor sesión hasta ahora de su School of Anti-Communists. Mas de cien mil entusiastas antisubversivos de la localidad se registraron para escuchar a Schwartz y a su coestrella, el famoso contraespía del FBI Herbert Philbrick *(Yo viví tres vidas),* explicar porqué «el mundo libre está perdiendo la batalla contra los rojos». En cinco días de talleres y testimonios expertos, Schwartz prometió desenredar los misteriosos secretos del horroroso éxito del comunismo. «Para pensar como un comunista debes desarrollar la mente como un sacacorchos. No vas a poder hacerlo sin comprender el materialismo dialéctico.»[1]

Si diez años después, los arqueólogos de otro planeta quisieran entender la cultura de la antigua Guerra Fría estadounidense, la sección estratigráfica perfecta en el tiempo y el espacio podría ser la de San Diego en California a finales de agosto de 1960, la víspera de la reactivación del anticomunismo de Schwartz. Ninguna otra gran ciudad ha capitalizado su futuro con tanta exclusividad, en lo que el presidente Eisenhower (en un extraño momento de aprehensión), describió recientemente como el «complejo militar-industrial». Vista desde la terraza del hotel El Cortez, el único rascacielos de la ciudad, el paisaje militar era aplastante, sublime incluso: un precioso cielo azul manchado con jets marinos y navales; un puerto perfecto abarrotado de

1 *San Diego Union*, 24 de agosto de 1960.

grises y enormes portaaviones, una costa delineada por millas de depósitos de almacenamiento militar, campamentos de reclutas y líneas de montaje de bombarderos; y, apiñado a lo lejos, un inmenso complejo donde General Dynamics estaba construyendo el primer proyectil Atlas. San Diego respondió a esta defensiva bonanza con un culto de cargo cívico que exaltaba a los marines, a la flota del Pacífico, y a los ICBM. Las décadas anteriores, los padres de la ciudad habían ahuyentado a Emma Goldman y a los *wobblies* con la advertencia de que nada, ni el más mínimo antiamericanismo sería tolerado en San Diego. Con la ultraconservadora San Diego Union (promotora oficial de la Anti-Communist School de Schwartz) como su perro guardián, la intolerancia al disentimiento se hizo legendaria. Para abreviar, esta capital de la Guerra Fría fue el lugar menos pensado de Estados Unidos para ser el escenario de uno de los primeros grandes disturbios juveniles de la década de 1960.

¿Combustión interna o conspiración roja?

Mientras en el verano de 1960, los estudiantes negros se enfrentaban audazmente a la segregación del Sur con una heroica presencia frente al mostrador del desayuno, los niños blancos de San Diego estaban preocupados por la pregunta aparentemente trivial de si ellos podrían o no seguir quemando las yantas en un circuito de carreras local. La noche del viernes 19 de agosto, los jóvenes clientes del restaurante de autoservicio más popular de San Diego recibieron unos volantes junto con sus hamburguesas y coca-colas de sabor a cereza. El volante invitaba a «todos los fanáticos del *drag racing*»[2] a una «gran reunión de protesta» para la tarde siguiente en la esquina de El Cajon Boulevard y la calle Cherokee. Dos semanas antes, seguido de un accidente que hirió a tres espectadores, la Marina cerró el último circuito de carreras en el condado de San Diego: una vieja pista auxiliar de aterrizaje conocida como Hourglass Field, donde anteriormente las carreras ilegales de fin de semana bajo los auspicios adultos del San Diego Timing Association (la sede principal de los veintidós clubes de *hot-rod*[3]) habían sido

2 Se trata de carreras cortas (media milla, un cuarto de milla o incluso un octavo de milla), normalmente entre dos automóviles, que se pueden realizar en cualquier circuito y que se popularizaron primero en Estados Unidos, para extenderse después por buena parte del mundo [N. del E.].

3 Automóvil preparado, normalmente aprovechando el chasis de un viejo coche y aplicándo las mejoras y modificaciones que el usuario considere oportunas [N. del E.].

toleradas desde el cierre en 1959 del circuito original de la asociación en Paradise Mesa. La acción de la Marina le encantó al triunvirato conservador compuesto por el jefe de policía Jansen, el alcalde Dail y el supervisor Gibson, quienes hacía mucho tiempo denunciaron las *drag racing*, sancionadas o no, como un estimulante para «el atolondramiento y el desorden». (Bajo las ordenes de Janson, la policía dirigió desde principios de año una intensa ofensiva contra las carreras callejeras y sus «equipos de velocidad» ilegales.) A la inversa, los clubes locales de automóviles como el Vi-Counts y el Roman Chariots, que había cooperado con los esfuerzos policiales para suprimir las peligrosas carreras callejeras a cambio de un circuito en Hourglass Field, estaban furiosos por lo que, en efecto, era la criminalización del deporte. «Si nosotros no tenemos [un nuevo] circuito» advirtieron algunos de los Vi-Counts, «los coches comenzarán a competir en las calles».[4]

Efectivamente, cuando los oficiales de la policía de San Diego empezaron a llamar a los refuerzos, de manera frenética, a la una de la madrugada del domingo (el 21 de agosto), cerca de 3.000 adolescentes y jóvenes adultos bloquearon una larga sección del El Cajon Boulevard (la mayor carretera Este-Oeste de la ciudad) y animaron a los corredores a una miscelánea de clásicos *hot-rods* y acondicionados sedanes familiares. «Los coches, de todos los modelos y formas», informó *Union*, «compitieron en filas de a dos a lo largo de tres manzanas del El Cajon Boulevard. Miles de espectadores se alinearon sobre la vereda y la isla central, dejando poco espacio para que los coches pudieran pasar». Fue necesario empuñar las porras policiales, lanzar gases lacrimógenos y mantener la vigilancia de los coches patrulla sobre las veredas durante casi tres horas para dispersar a los espectadores.[5]

Los policías veteranos, acostumbrados a la indiferencia de los adolescentes locales, estaban sorprendidos por el furioso desafío de las multitudes. Un contingente de casi cien personas se mantenía obstinadamente en su lugar dentro de una estación de servicio, respondiendo a los gases lacrimógenos y a las acusaciones policiales con «botellas de gaseosa, vidrios y piedras», hiriendo levemente a dos policías, «a otros les rompieron los uniformes y les robaron sus pistolas». El agente M. Addington fue herido en la cabeza con una piedra y al agente W. Pfahler le quemaron la pierna con una granada de gases lacrimógenos. El sargento J. Helmick fue salvado por sus compañeros después de que un grupo de manifestantes intentara volcar su coche patrulla».[6] *Los Angeles Examiner,* melodramatizando los daños, citó a un «aterrorizado vecino»: «Eran como perros salvajes, yendo

---

4 *San Diego Union*, 20 de agosto de 1960.

5 *San Diego Union*, 22 de agosto de 1960.

6 *Los Angeles Times*, 22 de agosto de 1960.

y viniendo por la calle a gran velocidad y haciendo rugir sus motores. No tengo pistola, pero me armé con un cuchillo y sólo esperaba que nadie intentara entrar en mi casa».[7]

Eventualmente, 116 «manifestantes», incluyendo 36 jóvenes, fueron arrastrados a las lecheras. Los adultos fueron arrestados por sospecha de disturbios y conspiración, negándose a dispersarse y después fueron interrogados por detectives de homicidios. El jefe de la policía, Jansen, volvió a asegurar al Consejo de la Ciudad, al mismo tiempo que eran identificados los «jefes de la conspiración», que serían acusados por sus felonías. Los nombres y direcciones de los jóvenes adultos detenidos, publicados puntualmente en el *San Diego Union* del lunes, revelaron que al menos el núcleo de la multitud provenía de los típicos barrios y periferias de clase trabajadora. Sin ser sorprendente, el mayor contingente llegó de El Cajon, al este del condado, una población enloquecida por los coches —también un gran centro de la subcultura de las motocicletas. Otro grupo podría haber estado afiliado al popular club de automóviles de East San Diego, los Unholys. Los otros eran de los barrios igualmente trabajadores de Linda Vista, Lakeside, Spring Valley, Chula Vista e Imperial Beach. Solo una docena de jóvenes marines y de la armada dieron las direcciones de la flota. Solamente un acusado tenía un apellido español y había una ausencia llamativa de los corredores callejeros ilegales de las áreas ricas como Point Loma o La Jolla donde papá controlaba las llaves del T-Bird.[8]

Sin embargo, el disturbio del El Cajon Boulevard, tal y como era llamado oficialmente, electrizó a los adolescentes de todas las clases, cuando no de todas las razas. (Yo puedo testificar que entre mi grupo de chicos de catorce y quince años de El Cajon, éste fue el evento más «bestial» de nuestras vidas y los mayores —con su ductilidad y despreocupación al estilo James Dean— eran nuestros héroes Homéricos.) San Diego se preparó para lo desconocido. El lunes por la noche, después de que un concejal advirtiera que los chicos estaban «tratando de controlar el pueblo», fueron llamados los reservistas de la policía, que arrojaron sus porras antidisturbios y sus gases lacrimógenos. En lugar de un grupo de manifestantes, se encontraron a sí mismos jugando en una «gymkhana motorizada» con largos convoyes de manifestantes que frenaban y aceleraban alternativamente, pero que nunca excedían el límite de velocidad.[9] Su himno extraoficial fue el emocionante instrumental de «Camina, no corras».[10] Muchos de los coches desplegaron carteles escritos a mano: «Prohibido usar gases lacrimógenos» y «queremos un circuito de carreras».

---

7 *Los Angeles Examiner*, 22 de agosto de 1960.

8 *San Diego Union*, 22 de agosto de 1960.

9 *San Diego Union*, 22 de agosto de 1960.

10 Los cinco *hits* del desfile de San Diego durante el fin de semana del disturbio: (1) «It's Now or Never» (Elvis); (2) «Walk, Don't Run» (Ventures); (3) «Twist» (Chebby Checkers); (4) «Itsy, Bitsy, Teeny-Weeny Yellow Polea Dot Bikini» (Bryan Hyland); y (5) «Only the Lonely» (Roy Orbison): *San Diego Union*, 20 de agosto de 1960.

Además de El Cajon Boulevard, donde muchos de los *hot-rodders* se mofaron de las autoridades en una tensa confrontación en un popular autoservicio, la policía y los oficiales de carreteras lucharon por mantenerse a la misma altura de los contingentes persiguiéndoles por Clairemont, Linda Vista y Pacific Beach. En El Cajon, donde el jefe Joseph O'Connor juró: «Vamos a resistir a la multitud hasta el último hombre»; la policía bloqueaba Main Street y multaba a los manifestantes por las reales o falsas «modificaciones ilegales de los equipos». Mientras tanto, la policía de San Diego, ayudada por los patrulleros de la costa, acorralaron a algunos coches y detuvieron a más de 100 menores y adultos: parece que a muchos sólo con el fin de interrogarles sobre supuestos líderes de bandas.[11]

El miércoles, Herbert Sturdyvin, un impresor de veinte años, fue acusado de conspiración por haber impreso los «folletos de los disturbios» y se emitieron ordenes de captura para otros dos reputados instigadores. Pero los manifestantes, evidentemente inconscientes, seguían molestando a la policía con convoyes nocturnos (ubicados en el lugar que la policía describía como el «punto más caliente del este de San Diego» y después hubo un furtivo intento, derrotado por la Marina de guerra y las patrullas de carreteras, de poner en escena carreras de *drag* en Hourglass Field. Mientas las detenciones (más de 200 el viernes) y acorralamientos minaron toda la energía del movimiento, el jefe Jansen expresó con aprehensión que la desobediencia de los adolescentes locales fue sólo un preludio de la total «invasión de las bandas *hot-rod*» de Los Ángeles. Durante todo el fin de semana del 27 al 28 de agosto, la policía de San Diego —ayudada otra vez por la Marina de guerra— se movilizó frente a la llegada de las hordas de L.A.: una amenaza que para el lunes claramente sólo existía en la férvida imaginación de Jansen.[12]

Sin embargo, los líderes de la ciudad detestaban reconocer el contexto, obviamente espontáneo y local, de la protesta adolescente. El concejal Chester Schnieder recibió las mofas de sus colegas y supervisores del condado cuando sugirió que los oficiales debían trabajar con los clubes de automóviles y la Junior Chamber of Commerce para restaurar la válvula de seguridad de un circuito de carreras legal.[13] La mayoría prefería asimilar los disturbios de la semana a una oscura constelación de conspiraciones —incluyendo las sentadas del sur, las manifestaciones estudiantiles de San Francisco y los disturbios del mes anterior en el festival de jazz de

11 *San Diego Union*, 22 y 23 de agosto de 1960.

12 *San Diego Union,* 28 y 29 de agosto; y *Los Angeles Examiner*, 24 de agosto de 1960.

13 *San Diego Union*, agosto de 1960.

Newport— cuyo origen en última instancia era el Politburó de Moscú. «Este tipo de incidentes», explicaba el jefe Jansen, «junto con los disturbios en los clubs de jazz en la costa este y el reciente disturbio en San Francisco provee a *Pravda* de material de propaganda para apoyar sus afirmaciones de que este país es una nación sin ley». De igual manera, el *Union,* en una perorata editorial contra la «anarquía», descubrió que «la sentada, la multitud linchadora, la violencia en las líneas de piquetes y los disturbios estudiantiles, tienen todos una relación familiar con lo que pasó en El Cajon Boulevard».[14]

Para subrayar las profundas, quizás las satánicas fuerzas en curso, el *Union* publicó su editorial *Drag Strip Riot. This Cannot Be Tolerated* [«Revuelta por el circuito de carreras. Esto no puede ser tolerado»] al mismo tiempo que publicaba un artículo de un sindicalista antisubversivo George Sokolsky, titulado, *Communists Aiming at US Youth as Target* [«Los comunistas se dirigen a la juventud estadounidense como objetivo»]. «Como en otro momento», explicó Sokolsky, «el Partido Comunista de Estados Unidos se ha dedicado a infiltrarse en la población negra y en 1960 el programa se ha focalizado en los adolescentes. El Partido Comunista, que pasó a la clandestinidad durante los primeros años de la Guerra Fría y de la coexistencia competitiva pacífica, está ahora apareciendo en público de nuevo».[15]

Mientras tanto, en la escuela anticomunista subvencionada por el *Union*, orador tras orador ampliaban esta ecuación entre resurgimiento comunista y falta de respeto adolescente hacia las autoridades. Schwartz mostraba videos de recientes manifestaciones estudiantiles contra las audiencias del House Un-American Activities Committee en San Francisco, identificando entre la multitud lo que él llamaba instigaciones comunistas. W. Cleon Skousen, el ex asistente de J. Edgar Hoover y autor del *best-seller, The Naked Communist [El comunista al desnudo],* acusaba a las escuelas de enseñar «ideas peligrosas» tales como el «libre comercio mundial, el desarme y la coexistencia pacífica rusa». Mientras tanto, un capellán de la Marina advirtió que «si la nación va a la guerra, el 50% de los chicos de 17 años no van a ir con nosotros» y, refiriéndonos explícitamente a los jóvenes marineros y marines detenidos el fin de semana anterior, «aquellos que lograsen ingresar en el servicio van a causar muchos problemas». Finalmente, Philbrick explicó que la presente epidemia de delincuencia era directamente atribuible a una trama de la China roja para inundar el país con drogas y pornografía.[16] (Al día siguiente, en una reunión llena de medidas para hacer más rigurosa la ya

14 *San Diego Union*, 23 y 24 de agosto de 1960.

15 *San Diego Union,* 23 de agosto.

16 *San Diego Union*, 25 y 26 de agosto de 1960.

draconiana ordenanza antiobscenidades, el consejo de la ciudad tuvo una ardua discusión acerca de un libro titulado *High School Sex Club*, que supuestamente «daba instrucciones detalladas acerca de como empezar tal club».)[17]

Gidget se va a los disturbios

¿Los *hot-rodders* respaldados por el Kremlin y los clubes maoístas de sexo de la escuela secundaria? Sin embargo, si las alucinaciones del periodo más álgido de la Guerra Fría parecen completamente extrañas hoy, su uso tenía el tónico efecto de desacreditar con ideologías reactivas a aquéllos que eran etiquetados sin sentido como estúpidos y subversivos. Afirmando una afinidad conspirativa entre los *hot-rods* y los derechos de los negros, la libertad sexual y la disconformidad radical, el jefe Jansen y Fred Schwartz sembraron, sin querer, una particular semillita en la última parte de los años sesenta. Por otra parte, el incipiente antiautoritarismo se hizo más profundo debido al aumento del hostigamiento policial contra los corredores y fiesteros adolescentes durante las semanas posteriores a los disturbios. Sin embargo, cualquier intento de sobredimensionar los incidentes de San Diego es difícil de sostener después de la ausencia de incidentes durante la «invasión» de *hot-rods* de L.A. Si el semestre del otoño llegó y se fue, la policía se mantuvo firme en las calles y en los autoservicios, y los adolescentes de San Diego, tan frustrados que pudieron haberse levantado contra los constantes toques de queda, regresaron aparentemente al camino correcto.

Entonces, en la primavera de 1961, el sur de California, desde los valles hasta las playas, explotó de golpe en un conflicto de ira generacional. En seis meses se dieron diez de los llamados «disturbios adolescentes»; tres de lo cuales, incluyendo el Griffith Park en mayo, Zuma Beach en junio y Alhambra en octubre, implicaron a miles de adolescentes. Si hoy están en gran parte olvidados, en el momento de estos enfrentamientos se generaron titulares mundiales y controversias nacionales. A pesar de las diferentes características sociológicas y geográficas de los incidentes individuales, los líderes civiles y los ejecutores de la ley exageraron acerca de los mismos como si se tratara de una singular explosión continua, una insurrección inaudita contra la autoridad adulta. También, siguiendo la cadena de causas hasta el El Cajon Boulevard del verano pasado, algunos de los líderes nacionales anticomunistas percibieron otra vez una tendencia conspirativa en el desafío juvenil. Tal y como advirtió a la nación el jefe de policía de Los Ángeles: «La erupción de violencia y desorden

17 *San Diego Union*, 26 de agosto de 1960.

dirigida contra los símbolos de autoridad de la sociedad podría ser más devastadora para las esperanzas americanas acerca del futuro, que los cohetes y la bomba de 100 megatones».[18]

La primera explosión ocurrió el primero de mayo —¿según el horario subversivo? Aunque las noticias nacionales estaban dominadas por el gran disturbio del «Splash Day» en Galverton, Texas, donde 800 adolescentes fueron detenidos, los delegados de los Sheriffs del condado de Los Ángeles tuvieron que organizar una operación militar para salvar el *resort* de la isla de Ávalon de su propia horda adolescente. La tercera celebración anual del Buccaneer Ball de la ciudad fue interrumpida por centenares de estudiantes camorristas de las escuelas secundarias y de las universidades que «arrojaron sobre la calle basura con latas de cerveza y botellas de vino, caminaron encima de los coches, pisotearon las macetas, arrancaron las mangueras y los extintores de las paredes de los hoteles y rociaron con ellos los pasillos». Las aterradas autoridades locales llamaron a los representantes policiales del área continental que detuvieron a 57 personas entre la «multitud».[19] El fin de semana siguiente, en Long Beach, en una gresca descrita por la prensa local como «disturbio» o «casi disturbio», 400 adolescentes «todos en trajes de baño, invadieron el Bayshore Recreation Area... detuvieron los coches en la avenida Bayshore y en el Ocean Boulevard, se pelearon con los automovilistas, abrieron las llaves de ignición y arrojaron bombas llenas de agua». Cuando llegó la policía, también se burlaron de ellos y les arrojaron bombas de agua. Después, cuando fue condenado uno de los participantes, un agitado juez municipal se quejó: «Me gustaría tener un poste de castigo. Los adolescentes de este país no tienen ningún respeto por la autoridad. Simplemente no lo puedo entender».[20]

El disturbio más significativo del Memorial Day (30 de mayo) en Griffith Park fue un desafío directo, no planificado, de los adolescentes negros contra la segregación *de facto* en los espacios públicos de Los Ángeles. Aunque después del incidente, el diario local de Hearst, el *Examiner,* sermoneaba con que «no hay segregación en el uso de los servicios públicos... [y] no hay un grupo de negros en cualquier otra parte del mundo, incluido el continente africano, que tenga las ilimitadas oportunidades del medio millón de ciudadanos negros de esta región», esto era absurdo.[21] Enfrentados a una gran carencia de parques y servicios recreativos en el centro-sur de Los Ángeles,

18 *Los Angeles Examiner*, 15 de octubre de 1961.

19 *Los Angeles Times*, 2 de mayo de 1961.

20 *Los Angeles Examiner*, 8 y 9 de mayo de 1961.

21 *Los Angeles Examiner*, editorial del 1 de junio de 1961.

los residentes negros, al igual que los chicanos del lado este de los barrios «guetizados», fueron sistemáticamente amenazados por la policía cuando intentaban disfrutar libremente de las famosas atracciones al aire libre de la ciudad. Por ejemplo, sólo una pequeña porción de las playas del condado fue integrada y la gente mayor recuerda con amargura como las casas de los residentes negros fueron quemadas por el KKK en varias comunidades costeras durante los años veinte. Así mismo, Griffith Park, el mayor espacio público de la ciudad, cargaba con una historia de exclusión racial que los negros adolescentes habían comenzado a desafiar recientemente.

Un foco contestatario tuvo lugar en el famoso carrusel del parque: un imán natural para los adolescentes de todas las razas. Culpando a «la publicidad que viene del Sur en conexión con las acciones antisegragacionistas» el jefe de policía de Los Ángeles, William Parker, insinuaría después una conspiración negra para adueñarse del área del carrusel. Dijo a la prensa: «Nosotros hemos estado atentos a un potencial problema... desde hace tiempo... [porque] en este último año los negros se han apropiado de esa parte del parque».[22] En el Memorial Day había una palpable tensión cuando los negros llegaron con el fin de encontrarse con el LAPD, desplegándose por todo el parque. El disturbio hizo erupción a las cuatro de la tarde cuando el operador del carrusel acusó a un adolescente de subir sin pagar. Cuando el adolescente negó las acusaciones y no se quiso ir, luchó en el suelo contra las porras de los oficiales de policía blancos. La imagen del adolescente violentamente arrancado del carrusel enfureció a los miles de negros que paseaban por los alrededores. Una multitud de adolescentes siguió a los oficiales, rodeó al coche patrulla y exigió la libertad del prisionero. Cuando se arrojó del coche, se desató todo un infierno. Un oficial disparó; las multitudes respondieron con botellas. Cinco policías fueron heridos y forzados a buscar refugio en una oficina del parque. Mientras llegaban los refuerzos del LAPD rugiendo sus sirenas, los adolescentes negros les gritaban: «¡Esto no es Alabama!».[23]

Esa tarde, hubo muchas cámaras en el parque y las imágenes de la refriega en Griffith Park fueron pronto reproducidas por las agencias de noticias en todo el mundo. Debajo de una sensacional fotografía de centenares de adolescentes negros empujando a un policía mientras él maltrataba al primer detenido, un subtítulo del *U.S. News & World Report* preguntó (siguiendo al

22 *Los Angeles Examiner*, historia en las noticias, 1 de junio de 1961.

23 *Los Angeles Examiner, 31* de mayo de 1961. La acosada policía solamente podía hacer tres detenciones, pero se vengaron acusando a dos sospechosos de «intento de asesinato» y de «linchamiento». Después, las acusaciones fueron reducidas a delito de asalto y ambos fueron condenados a un año de prisión (Los *Angeles Examiner,* 31 de mayo, 2 de junio y 25 de octubre de

jefe Parker): «¿La consecuencia de las acciones antisegragacionistas?».[24] Hubo una breve premonición en la prensa de que cuando el movimiento por los derechos llegara a los guetos del Norte de «incomparables oportunidades» *(sic.)*, la no violencia sería dejada atrás. Griffith Park simbolizó la emergencia de una audaz «nueva casta», tal y como la había llamado James Brown, lista para pelear contra la policía, si fuera necesario, y para reclamar sus derechos civiles. Fue la primera escaramuza en el camino hacia la rebelión de Watts cuatro años después.

Sin embargo, mientras el jefe Parker todavía echaba humo sobre la «vagancia negra». Gidget y 25.000 amigos suyos en la playa golpearon a los agentes del sheriff y a los agentes de carretera con latas de cerveza llenas de arena. El fin de semana posterior a la batalla de Griffith Park, la emisora de música rock más popular invitó a los oyentes a un *grunion derby* en Zuma Beach, cerca de Malibú. La KRLA esperaba la llegada de aproximadamente 2.000 personas el sábado por la noche. «En cambio llegaron 25.000, y esto en una estimación conservadora.»[25] Los agentes de parques y recreo del condado impidieron a los patrocinadores montar una pista de baile y un escenario, permitiendo así que la gran multitud organizara sus propios entretenimientos. A medianoche, la hora oficial de cierre de la playa, los agentes del sheriff ordenaron a los asistentes que se marcharan. La respuesta fue un gran tiroteo de latas y botellas de cerveza. Debieron llamar a cincuenta agentes más, antes de que la multitud se dispersara.[26] Aunque la KRLA disputaba el espeluznante cuento de alboroto y casi violación promulgado por los oficiales del condado, la percepción general fue que los agentes apenas habían previsto «un disturbio incontrolable de proporciones aterradoras». «Solamente por la buena fortuna», afirmaba *Los Angeles Examiner,* «la gresca no acabó en fatalidad».[27]

Con cualquier forma de medida que se tome, fue una noche muy ocupada para el departamento del sheriff del condado de Los Ángeles. Algunos de los agentes que se dirigían hacia Zuma Beach, fueron desviados para sofocar un segundo «disturbio» en la periferia de clase trabajadora de Rosemead en el valle de San Gabriel. Algunos centenares de adolescentes —quizás inflamados por los informes de radio sobre la refriega de Zuma— se habían reunido en la esquina de Garvey con avenida River y según los informes recibidos estaban apedreando a los coches que pasaban. Los delegados

---

24 12 de junio de 1961. La misma fotografía apareció en *New York Times* el 1 de junio.

25 *Los Angeles Examiner,* 5 de junio de 1961.

26 Ibídem, y *Los Angeles Times*, 5 de junio de 1961.

27 *Los Angeles Examiner*, 11 de junio de 1961.

del sheriff detuvieron a 47 jóvenes acusados de montar disturbios, agresión y violación del toque de queda. Mientras tanto, la policía de la periferia industrial del sudeste de Bell intervenía en una pelea callejera que involucraba a unos 300 adolescentes fuera del lugar donde se realizaba una fiesta de boda.[28] El sheriff Peter Pitchess no pudo identificar la causa principal de estos disturbios blancos. Solamente pudo observar que el desafío a la autoridad «había ido más allá de la única culpa de los menores o de los adultos, de las minorías o mayorías».[29]

El siguiente fin de semana (11 de junio) varios agentes estaban siendo atacados cuando llegó el auxilio de la policía de San Gabriel intentando poner en vigencia una arcaica ley que prohibía los bailes de domingo durante la celebración de una boda local. Cincuenta oficiales lucharon contra más de 300 adolescentes y jóvenes adultos fuera de un salón alquilado sobre la avenida Del Mar. En cierto momento, un policía disparó al aire un tiro de aviso. Varios de los amotinados fueron acusados de «linchamiento» después de salvar a un chico de diecisiete años de la custodia policial.[30] Mientras todo tipo de temperaturas se elevaron en julio, *Los Angeles Times*, exagerando acerca de las tradicionales bandas callejeras y los clubes de automóviles, se preocupó por cómo la móvil vagancia adolescente se había adueñado de las calles.[31] En respuesta, el sheriff Pitchess anunció que desplegaría su élite Special Enforcement Detail para ayudar a los agentes comunes a implementar con severidad las ordenes de toque de queda para los menores a partir de las diez de la noche, en todo el condado de Los Ángeles. Los departamentos de la policía local continuaron con una ofensiva regional masiva sobre los autoservicios, los lugares de carreras, los estacionamientos de la playa y otros núcleos nocturnos de la cultura adolescente.[32]

La movilización por la implantación de la ley parecía funcionar. Después de los pavorosos titulares de principios del verano, el sur de California sobrevivió sin conmoción a un notorio fin de semana de Labour Day que fue celebrado a lo largo de la costa Este con mangueras de incendios, perros policiales y gases lacrimógenos. Mientras los titulares gritaban: «Multitudes adolescentes armaron escándalos en cinco estados; centenares de encarcelados»; los alumnos de las escuelas secundarias y las universidades pusieron fin al verano con disturbios en Clermont (Indiana), Lake George (Nueva

---

28 *Los Angeles Examiner,* 5 de junio de 1961.

29 *Los Angeles Examiner,* 11 de junio de 1961.

30 *Los Angeles Examiner;* y *Los Angeles Times*, 12 de junio de 1961.

31 *Los Angeles Examiner*, 5 de julio de 1961.

32 *Los Angeles Times*, 16 de julio de 1961.

York), Wildwood (Nueva Jersey), Ocean City (Maryland), Falmouth y Hyannis (Massachussets) y Hampton Beach (Nueva Hampshire). Los agobiados policías locales necesitaron, en varias ocasiones, del refuerzo de los perros policiales, de la policía estatal montada e incluso de los oficiales de Defensa Civil.[33] Pero el área de Los Ángeles seguía tranquila... durante unos días.

La anarquía del otoño

El segundo fin de semana de septiembre, normal a finales del verano, fue extremadamente caluroso en Los Ángeles, y las mayores multitudes de la época llenaron las playas para escapar de las temperaturas de 40 grados o más de los valles. 6.000 fans tuvieron la fortuna de conseguir entradas para escuchar a Ray Charles en el Hollywood Bowl el domingo por la noche. El genio ciego del *rhythm and blues* estaba en la plenitud de su extraordinaria popularidad «transversal» que unificó a públicos enormes, racialmente mixtos, de todas partes fuera del Sur. Sin embargo, su último *tour* estuvo plagado de escaramuzas y disputas con las autoridades locales. Una semana antes, la policía había abierto la manguera de incendios sobre miles de enojados fans en Portland después de que el avión de Charles permaneciera en Seattle. A su vez, la multitud destruyó el Palais Royale Ballroom y destrozó ventanas de coches y oficinas del centro. Fue el primer disturbio en la historia de la ciudad.[34]

El concierto de Hollywood Ball empezó sin problemas bajo el vigilante ojo de los críticos de música del LAPD. Mientras el ritmo se aceleraba, centenares de adolescentes —negros, blancos y latinos— lo encontraban irresistible. Al día siguiente, el *Examiner* informó: «Algunos jóvenes, gritando, organizaron un grupo de baile e hicieron una improvisada ejecución sobre lo que para la policía eran bailes inaceptables, incluido el popular Jungle Bunny». Cuando el baile fue demasiado «sucio», demasiado interracial o las dos cosas a la vez, la policía decidió detener el concierto. Se encendieron las luces y cuando «los gritones fans protestaron», se solicitó el refuerzo de la división de Hollywood del LAPD. El consecuente «disturbio adolescente», que salió en masa del estacionamiento y del adyacente Griffith Park, implicó aproximadamente entre 500 y 600 miembros del público; 10 fueron detenidos.[35]

---

33 *Los Angeles Examiner*, 5 de septiembre de 1961; y *U.S. News & World Report*, 18 de septiembre de 1961.

34 *Los Angeles Times*, 5 de septiembre de 1961.

35 *Los Angeles Times*, 11 de septiembre de 1961.

Tres semanas después, el lado oeste de la periferia del valle San Gabriel (apenas al este del centro de Los Ángeles) explotó en una oleada de violencia adolescente que provocó una severa reacción con los recursos combinados del departamento del sheriff, las patrullas de carreteras y los doce departamentos policiales locales. La causa inmediata fue un partido de fútbol americano, pero otras motivaciones podrían haber estado presentes. Un artículo del escritor Russ Leadabrand del *Pasadena Star News* sugiere una rara, temerosa atmósfera apocalíptica en muchas de las casas del valle durante octubre de 1961:

> Los teléfonos de la oficina principal de Defensa Civil de Pasadena han estado ocupados durante estas últimas semanas —después de la última crisis de Berlín y el consecuente aumento de la posibilidad de una guerra nuclear. Las llamadas vienen del público corriente que está preocupado, ahora más que nunca, por la terrible y repentina posibilidad de morir chamuscado. Las personas de Pasadena buscan la respuesta a una pregunta crucial. ¿Deberían construir un refugio antibombas en su casa?

Leadabrand entrevistó al director local de Defensa Civil (DC), Ted Smith, que advirtió a los lectores para que exacavasen en sus patios traseros por la supervivencia familiar en caso de tener que enfrentarse a un holocausto que «ahora podría darse con más facilidad que nunca». «Algo preocupante», sin embargo, «bloquea el camino hacia una eficaz recuperación de cualquier ataque».

> Smith es fríamente honesto con respecto a esto. Esto es sabotaje. Smith está convencido de que hay representantes rusos en el área de Pasadena que no sólo están implicados activamente en los intentos de arruinar a la DC, sino que en caso de un ataque, intentarían barrenar los programas de recuperación.[36]

Mientras algunos padres, influídos por el consejo de Leadabrand y Smith fueron a buscar y comprar contadores geiger, centenares de coches llenos de adolescentes concurrían, como lo hacían siempre después de un partido de fútbol los viernes por la noche (en este caso, el 7 de octubre), a sus autoservicios favoritos en el El Valle Boulevard. Alrededor de medianoche, en un intercambio de insultos entre los que gozaban su victoria (Monrovia High) y los vencidos, gravemente humillados (Alhambra High), la pelea creció en un «torbellino de golpes a puñetazos que se extendió sobre un área de cinco manzanas», bloqueando el tránsito a lo largo de cuatro millas, en dirección

---

36 *Pasadena Star-News*, 12 de octubre de 1961.

Este y Oeste, a través del El Valle Boulevard. Desde el transmisor móvil, una emisora local de radio emitió un gráfico informe golpe a golpe de la refriega, que la policía afirmaba «atraía a centenares de personas al escenario, todos impacientes por entrar en el alboroto». Mientras intentaban detener a un adolescente con un poderoso físico, al que acusaron de «instigar a la multitud», la policía de Alhambra estaba abrumada y herida. «Estaban empujando y empellando», informó el comando de vigilancia, «intentando arrancar las pistolas de las fundas de los oficiales, tirando de sus gorros, saltando sobre sus espaldas e intentando derribarlos al suelo». El «999» de Alhambra (el código de los disturbios) fue atendido por más de cien policias y ayudantes de los sheriffs de otras jurisdicciones. Bloquearon el acceso a El Valle Boulevard y ordenaron aproximadamente a 1.000-1.200 manifestantes que se dispersaran. La respuesta común fue: «Vete al carajo». Después de una hora más de refriega, 31 jóvenes adultos y 60 menores estaban bajo custodia. Fue caracterizado oficialmente como «uno de los peores ejemplos de desobediencia civil» de Los Ángeles desde los disturbios de Zootsuit en 1943.[37]

Este incidente fue seguido por otros fines de semana de choques entre la policía y los adolescentes en los valles periféricos de Los Ángeles. El 14 de octubre por la tarde, la policía de Monrovia y Arcadia dispersó a una «multitud de más de 100 adolescentes... armados con palos» en el estacionamiento de la pista de Santa Anita. El siguiente fin de semana, un grupo de sheriffs y oficiales de patrullas de carreteras del sur de El Monte «dispersó un incipiente disturbio de adolescentes... con la detención de 16 sospechosos armados. Los adolescentes llevaban gorros de béisbol adornados con púas, puñados de alambres, manoplas y cadenas dentadas con clavos». Fueron acusados de *rout* (conducta que desemboca en disturbios»). Finalmente, el 17 de noviembre, la escalada de violencia adolescente culminó en el campo de fútbol, en una pelea con los vigilantes de la escuela y el LAPD.[38]

Mientras el sur de California recobraba su liderazgo nacional en la anarquía juvenil, los príncipes y las lumbreras regionales estaban enmudecidos y furiosos. «Éstos no son incidentes infantiles», le dijo el alcalde de Los Ángeles a la prensa, «se trata de serias revueltas en contra de la ley». Sin embargo, aceptó: «No sé dónde se ha fracasado, si en las escuelas, en las casas, o dónde».[39] *Los Angeles Times* vió una «espantosa figura» en el surgimiento del desafío juvenil desde el Griffith Park hasta Alhambra. Advirtió

---

37 *Pasadena Star-News, Los Angeles Times y Los Angeles Examiner,* 7 a 8 de octubre de 1961; *Los Angeles Examiner*, 15 de octubre de 1961.

38 *Los Angeles Examiner*, 15 y 27 de octubre; 17 de noviembre de 1961.

39 *Los Angeles Examiner*, 12 de octubre de 1961.

que «la violencia y los ataques de la multitud contra los policías amenazaban con crecer dentro de una gama completa de terror» y se ha hecho alusión que pudo haber una coordinación subyacente en los disturbios («el arma favorita de los "combatientes de la policía" de esta ciudad son los palos con clavos»).[40] El *Examiner* reclamó que «los elementos demagógicos y subversivos dan la bienvenida a estos disturbios como una forma de promover el apoyo público para sus propias ambiciones» y publicó una entrevista a un oficial de la policia bajo un extraño título: «La violencia juvenil es tan mala como la bomba atómica». Finalmente, un columnista local aseguró a sus lectores, de manera confidencial, que detrás de los «sucesos aparentemente inexplicables de la acción de las multitudes en contra de la policía» como el alboroto de Alhambra, el «FBI ve un patrón de ataque deliberadamente comunista».[41]

Cualquiera que fuera la causa del alboroto juvenil, el *Examiner* estaba seguro de que la única cura era que la policía dejara de tratar a los jóvenes como si fueran niños. La voz del ciudadano Hearst aplaudió al Comisario Pitchess por ordenar a sus subalternos ir detrás del disturbio de Alhambra «y añadir porras a las armas que suelen llevar, para ser utilizadas cuando fuera necesario». También encomendó a un juez de la Corte Suprema que sentenciara a dos de los acusados del Griffith Park a un año de prisión. «Es hora de juntar fuerza con fuerza y las súplicas de ternura con la excusa de la juventud o del sexo deben ser juzgadas con severidad judicial.» En el pasado, las quejas liberales y minoritarias sobre la brutalidad policial solo han bloqueado la mano de la aplicación de la ley. «La policía ha sido inducida a adoptar una actitud minuciosa que a menudo invitaba a la falta de respeto, al desprecio de la ley que finalmente ha generado resistencia como en el ejemplo de los disturbios de Zuma Beach y el Griffith Park.»[42]

Revisando los sesenta

En el sur de California, los veranos salvajes de 1960 y 1961 fueron un preludio de una serie de famosas insurrecciones juveniles: los disturbios de Watts de 1965, los llamados «disturbios-hippies» sobre la avenida de

---

40 *Los Angeles Times*, 16 de octubre de 1961.

41 *Los Angeles Examiner*, 12 de octubre de 1961; *Pasadera Star-News*, 11 de octubre de 1961.

42 *Los Angeles Examiner*, 29 de octubre de 1961.

Sunset entre 1966 y 1970 y los *blow-out* de la escuela secundaria *Eastside* de 1968-1969. Aunque la manía de las carreras callejeras (*drag-racings*) se había desplomado considerablemente después de 1964, los desafíos al control policial por parte de los adolescentes, en la noche y en la calle, fueron institucionalizados, de forma sofisticada, en las conocidas subculturas *cruising* del Van Nuys Boulevard (de los chicos blancos del valle), la avenida de Sunset («hippies»), el Whittier Boulevard (de los chicanos del lado este) y mucho después, el Crenshaw Boulevard (los chicos negros). Sin embargo, ¿en qué sentido la insubordinación de los adolescentes en los años sesenta había consolidado y condicionado directamente los estallidos politizados de después de 1964? ¿Y, hasta dónde comparten algunos de los *ethos* o existe una sensibilidad común en estas rebeliones juveniles racialmente segmentadas?

La genealogía más dramática es la progresión en espiral de las protestas y la toma de conciencia que une los disturbios del *Memorial Day* de 1961 en el Griffith Park con los disturbios de Los Ángeles («Watts») de agosto de 1965. Una extraordinaria historia permanece todavía sin ser narrada. Frustrados en sus habilidades para integrar o tener acceso a la gran ciudad, la juventud negra de Los Ángeles y de otras partes de la ciudad comenzó a pelear espontáneamente por el control sustancial del espacio comunitario —una confianza que más tarde se convirtió en el programa amparado por el Black Panther Party para su «autodeterminación». Aunque, los historiadores finalmente están arreglando las cuentas con los héroes comunes y con los activistas de base del movimiento por los derechos civiles del Sur, todavía no conocemos la revolución cultural generacional de las comunidades negras del Norte, o de los otros patrones de desafío que unen la era que da comienzo a finales de los años cincuenta y a principios de los sesenta con el reciente resurgimiento revolucionario de finales de los años sesenta.

El motor real de los sesenta, tanto político como cultural, no fue el campus universitario sino el gueto urbano. Y la transformación de los jóvenes sureños al *New Breed* fue el evento decisivo. Por otra parte, 1961 parece un año fundamental en este proceso de autodefinición generacional. El homónimo de las protestas extremadamente organizadas del Sur fue la repentina ola de resistencia a la violencia del racismo policial en el Norte. Siguiendo los disturbios del Parque Griffith, hubo importantes enfrentamientos en Harlem (el 31 de mayo y de nuevo el 29 de julio), en Chicago (el 14 de julio después del intento de la juventud negra de entrar en una playa «sólo para blancos»), en Newark (el 27 de septiembre). En octubre, la revista derechista *U.S. News & World Report* afirmó que 48 personas fueron asesinadas y 9.261 heridas en

docenas de brotes en los guetos. De hecho, la revista señaló que una «epidemia» de «peleas policiales» estaba «engullendo» las grandes ciudades de la nación. Claramente, aquí hay un poderoso antecedente de la militancia negra.[43]

La trayectoria social de los disturbios juveniles blancos y la posible contribución de éstos a la tardía emergencia de la New Left, está por supuesto lejos de ser clara. De hecho la mayoría de los historiadores de los años sesenta ignoraron la ola de malestar de los adolescentes que tanta ansiedad generaron entre los jefes de policía y los profesionales anticomunistas a comienzos de la década. Los pocos que reconocen una premonición en las revueltas se enfocan típicamente sobre los disturbios del *Newport Jazz* de 1959 o evocan a los «prósperos adolescentes» que «coqueteaban con la parte inofensiva de la cultura de la delincuencia». Pero el *hot-rod* y los disturbios en las playas del sur de California involucraron, en su mayoría, a un estrato social de la juventud diferente al de los colegios Ivy League en Newport o de la típica multitud de las vacaciones de verano de ayer y de hoy. La publicación que señalaba los arrestos confirmó la percepción coetánea de que los adolescentes y los adultos jóvenes que pelearon con la policía en El Cajon Boulevard en 1960 o en El Valle Boulevard en 1961 eran de los barrios y periferias de la clase trabajadora. Asimismo, lo más probable es que la multitud rebelde de la Zuma Beach haya estado dominada por los jóvenes de las monótonas urbanizaciones del Valle de San Fernando y de los barrios de la llanura de Los Ángeles, no de las bonitas casas de Malibú.

Mi propio recuerdo del tiempo es de una tensión casi insoportable y claustrofóbica entre la percepción de los mundos adolescentes de Cockaigne[44] y la realidad de crecer dentro de la clase trabajadora. Mis amigos y yo estábamos fascinados con los *beatniks*, los *surfers*, los *easy riders* y otros espíritus libres que parecían vivir un verano interminable de aventura libidinal sin las restricciones del trabajo después de la escuela, la conscripción y el futuro preprogramado en las mismas rutinas de nuestros padres y madres. El anticipo de la utopía en las noches de viernes de la escuela secundaria, posibilitaba que el hecho de tener que fichar el lunes por la mañana fuera aún menos soportable. Explotábamos de celos por cada uno que vivía en una playa, pasaba sus noches en un café o asistía a una universidad de la élite. Todd Gitlin afirmó correctamente que el «mercado vendió a la sociedad adolescente sus blaso-

---

43 «Cuando la policía no está segura: 48 muertos, 9.261 heridos en las ciudades de EEUU», *US News & World Report*, 9 de octubre de 1961.

44 La tierra de Cockaigne (cucaña), tierra de plenitud en la mítica época medieval inglesa, en la que dureza de los trabajos y de las relaciones sociales del campesinado serían superadas por un nuevo estadio de radical abundancia [N. del E.].

nes», pero no todos los que fueron seducidos por la visión pudieron ser parte de ellos.[45] Con el espejismo de la inalcanzable cornucopia a distancia, llegó a ser urgente arrebatar a la noche más libertad, emoción y kilometraje.

En otras palabras, estoy afirmando que los disturbios de los adolescentes blancos a principios de los años sesenta fueron ampliamente impulsados por las ocultas heridas de clase con una ideología de la riqueza desmesurada: una riqueza que reinterpretamos con la ayuda de los *beatniks* y los *surfers* como la posibilidad de un espacio y un tiempo libre, más allá del programa de la sociedad fordista. Esta reinterpretación fue una semilla radical, que se hizo aún más poderosa por la carrera nuclear y el apocalipsismo de la Guerra Fría. Esta reclamación de libertad, aunque mal e incoherentemente expresada, dio dignidad y un propósito histórico a nuestras pequeñas rebeliones y, en el conflicto con la policía suburbana, generó una fuerte repugnancia hacia la arbitrariedad de la autoridad. De hecho, el antiautoritarismo orientado hacia un nuevo romanticismo de rebelión y desobediencia, fue el estado cultural vital de los años sesenta. Y fue inevitable que los antiautoritarios de más coraje e intransigencia —de la juventud negra del gueto— se convirtieran en potentes modelos para todos los demás.

Al final, la creencia paranoica de Fred Schwartz y el jefe Parker de que la rebelión juvenil blanca fue de alguna manera instigada por las sentadas del Sur y las acciones antisegregacionistas demostraba ser propiamente una profecía autocumplida. Por ejemplo, en la larga lucha contra los toques de queda y el control de las multitudes en el Sunset a finales de los años sesenta (parodiado en la película de explotación adolescente *Riot on the Sunset Strip*), los adolescentes blancos estaban cada vez más persuadidos de que su resistencia al violento departamento del sheriff era un segundo frente de la batalla que estaba emprendiendo el Black Panther Party en el centro sur de Los Ángeles. El enfrentamiento culminante entre miles de chicos blancos y los ayudantes del sheriff en 1969 fue movilizado por un psicodélico folleto que exigía: «¡Liberen el Sunset Strip! ¡Liberen a Huey!». La batalla por la noche urbana había unido sus fuerzas a la revolución.

2001

---

45 Todd Gitlin, *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage*, Nueva York, 1987, pp. 26-29. Ésta es la brillante memoria (imitando una sinóptica historia) de la cohorte política de Gitlin: la SDS «vieja guardia» que provenía de familias ricas y progresistas y asistió a universidades de élite. Un ex alumno leyó el discurso el día de la graduación en la famosa Bronx High School of Science y alardeó de que se ausentó solamente una vez, Gitlin casi no estaba dispuesto a entender la relación entre delincuencia, antiautoritarismo y revueltas de la gran cultura juvenil.

6. *Quemando todas las ilusiones*

HAY VIGILANTES CON ARMAS en las esquinas como grandes *sapos feos*[1] —esto dice Emerio, un niño de nueve años. Sus padres hablan ansiosamente, casi susurrando, sobre los *desaparecidos*; Raúl de Tepic, Gran Mario, la chiquita Flores y el primo de Ahuachapán. Como todos los salvadoreños, ellos saben bien que es «desaparecer»; recuerdan los cadáveres sin cabeza y al hombre al que se le sacó la lengua del agujero de su garganta como una corbata. Por eso vinieron aquí, al código postal 90057, Los Ángeles, California.

Ahora están contando a sus amigos y vecinos, salvadoreños y mexicanos, que de repente ya no están. Algunos están todavía en la cárcel municipal en Bauchet Street, algunos granos más de arena marrón perdidos entre los otros 17.000, supuestos *saqueadores* e *incendiarios*, detenidos después de los disturbios civiles más violentos de Estados Unidos desde que los irlandeses pobres quemaron Manhattan en 1863. Los indocumentados están probablemente de vuelta a Tijuana, rotos y desconsolados, separados de sus familias y con nuevas vidas. Violando las reglas de la política de la ciudad, la policía ha llevado a centenares de saqueadores indocumentados y desesperados, al INS para su deportación, y esto antes de que el ACLU o los grupos de derechos de los propios inmigrantes se dieran cuenta de su detención.

Durante varios días la televisión sólo hablaba de los «disturbios en el centro-sur», de la «Rabia Negra» y de «los Crips y los Bloods». Pero los padres de Emerio saben que miles de sus vecinos del distrito MacArthur Park —hogar de casi una décima parte de todos los salvadoreños en el mundo— también saquearon, quemaron, quedaron fuera del toque de queda y fueron a la cárcel. (Un análisis de las primeras 5.000 detenciones en

1 En español en el original, como todas las cursivas que siguen en este artículo [*N. del. E.*].

toda la ciudad reveló que más del 52% eran latinos pobres, 10% blancos, y sólo un 38% negros.) Ellos también saben que el primer disturbio multirracial nacional tenía que ver tanto con los estómagos vacíos y los corazones rotos como con las porras policiales y Rodney King.

La semana antes de los disturbios hacía un calor insoportable. La gente pasaba todas las noches en los porches y veredas de sus residencias (MacArthur Park es el Harlem hispano de Los Ángeles), hablando de sus nuevos problemas. En un barrio mucho más poblado que el alto Manhattan y más peligroso que el centro de Detroit, con más adicción al crack y bandas criminales que votantes registrados, la gente sabe como reírse de todos los desastres, salvo del último. Pero había una nueva melancolía en el aire.

Demasiadas personas están perdiendo sus trabajos: sus *pinches* salarios de 5,25 dólares por hora como modistas, currelas, camareros y obreros. Después de dos años de recesión, el desempleo se ha triplicado en los barrios inmigrantes de Los Ángeles. Durante las Navidades, más de 20.000 mujeres y niños mayoritariamente latinos de toda la parte centro-sur de la ciudad esperaron toda la noche con frío para recibir por caridad un pavo gratis y una canasta familiar. Otros barómetros de angustia visibles son las colonias de rápido crecimiento de *compañeros homeless* sobre los flancos desolados de Crown Hill y en el lecho del río L.A., donde obligan a la gente a usar aguas residuales para bañarse y cocinar.

Al mismo tiempo que las madres y los padres pierden sus trabajos o que los familiares desempleados se mudan bajo el refugio de la familia extensa, aumenta la presión para que los jóvenes complementen el ingreso familiar. La escuela de Belmont High es el orgullo de la «Pequeña Centroamérica», pero con casi 4.500 alumnos, está sobrecargada de gente y tiene que llevar a unos 2.000 alumnos más en autobús a escuelas lejanas del valle de San Fernando y de otras partes. Además, más de 7.000 jóvenes en edad escolar del área de Belmont han abandonado ya la escuela. Algunos han entrado en la *vida loca* de la cultura de bandas (hay más de cien bandas diferentes en el distrito escolar, que incluye Belmont High), pero la mayoría son formas de lucha para poder encontrar un mínimo ingreso en una economía en declive.

Los vecinos del MacArthur Park a quienes entrevisté, como los padres de Emerio, hablan de ese sentimiento acumulando de tensión, una percepción de un futuro ya saqueado, los disturbios llegaron como una dispensa mágica. En principio, la gente se quedó sorprendida por la violencia registrada por las imágenes televisadas, después las multitudes birraciales en L.A. centro-sur se ayudaron a sí mismas con las deseadas montañas de bienes sin interferencia de la policía. Al día siguiente, jueves 30 de abril, las autoridades cometieron errores de bulto en dos ocasiones:

primero, suspendieron la escuela y dejaron a los chicos en la calle; segundo, anunciaron que la Guardia Nacional estaba de camino para ayudar a hacer cumplir el toque de queda.

Inmediatamente, miles de personas interpretaron esto como el último llamamiento a participar en la redistribución general de la riqueza que se estaba realizando. Los saqueos se propagaron con fuerza explosiva por todo Hollywood y MacArthur Park, así como en Echo Park, Can Nuys y Huntington Park. Aunque los incendiarios propagaron una terrorífica destrucción, las multitudes saqueadoras eran gobernadas por una economía visiblemente moral. Como una mujer de mediana edad me explicó: «Robar es un pecado, pero esto es como un concurso de televisión donde ganan todos los de la audiencia». Diferente de los saqueos de Hollywood (algunos iban sobre monopatines) donde robaron el corpiño de Madonna y todos los pantys sin centro de la marca Federick, las masas del MacArthur Park se concentraron en las necesidades prosaicas de la vida, como el mata cucarachas y los *Pampers* [una conocida marca de pañales].

Ahora bien, una semana después, MacArthur Park está en estado de sitio. Un número especial de *We Tip* invita a que las personas informen sobre sus vecinos o conocidos, sospechosos de participar en los saqueos. La élite de la unidad del Departamento de Policía de Los Ángeles, apoyada por la Guardia Nacional, barre las residencias en búsqueda de bienes robados, mientras merodean en las calles los patrulleros de frontera que vienen de lugares tan lejanos como Texas. Padres desesperados buscan a sus hijos desaparecidos, como Zuly Estrada de catorce años, con retraso mental y que se supone fue deportada a México.

Mientras tanto, miles de saqueadores, muchos de ellos carroñeros patéticos capturados en las ruinas carbonizadas del día después, están esperando en las prisiones municipales, sin poder pagar unas fianzas absurdamente altas. Un hombre, encontrado con un paquete de semillas de girasol y dos cartones de leche, fue detenido con una fianza 15.000 dólares; centenares de personas se enfrentan a acusaciones de delitos graves y posiblemente a dos años de prisión. Los fiscales exigen treinta días de cárcel para aquéllos que violaron el toque de queda, a pesar del hecho de que muchos de ellos son *homeless* o hispano-hablantes que no estaban enterados del mismo. Ésos son las «malas hierbas» que George Bush dice que tenemos que arrancar de la tierra de nuestras ciudades antes de que sean sembradas con las «semillas» de los polígonos empresariales y los recortes fiscales para el capital privado.

Hay una creciente aprehensión de que la comunidad entera terminará siendo un chivo expiatorio. Un nativismo feo, que cierra la frontera está creciendo como la hiedra en la parte centro-sur de California desde que empezó

la recesión. Una muchedumbre de linchadores republicanos en el condado de Orange, dirigida por la representativa Dana Rohrabacher de Huntington Beach, exige la deportación inmediata de todos los indocumentados detenidos durante los disturbios, mientras que el demócrata liberal Anthony Beilenson, con un discurso que suena como si fuera el hijo-de-Le-Pen del Valle de San Fernando, proponía retirar la ciudadanía a los niños nacidos de ilegales en Estados Unidos. Según Roberto Lovato del Centro de Refugiados centroamericanos del MacArthur Park: «Nos estamos convirtiendo en conejillos de indias, en judíos, en el laboratorio militarizado donde George Bush está inventando su nuevo orden urbano».

¿Una *intifada* negra?

El «pequeño gángster» Tak no puede dejar de pensar con asombro que está en la misma habitación de la mezquita del hermano Aziz, con un grupo de Crips de Inglewood. El atractivo Tak de 22 años, un «auténtico» Blood de Inglewood que parece más un ángel negro hecho por Miguel Ángel que uno de Boyz N the Hood, tiene todavía dos balas de los Crips en su cuerpo, así como «ellos llevan todavía algunas mías». Algunos de los Crips y de los Bloods, que están convirtiendo los colores azul y rojo en banderas tribales virtuales, se recuerdan entre sí en los días de juego de la escuela, pero principalmente se han conocido en las columnas de neumáticos, en la guerra que dividió Inglewood —la agradable cuidad, principalmente habitada por negros, al suroeste de Los Ángeles donde juegan los Lakers— en un río de sangre adolescente. Ahora, tal y como explica Tak: «Todos saben que este es el momento. Si no acabamos con los asesinatos ahora y nos unimos como hombres negros, nunca lo haremos».

Aunque Imam Aziz y la nación del Islam han proporcionado los auspicios formales para hacer la paz, las verdaderas manos que han «atado la rabia roja y azul en una alianza negra» están en el Simi Valley. Pocas horas después de los primeros ataques contra los motociclistas blancos, que empezaron en 8-Trey (calle 83), territorio de Gangster Crip cerca de Florence y Normandie, la guerra insaciable entre los Crips y los Bloods, avivada por miles de *vendettas* barriales y de compañeros muertos, acababa con la «tregua» en todo Los Ángeles y en los barrios negros de la periferia como Compton e Inglewood.

Diferente a la rebelión de 1965, que empezó en Watts y que quedó principalmente focalizada en los guetos del este, los disturbios de 1992 alcanzaron su máxima temperatura a lo largo del Crenshaw Boulevard, en el corazón de

la parte más pudiente del lado oeste del Los Ángeles negro. A pesar de la ilusión de una «actualidad» completa, proporcionada por las mini cámaras y los helicópteros, la cobertura televisada del frente furioso de los disturbios estaba aún más distorsionada que el acero fundido de los centros comerciales de Crenshaw. La mayoría de los periodistas —ahora llamados «saqueadores de la imagen» en el centro-sur— simplemente copiaron los clichés aburguesados mientras caminaban con pasos pesados a través de las ruinas de unas vidas que no deseaban entender. Un caleidoscopio violento de complejidad desconcertante fue tendiéndose en un escenario categórico único: un rencor negro legítimo sobre la decisión jurídica en el caso King, secuestrado por criminales callejeros *hard-core* y transformado en una agresión enloquecida contra su propia comunidad.

La televisión local repitió entonces, sin quererlo, el resumen del fallo de la Comisión McCone de que los disturbios en agosto de 1965 en Watts fueron principalmente un acto de matones marginales. En ese caso, un estudio posterior de la UCLA reveló que los «disturbios del riff-raff» fueron de hecho un levantamiento popular que implicó a por lo menos 50.000 adultos de clase media y a sus hijos adolescentes. Cuando el registro de los detenidos de los últimos disturbios sea finalmente analizado, vindicará probablemente el juicio de la mayoría de los residentes, de que todos los segmentos de los adolescentes negros, bandas y no bandas, *buppies* tanto como *underclass*, tomaron parte en los desordenes.

Aunque en Los Ángeles, como en otras partes, las nueva clase media negra se ha alejado, social y territorialmente, de la clase obrera negra no industrial, la Operación Martillo del LAPD y una nueva redada antibandas en la que se detuvo a niños al azar (introduciendo sus nombres y direcciones en una lista electrónica de bandas que está mostrándose ahora muy útil en las búsquedas casa por casa de los «líderes» de los disturbios) han criminalizado a los adolescentes negros sin distinciones de clase. Entre 1987 y 1990, la combinación de limpiezas del LAPD y el departamento del sheriff del condado apuntaron a 50.000 «sospechosos». Incluso los hijos de médicos y abogados de View Park y Windsor Hills han tenido que «besar el pavimento» y resistir ocasionalmente parte de la humillación a las que los chicos de barrio se enfrentan todos los días —experiencias que reafirman la reputación de las bandas (y sus laureados poetas, los rappers gángsteres como Ice Cube y NWA) como héroes de una generación ilegal.

Sin embargo, si los disturbios tenían una amplia base social, fue la participación de las bandas —o, mejor dicho, su cooperación— la que les dio un impulso y una dirección constante. Si las rebeliones de 1965 fueron un huracán, que bajó cien manzanas de la Avenida Central, desde Vernon hasta la autopista Imperial, los disturbios de 1992 fueron un tornado, no

menos destructivo pero serpenteando en un curso tipo zig-zag las zonas comerciales de los guetos y más allá. La mayoría de los medios de comunicación no vieron ninguna pauta en el camino, sólo ceguera, destrucción nihilista. De hecho, el incendio fue implacablemente sistemático. El viernes por la mañana, el 90% de los negocios de alcohol, mercados y *swapmeet* coreanos en L.A. centro-sur fueron completamente eliminados. Abandonados por el LAPD, que no hizo ningún intento de defender los negocios pequeños, los coreanos sufrieron daños o destrucciones en casi 2.000 negocios, desde Compton hasta el corazón de la propia Koreatown. Uno de los primeros en ser atacado (aunque, irónicamente, sobrevivió) fue el supermercado donde Latasha Harlins de quince años fue asesinada el año pasado por una bala de plomo que penetró la parte trasera de su cabeza, disparada por un tendero coreano, Soon Ja Du, en una pelea por una botella de zumo de naranja que valía 1,79 dólares. La chica murió con el dinero para pagarla en la mano.

Latasha Harlins, un nombre que fue apenas mencionado en la televisión, era la clave para el colapso catastrófico de las relaciones entre las comunidades coreanas y negras de L.A. Desde que la juez blanca Joyce Karlin dejó a Soon Ja Du con una multa de 500 dólares y servicios comunitarios —una condena que declaraba que acabar con la vida de un niño negro era apenas más serio que conducir borracho— era virtualmente inevitable algún tipo de explosión interétnica. Ese invierno, varios casi-disturbios en el Palacio de Justicia fueron las tempranas señales de advertencia de la aflicción todavía presente en la comunidad negra por el asesinato de Latasha Harlins. El miércoles y jueves, en las calles del centro-sur, me contaron repetidamente: «Esto es por nuestra hermana menor. Esto es por Latasha».

El balance de quejas de la comunidad es complejo. Rodney King es el símbolo que vincula el racismo desatado de la policía de Los Ángeles con la crisis de la vida negra en todas partes, desde Las Vegas hasta Toronto. Efectivamente, se está haciendo cada vez más evidente que el caso King puede ser un caso tan clave en la historia de Estados Unidos como el de Dred Scott, una prueba del sentido de la ciudadanía por el que los afro-americanos han luchado durante 400 años.

Pero en la raíz, especialmente entre los grupos de bandas adolescentes, el ejemplo de Rodney King puede no llegar a tener la misma profunda resonancia. Uno de los Bloods de Inglewood me contó: «¿Rodney King? Mierda, mis compañeros son golpeados como perros por la policía todos los días. Estos disturbios son por todos mis compañeros que están siendo asesinados por la policía, por la hermanita que mataron los coreanos. Rodney King fue nada más que el disparador».

A la vez, aquellos que pronosticaron que los próximos disturbios serían literalmente un Armagedón se equivocaron. A pesar de las exhortaciones que duraron más de mil días con el «Matar a la Policía» en las paredes del centro-sur, las bandas se han abstenido de una guerra de guerrillas mortal y para la que están formidablemente equipadas para realizar. Como en 1965, no ha habido ninguna fatalidad en el LAPD; y de hecho la policía ha tenido pocas heridas serias del tipo que sea.

En este asalto, al menos la mayor parte del poder de las bandas fue dirigida hacia los saqueos y la destrucción de los negocios coreanos. Si Latasha Harlins es el pretexto apasionado, también pueden existir otros. Vi un graffiti en el centro sur que promovía: «Día uno: quemarlos. Día dos: reconstruirlos». El único líder nacional a quien los Crips y los Bloods parecen tomar en serio es Louis Farrakhan y su objetivo de la autodeterminación económica negra es abrazado de forma generalizada. (Farrakhan, y esto debe ser enfatizado, nunca ha abogado por la violencia como una forma para alcanzar estos fines.) En la cumbre de bandas de Inglewood, que tuvo lugar el 5 de mayo, hubo repetidas referencias a un renacimiento del capitalismo negro a partir de las cenizas de negocios coreanos. «Después de todo —me dijo un ex Crip— nosotros no quemamos nuestras comunidades, sólo *sus* negocios.»

Mientras tanto, la policía y los ocupantes militares de Los Ángeles no dan valor a ninguna transformación pacífica, mucho menos empresarial, de la cultura de las bandas negras de Los Ángeles. El movimiento ecuménico de los Crips y los Bloods es su peor pesadilla: la violencia de bandas ya no funciona al azar, sino que está politizada en una *intifada* negra. El LAPD recuerda claramente que hace una generación la rebelión de Watts produjo una paz entre las bandas que formó la rama de Los Ángeles del Black Panther Party. Como para probar sus sospechas, la policía ha hecho circular una copia de un panfleto anónimo y posiblemente espurio llamando a la unidad entre bandas y a un «ojo por ojo… Si el LAPD hace daño a un negro matamos a dos polis».

Por su parte, la administración Bush ha federalizado la represión en L.A. con un ojo puesto en el espectáculo del presidente marchando triunfante, como un emperador romano, con Crips y Bloods encadenados. De este modo, el Departamento de Justicia ha enviado a L.A. a la misma fuerza de operaciones especiales de la policía que capturó a Manuel Noriega en Panamá, con el fin de reforzar los esfuerzos del LAPD y del FBI para encontrar a aquellos que se supone eran los miembros de las bandas instigadoras de los disturbios. Pero como ha dicho un veterano de los disturbios de 1965 mientras miraba al equipo SWAT que detenía a algunos centenares de miembros de las bandas rivales, que intentaban reunirse pacíficamente en

Jordan Downs, Watts: «Este viejo tonto de Bush piensa que somos tan estúpidos como Saddam. Manda a los marines a Compton y trata de ser reelegido. Pero esto no es Iraq. Esto es Vietnam, loco».

El Gran Miedo

Una de las quejas centrales que alimentó la rebelión de Watts y las insurrecciones urbanas posteriores a 1967-1968 fue el aumento del desempleo negro en medio del *boom* económico. Lo que los periodistas contemporáneos mencionaban con miedo como el comienzo de la «Segunda Guerra Civil» fue tanto una protesta contra la exclusión de la América Negra por parte de la expansión militar-keynesiana de la década de 1960 como una rebelión contra el racismo policial y la segregación *de facto* en las escuelas y en las viviendas. Los disturbios de 1992 y su posible descendencia tienen que ser entendidos a su vez como insurrecciones contra un orden de intolerancia económico-policial. Incluso *Los Angeles Times,* el principal animador del «Mundo Ciudad L.A.», reconoce ahora editorialmente que la globalización de Los Ángeles ha producido una «pobreza devastadora para aquéllos con menos habilidades y recursos».

Aunque los negocios de alcohol y los pequeños centros comerciales valorados en más de 1.000 millones de dólares que fueron destruidos en L.A. parecen unas pocas monedas al lado de los 2,6 billones de dólares aniquilados en la bolsa de valores de Tokyo, la quema del país de Oz se puede meter, probablemente, dentro del mismo nicho hegeliano que la quiebra de la burbuja económica: no se trata «del fin de la historia» en la costa de Malibú, sino del comienzo de una dialéctica siniestra en las riberas del Pacífico. En primer lugar, era una alucinación imaginar que las ruedas de la economía mundial podían girar indefinidamente en el Himalaya del déficit comercial de EEUU y de un yen ficticio.

Sin embargo, la crisis estructural de Japón-California, su «esfera de prosperidad compartida», amenaza con traducir de todas formas las contradicciones de clase en conflictos entre etnias a nivel local y nacional. Grupos de «hombres-medios» que son culturalmente distintos —empresarios étnicos y cosas parecidas— se arriesgan a ser vistos como los representantes personales de la mano invisible que ha saqueado las economías autónomas de las comunidades locales. De forma trágica, en el caso de Los Ángeles, fueron los negocios de barrio coreanos de venta de alcohol, y no los rascacielos fortaleza de las corporaciones del centro, los que se convirtieron en el odiado símbolo de un Nuevo Orden Mundial.

Por su parte, el medio millón de coreanos-americanos de L.A. ha sido psicológicamente lacerado por el fracaso del Estado a la hora de protegerles de la rabia negra. Efectivamente, algunos jóvenes coreanos me dijeron que se sentían especialmente molestos porque los centros comerciales del centro-sur, controlado por Alexander Haagen, un rico contribuyente a la política local, eran defendidos por la policía y la guardia nacional, mientras que sus negocios fueron tranquilamente saqueados y quemados hasta sus cimientos. «Quizás es esto lo que nos merecemos —dice un estudiante de la UCLA— por aceptar sin crítica la actitud que tiene la clase media blanca hacia los negros y su fe en la policía.»

Las posibilidades para una reconciliación multicultural en Los Ángeles dependen mucho menos del comité de reconstructores comerciales del caballero blanco Peter Ueberroth que de una recuperación general de la economía del sur de California. Como ha mencionado *Los Angeles Business Journal* (después de anotar que L.A. ha perdido 100.000 puestos de trabajos industriales a lo largo de estos tres años): «Los disturbios son como veneno administrado a un paciente enfermo».

Los pronósticos todavía escondidos en la Asociación de Gobiernos del sur de California pintan un futuro oscuro para la tierra del Sol, cuando el crecimiento laboral, detenido por el declive de la industria aeroespacial y por el intercambio de manufacturas con México, va más lento que los aumentos de población. El nivel de desempleo —sin contar los 40.000 trabajos perdidos por los disturbios y el impacto de la rebelión sobre el clima comercial— está pronosticado que permanezca entre el 8 y el 10% (y entre el 40 y el 50% para los adolescentes de las minorías) en la próxima generación, mientras que la crisis de la vivienda, la más aguda de la nación, se va a derramar en una nueva ola de *homeless*. Por lo tanto, la creciente desigualdad de ingresos en el condado de Los Ángeles, tal y como describía un estudio imprescindible realizado en 1988 por el profesor Paul Ong de UCLA, va a constituirse en un abismo insorteable. Finalmente, el verano sin fin de California se ha terminado.

Las personas ricas de Los Ángeles sentían esto, instintivamente, cuando patrullaban con pistolas sus urbanizaciones en Hancock Park o cuando se fueron corriendo con sus BMWs a la búsqueda de los santuarios blancos de los condados de Orange o Ventura. Desde sus piscinas en Palm Springs esperaron ansiosamente las noticias de la hoguera de Beverly Hills por parte de los Crips y los Bloods, preocupados también por el juego de llaves que estúpidamente dejaron a sus criadas latinas. ¿Es ahora ella una incendiaria? Aunque sus miedos estaban histéricamente magnificados, efectivamente algunos tentáculos de desorden habían penetrado en estos santuarios de la vida blanca, como el centro de Beverly y Westwood Village, así como en los

barrios de Melrose y Fairfax. Pero más preocupante aún, la «delgada línea azul» del LAPD, que les había protegido en 1965, era ahora poco más que una metáfora sin relevancia, la última broma de mal gusto del jefe Gate.

1992

Postscriptum

Las ascuas de abril y mayo de 1992 arden todavía. A pesar de las delirantes declaraciones que decían: «¡L.A. ha vuelto!». De forma significativa, existe más pobreza en el condado de Los Ángeles en 1999 que en 1992 —en plena era de prosperidad de la *new economy*. Desde ese entonces, el desempleo en los barrios inmigrantes no ha hecho sino elevarse mientras el gobierno local, y particularmente el sobresaturado sistema de salud (el 40% de la población no tiene cobertura médica), se enfrenta al peor ajuste fiscal en varias generaciones. Aún más siniestro, el movimiento de paz entre las bandas que presidió la rebelión y trajo el milagro de la unidad entre los Crips y los Bloods está muriéndose, justo como habían pronosticado sus organizadores años atrás, ante las agresiones oficiales y la falta de recursos de empleo. Los funerales de adolescentes son una y otra vez casi un ritual diario en los barrios que el *boom* de las punto-com olvidó.

El ayuntamiento, mientras tanto, ha ignorado heroicamente la lección de 1992. Durante los ocho años del reinado del alcalde Richard Riordan —un verdadero «renacimiento para Los Ángeles» según sus partidarios— la política municipal ha sido reducida a los dos temas que preocupan de forma suprema a la clase media anglo de las playas y las colinas: incrementar la fuerza policial y restaurar la confianza empresarial. Recientemente, la agenda política ha sido secuestrada por los secesionistas del valle de San Fernando: una alianza abigarrada de asociaciones excluyentes de propietarios, negociantes republicanos y algunos oportunistas demócratas latinos. Los confederados de San Fernando están liderados por la derechista Asociación de Propietarios Sherman Oaks. El mismo grupo que en estos años ha dirigido la rebelión Jaris-Gann (el «disturbio blanco» original), la oposición al sistema de autobús escolar, y que más recientemente ha abanderado la proposición 187 antiinmigración.

La secesión de San Fernando es un resultado directo de los disturbios de 1992; un intento racista de reorganizar la línea de color contra la nueva mayoría. Aunque los propios anglos del valle no son más del 40% de la

población, siguen siendo tres cuartas partes del electorado. Segregándose de Los Ángeles se permitiría que los propietarios e intereses comerciales sostengan su dominación política durante una década más, posponiendo la inevitable llegada de una mayoría de votantes latinos. La secesión es poder blanco con ayuda de un respirador artificial. Es también un sinónimo de la poca justicia social que ha existido durante esta década. Y la desigualdad, como todos sabemos, es la más famosa ecología del fuego del sur de California.

7. *¿Quién ha matado a Los Ángeles? Una autopsia política*

Ha sido la hazaña más extraordinaria en la moderna historia política de EEUU. Apenas comenzó la sesión primaria presidencial de la primavera, un volcán de rabia negra y de alienación latina erupcionó en las calles de Los Ángeles. Los marines y las unidades de élite del Ejército todavía frescas de la Guerra del Golfo aterrizaron para restaurar el orden en los bungalows de Compton y Watts. Mientras la prensa mundial publicaba editoriales apocalípticos sobre la «caída de América», una hierática procesión de líderes de los barrios populares, desde Oakland hasta Bedford-Stuyvesant, avisó de que sus abandonados vecindarios eran también cajas de cerillas a la espera de una chispa. Apelaron a los 164 grandes disturbios —la «segunda Guerra Civil» tal y como algunos advirtieron en ese momento— que se extendieron a lo largo y ancho de los guetos, como un fuego salvaje, después de la primera «rebelión de Watts» en 1965.

Mientras tanto, los candidatos presidenciales se empujaban entre sí para obtener la oportunidad de sacarse una foto sobre las ruinas quemadas de New Jack City. El presidente Bush encontró «muy emocionales, muy conmovedoras» las reuniones con los vecinos y juró que el gobierno tenía una «responsabilidad absoluta para resolver los problemas urbanos».[1] Mientras las promesas de campaña fluían como la miel, el periodista político William Schneider aseguraba a los líderes locales que «centenares de millones de dólares iban a ser destinados a L.A.». Al mismo tiempo, *Los Angeles Times* aplaudió al presidente Bush y a los demócratas de la Casa por unirse con el fin de «actuar rápidamente para dar relieve a las ciudades de la nación».[2]

---

1 Citado en Burt Solomon, «Bush and Clinton's Urban Fervor…», *National Journal*, 16 de mayo 1992, p. 1196.

2 Citado en el *Los Angeles Times*, 17 de mayo 1992.

La ciudad desaparece

Sin embargo, a las pocas semanas, y antes de que un pequeño centro comercial incendiado fuera reconstruido, el segundo disturbio de Los Ángeles, así como la crisis urbana-racial nacional, fueron virtualmente borrados de los archivos de la memoria política. El «nuevo fervor» de la Administración Bush por la reforma urbana se convirtió rápidamente en una indiferencia glacial. Cuando la Conferencia de Alcaldes de Estados Unidos trajo, por ejemplo, a 200.000 manifestantes al Capitolio, el 16 de marzo, bajo la bandera «¡Salvemos nuestras ciudades, salvemos a nuestros hijos!», el secretario de Prensa de la Casa Blanca, Martin Fitswater, simplemente se encogió de hombros y se quejó: «Yo no se nada sobre eso. Hay manifestaciones todos los fines de semana». El mayor paliativo que Bush ofreció a las angustiadas ciudades en sus discursitos, fue el autoritario plan «escardar y sembrar» *[weed and seed]*, con el fin de subordinar los programas de formación laboral y los fondos de desarrollo comunitario a la jurisdicción de «La guerra contra las bandas» del Departamento de Justicia. Mientras, el Vicepresidente Quayle avisó, de forma altanera, al alcalde Bradley que si realmente quería reconstruir Los Ángeles, debería recaudar fondos vendiendo el aeropuerto internacional de la ciudad.[3]

Entre los demócratas, sólo Jerry Brown seguía abogando, si bien tarde, por los alcaldes de las grandes ciudades y sus partidarios. Su derrota en las primarias de California en junio, acabó con toda intención o propósito de nuevos debates sobre la pobreza urbana o el futuro de las ciudades. En la más aguda ruptura hasta la fecha con la ideología del New Deal, la Plataforma Demócrata de 1992, que fue redactada por los partidarios de Clinton de acuerdo a nuevas reglas que eliminaban la enmienda formal y el recuento de votos, abandonó la retórica tradicional sobre las necesidades urbanas a favor del énfasis, de tipo republicano, sobre la formación de capital y la reducción de impuestos a los comerciantes. Clinton, mismo, «sorteó cuidadosamente los temas acerca de los problemas urbanos y raciales». Cada pregunta directa sobre los disturbios de Los Ángeles o la crisis fiscal de la ciudad se encontró con un neutro parloteo tecnológico acerca de «zonas de microempresas» e «infraestructuras».[4]

---

3 Cf. Rochelle Stanfield, «Battle Zones», *National Journal*, 6 de junio de 1992, p. 1349; y Kirk Victor, «Fiscal Fire Sale», ibídem, 27 de junio de 1992, p. 1514.

4 Véase Jack Germond y Jules Witcover, «Clinton's at Risk After Riots in L.A.», *National Journal*, 9 de mayo de 1992, p. 1137.

Escuchando los debates presidenciales de otoño, era casi imposible evitar la sospecha de que los tres campos, incluyendo a Perot redux, estaban actuando en un cínico concierto, con el fin de excluir una cuestión que se había convertido en algo mutuamente vergonzoso. La palabra «ciudad» —codificada, ahora bajo categorías raciales y amenazadoras para unos candidatos que eran profundamente suburbanos— fue retirada del juego de intercambios. Así, el gorila de mil libras de lo urbano fue, de forma consensuada, conjurado simplemente fuera de la vista. Efectivamente, si el veredicto de las elecciones de 1992 fuera tomado seriamente, las grandes ciudades, que una vez fueron el fulcro del universo político rooseveltiano, serían degradadas al estatus de una periferia electoral impotente y despreciada.

Para las poblaciones sospechosas de Detroit o Buffalo, éstas pueden ser viejas noticias. Pero para Los Ángeles, que hasta época reciente estaba preocupado con las fantasías de ser la Bizancio de la costa del Pacífico, esto causó un brutal *shock*. Los observadores locales, incrédulos, consideraron los disturbios de la primavera como una divisa política nonegociable fuera del sur de California. Si la «reacción blanca» resultó más tranquila de lo pronosticado, hubo simultáneamente poca simpatía nacional hacia los problemas de Los Ángeles o hacia su reclamación de ayuda estatal o federal. Su propia periferia rica ayudó a sabotear una partida presupuestaria para el «rescate urbano» en el Congreso, al mismo tiempo el gobernador y la legislatura de Sacremento incendiaron la ciudad una segunda vez, si bien de forma figurada, con mil millones de dólares en recortes a las escuelas y al sector público.

De forma inesperada, dejando a sus propios dispositivos en el momento más duro de la peor crisis económica desde 1938, la élite de Los Ángeles ha puesto unas infladas esperanzas en Reconstruir Los Ángeles (RLA), coalición corporativa encabezada por Peter Ueberroth, el zar de los juegos olímpicos en 1984, quien tiene un mandato virtualmente mesiánico a través del alcalde Tom Bradley, con el fin de salvar a Los Ángeles. Cuando quedó claro que la ciudad no iba a recibir una ayuda significativa por parte de Sacramento o Washington, Ueberroth anunció de forma dramática que los patrocinadores corporativos ya habían donado más de mil millones de dólares en nuevas inversiones a los barrios populares de Los Ángeles. RLA fue inmediatamente abrazada por todos, desde Jimmy Carter hasta *The Economist,* como un paradigma para un nuevo voluntarismo corporativo que salvaría las ciudades estadounidenses y británicas en decadencia. De todas formas, casi de inmediato, periodistas audaces entrevistaron a los buenos ciudadanos corporativos de Ueberroth, de los cuales la mitad negó enfáticamente haber tomado tal compromiso. A los ojos de muchos, RLA fue entonces expuesto como el equivalente filantrópico del esquema clásico de Ponzi; construyendo mendazmente falsas promesas en una «reconstrucción» comunitaria puramente ficticia.

Esta inexorable mezcla de ilusiones en un contexto de ausencia de debate nacional sobre la crisis urbana ha dejado un residuo refractario, que constituye uno de los elementos fundamentales de la propia crisis. En la alcaldía, por ejemplo, una discusión substantiva acerca de la reforma a escala comunitaria ha sido suplantada por la ansiedad monomaniaca acerca del nivel organizativo de la policía para enfrentarse al nuevo disturbio, que virtualmente ahora todos reconocen como probable. De la misma manera, las elecciones municipales (de la primavera de 1993) —quizás las más importantes en la historia de ciudad— han sido reducidas, en gran parte, a una subasta hortera entre esquemas en competencia con el fin de despedir trabajadores públicos y poder así contratar a más policías. Aun más deprimente, una amarga competencia por recursos cada vez más limitados, que el RLA sólo ha conseguido encender, ha llevado a las comunidades negras y blancas al borde de una guerra callejera. La gente local habla ya siniestramente de la «enfermedad yugoslava», mientras se balcaniza la lucha entre las comunidades.

En resumen, las respuestas locales y nacionales a los disturbios de 1992 en Los Ángeles han revelado una inercia dirigida al fracaso y una falta de recursos para la reforma en todos los niveles del sistema político americano. Se trata de una situación realmente diferente a la de 1965, cuando la administración Johnson implementó su gran Ley de la Ciudad en el Congreso, poco después de los primeros disturbios de Los Ángeles. Más aún, desde una perspectiva externa, la situación actual no debe parecer incontestable sino increíble: ¿que otra nación rica, y mucho menos un gran poder planetario, puede tolerar niveles tan altos de desorden en la segunda ciudad más grande del país? ¿Es concebible que una mayoría política suburbana esté efectivamente preparada para echar al traste el futuro de Los Ángeles (y posiblemente el de Nueva York)? ¿Va a tener que acudir a su rescate la nueva administración de Clinton?

Un análisis de las respuestas políticas a los disturbios ha revelado los formidables obstáculos en el camino de cualquier reanudación del reformismo urbano en la década de 1990, así como el fracaso de la legislación de «socorro frente a los disturbios» de Washington y Sacramento, donde la crisis fiscal ha sido promotora de un nuevo federalismo antiurbano. En Capitol Hill, Gramm-Rudman, Perot y los mercados internacionales de divisas han atado un nudo gordiano entorno a la política urbana que probablemente Clinton no se arriesgará a cortar. Al mismo tiempo, ha emergido una nueva versión de la vieja coalición conservadora en el Congreso que reúne a representantes rurales y de las áreas suburbanas de ambos partidos, contra cualquier nueva inversión federal en las grandes ciudades dominadas por minorías. Mientras tanto, una contrarrevolución, menos visible pero aun así consecuente, esta teniendo lugar a nivel de los estados desde 1989.

Estados industriales clave, incluyendo California, Ohio, Míchigan, e Illinois, han reducido radicalmente su estado del bienestar y los derechos educativos con resultados extremadamente negativos para la mayoría de sus núcleos urbanos.

Por ejemplo, el sistema escolar, respetado anteriormente, se compara ahora de forma desfavorable con el de Misisipi, mientras que los estándares de salud comunitaria han caído a niveles tercermundistas. Aunque los nativistas han intentado echar la culpa de los disturbios del año pasado a la promiscua inmigración, es la descomposición acelerada del sector público la que mejor explica el aumento de las tensiones entre las diferentes comunidades étnicas —tanto en Los Ángeles como en otras partes.

El desierto republicano

Volando a su casa desde Houston en un avión de la *Air Force One* el día después de su derrota, George Bush tuvo el consuelo perverso de vetar la ley de ayuda urbana que él ayudó a lanzar seis meses antes. Originalmente diseñada como un paquete de ayuda racionalizada acorde a las necesidades de Los Ángeles por los daños ocasionados por los disturbios y las inundaciones de Chicago, combinaban una financiación federal de emergencia con exención de impuestos para distritos empresariales, la propuesta terminó tan grotescamente adornada con enmiendas que, según Bush, ahora era más que nada un simple «árbol de navidad». Amargamente, Bush culpó a los demócratas de abandonar a Los Ángeles frente a «una tormenta de exigencias de intereses especiales».[5]

De hecho, el propio Bush decoró el árbol. La Casa Blanca fue directamente responsable de añadir la mayor parte de los adornos, incluyendo las enmiendas con el fin de ayudar a los pobres urbanos a través de la reducción de impuestos en productos de lujo como yates, aviones, prendas de piel y joyería, así como nuevos recortes de impuestos a los inversores inmobiliarios. Lo que realmente más disgustó a Bush en la forma última de la ley fue que un demócrata propusiera poner fin a las deducciones de impuestos en las cuotas de los clubes: una carga injusta sobre los ricos que puede ser interpretada como un aumento disimulado de los impuestos.

5 *Los Angeles Times*, 4 y 5 de noviembre de 1992.

Los historiadores quizás puedan discutir algún día sobre por qué la cruel denegación republicana de ayudar a Los Ángeles no provocó un escándalo nacional o dio al menos a los demócratas una valiosa munición para su campaña electoral. (Los partidarios de Clinton declinaron el regalo a propósito.) En sus principales rasgos, la respuesta de la administración Bush al Segundo Disturbio de Los Ángeles fue el reflejo invertido de la respuesta de la administración Johnson al Primero. En 1965, el jefe Parker de la LAPD (ayudado por la Guardia Nacional) retuvo el control total sobre el cumplimento de la ley, al mismo tiempo que el gobierno federal proveyó una masiva ayuda financiera a través de sus nuevos programas urbanos. Esta vez, sin embargo, la represión fue inmediata y dramáticamente federalizada, mientras que la reconstrucción fue dejada en manos de los reducidos esfuerzos locales y de la caridad corporativa.

Por supuesto, en todas las intervenciones militares, «humanitarias» o de exterminación, de la época Reagan-Bush hay una escalofriante identidad. Todas las imágenes filmadas, todavía poco visibles, de los marines o de la fuerza aérea número 82 en las calles de la ciudad de Panamá, Miami, Los Ángeles, Granada o Mogadiscio parecen las mismas y las figuras en riesgo son siempre negras. Pero el rápido despliegue de las tropas federales en combate en el centro-sur de L.A. fue sólo una pata del trípode político —la «doctrina Bush» de puño de hierro para las ciudades estadounidenses problemáticas— revelado el pasado mayo. Por ejemplo, encargada para la acción con una idéntica e impresionante velocidad, se envió una fuerza sin precedentes de agentes policiales federales con el fin encontrar y perseguir a los causantes de los disturbios

Amplios componentes del FBI y del INS se reorganizaron después como unidades permanentes antibandas, en la línea del dictado del fiscal general Barr que dice que los Crips y los Bloods, junto a los criminales ilegales, han reemplazado al comunismo como la mayor amenaza subversiva doméstica. Ésta es también la legitimación oficial de la tercera parte del trípode: el programa «escardar y sembrar» que a nivel de barrio liga los gastos federales (las «semillas») a la colaboración activa en la guerra contra las bandas (las «malas hierbas»).

Si, tendencialmente, «escardar y sembrar» prefigura la absorción final del Estado del bienestar en el Estado policial, la parsimonia de los fondos de las semillas federales ha asegurado que los resultados sean menos dramáticos. La ayuda no policial a Los Ángeles ha terminado siendo poco más que humo. Un mes después de los disturbios, por ejemplo, el Secretario del HUD (el presunto candidato en las elecciones republicanas de 1996) Jack Kemp, apareció con un grupo masivo de prensa en el Proyecto de Vivienda de Nickerson Gardens en Watts para anunciar que su departamento estaba

dando 137.000 dólares a Los Ángeles en asistencia a las viviendas. La prensa nacional registró el júbilo local en este inesperado momento, pero de forma generalizada se negó a informar del posterior desengaño cuando el regalo de Kemp terminó siendo nada más que fondos que ya estaban en uso.[6] Igualmente, la Casa Blanca (que anteriormente había echado la culpa de los disturbios al legado de la Gran Sociedad) estableció una «Unidad Especial Presidencial para la recuperación de Los Ángeles», encabezada por oscuros secretarios de segunda de Vivienda y Educación, cuya única función era la de reempaquetar los programas ya existentes como si fueran dinámicas iniciativas de Bush.

Esto permitió a los publicistas de la campaña republicana demostrar una gran cantidad de asistencia ficticia dirigida a Los Ángeles cuando, de hecho, la administración estaba bloqueando los préstamos a los pequeños negocios y los vales de comida a miles de residentes con necesidad de los barrios afectados por los disturbios. Según los funcionarios de la ciudad, negaron asistencia a más del 60% de las víctimas de los disturbios y la Agencia Federal de Gestión de Emergencias impidió incluso el reembolso de un millón de dólares al Estado por establecer centros de emergencia de catástrofes.[7] En contraste, los ricos residentes de la periferia de Florida, perjudicados por el huracán Andrew y considerados fundamentales en la victoria de Bush, recibieron una ayuda masiva y rápida.[8]

Finalmente, la única respuesta decisiva de la Casa Blanca a las súplicas de Los Ángeles con el fin obtener ayuda federal, además de los marines y los agentes del FBI, fue un audaz plan de saqueo de los principales bienes públicos la ciudad. Tras el comentario de Dan Quayle, aparentemente sin fundamentos, sobre la venta de LAX, hubo un esfuerzo concertado por parte de los promotores de la privatización radical con el fin de forzar una explosión de ventas públicas. Estos promotores de la privatización de última hora estaban liderados por Robert Pool Jr., fundador del derechista *Reason Institute* de Los Ángeles; John Girado, el abogado ex representante de la Comisión de Privatizaciones del presidente Reagan; y C. Borden Gray, el asesor principal del presidente Bush. Con Quayle montando bronca acerca de los escrúpulos del jefe principal de economía, Richard Darman, Bush promulgó una orden ejecutiva que preparaba el terreno para que las ciudades fuertemente presionadas financieramente pudieran vender 220.000

6 Ibídem, 2 de junio de 1992.

7 Véanse las críticas del FEMA hechas por funcionarios locales y estatales en *Los Ángeles Times*, 11 de enero de 1993.

8 Véase Neal Pierce, «A Riot-Ravaged City Is Still on Hold», *National Journal*, 10 de octubre de 1992, pp. 23-25.

millones de dólares en proyectos públicos financiados por la nación, desde plantas de tratamiento de aguas residuales a autopistas de peaje y aeropuertos. Una exultante alianza aclamó la orden como poco menos que una «Carta Magna para la privatización».[9]

Éste ha sido otro caso llamativo de cómo la política de Washington hacia las ciudades ha llegado a parecerse, hoy en día, a la política internacional de la deuda. En la época Reagan-Bush, las grandes ciudades se convertieron en el equivalente a un país del Tercer Mundo, insolvente y criminalizado, cuyo único camino a la redención es la combinación de militarización y privatización. Por otro lado, a través de los últimos veinte años, los republicanos se han mantenido absolutamente firmes en su decisión de embargar la ayuda a las ciudades. Efectivamente, esta guerra *de facto* contra las ciudades ha sido uno de los pilares estratégicos de la moderna política conservadora, individualizando objetivos profundamente electorales y económicos.[10]

Por otro lado, desde su victoria en 1980, los ideólogos republicanos impulsaron una ofensiva «thatcherista» contra uno de los núcleos de la constitución de los demócratas. En particular, el Instituto American Enterprise promovió la lógica de «ganar-ganar» para «destruir la infraestructura política del Partido Demócrata Urbano» eliminando programas como las Becas de Acción para el Desarrollo Urbano (BADU) «que dan poder para las personas que caminan con D mayúscula».[11] Con el fin de reducir salvajemente la asistencia urbana, pretendían enterrar los restos de la Gran Sociedad y profundizar el conflicto entre los demócratas negros de los barrios populares del centro de la ciudad y los blancos de las áreas suburbanas.[12]

---

9 La prensa local perdió en gran parte esta historia extraordinaria. Véase Victor, *op. cit.*, pp. 1512-16.

10 Es importante contrastar las diferentes estrategias urbanas y los regímenes entre Nixon-Ford y Reagan-Bush. El «nuevo federalismo» de Nixon, más que desmantelar la «Gran Sociedad» quería trasladar el destino de sus beneficios a la «nueva mayoría republicana» en las ciudades del Sunbelt y las áreas suburbanas. Él y Ford extendieron las becas en forma de subsidios, pero desviaron su destino lejos del corazón demócrata de la gran ciudad del noreste hacia el sur y oeste urbanos. Nixon también dió fin a la época de «participación masiva» de la Guerra contra la Pobreza y devolvió el control administrativo de los subsidios federales a la élite tradicional de la alcaldía. Así, en la política urbana y extranjera la revolución reaganiana estaba tan orientada contra los legados de Nixon y Ford como los de Johnson y Kennedy.

11 El experto presupuestario Allen Schick del American Enterprise Institute citado en el *Wall Street Journal*, 4 de febrero de 1985, p. 4.

12 Para una discusión más amplia, véase mi monografía, «The Lesser Evil? The Left, the Democrats, and 1984» en *Prisoners of the American Dream*, Londres, 1986, pp. 267-70.

Por otro lado, la falta de inversión federal en las grandes ciudades debió liberar también los espíritus de los animales del capitalismo urbano. Tal y como ha sido señalado por Barnekov, Boyle, y Rich, este precepto canónico de la época Reagan —como muchos otros— fue efectivamente larvado durante la segunda parte de la administración Carter. La Comisión Carter para la Agenda Nacional rechazó en los ochenta «una política urbana nacionalmente centralizada» por «incoherente con la revitalización de la economía nacional». Según la comisión, Washington tenía que «reconciliarse» con la caída de las viejas ciudades industriales y no interferir en el crecimiento de una nueva «economía postindustrial» por medio de la ayuda directa a las comunidades afligidas.[13]

Dentro de la administración Reagan, este darwinismo social resurgente obtuvo una ventaja aun más implacable gracias a Emmanuel Savas, el secretario asistente del HUD encargado de las políticas de desarrollo. En varios artículos e informes oficiales, Savas argumentaba que la política federal urbana había sido un fracaso total y que las ciudades tendrían que ser destetadas, aunque sea de forma brutal, de su dependencia artificial de Washington. Admitiendo, informalmente, que «no todas las ciudades van a beneficiarse de la misma manera y algunas no van a beneficiarse en absoluto» Savas —apoyado por el director presupuestario David Stockman— promovió la aceptación competitiva de la nueva disciplina de la economía mundial y una posterior privatización de los servicios del gobierno local. Era la hora de que las ciudades dejaran de ser subsidiarias del gobierno y aprendieran a ser grandes empresas. El Informe Nacional de Política Urbana de 1982, escrito por Savas, imaginaba de este modo una guerra interurbana de todos contra todos, mientras aconsejaba a las ciudades que «formasen sociedad con sus sectores privados y planificasen estratégicamente como reforzar sus ventajas comparativas en relación a otras jurisdicciones».[14]

Sin embargo, devolver a las ciudades a la soledad darwiniana o hobbesiana requirió de la masiva conformidad demócrata. Los republicanos calcularon, inteligentemente, que los demócratas del sur y de las áreas suburbanas estaban listos, con un pretexto adecuado, para hundir el cuchillo en la espalda de sus hermanos de la gran ciudad. (Efectivamente, Carter ya había congelado los presupuesto urbanos en 1978.) Esto es exactamente lo que pasó en 1985-1986 cuando el liderazgo demócrata del Congreso permitió el

13 *President's Commission for a National Agenda for the Eighties; Urban America in the Eighties: Perspectives and Prospects;* y *A national Agenda for the Eighties*, Washington, D.C., 1980; citado por Timothy Barnekov, Robin Boyle y Daniel Rich en *Privatism and Urban Policy in Britain and the United States*, Oxford, 1989, pp. 101-5.

14 Citado en ibídem, pp. 105-7. *Privatism and Urban Policy,* de Barnekov, Byle y Rich es un análisis indispensable de la política urbana neoconservadora.

fin del reparto de los ingresos generales en los comités y expuso las subvenciones urbanas a recortes totales en el proceso Gramm-Rudman con el propósito de reducir el déficit.[15] En 1988 se dio otra perniciosa vuelta al estilete cuando tres cuartas partes de los representantes demócratas del Sur votaron la eliminación del UDAG con el fin de poder financiar un importante aumento de fondos para la estación espacial de la NASA.

Dos años después, cuando los recortes de la ayuda federal estaban llevando a las ciudades a su peor crisis financiera desde la Depresión, los líderes demócratas negociaron un compromiso presupuestario con la Casa Blanca que imposibilitaría las ayudas urbanas en un futuro previsible. Aunque Washington había inventado las «emergencias fiscales» ya en dos ocasiones con el fin de evitar al Gramm-Rudman y poder financiar la Guerra del Golfo y la ayuda S&L, simplemente le «dio la espalda» a la Conferencia Estadounidense de Alcaldes que suplicaba de manera urgente un Plan Marshall doméstico.[16] Efectivamente, al aprobar el acta presupuestaria de 1990, con su moratoria de los gastos sociales, la mayoría demócrata abdicaba de cualquier pretensión que todavía quedase con el fin de oponerse a las políticas de la administración Bush de liquidación de la ciudad. Este fue el último clavo en el féretro del New Deal.

La cuenta de los cuerpos

Abandonadas por el Partido Demócrata a los malvados vientos del «postindustrialismo», las grandes ciudades se han enfrentado a la falta de inversión federal en el momento en que la desindustrialización y las epidemias de los ochenta (el SIDA, el crack, los sin techo) estaban imponiéndoles cargas financieras inmensas. En un estudio importante, Demetros Caraley estima que el recorte del 64% en asistencia federal desde 1980 ha costado a la ciudad 26.000 millones de dólares al año (en dólares constantes de 1990). En las ciudades con más de 300.000 habitantes, el porcentaje de fondos federales de

---

15 Las leyes Gramm-Rudman para equilibrar el presupuesto y controlar el déficit de 1985 y 1987, en pleno epicentro de la administración Reagan, inauguraron el recurso al recorte federal de los presupuestos, concentrado siempre en las partidas sociales. Su nombre se debe al senador de Texas Phil Gramm, principal animador de esta acción legislativa [N. del E.]. Véase Timothy Conlan, *New Federalism: Intergovernmental Reform from Nixon to Reagan*, Washington, D.C., 1988, p. 233. Previamente, Ted Kennedy se unió en 1982 a Dan Quayle para eliminar decenas de miles de trabajos públicos locales apoyados por el Acta de Entrenamiento de Trabajo Comprehensivo (AETC) de 1973; Véase pp. 175-76.

16 Para ver la indiferencia demócrata en el plan propuesto por los alcaldes en enero 1992, véase Rochelle Stanfield, «Cast Adrift, Many Cities Are Sinking», *National Journal*, 9 de mayo de 1992, p. 1122.

los ingresos municipales ha caído en picado del 22% en 1980 a un mero 6% en 1989.[17] Si bien la asistencia estatal, en términos de media nacional, ha permanecido constante al 16%, las ciudades han tenido que complementar la caída de esta ayuda con recursos locales: normalmente con impuestos comerciales muy regresivos y cuotas a los usuarios.

La tabla 1 muestra la escala de la retirada de la ayuda federal en las diez ciudades más grandes de Estados Unidos. Si Los Ángeles ha sufrido la caída presupuestaria más aguda en proporción, la guerra republicana contra las ciudades ha infringido probablemente más daño en Filadelfia y Nueva York. A pesar de estar en una situación virtualmente subvencionada por el Estado, desde 1990, Filadelfia ha visto como su enorme déficit fiscal se sucedía año tras año. Al mismo tiempo, de Harlem a Flatbush, la asistencia federal que ha empezado a faltar señala la diferencia entre la preservación del legado de La Guardia neoyorkina y el «presupuesto apocalíptico» del alcalde Dinkins con sus 20.000 despidos. Forzadas a abandonar los programas de redistribución y demasiado arruinadas como para pavimentar las calles o modernizar los sistemas de aguas residuales, las grandes ciudades estadounidenses simplemente luchan para pagar a sus acreedores financieros y mantener una fina línea azul de policías uniformados. Tal y como ha sido señalado por Ester Fuchs, la coincidencia de recesión prolongada y la falta de inversión federal aseguran que «las perspectivas para la América urbana en los noventa sean mucho peores de lo que lo fueron durante la depresión».[18]

Tabla 1

Contribución federal a los presupuestos de las grandes ciudades

	1977	*1985*
1. Nueva York	19%	9%
2. Los Ángeles	18%	2%
3. Chicago	27%	15%
4. Filadelfia	20%	8%
5. Detroit	23%	12%
6. Baltimore	20%	6%
7. Pittsburg	24%	13%
8. Boston	13%	7%
9. Cleveland	33%	19%
10. Minneapolis	21%	9%

17 Demetrios Caraley, «Wahsington Abandons the City», *Political Science Quarterly* 107, núm. 1 (1992), pp. 8 y 11. He enmendado las estimaciones de Caraley de los porcentajes de reducción total en la asistencia federal urbana con las figuras de «The Economic Crisis of Urban America», Business Week, 18 de mayo de 1992.

18 Ester Fuchs, *Mayors and Money: Fiscal Policy in New York and Chicago,* Chicago, 1992, p. 288.

Además, los datos de la tabla 1 quizás puedan subestimar sustancialmente el impacto social real de la revolución Reagan sobre las finanzas urbanas. Tal y como ha señalado James Fossett en un estudio de 1984 del Brookings Institute, las subvenciones e ingresos federales de los setenta han producido una proporción mayor de los gastos operativos que los presupuestos totales, incluidos los reembolsos de capital. A través de esta medida alternativa, la asistencia federal a Los Ángeles (el 42% del presupuesto operativo alcanzó su pico en el año 1978) pudo haber sido dos veces más significativa de lo que concluye la tabla 1.[19]

Más importante aún, los fondos federales han constituido el recurso público dominante para muchos, quizás la mayoría, de los barrios populares urbanos. Por ejemplo, Fossett ha estimado que el 91% de las subvenciones federales a Los Ángeles beneficiaban a los grupos pobres y con sueldos moderados.[20] No es necesario decir que estas subvenciones también engrasaban la rueda de la política comunitaria. Como veremos después, el derrumbe republicano del acueducto federal que iba a los centros urbanos ha forzado un realineamiento político importante. Privados de los fondos y patrimonios que antes llegaban de Washington, muchos políticos y organizadores locales se desviaron durante los ochenta —esta era la intención de los ideólogos reaganianos— en la dirección de una mayor dependencia del paternalismo corporativo de tipo Booker T. Washington.[21] De la misma manera, la mayoría de los organizadores comunitarios tuvieron que «empresarializarse» así como sus programas para poder sobrevivir en la larga acequia de la asistencia federal.

En términos sectoriales, desde 1980, los programas urbanos nacionales que más han sufrido los despiadados recortes han sido las viviendas (-82%), la asistencia al desarrollo económico (-78%) y la capacitación laboral (-63%).[22] De nuevo, y tal y como fue ideológicamente diseñado, las ciudades han sufrido un recorte de la asistencia federal justo en el momento en

---

19 US Bureau of Census, *City Government Finances*, 1977-78 y 1984-85; y Preston Niblack y Peter Stan, «Financing Public Services in L.A.», en James Steinbergm David Lyon y Mary Vaiana, *Urban America: Policy Choices for Los Angeles and the Nation*, Santa Mónica, California, 1992, p. 267.

20 Véase James Fossett, «The Politics of Dependence: Federal Aid to Big Cities», en Lawrence Brown, James Fossett y Kenneth Palmer (eds.), *The Changing Politics of Federal Grants*, Washington, D.C., 1984, pp. 121-124 y 48.

21 Se refiere al prominente líder afroamericano Booker Taliaferro Washington que con la ayuda de filántropos blancos consiguió establecer una red de beneficencia en numerosas comunidades negras del Sur estadounidense, formada principalmente por escuelas primarias. Ha pasado a la historia afroamericana como una figura controvertida, a medio camino entre el benefactor social y el oportunismo político [N. del E.].

22 Cf. *Washington Post National Weekly Edition*, del 11 al 17 de mayo de 1992; y Caraley, ibídem, p. 9.

el que se enfrentaban a la mayor reestructuración desde la revolución industrial. Como los aparceros irlandeses durante la hambruna de la patata de 1840, los americanos pobres de hoy están condenados por la fanática adhesión del Estado al dogma del *laissez-faire*. Por ejemplo, la caída de los subsidios a las viviendas ha dejado a la intemperie a más estadounidenses que la gran Depresión, mientras que la evaporación de los fondos para la capacitación laboral y el fin del Acta de Capacitación Laboral Comprehensiva (CETA), han hecho grandes aportaciones al mercado negro de las drogas. Estados Unidos es el único país desarrollado que ha respondido al régimen internacional competitivo de los ochenta, eliminando despiadadamente la asistencia de ajuste estructural a los trabajadores y a las ciudades.

La política federal también ha hecho caer bruscamente las fuerzas laborales de la ciudad de otra manera. Desde la primera ola de desindustrialización urbana a principios de los setenta, el sector local público y el ejército estadounidense han proporcionado las oportunidades de empleo compensatorio más importantes para los trabajadores negros y latinos, quienes, a diferencia de su contraparte blanca, no fueron capaces de moverse lateralmente a los nuevos puestos de trabajo en las áreas suburbanas o ascender a la clase de los directivos profesionales del centro financiero. Sin embargo, desde mediados de los ochenta la reducción de la asistencia federal ha acelerado el recorte de empleos y salarios del gobierno local, que empezó tendencialmente durante la revuelta fiscal de 1978-1979. La seguridad del empleo en la ciudad y en el país ha sido socavada por la privatización masiva de todos los servicios, desde el saneamiento, hasta las cárceles y las escuelas. Despidos, subcontrataciones y la deflación de los salarios son ahora tan comunes en los sectores públicos locales como lo fueron en el sector privado durante la decada de los ochenta.

Más recientemente, la reducción del ejército convencional tras el fin de la Guerra Fría ha cerrado la mayor opción de empleo a los adolescentes de los guetos y los barrios. Desde 1986 el porcentaje de adolescentes negros que ingresan en las fuerzas armadas ha caído en picado desde el 20 hasta el 10%, mientras que la proporción general de los no blancos en el ejército ha caído de un tercio en 1979 a solamente a un cuarto a día de hoy.[23] Las minorías también han sufrido desproporcionadamente el cierre de la bases militares domésticas, como la base de la Fuerza Aérea San Bernardino, el mayor empleador de los negros en el «imperio interior» del sur de California.

---

23 Véase James Hosek y Jacob Klerman, «Military Service: A Closing Door of Opportunity for Youth», en Steinberg *et alli*, ibídem, pp. 165-67.

Pero la culpabilidad de Washington en la crisis actual se extiende mucho más allá del mero recorte de la asistencia financiera. Los republicanos han tratado, también, de inflar los presupuestos de las ciudades con el fin de trasladar deliberadamente los costes de muchos problemas nacionales a las localidades dominadas por los demócratas. Han impuesto la orden de proveer nuevos servicios sin proveer una asistencia adicional. Por ejemplo, Nueva York y Los Ángeles son los principales puertos de entrada de la mayor ola de inmigración desde principios de 1900, pero la administración Bush se niega a pagarles (o sus gobiernos estatales) los fondos compensatorios prometidos por el Acta de Reforma y Control Inmigratorio de 1988 (ARCI). Aunque muchos estudios realizados en el sur de California han mostrado que los inmigrantes, tanto indocumentados como legales, contribuyen en impuestos más de lo que consumen, el gobierno federal elimina este excedente neto a través de los impuestos sobre los salarios, dejando con un déficit sustancial a las ciudades y a los estados debido a los servicios que tienen que proporcionar. Sin sorpresa alguna, esta negativa federal a reembolsar al gobierno local por su papel en la política inmigratoria nacional, sólo ha conseguido exacerbar los prejuicios antimigratorios en el ámbito local. Lo que ha sido cosechado políticamente por los nativistas y los conservadores.

Efectivamente, la Guerra contra las Drogas es la otra iniciativa con la que Reagan y Bush han impuesto costes aplastantes sobre las ciudades. Acerca de las conclusiones de un informe publicado recientemente por la Rand Corporation que evaluaba los disturbios de Los Ángeles en el contexto de la política nacional, *Los Angeles Times* recogía que la Guerra contra las Drogas había «devasta[do] las comunidades minoritarias sin dañar significativamente la distribución de narcóticos».[24] Los investigadores de la Rand mostraron que el aumento exponencial de la detención y el encarcelamiento de delincuentes por motivo de drogas (más de mil cada año) sólo implicaba la pérdida de dinero y de algunas vidas. A pesar de los subsidios federales para la policía local, la criminalización del uso de las drogas a largo plazo tiene unas enormes cargas sociales que recaen principalmente sobre los hombros de los gobiernos insolventes de las ciudades y los condados.[25]

Finalmente, como demuestra la tabla 2, la variedad de políticas antiurbanas de la época de Reagan-Bush, combinada con las enormes exenciones fiscales para el desarrollo de negocios y oficinas en los suburbios ricos, han abierto una nueva fosa de desigualdad entre los centros de las ciudades y sus anillos periféricos. A lo largo de la década pasada, las áreas urbanas

24 *Los Ángeles Times*, 4 de enero de 1993.

25 Véase Joan Petersilia, «Crime and Punishment in California», en Steinberg *et alli*, ibídem.

tradicionales han perdido más del 30% de su base laboral, mientras que las periferias ricas han sido testigos de un enorme crecimiento del trabajo cuantificado en torno al 25%.[26] En algunos casos, como en Washington D.C., las periferias más lejanas han acumulado hasta 15 veces más renta per capita que sus centros agonizantes.[27] Una nueva, y muchas veces sorprendente, geometría económica ha visto la luz tan pronto como las oficinas empresariales del centro y los negocios de servicios, seguidos por fábricas y centros comerciales, se relocalizaron en los rascacielos que lucen como perlas en los cinturones exteriores de las autopistas, a veinte, y hasta a setenta y cinco millas, de los viejos centros urbanos.

Tabla 2

Centros urbanos comparados con los anillos suburbanos (= 100)[28]

	1980	*1990*
Hogares en condiciones de pobreza	360	650
Renta per cápita	90	59

Nota: los ingresos per cápita son de 1980 y 1987.

El nuevo *apartheid* espacial

Mucho de lo que Jöel Garreau y otros autores han celebrado como el ascenso de las *edge cities* —«el mayor cambio en la forma en que construimos ciudades en los últimos 100 años»[29]— es en realidad el resultado de la substancial diferencia entre las políticas federales dirigidas a los centros metropolitanos y a las periferias. Al mismo tiempo que el reaganismo exiliaba al desierto a los centros urbanos, facilitaba subsidios y recortes fiscales a los promotores comerciales de los suburbios y los industriales renegados. La mayor parte de las inesperadas ganancias de capital de los ochenta, que se suponía irían a pagar como el rearme tecnológico corporativo de EEUU, con el fin de que pudiera competir en el mercado mundial, terminó efectivamente en la extensa construcción de oficinas y de espacios comerciales a lo largo de los cinturones urbanos y los corredores interurbanos. O, dicho de otra manera, el «goteo» del crecimiento económico nacional que Savas y

26 La falta de trabajo en la mayoría de los centros urbanos se ve multiplicada por el gran porcentaje de trabajos asalariados y de altos ingresos ocupado por la gente que vive en las áreas suburbanas y se traslada al centro para trabajar.

27 Cf. Caraley, pp. 5-6 y Fred Siegel, «Waiting for Lefty», *Dissent* (primavera 1991), p. 177.

28 *National League of Cities*, 1992; y Caraley, ibídem.

29 Véase Jöel Garreau, *Edge City: Life on the New Frontier*, Nueva York, 1991, p. 3.

Stockman prometieron que eventualmente retornaría a la castigada ciudad empresa, fue en realidad centrifugado hacia *suburbiolandia*.

De hecho, éstas políticas han financiado también la fuga de la población blanca y una nueva segregación metropolitana. En el mundo ideal de la economía neoclásica, la mejor opción para los trabajadores de los centros decadentes y no competitivos, es simplemente la de seguir la migración del trabajo a las nuevas *edge cities*. Desde luego, esto es exactamente lo que ha hecho la población blanca urbana desde los disturbios de los guetos de finales de la década de 1960. La tabla 3[30] es un resumen de la nueva recomposición étnica de las 14 ciudades (24 millones de personas) que forman el núcleo de las diez mayores regiones metropolitanas estadounidenses (76 millones de personas).

Con un poco más de detalle, es posible hacer distinciones importantes entre el itinerario de los blancos, los negros, los latinos y otros grupos. Tomando Los Ángeles como ejemplo, casi todos los trabajadores blancos del viejo cinturón industrial sureste —aproximadamente 250.000 personas— se mudaron a los suburbios ricos en empleo, durante los setenta y principios de los ochenta.[31] Esta población fue reemplazada por 328.000 inmigrantes mexicanos, empleados principalmente en fábricas y actividades de servicios no sindicalizadas. En efecto, el contrapunto de la latinización del trabajo manual en Los Ángeles ha sido la virtual desaparición de la clase obrera anglo, tradicional del centro urbano. Una caricatura de la fuerza de trabajo de la ciudad mostraría una élite blanca de directivos profesionales, un sector de trabajadores públicos negros, una pequeña burguesía asiática y un proletariado de inmigrantes latinos. La tabla 3 muestra la distribución del poder político que ha acompañado a este cambio en la composición étnica urbana.

Tabla 3

a. Cambios étnicos en el centro de las diez mayores metrópolis
- 8.000.000 blancos + 4.800.000 latinos + 1.500.000 asiáticos + 800.000 negros - 900.000 personas en la población total

30 US Bureau of the Census, Population, 1970 y 1990.

31 Para la transformación étnica del centro industrial de Los Ángeles, véase mi capítulo: «The Empty Quarter», en David Reid (ed.), *Sex, Death and God in L.A.*, Nueva York, 1991.

b. Composición étnica de los centros urbanos 1970-1990 en%		
	1970	***1990***
Blancos	70%	39,9%
Negros	27,6%	31,4%
Otros	2,4%	28,7%
- Asiáticos		6,8%
- Latinos		21,9%
c. Los 10 mayores centros metropolitanos: población blanca en %		
	1970	***1990***
1. Nueva York	75,2%	38,4%
2. Los Ángeles	78,3%	37,2%
3. Chicago	64,6%	36,3%
4. Washington	41,4%	33,0%
5. Bahía de San Francisco	75,1%	42,9%
6. Filadelfia	75,1%	51,3%
7. Detroit	65,6%	20,3%
8. Boston	81,7%	58,0%
9. Dallas	75,8%	49,8%
10. Houston	73,4%	39,9%

Aunque la segunda y tercera generación de mexicanos-estadounidenses no se mueve tan libremente en el océano metropolitano del sur de California como los anglos de la clase trabajadora o de la clase media, su nivel de movilidad es impresionantemente alto. Por ejemplo, uno de los movimientos étnico-políticos más importantes de la última década ha sido la explosión de poder político chicano en la periferia rica del Valle San Gabriel, al este de Los Ángeles.

Los afroamericanos, por el contrario, han quedado atrapados en Los Ángeles, al igual que en otras partes de Estados Unidos. Los dramáticos datos que tienen la intención de mostrar la suburbanización de los negros de Los Ángeles representan, principalmente, la expansión territorial de los tradicionales guetos del centro-sur hacia las ciudades adyacentes, aunque incorporadas de forma separada: por ejemplo, Lynwood en la parte este, Inglewood y Hawthorne al oeste y Carson al sur. Cuando este cociente de «movimiento de los guetos» es deducido de los datos del censo de 1990, lo que queda de la suburbanización negra en el sur de California es un movimiento monodireccional a las periferias de la clase trabajadora (principalmente Fontana, Rialto y Valle Moreno) en el imperio interior del oeste de San Bernardino y los condados de Riverside.

Seguramente se trata de un fenómeno significativo y hay indicios de que el éxodo negro al imperio interior pudo haberse acelerado desde la rebelión de la última primavera. Sin embargo, hay que apuntar que la «fuga negra» ha estado restringida a unos pocos suburbios ricos con dramáticas deficiencias en lo que se refiere a la relación entre trabajo y vivienda. Y esto no sólo en comparación con los blancos de clase obrera, sino especialmente con los chicanos. Existe un acceso irregular de la población negra a los mercados más amplios de vivienda y trabajo del sur de California.

Dicho de otra manera, las barreras raciales siguen vivas y en buen estado en los polos de crecimiento ex urbanos del sur de California, como Simi Valley, Santa Clarita, Temecula, Irving, Laguna Hills y Rancho Bernardo. Entre 1972 y 1989 el anillo suburbano de Los Ángeles ganó más de dos millones de nuevos empleos, mientras que la población empleada negra bajó a menos del 2%. (Los negros representan el 11% de la población total del condado de Los Ángeles.)[32] Mas allá de cualquier combinación entre discriminación racial y clase, los afroamericanos han sido sistemáticamente excluidos del nuevo crecimiento del empleo de las *edge cities*. Como consecuencia, ahora dependen más que nunca del empleo urbano, el corazón de la economía comunitaria negra.

Tabla 4. Etnicidades predominantes (1990) y alcaldes (1992)

	Mayoritaria	*Segunda*	*Alcalde*
1. Nueva York	Blanca: 38,4	Negra: 29,8	Negro
2. Los Ángeles	Latina: 39,3	Blanca: 37,2	Negro
3. Chicago	Negra: 40,8	Blanca: 36,3	Blanco
4. Washington	Negra: 62,2	Blanca: 33,3	Dos Negros
5. Bahía de San Francisco	Blanca: 42,9	Asiática: 22,8	Dos blancos y un negro
6. Filadelfia	Blanca: 51,3	Negra: 29,9	Negro
7. Detroit	Negra: 75,7	Blanca: 20,3	Negro
8. Boston	Blanca: 58	Negra: 25,6	Blanco
9. Dallas	Blanca: 49,8	Negra: 27,2	Dos blancos
10. Houston	Blanca: 29,9	Negra 28,1	Blanco

Nota: Washington D.C. incluye a Baltimore; la Bahía de San Francisco, Oakland y San José; Dallas, Fort Worth.

32 US Bureau of the Census, Population, 1970 y 1990.

Con diferencias mínimas o excepcionales, este modelo de *apartheid* espacial (muchas veces mal llamado «desigualdad espacial») se recapitula en todas las áreas metropolitanas de Estados Unidos de la década de 1980. En el área de la bahía de San Francisco, por ejemplo, la industria financiera de la ciudad ha ignorado los desesperados esfuerzos del gobierno negro de Oakland por atraer trabajo de servicios, prefiriendo exportar, atravesando las Colinas de Berkeley, decenas de miles de puestos de trabajo poco cualificados a las *edge cities* blancas del condado de Contra Costa. Al mismo tiempo, Atlanta y Detroit compiten por tener el honor de ser el «donut urbano» perfecto: negro en los centros desindustrializados, blanco en el anillo rico en empleo.

La mayoría suburbana

La era de la *edge city* es, por lo tanto, la culminación de un proceso de organización racial. Esto ha tenido dos consecuencias políticas epocales. Primero, la identidad semántica de raza y urbanidad dentro del discurso político estadounidense es ahora casi completa. Si durante el *kulturkampf* étnico-religioso de principios del siglo XX «la gran ciudad» era un eufemismo de «las masas papistas abarrotadas», hoy se equipara con una «subclase» de negros y latinos. Los debates contemporáneos sobre la ciudad —como las drogas y el crimen— tratan verdaderamente sobre la cuestión del racismo. En sentido contrario, tal y como Jesse Jackson siempre enfatiza, el destino del sector público urbano se ha convertido en algo central para la agenda de la supervivencia del Estados Unidos negro.

Segundo, 1992 ha sido un año fundamental en el sentido de que los votantes de los suburbios y sus representantes se han convertido en la mayoría política de Estados Unidos (ya eran la mayoría del electorado blanco desde al menos 1980). La política suburbana, tal y como ha señalado Fred Siegel en un artículo recientemente publicado en la revista *Dissent*, «es más antiurbana que republicana… (y) aún más antinegra que antiurbana».[33] Desde luego, la polarización racial a lo largo del cerco blanco levantado entre las áreas suburbanas y la ciudad existe desde hace generaciones. Pero la dramática suburbanización del crecimiento económico de la

33 Siegel, ibídem, pp. 177-79.

década de 1990 y el creciente predominio de los movimientos «periferia a periferia» entre el trabajo y la vivienda, ha otorgado a esas «utopías burguesas» (tal y como decía Fishman) una autonomía política inaudita frente a la crisis del centro urbano.[34] Y viceversa, «la ascensión del electorado suburbano a un status mayoritario, les ha conferido el poder [...] de dirigir las necesidades de los servicios sociales básicos [...] a través del gobierno local de las periferias y a través de los ingresos generados localmente, con unos lazos todavía más débiles con el creciente poder negro urbano».[35] De hecho, esta situación ha simplificado en gran medida la geografía de la política de los partidos: la afiliación al Partido Republicano está ahora en función directa de la distancia de los centros urbanos.[36]

Por su parte, los centros urbanos han observado, impotentes, la redistribución de su poder político, alguna vez decisivo, a nivel nacional. Desde Jimmy Carter, su representación en el Congreso ha declinado de un 25 a un 20% de los asientos. En el ámbito de la política presidencial, el punto mas alto del poder de la gran ciudad tuvo lugar, sin duda, en las elecciones de 1960 cuando la máquina Daley resucitó al muerto con el fin de proveer el margen decisivo de John Kennedy sobre Richard Nixon. En esos días, Chicago movilizaba el 40% de votos de Illinois; hoy sólo tiene el 25%. Asimismo, la captura de mayorías decisivas en las veinte ciudades más grandes era el equivalente a adueñarse de la Casa Blanca. Pero, tal y como han demostrado Carter, Mondale y Dukakis, era posible barrer los centros urbanos y a la vez ser aplastados en las áreas suburbanas por la defección de aquellos «demócratas reaganianos»: un estrato constituido en buena medida por refugiados blancos de la clase obrera y media baja de la ciudad.

Por supuesto, la campaña de Clinton ha sido la culminación de una batalla llevada adelante a lo largo de una década por los demócratas del sur y las áreas suburbanas con el fin arrebatar el control del Partido Demócrata a los sindicatos obreros, a los alcaldes de las grandes ciudades y a los grupos de derechos civiles. Después del desastre de Mondale en 1984, Clinton se unió a Bruce Babbitt, Charles Robb y otros gobernantes del cinturón del Sol con el fin de establecer el Consejo de Liderazgo Demócrata (CLD), configurado como un centro de poder para poder competir con el Comité Nacional Demócrata (CND). Los objetivos principales del CLD eran: tratar de marginar

---

34 Robert Fishman, *Bourgeois Utopias: The Rise and Fall of Suburbia*, Nueva York, 1991, p. 3.

35 Thomas Edsall con Mary Edsall, *Chain Reaction: The Impact of Race, Rights, and Taxes on American Politics*, Nueva York, 1991, p. 217.

36 Véase James Barnes, «Tainted Triumph», *National Journal*, 7 de noviembre de 1992, p. 2541.

a Jesse Jackson (el campeón de los urbanitas pobres), retrazar las reformas intrapartidarias, tomar el control del CND y nominar un candidato que pudiera desafiar al reaganismo en su propio terreno.

La genialidad de Clinton consistía en delatar el estereotipo formado por el CLD respecto de los demócratas reaganianos. De su electrocución a un convicto negro con daño cerebral el día previo a las primarias neoyorkinas a su repentino impedimento para hablar usando la palabra «ciudad», siempre que hubiese oportunidad, Clinton fue programado para tranquilizar a la población blanca de las áreas suburbanas diciendo que no era suave con el crimen, amistoso con la *underclass* o tolerante con los gastos de seguridad social de las ciudades. Esta canción, implícitamente antinegra y antiurbana, era continuamente interpretada detrás de sus promesas de reinvertir en la economía de la clase media y en la movilidad educativa, mientras continuaba defendiendo el Nuevo Orden Mundial de George Bush.

A pesar de la claridad de lo esencial en el mensaje de Clinton, su victoria ha engendrado esperanzas extrañas e interpretaciones mal encaminadas. Como los patéticos pobres en Puerto Príncipe que supuestamente organizaron un *cargo cult* entorno a Clinton con la equivocada creencia de que abriría las puertas de oro americanas a las masas haitianas, una jubilosa manada de alcaldes del viejo cinturón industrial, promotores comunitarios y miembros del gremio negro del Congreso han celebrado la derrota de Bush como el amanecer de un nuevo New Deal. Quizás, algunos se han intoxicado con la garantía repetida por Arthur Schlessinger de que la gran rueda de la política americana estaba girando otra vez de derecha a izquierda. Otros podrían haber alucinado con la idea aún más extraña, brotada en los círculos del DSA, de que Clinton es, en efecto, un «demócrata social puro» comprometido con una gran expansión keynesiana de la educación y los derechos a la salud.[37]

En todo caso, hay casi cero pruebas de que el presidente Clinton sea el «candidato manchuriano» de una democracia social americana en gran parte invisible. Ni siquiera hay pruebas de que las elecciones de 1992 hayan convertido al país en algo parecido a lo que fue el liberalismo de un New Deal prociudad. Tal y como ha sido apuntado varias veces por Walter Dean Burnham del MIT, la rueda mítica de la política estadounidense de Schlesinger ya no se mueve, está pegada, casi permanentemente, a una posición de centro-derecha que corresponde con el actual sistema político «postpartidista» y suburbano.[38]

---

37 Para el argumento de que Clinton «ha dado vuelta a la política neoliberal» poniendo fin a una época conservadora y que es un auténtico «demócrata social», véase Harold Meyerson, «The Election: Impending Realignment?», *Dissent* (otoño 1992), pp. 421-24.

38 Walter Dean Burnham, «Critical Realignment: Dead or Alive?» en Byron Shafter (ed.), *The End of Realignment*? Madison, Wisconsin, 1991, pp. 125-27.

Más importante aún, no hay ninguna razón obvia de que una campaña diseñada cuidadosamente para no atender a la cuestión de las ciudades, deba presentar un presidente repentinamente atento a sus necesidades. En el periodo posterior a la rebelión de Los Ángeles, ni el *Business Week*, ni el *National Journal,* podían encontrar una línea divisoria significativa entre las posturas de Clinton y Bush frente a la política urbana.[39] El principal asesor de Clinton, Hill Marshall, presidente del Instituto de Política Progresista del CLD, ha reconocido que había «pocas diferencias en la idea central», mientras que su homólogo republicano, el director de la política nacional de la *Heritage Foundation*, no veía «una diferencia conceptual entre Clinton y Bush». En algunas ocasiones, cuando los candidatos hablaban de los asuntos urbanos, cada uno usaba la misma retórica sin base relativa al «empoderamiento», con el fin de hablar de zonas comerciales, vales escolares y privatización de las viviendas públicas: *workfare* y no *welfare* (programas de empleo y no programas de subsidio).[40]

En los meses posteriores a las elecciones no han brotado las flores en Cabrini Green o en el sur del Bronx. Intentando presentar las necesidades de Nueva York ante el equipo de gobierno provisional de Clinton, el congresista Charles Rancel de Harlem se quejó diciendo que «escuchan y no dicen nada» —de forma nada sorprendente, la «Biblia» del equipo transitorio, el *Mandate for Change* del Instituto de Política Progresista, omite completamente a las ciudades del encabezamiento de cada uno de sus 14 capítulos.[41] Por su parte, el nuevo secretario de Desarrollo Urbano y Vivienda, Henry Cisneros, que pudo haber despertado grandes expectativas entre las multitudes del *cargo cult*, hasta hora sólo ha prometido que trabajará con los fondos existentes, reflotará las zonas de legislación federal empresarial y preservará el programa de «escardar y sembrar», describiéndolo como «un importante programa».[42] Al mismo tiempo, el Congreso da pocas indicaciones de que vaya a

---

39 «La manera de hacer política de Clinton parece aun más republicana... las zonas empresariales, la organizaciones financiadas por el gobierno para otorgar préstamos y dar consejo a los nuevos empresarios —el tipo de cooperación entre lo público y lo privado que la administración Bush también va a promover» (*Business Week*, 18 de mayo de 1992). «[Esta] campaña, cada vez más rara, con la parodia de Bush y Clinton, diciendo más de lo mismo sobre la agonía de los centros urbanos» (*National Journal*, 16 de mayo de 1992, p. 1996 *passim*).

40 Citado en ibídem, p. 1197.

41 Y cuando los partidarios de Clinton hablan de las ciudades, nunca reconocen las circunstancias especiales de los negros o los latinos. Por ejemplo, Andrew Hacker apunta que el libro de Clinton y Gore, *Putting People First*, «casi nunca menciona la palabra raza, ni siquiera indirectamente. En un capítulo títulado "Ciudades", no se usa, ni el termino "centro urbano", ni se menciona la segregación residencial o escolar» («The Blacks and Clinton», *New York Review of Books*, 28 de enero de 1993, p. 14).

42 Citado en el *Los Angeles Times*, 5 de noviembre de 1993.

desafiar la línea continua del abandono urbano que se tiende entre Bush y Clinton. Una encuesta de Gallup, posterior a las elecciones de los miembros demócratas a la Nueva Casa, reveló que la cuestión de la asistencia a las ciudades fue clasificado en un miserable decimotercer lugar en una lista de dieciocho (el tema de viviendas fue clasificado como el último).[43]

Sin embargo, si nos permitimos suponer en tanto hipótesis que la intensificación de las inquietudes urbanas, quizás encendidas por otros disturbios en Los Ángeles, obligaran a Clinton —como le sucedió a un igualmente reacio Richard Nixon en 1969— a intentar subsanar algunas de las contradicciones urbanas subyacentes, ¿podría realmente movilizar los recursos políticos y presupuestarios para salvar a las ciudades? Es difícil ver cómo. El pronóstico para cualquier reanudación del reformismo urbano es bastante desolador mientras el gasto federal discrecional siga atado con cadenas por el déficit, los votantes *Perot* y la recesión que afecta a la clase ejecutiva.

Lemmings[44] de poliéster

Por supuesto, el legado principal de la época Reagan-Bush ha sido el increíble coste de dos billones de dólares derivado de «ganar» la Guerra Fría. Una generación de inversión pública —probablemente el equivalente fiscal de varios New Deals— ha sido convertida en bombarderos invisibles al radar y armamentos nucleares, financiados de la manera más regresiva que se pueda imaginar (recortes enormes de los impuestos a los ricos y préstamos galopantes del extranjero). La política bipartidista añadía así otro medio billón de dólares para salvar a los inversores ricos del desastre del «ahorro y préstamo». Invertido en las ciudades y en recursos humanos, esta inmensa suma hubiera convertido a la América urbana en la tierra de Oz, en lugar del enorme baldío en el que se ha convertido.

---

43 *Washington Post National Weekly Edition*, 14-20 de diciembre de 1992.

44 Roedor de las tundras y zonas árticas de Norte América y Eurasia. Adaptado a los rápidos cambios climáticos tiene un patrón migratorio, que en algunos casos y debido a los rápidos cambios de orografía y de los cursos de agua de las zonas árticas conduce a muertes masivas. Esto ha llevado a pensar a muchos estudiosos que se trataba de suicidios en masa como parte de un complejo mecanismo de autorregulación poblacional. Los lemmings han sido motivo también de una conocida serie de juegos de ordenador y consola durante la primera parte de la década de 1990 que explotaba precisamente esta singular creencia sobre su etología [N. del E.].

En comparación, la carga social de pagar este déficit podría ser medida con los presupuestos combinados anualmente de las cincuenta ciudades más grandes de EEUU. En 1980 los pagos de intereses de la deuda federal fueron dos veces más grandes que los presupuestos agregados de las grandes ciudades: hoy son seis veces más grandes. Alternativamente, el déficit de 300.000 millones de dólares de 1990 fue simplemente igual al coste del interés anual sobre una deuda federal que se eleva hacia la cifra de 5 billones de dólares.[45]

Los keynesianos, señalando deudas per cápita mucho más altas en los países de la OCDE, pueden argumentar que es ridículo permitir que el déficit sea una traba permanente en el crecimiento nacional o en nuevas inversiones urbanas. Pero el déficit no es meramente una figura en una hoja de balance, es también la mayor arma estratégica de la derecha. Es la palanca de Arquímedes utilizada por la coalición conservadora en el Congreso para desmantelar los derechos de ciudadanía de los pobres urbanos y rurales; y es la garantía estructural, vía Gramm-Rudman y el tratado presupuestario de 1990, de que la revolución reaganiana es irreversible. Tal y como ha sido argumentado de forma elocuente por Guy Mollineux, la llamada de los guerreros del déficit a «un sacrificio compartido» «es una verdadera invasión orwelliana de lenguaje político» donde los gastos para las ciudades son «consentir intereses especiales» y donde las «decisiones duras» significan más austeridad para los pobres.[46]

Por supuesto, la voz más orwelliana de la política estadounidense habla con el acento de la gente común del este de Texas. Clinton puede seguir desairando a Ross Perot, pero la sombra diminuta de los mil millonarios (magnificados por el mercado internacional de bonos) permanece como una enorme nube sobre la nueva administración. El logro de Perot ha sido el de crear una cruzada populista sin precedentes con la fuerza de 19 millones de personas y con la tesis de que el déficit, no la caída de las ciudades o la lucha de los pobres, es la gran cuestión epocal a la que se enfrentan los estadounidenses comunes. Como los lemmings de poliéster, miles de sus seguidores prometen cruzar los límites de una depresión mayor para poder equilibrar la chequera federal.

Perot es el portero de cualquier nuevo alineamiento político. Clinton ganó las elecciones porque Perot le robó los votos a Bush de las *edge cities*, las comunidades de jubilados y los cinturones de alta tecnología. (Véase la tabla 5.)[47]

---

45 Caraley, ibídem, 25.

46 Véase su artículo de opinión, *Los Ángeles Times*, 5 de noviembre de 1992.

47 Cf. Rhodes Cook, «Republicans Suffer a Knockout That Leaves Clinton Standing,» *National Journal*, 12 de diciembre de 1992, p. 3810; y James Barnes, *op. cit.*, p. 2541.

Clinton sólo obtuvo un 3% menos del voto popular que el propio Dukakis en 1988. Por lo tanto, el enfoque estratégico de su administración se dirige a conquistar a los votantes de Perot de las áreas suburbanas, que, tal y como demuestran las encuestas, están abrumadoramente a favor de las rebajas de impuestos y de menores gastos gubernamentales, especialmente en la población urbana pobre.[48] No sorprende que el gabinete de Clinton esté lleno de halcones del déficit y de admiradores del nuevo federalismo reaganiano. En particular, la combinación de Leon Panetta («es tiempo de hacer sacrificios… recortar, no aumentar gastos públicos», etc.) y Alice Rivlin en la Oficina de Gestión y Presupuesto, es el equivalente moral a tener al mismo Perot en el gabinete.[49]

Tabla 5. **El Factor Perot en las *edge cities*. (Voto nacional Perot = 15%)**

Municipalidad 1988	*Bush 1988*	*Bush 1992*	*Caída*	*Perot*
Orange (Cal.)	68%	44%	-24%	24%
San Bernardino (Cal.)	60%	37%	-23%	23%
Santa Clara/Silicon Valley (Cal.)	47%	28%	-19%	22%
San Diego (Cal.)	60%	35%	-25%	26%
Clark (Las Vegas)	56%	33%	-23%	25%
Orange (Orlando)	68%	46%	-22%	19%
Gwinett (Georgia)	76%	54%	-23%	16%
Du Page (Illinois)	69%	48%	-21%	21%
Fairfax (Virginia)	61%	44%	-17%	14%

Finalmente, la esperanza de que Clinton vaya a colmar a las ciudades con parte de sus 220.000 millones de presupuesto en inversiones (infraestructuras, tecnologías y educación) es quizás el peor espejismo de todos. Tanto en la forma de un subsidio a los grandes corredores de bonos municipales como Goldman, Sachs y Company —cuyo presidente, Robert Rubin, es ahora el jefe de «seguridad económica» de Clinton— como directamente

48 En su libro *Reviving the American Dream*, Rivlin reaviva la iniciativa del federalismo de Reagan de 1982 que hubiera devuelto los programas de subsidios al estado y que terminó con el papel federal de la asistencia social a cambio de la nacionalización de la financiación para la salud pública de los pobres. Otros asesores de la nueva Casa Blanca están entusiasmados con seguir la revolución reaganiana, incluido David Osborne, autor de *Reinventing Government* (1992), con la consigna «gobierno empresarial», que ha aparecido de forma regular en los discursos de Clinton. Véase Rachelle Stanfield, «Rethinking Federalism», *Nacional Journal*, 3 de enero de 1992, pp. 2255-57.

49 Figuras del *Congresional Quarterly*, 12 de diciembre de 1992, pp. 3815-20.

para las localidades, el presupuesto de inversiones, rápidamente reducido, apunta principalmente sobre proyectos de costosas vías de ferrocarril, fibra óptica y autopistas interestatales que van a beneficiar a los votantes de Perot de las áreas suburbanas y al tradicional grupo de presión proautopistas formado por funcionarios del Estado, contratistas y promotores de la construcción mayoritariamente blancos.

Irónicamente, ésta es una de las áreas del gasto nacional en la que se necesita poca inversión federal adicional, probablemente porque es lo más deseado por la gente que vive en las áreas suburbanas siempre enfrentadas al embotellamiento. Reagan y Bush pudieron haber diezmado los fondos para las viviendas urbanas y para la capacitación laboral, pero prudentemente han dejado las autopistas. El Acta de Autopistas de 1991 está todavía generando mucha construcción, mientras que el Acta de Eficiencia de Transporte y Superficie Intermodal de 1991 ha asignado 155.000 millones de dólares en los próximos seis años para el capítulo de ferrocarriles, que incluye al viejo sistema de metro de Los Ángeles.[50]

Si los alcaldes de las grandes ciudades y el gremio negro del Congreso intentan desviar alguna parte de esta inversión hacia las urgentes necesidades de los centros urbanos (por ejemplo, escuelas, hogares asequibles, limpieza ambiental y espacio público), tendrán que afrontar peleas sin precedentes con las áreas suburbanas. La actual situación económica es la peor recesión de la clase ejecutiva desde los años treinta. Cientos de miles de directores medios, programadores de computación, contables y vendedores han salido de sus seguros nidos de los rascacielos bancarios y de las oficinas del frente corporativo. Y han sido acompañados por un redundante regimiento de empleados de seguridad, ingenieros aeroespaciales y trabajadores cualificados de la construcción. Por primera vez, las nuevas *edge cities* sienten un poco del dolor de las viejas ciudades. Y así la competencia de recursos se ha vuelto excepcionalmente intensa.

Nadie aprecia más la lógica interna de estas luchas por la redistribución del déficit en la sombra que Richard Darman, el director presupuestario de Bush que está terminando su mandato. Ante una conferencia de prensa convocada para presentar a Clinton el regalo no deseado de un posible y enorme aumento del déficit, un casi jubiloso Darman hizo recordar a la nueva administración que era prisionera del pasado de Reagan y Bush. Recalcó que para Clinton era imposible tratar simultáneamente con el déficit e implementar su programa de inversión, sin llevar adelante una política

---

50 Kirk Victor, «A Capital Idea?», *National Journal*, 28 de noviembre de 1992.

suicida con la imposición de impuestos a la clase media, o sin reducir sus derechos a la Seguridad Social y a la Salud. Por lo tanto, las promesas de campaña de Clinton eran poco más que basura y la única opción electoralmente segura tanto para los demócratas, como para los republicanos, era seguir con el recorte a las grandes ciudades y a la población urbana pobre.

> El sistema político ha aceptado las reformas que afectan a los pobres… pero no ha aceptado las reformas que afectan a los ricos. Tampoco, y más importante, se han aceptado las reformas, principalmente, las que afectan a la clase media en general y ésta es la mitad del presupuesto. Donde tienes más de sesenta mil adultos que son beneficiarios de los programas de derechos de la gran clase media, tienes muchos votantes.[51]

Estados con leyes de pobres

En los oscuros días del inicio de la administración Reagan, muchas grandes ciudades miraban hacia una nueva luz, pensando que estaban siendo alumbrados desde los gobiernos de los estados. El cercenamiento federal en la política nacional (que, como hemos visto, empezó con Carter en 1978) abrió el camino para que los gobiernos estatales pudieran asumir un papel más dinámico en la financiación urbana y el desarrollo económico local. Por ejemplo, la legislatura de California organizaba un rescate federal mayor para las ciudades, condados y distritos escolares amenazados por la combinación de desastres de la Proposición 13 (la enmienda de impuestos de Jarvis-Gann) y los recortes federales. Míchigan y Massachussetts compensaron la ausencia de una estrategia nacional industrial matriculando sus áreas urbanas golpeadas en ambiciosos programas de desarrollo a nivel estatal, mientras que otros estados asumieron papeles con un perfil alto para la financiación de la educación local.[52] El total de los gastos estatales, sólo el 60% del presupuesto federal durante la presidencia de Lyndon Johnson, era casi igual al presupuesto de Bush en 1990: 1 billón de dólares frente a 1,1 billones.[53]

---

51 Richard Darman citado en ibídem, 7 de enero de 1993.

52 Para ver una comparación entre siete estados patrocinados por el corporativista *Committee for Economic Development*, véase R. Scout Fosler (ed.), *The New Economic Role of American Status*, Nueva York, 1988.

53 *National Journal*, 3 de octubre de 1992, p. 2256.

A fines de la década de 1980, los institutos políticos de Washington y Nueva York, desde Brookings hasta el Comité de Desarrollo Económico, hablaban mucho de este extraordinario «renacimiento estatal».[54] Los conservadores que abogaron por los derechos estatales, se quejaron amargamente de los poderes dejados en manos de los liberales en los parlamentos de los estados, mientras los progresistas especulaban con optimismo sobre el futuro del «keynesianismo en uno (¿dos, tres, muchos?) estado(s)». Pero la ilusión de que lo peor del reaganismo podría estar detenido en la frontera del estado, o que los estados podrían reemplazar a Washington como los salvadores de las ciudades, fue solamente sostenida por la autonomía fiscal relativa de los estados más ricos durante la expansión «de las costas» a mediados de los ochenta. (El «nuevo papel económico» de los estados pobres estaba limitado, en la mayoría de los casos como la Arkansas de Clinton, a convertirse en mejores vendedores de las ventajas impositivas y del trabajo barato no sindicalizado.)

El comienzo de una nueva recesión en 1990 tiró abajo el exagerado optimismo del «renacimiento» de los estados y saco a la luz el daño real y fundamental provocado por más de una década de recortes en la financiación federal. Con el Medicaid financiado por los estados y los costes de desempleo elevándose rápidamente, la administración Bush asienta su capacidad fiscal aumentando los impuestos federales sobre el gas, el tabaco y el alcohol. Otros recursos tradicionales derivados de los impuestos estatales fueron dejados de lado con la Proposición 13 y su aplicación a lo largo y ancho del país. Mientras tanto, la Guerra contra las Drogas estaba convirtiéndose en un «Vietnam nacional» y los presupuestos de las cárceles, que estaban fuera de control absorbían una proporción cada vez mayor de los fondos operativos estatales.[55] Sin nadie más para pagar la fianza, los gobiernos de los estados seguían ahora a las alcaldías en el agujero negro fiscal excavado por los republicanos de Washington.

El resultado —según el principio de que «las áreas suburbanas van primero en el bote salvavidas, y las ciudades y los pobres son los últimos»— ha sido la reducción dramática, hasta la eliminación, de la asistencia monetaria y de salud a los urbanos pobres. El sistema de asistencia social de una clase entera de estados tradicionalmente progresistas e industriales cuyos nombres todavía suenan como de voto automático para el FDR —Illinois, Míchigan, Massachussets, Maryland, y Minnesota (tanto como Ohio y Oregón)— han descendido hasta el nivel de maldad de Misisipi y Arkansas. Como si se

---

54 Frase usada por Timothy Conlan de Brookings; véase *New Federalism*, p. 228.

55 Para un resumen del creciente déficit estructural del Estado, véase Renelope Lemov, «The Decade of Red Ink», *Governing* (August 1992).

tratara de algo normal, las legislaturas demócratas han reducido radicalmente la cobertura médica, recortando los pagos en efectivo y ajustando la accesibilidad y duración de los beneficios.

En el caso más extremo, la asistencia general de Míchigan ha sido abolida, desempleados adultos solteros y parejas sin niños y sin trabajo no tienen sueldo o seguro médico. Maryland también ha purgado las funciones de rescate, salvo las de los discapacitados y muy ancianos, mientras que Ohio, Minnesota e Illinois sostienen el pago asistencial con tiempo limitado a pesar de la miseria o del clima económico. Al mismo tiempo, Massachussets ha reducido el acceso a la asistencia a los discapacitados, y Oregón ha excluido la hospitalización.[56] En Nueva York, Nueva Jersey y, como veremos, también en California, se están tomando medidas parecidas. Un estudio sugiere que por lo menos cuarenta estados están actualmente sopesando una reducción en los beneficios de asistencia social a los niños.[57] Como sucede con los asesinatos en serie, el ejemplo de un estado que recorta los beneficios sociales ha motivado a otros a emular la misma hazaña funesta.

Mientras tanto, el debate actual en la mayoría de los gobiernos de los estados está completamente al tanto de la reforma de las leyes pobres y del reverendo Malthus de la década de 1830. Frente al abuso bipartidista contra el *welfare* de la *underclass*, los defensores de los pobres han tratado de acentuar la inexorable fricción por mantener los estándares de ingresos. El sueldo mínimo y el beneficio de asistencia estatal medio (AFDC) han perdido el 40% de su valor real (en dólares ajustados por la inflación) desde 1970, mientras que el subsidio social medio de una familia de tres miembros, casi no llega a un tercio del umbral de pobreza.[58] En contraste con la demonología de un sistema de subsidios lleno de tramposos y vagos, más del 28% de la población que vive bajo la línea de pobreza no recibe ninguna forma de asistencia pública.[59]

Pero tales estadísticas avanzan poco estos días en Lansing, Columbus o Sacramento. En un importante artículo, John Begala y Carol Bethel argumentan que el actual ataque de la legislatura contra los pobres está dirigido por la misma fuerza aludida anteriormente: la presión competitiva de los

---

56 Cf. J. Michael Kennedy, «Cutbacks Rush Poor to the Edge», *Governing* (abril 1992); y John Begala y Carol Bethel, «A Transformation within the Welfare State», *The Journal of State Government*, 1992.

57 Del estudio de 1991 del Centro de Prioridades Presupuestarias y Políticas (Washington, D.C.) y el Centro para el Estudio de los Estados (Albano, N.Y.).

58 Cf. House Ways and Means Committee, *Green Book*, Washington, D.C., 1991; y Centro de Ley y Pobreza; citado en *Los Angeles Times*, 18 de junio de 1992.

59 Kennedy, ibídem.

votantes de rentas medias, incluyendo a los trabajadores desplazados de las fábricas y a los asalariados con un segundo ingreso en el hogar, ahora despedidos.[60] La lucha no tiene lugar por una economía moral del *welafare*, se trata de afirmar la primacía política de los suburbios y los derechos de la clase media. En Míchigan, por ejemplo, esto ha tomado la forma de una guerra cruel de los suburbios blancos de Detroit contra la población desempleada en el centro negro de la ciudad. En un típico intercambio, un legislador suburbano sugirió que si los desocupados de Detroit no estaban contentos con la abolición de la asistencia general, podían «mudarse a la soleada California, a Nueva York que esta muy de moda, o a Minnesota, si les gustan los deportes de invierno».[61]

Aunque la «relación entre los gobiernos estatales y los locales se ha deteriorado quizás al nivel más bajo que se pueda recordar», los gobiernos de los estados han sido capaces de legislar esta nueva inmiseración dickensiana sin enfrentarse a una revuelta masiva en las ciudades.[62] Los gobernadores astutos y los líderes de las mayorías legislativas han aprendido a romper los acuerdos faustianos con las autoridades de las ciudades y especialmente con las de los condados. Por ejemplo, a cambio de aceptar los recortes de los subsidios estatales y en la recaudación de impuestos, las localidades han sido liberadas legislativamente de sus mandatos para proveer ciertos servicios esenciales como la asistencia médica de los indigentes. El «golpe» —como dicen los legisladores y otros asesinos contratados— se ha dirigido directamente sobre las calles, y los propietarios urbanos han sido reclutados para la causa común con las áreas suburbanas.

La hoguera de los derechos

La última víctima de esta ola de ataques legislativos y estatales sobre los pobres urbanos puede ser el valor mismo de la ciudadanía común. Si en nombre del presupuesto o de la Guerra contra las Drogas, los derechos económicos y sociales obtenidos a lo largo de generaciones de dura lucha, están ahora reducidos o completamente eliminados; por primera vez desde el fin de la reconstrucción, los estadounidenses están afrontando una dramática

---

60 Begala y Bethel, ibídem.

61 Kennedy, ibídem.

62 Representante estatal, citado en Rochelle Stanfield, «Rethinking Federalism», *op. cit.*, p. 257.

devaluación de su ciudadanía, tal y como lo están viviendo hoy las comunidades urbanas de color. Y no hay ninguna secuencia reciente de acciones gubernamentales que pueda animar esta hoguera de los derechos con tanto relieve, como los acontecimientos de Sacramento tras el veredicto de Rodney King.

Mientras las cenizas del centro-sur estaban todavía calientes, Art Torres, el senador estatal liberal del este de Los Ángeles, entregó dos leyes a la legislatura californiana por vía de consideración urgente. Una ley financiaba simplemente la ayuda en casos de emergencia para Los Ángeles con el mismo impuesto temporal sobre las ventas que usaron en 1989 para ayudar a la zona de la bahía después del terremoto de Loma Prieta. La otra ley dio un pasito hacia adelante reconociendo la existencia de la brutalidad policial y su responsabilidad como instigadora de los disturbios con el fin de establecer un proceso estandarizado de reclamaciones ciudadanas y un banco de datos para todo el estado. Ninguna de las leyes estaba pensada de una manera controvertida.

Sin embargo, para consternación de Torres, las dos leyes fueron rápidamente incineradas en una reacción suburbana anti-Los Ángeles, orquestada por los poderosos grupos policiales de presión. Estaba descartado un tratamiento equivalente para las víctimas de los disturbios y las del terremoto, por el líder republicano del senado Ken May (Fresno), quien, en voz baja, comentó a Torres que «no había el mismo tipo de sentimientos para Los Ángeles».[63] Mientras tanto, la modesta propuesta de Torres para la vigilancia estatal de los abusos policiales —un barómetro de la actitud del Capitolio hacia el reciente linchamento de Rodney King— fue asesinada y reemplazada por cuatro leyes criminales autorizadas por el líder de la mayoría del senado, David Roberti (Hollywood). Roberti, que hacia el final del verano aparecería como la quinta columna del gobernador republicano Pete Wilson en el Partido Demócrata, propuso un mensaje alternativo al centro urbano. Quería prohibir la libertad condicional para los convictos de los saqueos, aumentar las penas por el uso de bombas de fuego de siete a nueve años, extender la fecha tope para el juicio y ofrecer recompensa estatal para la detención de los saqueadores. Sus leyes fueron hábilmente aprobadas.

Mientras el Senado se tomaba un respiro, la legislatura entera estaba ocupándose de un épico debate sobre el futuro de California, que terminó ensombreciendo la cuestión de los disturbios. Atrapado entre la Proposición 13 y la peor recesión desde 1938, el presupuesto del estado tenía una cuenta de números rojos de 6.000 millones de dólares con la posibilidad de un

---

63 Citado en *Los Angeles Times*, 15 de junio de 1992.

déficit mayor en el futuro. Los demócratas, bajo el liderazgo de Roberti y el orador de la casa, Willie Brown (un abogado comercial negro de San Francisco), propusieron inicialmente incrementar los impuestos para los millonarios, acabar con ciertos artilugios legales y no tener en cuenta al resto del déficit hasta que la economía pudiera recuperarse.

Por otro lado, Wilson, el gobernador republicano, culpó de la recesión a los sindicatos y a los pobres. Quería hacer recortes profundos y permanentes en la asistencia familiar, la asistencia médica y la educación universitaria, a cambio de liberar a los gobiernos de los condados de sus obligaciones en materia de salud y subsidios estatales. Además propuso poner fin a la Proposición 13 de Sacramento que ofrecía un paracaídas a los gobiernos locales. En un estado en donde la prosperidad de postguerra fue generada tradicionalmente por los altos niveles de inversión en educación y servicios públicos, Wilson promovió una reducción draconiana de estos capítulos, al estilo de Míchigan.

A principios del verano, los demócratas habían capitulado casi completamente. Tras el bombardeo «trasero» de la Cámara de Comercio y de los lobbys del petróleo y la construcción, los hijos de Willie Brown[64] abandonaron sus débiles intentos de subir los impuestos a los ricos y terminar con los artilugios impositivos de las empresas. Ignorando un informe que mostraba la relación entre el aumento de los niveles de desempleo y de homicidios entre los adolescentes, los demócratas desvelaron sus propios planes presupuestarios, que *Los Angeles Times* describió como con «aún más recortes en los servicios estatales de los que propuso Wilson».[65] Un conocido asambleísta demócrata dijo a sus colegas republicanos: «¿Por qué no declaran su victoria y regresan a sus casas?».[66]

En retrospectiva, es difícil decir qué fue lo más asombroso: la falsa guerra de los demócratas y su abyecta rendición, o la posterior negativa de Wilson «de declarar su victoria y regresar a casa». Aparentemente, la crisis presupuestaria duró todo el verano, forzando al estado a pagar sus cuentas con nueva deuda pública, ya que el gobernador seguía insistiendo, dogmáticamente, en los recortes a la educación, que los demócratas, financiados en gran parte por las organizaciones de profesores, no podían aceptar. El orador Brown, tal y como descubrieron, para su horror, los funcionarios locales de Los Ángeles cuando buscaban ayuda durante los disturbios, prefería sacrificar la asistencia a las ciudades.

---

64 Primer alcalde negro de San Francisco [N. del E].

65 Ibídem, 2 julio de 1992.

66 El estudio Children Now citado en ibídem, 25 de junio de 1992; y el representante Phil Isenberg (D-Sacramento) citado en el libro de Linda Paulson y Richard Zeiger, «Blundering Toward a Budget,» *California Journal* (September 1992), p. 426.

De hecho, ambos lados estaban jugando diferentes juegos con diferentes apuestas. Los demócratas, dominados por una mayoría neoliberal y alimentados por los *lobbys,* simplemente querían desviar todo el daño que fuera posible sobre sus seguidores de las áreas suburbanas, cuyas principales prioridades eran los impuestos, el transporte y la educación, y no la seguridad social, ni el desarrollo urbano. Consolaron sus conciencias proponiendo «disparadores» que podrían restaurar los programas eliminados y reducir el sufrimiento de los pobres una vez la recesión finalizase y los días de plenitud volviesen a aparecer.

Por otro lado, el gobernador jugó duro —estratégicamente hablando—contra la suave política de los demócratas. En estado de sitio y oportunamente llamado como el «hombre de las cavernas», por su propia derecha, Wilson («ya no el señor simpático») decidió abandonar su compromiso bipartidista por el duro enfrentamiento ideológico. Como Reagan en 1980, también intentó reducir permanentemente el papel asistencial del estado y fragmentar la tradicional coalición demócrata. Se mantuvo intransigente con el presupuesto porque estaba decidido a forzar a los demócratas a traicionar a sus aliados de la educación y a conceder la permanencia estructural de los recortes presupuestarios. Además, cuando el orador Brown evocó la transitoriedad de la recesión, el gobernador hablo de la inevitablilidad de tratar la cuestión «demográfica».

En la batalla presupuestaria que duró todo el verano (y que finalmente terminó con el traslado de la mayoría de los recortes de la educación a los gobiernos locales, tal y como quería el orador Brown), Wilson citó varias veces dos biblias oficiales. Una era el informe de la Comisión sobre Competitividad del Gobernador, presidida por Peter Ueberroth. Este informe fue publicado la noche anterior a los disturbios y culpaba a la sobrerregulación y a los altos impuestos que tenían que pagar las empresas, del desorden económico y de la «huída de capitales» de California. La otra era un informe de 1991 del Departamento de Finanzas, *California's Growing Taxpayer Squeeze,* que advertía que los inmigrantes y las madres con subsidios gubernamentales se estaban multiplicando más rápido que los pagadores de impuestos. La originalidad intelectual de Wilson consistía en sintetizar los dos informes en una sola visión demoniaca para los cabezas de familia blancos y de clase media, y para los empresarios sitiados por los ejércitos de vagos apoyados en la asistencia gubernamental y los inmigrantes ilegales ayudados y acompañados por los sindicatos del sector público y los demócratas de Sacramento. Los disturbios de Los Ángeles produjeron unas imágenes más claras y vívidas del enemigo.

En realidad, el «déficit estructural» continuo de California no es más que la deuda al límite de su vencimiento de la Proposición 13, que en 1978 recortó y congeló las listas de impuestos a la propiedad. Según los números de

un estudio recientemente presentado por la Comisión Asesora de Relaciones Intergubernamentales (ACIR), el déficit desaparecería si California (el vigésimo noveno estado en el «esfuerzo fiscal» nacional) simplemente cobrara los impuestos a los dueños de propiedades al nivel del promedio nacional. Con un 6% más de capacidad fiscal per cápita, el estado de oro de Pete Wilson exige un 38% menos del cobro de impuestos que el Nueva York de Mario Cuomo.[67]

Wilson ha evocado varias veces este escenario «demográfico» con un tono racista y nativista, con el fin de justificar su radical operación sobre el sector público del estado. Las regulaciones, los impuestos y el empleo público debían reducirse permanentemente, mientras la clase parasitaria beneficiaria de subsidios debía ser conducida a tener que abandonar la limosna (el gobernador escribió una propuesta para reducir los montos y los casos). De hecho, Wilson estaba construyendo —con la complicidad de la mayoría demócrata— una bomba atómica económica que puede caer sobre las comunidades más pobres del estado, sobre todo en los barrios y guetos de Los Ángeles, Oakland y las ciudades del Valle Central.

Aunque ni el gobernador, ni los demócratas pasaron mucho tiempo pensándolo, la bomba del déficit fue diseñada para golpear principalmente sobre los niños —que, después de todo, forman dos tercios de la *underclass* con subsidios gubernamentales y de los que la mitad son inmigrantes. Y como un verdadero mecanismo nuclear, les va a seguir haciendo daño durante generaciones, ya que esto significa una reducción permanente en educación, salud y en la posibilidad de acceder a los subsidios gubernamentales. A los hijos de los nuevos inmigrantes y a la gente de color (ahora la mayoría en las escuelas primarias estatales) no se les va a permitir disfrutar de las mismas oportunidades y privilegios que a los californianos de las generaciones anteriores. La ciudadanía está en un proceso de liquidación.

Durante el verano más cruel en la historia de la moderna California, cuando el déficit de los presupuestos fue usado para justificar cualquier forma de inhumanidad, un legislador veterano confesó su desesperación a un periodista: «¿El gobierno estatal está dándole la espalda a los pobres? Sí. ¿El partido Demócrata está dándole la espalda a los pobres? Sí. No me gusta, pero la verdad es que aquí la mayoría de las personas no

---

67 El aumento del esfuerzo californiano para pagar impuestos propietarios a nivel nacional generaría aproximadamente 170 dólares per cápita de impuestos adicionales. Multiplicando esa cifra por 30 millones se cancela la mayor parte del déficit acumulado entre 1992-1993. Véase ACI, *State Fiscal Capacity* y *Effort-1988*, Washington, D.C., agosto de 1990, pp. 75, 103, 132, y 133.

comparten mis valores. Si los pobres pasan hambre en las calles, a ellos no les importa. Cualquier presupuesto que aprobemos va a hacer estragos en los pobres».[68]

1992

[68] John Vasconcellos (D-Santa Barbara), citado en *L.A. Weekly*, 10 de julio de 1992.

8. *La elección de Dante*

Un doble funeral

El dolor del Rubio ha silenciado la atestada capilla del funeral. La tos y los susurros han cesado mientras la atención de los dolientes se dirigía al tenso centinela frente al altar. Durtante quince minutos el Rubio estuvo parado sin moverse cerca del féretro de Óscar, como si estuviera buscando en vano alguna pista de una sonrisa familiar. Cuando vivía Óscar tenía un destello hermoso en sus ojos, pero hoy los párpados están cerrados y su boca está prenaturalmente ajustada.

Finalmente el Rubio se inclina sobre el féretro abierto. Con una gran ternura levanta la cabeza de Óscar y le pone delicadamente una corona artesanal de claveles. En las manos dobladas coloca un pequeño crucifijo de plata. Entonces, temblando, le da un beso en la mejilla. Cuando está a punto de irse, la fuerte expresión de su cara está más allá del dolor. Alguien al fondo de la capilla ha empezado a sollozar.

Cuatro días antes, Óscar Trevizo de 22 años estaba tomando una cerveza con su amigo negro sobre un banco en la vereda del barrio coreano. Aunque la familia de Óscar se mudó del barrio (al Hobert Boulevard, entre el Venice Boulevard y Washington) algunos años atrás, volvía frecuentemente para ver al Rubio y a otros chicos del barrio. Según un testigo, sonrió mientras dos hombres afroamericanos (después identificados por la policía como miembros de los Bloods de la avenida 20) se acercaron al banco. Uno de ellos ordenó discretamente al compañero de Óscar que se moviese. En ese momento, sin más aviso, los otros vaciaron una automática del calibre 22 en el pecho y en la barriga de Óscar.

Ahora, una gran multitud (el director del funeral la estima en 400 personas) está en cola detrás el féretro de Óscar. El Rubio dirige a los ayudantes, seguido de la familia inmediata y poco después los familiares lejanos. Casi hay demasiados primos (de Texas, Nuevo México, Chihuahua y Sonora) como para contarlos. Los compañeros de trabajo del Sr. Trevizo —un hombre grande, de bigotes, con una camiseta de trabajo de Sears— caminan al lado de las colegas de la hija mayor, que estudia en la UCLA y lleva sus vestidos formales.

Pero el grupo mayor era el de la manzana 1700 del Hobart Boulevard, pasado y presente. Negros, mexicanos, japoneses, irlandeses, hawaianos, coreanos, guatemaltecos y salvadoreños, representan dos generaciones de unidad de barrio e interdependencia. Y, desde la viuda más anciana hasta el más joven salvadoreño, no vinieron sólo a enterrar a Óscar —la víctima inocente de una guerra de bandas entre negros y latinos— sino también para decir adiós a una parte inefable de sí mismos y de sus vidas juntos. Es un doble funeral por un chico y por un barrio.

El último infierno urbano

Óscar estaba enterrado en el cementerio de Inglewood, al lado de la cancha de los Lakers en el Fórum. Como otros cementerios urbanos, está sobrecargado de cuerpos de demasiadas víctimas derivados de la enfermedad de la infancia, la llamada violencia de las bandas. Casi 10.000 niños, adolescentes y adultos jóvenes han sido sacrificados en el condado de Los Angeles desde que Óscar entró en el jardín de infancia en 1976. La mayoría murió en las calles, pero otros han sido asesinados en sus casas, escuelas, parques y también en la barriga de sus madres. Es triste comprobar que hay barrios en el sur de California donde es más probable que los niños visiten los depósitos de cadáveres antes de llegar a los dieciocho años que Disneylandia.

A pesar de toda esta horrorosa matanza, existe el desolador consuelo de que la guerra de bandas está confinada a comunidades étnicas específicas. Por razones demasiado estrechas o caprichosas como para entenderlas completamente, las comunidades latina y negra (y a veces también las comunidades de Asia-Pacífico) han implosionado en trazas homicidas de odio interétnico y contra sí mismas. Los Crips han concentrado sus esfuerzos en matar a los Bloods, y viceversa, al mismo tiempo que sus compañeros de la costa Este se han diezmado mutuamente por unos límites territoriales inescrutables para el mundo externo. Milagrosamente, en una metrópolis transformada por

la inmigración y por importantes cambios espaciales y demográficos, la etnicidad o la raza nunca han sido por sí mismas el *casus belli* de la violencia entre bandas. Una actitud sorprendente de «coexistencia pacífica» (los más escépticos dirían de «disuasión mutua») entre las grandes divisiones culturales que ha dejado con vida —a pesar del derramamiento de sangre— el sueño de una ciudad arco iris.

Ese sueño tal vez esté ya moribundo. Si los miles de incendios de abril de 1992 iluminaron las diferencias entre los negros y los coreanos, en el último año ha tenido lugar un aumento ominoso y al azar de la violencia entre latinos y negros. En Los Ángeles, los disturbios entre los dos grupos se han vuelto brutales y se dan cada semana (por ejemplo, 55 sólo en 1993), saturando el sistema penitenciario. Menos letales, pero igualmente virulentos, los disturbios entre jóvenes negros y latinos, han llevado a la policía de alta seguridad a una docena de escuelas secundarias, desde Inglewood hasta Palm Springs. Se ha informado de fuertes ejemplos de «limpieza étnica» contra los residentes negros de las periferias mayoritariamente latinas de Paramount, Norwalk, Azusa y Hawaiian Gardens. Y a unas manzanas del famoso paseo de Venice, bandas locales de negros y latinos están encerrados en una *vendetta* mortal que ya se ha tomado dieciséis vidas y que amenaza con extenderse a toda la ciudad.

El asesinato de Óscar el 28 de junio de 1993 —parte de un ciclo continuo de tiroteos entre distintas etnias en el *midcity*— coincide con este aumento dramático de las tensiones entre negros y latinos. Forma una áspera vaselina en la narración de algunos de los inquietantes eventos de los años recientes. Pero antes de volver a dar los últimos pasos en el descenso hacia el último infierno urbano es necesario contar brevemente la historia de lo que fue, y en muchos lugares todavía es, la realidad cotidiana de las relaciones entre los grupos de Los Ángeles. La tendencia actual de violencia mortal y autoperpetuada tiene que ser medida frente al notable éxito de muchos barrios populares en el centro de la ciudad y de su pacífica gestión de cambios económicos y culturales sin precedentes. Consideremos, por ejemplo, la manzana 1000 de la avenida Hobart.

Una familia extensa

Unas enormes columnas de piedra, a una manzana de la casa donde creció Óscar, son los recordatorios de que el boulevard Hobart fue originalmente parte de una subdivisión exclusiva —donde vivían dentistas, trabajadores

de las inmobiliarias y viudas ricas—conocida como Westmoreland Heights. En 1910 esto fue el borde de la ciudad —más al oeste sólo había millas de eucaliptos alineados en sucias carreteras de tierra y algunos ranchos, hasta llegar a la Casa de los Soldados Nacionales en Sawtelle. En 1909, una ley territorial pionera, la primera en Norteamérica de este tipo, expulsó las industrias del oeste, del centro de la ciudad y determinó, de una vez por todas, que la clase media de Los Ángeles crecería mirando el amanecer.

Durante las próximas tres generaciones el *westside* burgués cambió repetidas veces hacia el Oeste y el Norte, más cerca del océano y de las colinas, pero dejando atrás algunos enclaves de viejos ricos, como Fremont Place y Hancock Place. En la década de 1920, unas pocas familias negras acomodadas lograron hacer aquello que les estaba restringido y compraron casas en la zona de West Adams, adyacente al Westmoreland Heights. Hacia 1940 ésta era la verdadera «Sugar Hill» de Los Ángeles, con una élite de afroamericanos que incluía al pionero del mercado de seguros William Nickerson y a las estrellas de cine Stephen Fetchit y Louise Beavers. A pesar de las protestas de los grupos por los derechos civiles, la carretera a Santa Mónica (ahora I-10) fue construida a través del corazón de Sugar Hill a principios de la década de 1960, desplazando a cientos de familias. Para los supervivientes resentidos, la carretera representaría siempre la contraparte negra de la infame demolición del barrio Chavez Ravine para hacer lugar a los Dodgers en 1958.

Por supuesto, los padres de Óscar conocieron poco de esta historia o de sus cicatrices cuando se mudaron al barrio en 1969. Para ellos el Hobart Boulevard era simplemente un llamativo oasis urbano. En una ciudad conocida por no tener casas para las familias grandes, las amplias viviendas *craftsman* eran una ganga maravillosa. La familia Trevizo con sus cuatro hijos era, de hecho, una de las más pequeñas de la manzana: la cercanas familias de Díaz y de Pinela tenían dieciocho hijos entre las dos. Las mañanas de los sábados, durante los primeros setenta, el Hobart Boulevard era un follón de niños en bicicleta, dando patadas a la pelota, tirando globos de agua y jugando al escondite —siempre supervisados por la señora Hagio, una viuda Nisei, que más de una vez salvó la vida de alguno de ellos frente a un coche conducido a alta velocidad. En la memoria entrañable de las hermanas de Óscar, todos —mexicanos, negros, anglos y asiáticos— estaban mezclados en una gran familia.

Muy cerca, por ejemplo, estaba la familia Taylor, una familia anglo muy activa en St. Thomas, la iglesia católica de barrio, al igual que la familia Díaz que vivía al final de la calle. Normalmente, las hermanas de Óscar jugaban con los niños de la familia Pinela, cuyo padre era del RTD, o con las hermanas Berrios, cuyo padre, de Puerto Rico, fue chef en un restaurante francés

de Beverly Hills. Desde los cuatro años Óscar y el hijo de García, Gilberto (o, como le llamaban en primaria por su complexión de *huero*, «el Rubio») eran inseparables. El héroe de la calle, indudablemente, era Steven Beamon. Una estrella del baloncesto cuya madre fue voluntaria veterana de Tom Bradley.[1] El chico era alto, guapo e increíblemente generoso. Cuando no estaba enseñando a los chicos mexicanos mayores cómo jugar el baloncesto, estaba comprando helado para sus hermanos menores. Claramente, tenía también el amor de todas las chicas del vecindario.

A pesar de su lenta caída y del estrecho perímetro frente a la violencia entre bandas, el Hobart Boulevard, casi exclusivamente compuesto por obreros industriales y funcionarios públicos, siguió prosperando durante la década de 1970. Los chicos mayores disfrutaban de un éxito académico tremendo. Los Trevizos, por ejemplo, admiraban a la estricta e industriosa familia Pinelas que mandó a sus ocho hijos a universidades como Harvard, Yale, USC y Berkeley. Al mismo tiempo, la hermana mayor de Óscar, Dolores, consiguió una beca para la Universidad Occidental y más tarde para la UCLA, mientras que su otra hermana Lupe asistió a la universidad del Estado de California en Los Ángeles.

Las tribus perdidas

Sin embargo, a principios de los ochenta, el Hobart Boulevard inició una preocupante metamorfosis. Primero, después de que su hijo fuera asesinado en la calle por un conductor desaprensivo, la pareja Nisei, que compró el edificio de la esquina Pico, lo vendió a un propietario anónimo y mafioso que lo llenó de centroamericanos y se negó a hacer ninguna reparación. Luego, cuando las familias mexicanas más viejas empezaron a mudarse a la nueva periferia latina (como Whittier, Fontana y Huntington Park), sus grandes casas eduardianas fueron convertidas en apartamentos para familias salvadoreñas y guatemaltecas.

Como consecuencia de la Proposición 13, se redujeron los recursos de las escuelas locales que eran necesarios para poder tratar con una segunda ola, de mayores proporciones, de niños hispano parlantes. El tamaño de las clase aumentó, los profesrores se retiraron y las tasas de abandono se incrementaron. Al mismo tiempo, los adolescentes locales ya no encontraban trabajo.

---

1 Segundo alcalde negro de Los Ángeles elegido cinco veces entre 1973 y 1993 [N. del E.].

La hermana de Óscar, Dolores, recuerda con amargura haber tenido que rellenar cuarenta solicitudes de empleo en la zona coreana entre 1981 y 1982. Los comerciantes coreanos, por regla, se negaban a contratar a jóvenes negros o latinos, salvo en los *sweatshops*. Rechazados por los maestros y los patrones, estos «chicos desechados» —como normalmente se llamaban a sí mismos— encontraron familias sustitutivas en las calles.

Como resultado, la manzana 1700 del Hobart Boulevard se fue dividiendo gradualmente en dos mundos. En la parte norte, los niños seguían jugando en las calles mientras los padres cortaban el césped y pintaban sus garajes. Sin embargo, la parte sur estaba tomada por una banda callejera centroamericana —los Crazy Riders— y los apartamentos cercanos empezaron a llenarse de *zombies*. Creciendo como malas hierbas en un jardín repentinamente en ruinas, empezaron a aparecer otras bandas en los bordes del Hobart Boulevard: los Playboys, los Clanton, los Midcity Stoners y la franquicia local de la banda más grande de la nación, Eighteenth Street (que afirma tener entre 10.000 y 20.000 miembros en el sur de California). Los residentes negros, cuyas raíces en el barrio alcanzaban hasta los primeros años veinte, estaban especialmente asustados por el crecimiento de las bandas latinas. Sus peores pesadillas se confirmaron en 1984. Las hermanas de Óscar recuerdan tristemente el día en que Stevie Beamon fue apuñalado en Normandie Park por un miembro latino de una banda que le robó su linda bicicleta de diez velocidades. En el hospital, se desarrollaron serias complicaciones que apagaron su sueño de ganar una gran beca de atletismo. Se volvió malhumorado y retraído. Luego, unas semanas después de la muerte de su padre, se mató. Los ancianos del Hobart Boulevard nunca se recuperaron de su suicidio.

Mientras tanto, el hermanito de Óscar al igual que miles de chicos del centro de la ciudad, fue trasladado de escuela en escuela siempre a decenas de millas entre sí. Después de pasar los años de primaria en una escuela de la calle 21, donde la mayoría eran negros, lo llevó en un autobús escolar (a las seis de la mañana cada día) a un sector blanco del valle durante los primeros años de secundaria y finalmente fue llevado de nuevo al centro-sur de Los Ángeles durante el resto de la secundaria. Manual Arts High se vio étnicamente polarizado entre los notorios Rollin' 60s Crips y los Eighteenth Street. Óscar hablaba inglés negro y le encantaba la cultura del rap, buscó la protección de los compañeros de los Eighteenth Street, después de que su mejor amigo, el Rubio, fuera asaltado y golpeado por algunos Crips. Tal y como Óscar explicó más tarde, la solidaridad étnica era una cuestión de supervivencia.

Pero esto tuvo repercusiones aún más graves sobre el Hobart Boulevard, donde las bandas rivales latinas —que a menudo reflejaban las tensiones entre mexicanos y salvadoreños— se estaban haciendo cada vez más y más violentas.

Los Midcity Stoners, por ejemplo, fueron originalmente poco más que un grupo de chicos que se juntaban por las tardes en los alrededores de Bishop Conato High para filtrear con las chicas. Después, se transformaron lentamente en un grupo de *heavy metal* —muy comunes en Los Ángeles de mediados de la década de 1980— antes de someterse a la palabra de los carismáticos *veteranos* que les persuadieron de adoptar el estilo y la agresividad de las bandas tradicionales chicanas. En ese proceso de «cholización» y con un nuevo nombre, los Midcity Locos, lanzaron una violenta ofensiva que echó a los Crazy Riders del Hobart Boulevard. De repente, Óscar se quedó fuera.

A esas alturas los padres de Óscar le trasladaron a Whittier de forma providencial. Su hermana menor, Cesy, y su esposo nicaragüense, se quedaron para administrar la casa donde vivían antes, ahora alquilada y subdividida en unidades. Observaban con preocupación como el Hobart Boulevard y sus alrededores se estaban convirtiendo en un lugar cada vez más militarizado. Mientras tanto, cada vez más chicos estaban dejando las sobresaturadas escuelas, formando una tribu perdida de aproximadamente 50.000 miembros en toda la ciudad, las bandas como los Midcity, que empezaron con una docena chicos, se transformaron en pequeños ejércitos bien pertrechados con más de cien miembros. También se empezaron a ver con más frecuencia las veteranas bandas negras, como los Bloods de la Avenida 20 de la zona de Gramercy y Washington.

El segundo gran disturbio de Los Ángeles en 1992 fue simplemente otro momento clave en la violenta transfiguración del Hobart Boulevard. La cercana intersección de Western y Venice se convirtió en un nodo central de incendios y saqueos. Las llamas de un McDonald ferozmente incendiado prendieron las palmeras del jardín de dos mansiones de Westmorelands Heights que fueron restauradas para gloria del Art Nouveau por una pequeña colonia de profesionales gays. La media hermana de Óscar, Lupe, de piel clara (una trabajadora social de la zona escolar de Inglewood) se reía recordando cuando en una ocasión una banda de chicos le amenazó frente a su casa, advirtiéndole: «Oye, puta blanca, sal de la calle. ¡Esto es algo entre blancos y latinos!» A pesar de tales declaraciones de unidad racial, muchos de los negocios locales de propiedad negra, al igual que los coreanos, fueron duramente dañados o destruidos.

Catorce meses después, durante una cálida tarde de sábado (un 24 de junio de 1993) un Midcity Loco, conocido como «Chico Blanco» disparó a un Blood de la avenida 20 que estaba cenando en TNT Tacos, en la esquina de Western y Venice. Unas horas después hubo más disparos en Venice y Hobart. Al día siguiente la policía del LAPD CRASH (un departamento antibandas) vino al barrio a advertir a los miembros de las bandas latinas de la inevitable aplicación de la ley del Talión. Óscar, en su casa en Whittier, no sabía nada acerca de estos sucesos.

El lunes, Óscar fue al Hobart Boulevard para terminar el trabajo que le quedaba por hacer en el jardín de los apartamentos de sus padres. Después, fue a ver a un vecino anglo, compartió un Wendy's con su sobrinito y alrededor de las nueve —y todavía sin ser consciente de la matanza que tuvo lugar dos días antes— fue a la esquina a fumar un cigarrillo. Al pasar por una lavandería reconoció a un viejo amigo, que le ofreció una cerveza después de que Óscar le ayudara a doblar la ropa. Diez minutos después un cadillac blanco circulaba lentamente por la manzana, se detuvo unos metros antes del banco donde Óscar estaba sentado. Estaba sonriendo mientras se le acercaron dos desconocidos…

Su hermana Lupe no ha podido sacarse de la mente la conversación que tuvo con Óscar unos días antes de su asesinato: «No te acerques al Hobart Boulevard», le advirtió, «todo ha cambiado. Tú ya no conoces el barrio. Te van a matar». Óscar sólo se rió un poco. «No, *mija*, a mí no. Me caen bien todos. ¿Porqué querrían matarme?»

La fábrica del odio

Dos días después del funeral comenzaron las novenas: nueve días de rosario por el alma del difunto. «Dios te salve María…» Es una vieja costumbre católica, idéntica en todos los barrios latinos de Los Ángeles, como Palermo o Galway. Se trata de una vigilia que guardan mujeres que rezan a otra mujer cuyo hijo fue asesinado dos mil años antes. También es una oportunidad para las tres hermanas de Óscar de hablar a través de su dolor. Apuntando su atención una y otra vez sobre la terrible pregunta de por qué de repente los negros y los latinos se están matando entre sí.

Dolores, la mayor, recuerda que unos años atrás una familia negra fue expulsada del barrio Pico Union por una banda salvadoreña. Lupe habla sobre el conflicto racial con el que cada vez más se encuentra en las escuelas de Inglewood y Hawthorne. Cesy recuerda vagamente un incidente durante uno de sus semestres en Los Ángeles High School. Pero todos estos ejemplos son de fuera del barrio; no pueden explicar por qué Óscar fue asesinado o, de hecho, por qué uno de sus amigos negros más cercanos estaba apuntado para la tarea (éste resultó severamente castigado, pero sobrevivió). Como enfatiza Lupe, «el Hobart Boulevard siempre fue diferente. Siempre hemos estado unidos».

Una «compa» de diecisiete años que de vez en cuando se reúne con una banda salvadoreña, ha escuchado una conversación. Tiene una mejor explicación. «No, hombre», dice ella, «viene de las cárceles. Allí empiezan

a odiarse. Aún más en Wayside. Los colegas llevan este odio a las calles cuando salen. Las cosas son jodidas en Wayside. Es como una guerra de razas. Compruébalo».

Unos kilómetros más allá del parque de juegos Six Flags Magic Mountain en el norte del condado de Los Ángeles, «Wayside», o el Meter J. Pitchess Honor Rancho tal como es conocido oficialmente, es una utopía fracasada. Fue fundado en la década de 1930 por el sheriff Eugene Biscailuz como un «experimento revolucionario» en la rehabilitación de menores. Biscailuz, un tipo aventurero legendario con «una antipatía natural hacía la reclusión», promovió Wayside como una granja donde los prisioneros podían experimentar la vida rústica y rehabilitadora de los vaqueros en «las libres colinas». El ganado todavía pasta en los prados de Wayside, pero la benigna «granja de honor» se ha transformado en una versión monstruosa de las cárceles superpobladas que Biscailuz quería reformar: 9.000 reclusos —el 90 por ciento son negros y latinos— están metidos en lugares diseñados para menos de 6.000 personas. Sólo un puñado de presos de confianza disfruta todavía de la vida al aire libre; todos lo demás viven de 16 a 23 horas al día en dormitorios claustrofóbicos. Al principio, en Wayside crecía la alfalfa, ahora —como explica precisamente la «colega»— su principal producto es el odio.

Dewayne Colmes ha arriesgado su vida en la lucha contra este odio. Un año mayor que Óscar, es un veterano PJ Crip del proyecto de vivienda social de Imperial Courts en Watts. Después de que la policía matase a su primo en 1991, Dewayne organizó un alto al fuego entre las bandas de Watts que llevó a la tregua permanente entre los Crips y los Bloods. Reconocido como un «héroe comunitario» por la congresista Maxine Waters y el ex gobernador Jerry Brown, ha sido recientemente condenado a siete años de prisión por un robo de 10 dólares que él dice no haber cometido. (Una docena de testigos apoyan su historia en Imperial Courts.)

Esperando la sentencia final, Dewayne ha pasado seis meses en la olla a presión humana de Wayside: «Máxima seguridad». Lamenta el aumento de la violencia en las relaciones entre negros y latinos: «Nada más llegar me encontré con uno de mis viejos compañeros de Watts —unos de mis compañeros mexicanos. Crecimos juntos y siempre estuvimos muy próximos —casi como los mejores amigos. Pero esta vez estaba muy preocupado, era muy cuidadoso. Me comentó en voz baja: "Oye, Sniper (el apodo de Dewayne), te quiero, colega, pero las cosas ahora son diferentes. Cuando la mierda llega, llega. Todos tienen que apretarse. ¿Me entiendes? Cuídate las espaldas". Y ya no hablamos más».

Dewayne fue acosado dos veces por reclusos latinos. En un encuentro casi perdió una oreja («como ese tipo, Van Gogh» bromeó). Ahora está alerta incluso cuando duerme. Él explica la lógica simple e implacable del odio:

«Mira, los Crips y los Bloods son todavía la mayoría en el Centro (la Cárcel Central de Hombres de la Bauchet Street), pero aquí los latinos nos superan en número de dos a uno. Cuando los hermanos pelean con un mexicano en el Centro, alguien levanta el teléfono y un ratito después nos encontramos en medio de un infierno. Nadie piensa que se pueda controlar o parar. Y de pronto la gente empieza a morir».

De hecho, el departamento de policía del condado de Los Ángeles, responsable de la administración diaria de aproximadamente 22.000 prisioneros (47 por ciento latinos, 33 por ciento negros), reconoce que se han dado centenares de enfrentamientos violentos desde 1991. Peleas comunes que tranquilamente terminan en disturbios masivos. Una típica cadena de acontecimientos empezó un lunes, el 3 de enero de 1993, cuando veinte reclusos negros y latinos en una celda superpoblada en el Edificio de Tribunales Criminales del Centro de la ciudad participaron en un pequeña pelea. Los ayudantes del sheriff no hicieron aparentemente ningún esfuerzo por separar a los dos bandos y al día siguiente se sumaron otras seis personas a la batalla. Apuñalaron en el cuello a tres negros con un cuchillo de seis pulgadas hecho a mano, mientras que otros ocho reclusos sufrieron heridas menores.

Cuando llegaron las noticias de lo ocurrido en el Centro a Wayside, se inició inmediatamente una serie de ataques y contra ataques. El miércoles comenzó una pelea en el sector Este, seguida al día siguiente por una viciosa batalla en una de las enfermerías que dejó quince reclusos heridos. Mientras tanto, en un autobús del departamento del sheriff que se trasladaba de Wayside al Tribunal Superior de San Fernando, media docena de prisioneros blancos y latinos fueron golpeados severamente por dos negros que lograron liberarse de sus esposas. El viernes hubo más altercados en el sector Norte. Todo eso preparó simplemente el escenario para la amplia erupción del domingo 9 de enero.

Con precisión militar, los latinos, armados con cuchillos hechos a mano y palos con puntas, emboscaron simultáneamente a los negros de los veinte dormitorios de máxima seguridad a las 3:55 de la tarde. Un desesperado combate mano a mano, que implicó a más de mil reclusos, se encolerizó durante horas hasta que los carceleros, disparando balas de goma a quemarropa, restablecieron finalmente el control de la situación. Increíblemente, nadie fue asesinado, aunque hubo ochenta heridos, incluidos veinticuatro con fuertes heridas de cuchillos o con huesos rotos.

El jefe de policía, Robert Spierer, prometió un programa rápido de reformas para controlar futuros motines, pero a principios de verano comenzó otro gran disturbio (14 de junio). Aproximadamente 800 reclusos negros y latinos, de nuevo con palos de escoba, cuchillos y medias llenas de piedras,

se apalearon entre sí durante más de media hora hasta que fueron aplastados por los carceleros armados con porras y gas pimienta. El departamento de policía afirma que esta violencia, virtualmente incesante, había sido importada de las calles y las prisiones a las cárceles municipales. Desde 1988, en el que los latinos se convirtieron en mayoría en el sistema —según la explicación oficial—, hay ininterrumpidas peleas por el control interno de las cárceles, agravadas por las ambiciones de la mafia mexicana que intenta retirar el control del mercado de la droga a las bandas negras hegemónicas.

Aunque muchos prisioneros estarían de acuerdo en que hay un punto de verdad en esta explicación, culpan principalmente al inhumano hacinamiento dentro de los centros de detención juveniles, las cárceles municipales y el sistema estatal de prisiones (una situación que pronto será aún más bárbara debido a la nueva ley de California de las *three strikes* [«tres faltas»]). «Si no estuviéramos hacinados en estos dormitorios todo el día como esclavos en un viejo barco esclavista», señala Dewayne, «las relaciones entre negros y "marrones" no serían quizás tan explosivas». Además, los que apoyan los derechos de los reclusos como la Coalición Contra los Abusos Policiales y las Madres Reclaman a Nuestros Hijos han acusado a los carceleros de despertar deliberadamente el antagonismo, incluso de organizar a los prisioneros para los ataques. Sin embargo, el jefe de policía Sherman Block, el más inasible, y quizás el político más poderoso del condado de Los Ángeles, ignora esas críticas. A pesar de las pruebas diarias de que la violencia entre razas en las cárceles esta envenenando a toda la ciudad, ningún funcionario público ha tenido el coraje hasta hoy de proponer una investigación pública sobre el departamento de policía.

Pequeños infiernos

Jordan Downs es una comunidad de vivienda pública de 2.500 personas (un 80 por ciento afroamericano, un 20 por ciento latino) a unas pocas manzanas de las famosas torres de Watts. El sábado 15 de junio de 1992, por la mañana temprano, se vió a muchas personas —después identificadas como notorios camellos de crack-cocaína— echando gasolina alrededor del apartamento ocupado por la familia Zúñiga, recientemente llegada de la ciudad de México. El infierno resultante consumió la vida de dos adultos y tres pequeños. (*Los Angeles Times* escribió la experiencia ejemplificadora de una heroica bisabuela de 78 años que intentó, sin éxito, proteger a su bisnieto de unas llamas de 1.200 grados.) Un vecino negro, tratando de ayudar rápidamente a la familia, recibió un disparo accidental y quedó paralizado en estado de pánico al ver a su abuelo.

Aunque la investigación indica que los Zúñiga fueron objetivo del ataque por sus protestas contra la venta de droga frente a su puerta y no necesariamente por su etnicidad, la tragedia fue interpretada por la prensa como la consecuencia de las crecientes tensiones entre negros y latinos en el sistema de vivienda pública de Los Ángeles. Algunos residentes latinos de Jordan Downs pidieron urgentemente el cambio de domicilio a un complejo más «seguro» y segregado. Gracias a los grandes esfuerzos de los líderes del proyecto y a los organizadores de la Tregua de las Bandas de Watts (cuya consigna no oficial es «Crips más Bloods más mexicanos ¡Uníos!»), se evitó un éxodo completo de las familias latinas y, gradualmente, las relaciones entre las comunidades fueron mejorando.

Pero —justo cuando parecía que la pesadilla de las malas relaciones entre los inquilinos iban a terminar— nuevas bombas de fuego estallaron a finales del verano, esta vez contra las familias negras en el proyecto de Boyle Heights Ramona Gardens. Muchas veces el LAPD lo ha descrito como «la cuna de la mafia mexicana», sin embargo el Ramona Gardens fue alguna vez un espacio considerablemente integrado, aunque las familias negras se fueron después de una serie de tiroteos fatales en la últimos años de la década de 1960. En cualquier caso, en los ochenta, media docena de familias negras volvieron a los proyectos y fueron bien recibidos por la mayoría de los vecinos. Decían que el incendio del 30 de agosto, que destruyó dos apartamentos pero que increíblemente no causó ningún herido, fue la iniciativa de unos jóvenes miembros de las bandas instigados por la guerra étnica en las cárceles y en los centros de detención juvenil.

Aunque el inquietante silencio volvió a los proyectos de vivienda pública de Los Ángeles (en el caso Ramona Gardens porque casi todos los inquilinos negros se fueron), familias aisladas afroamericanas no dejan de ser atacadas en las periferias de mayoría latina. Hawaiian Gardens, por ejemplo, es una ciudad rara de una milla cuadrada, sin industrias o comercios significativos, ubicada entre la autopista de San Miguel River (la 605) y la frontera con el condado de Orange (Coyote Creek) justo al norte de Long Beach. Originariamente uno de los dos únicos suburbios *okie* del condado de Los Ángeles (Bell Gardens era el otro), ahora es abrumadoramente latino, aunque las minorías asiática (8%) y afroamericana (4%) estén creciendo. Los 620 residentes negros han estado sujetos, sin embargo, a un virtual reinado del terror por parte de las bandas latinas locales.

En marzo 1993, por ejemplo, los ayudantes del sheriff y el FBI fueron llamados a Hawaiian Gardens después de que un cóctel molotov fuera arrojado en la cocina de una familia negra que antes había sido objeto de comentarios racistas. Un graffiti en una de las paredes de la casa de otra familia negra advertía: «Vamos a llenar tu casa de tiros y no nos importa si tienes a

tus hijos dentro». Dos semanas antes, miembros de bandas latinas habían emboscado y golpeado brutalmente a un joven negro en un centro comercial cercano. Algunos niños negros fueron alejados de forma temporal de la escuela secundaria después de haber sido objeto de mofas y ataques repetidos.

Unos meses después, algunas familias afroamericanas en Azusa —una pequeña ciudad de mayoría latina en el valle San Gabriel— también denunciaron ser víctimas de la intimidación sistemática de las bandas. De acuerdo con un expediente sobreseído contra el departamento de policía de Azusa (que estaba acusado de no actuar), dos familias fueron forzadas a mudarse después de recibir disparos contra su casas y de que sus hijos fueran atacados en un parque cercano. La policía de Azusa reconoce que se habían dado cinco crímenes de odio desde principios del año, todos «involucraban a las bandas».

El mismo modelo se repetía en febrero de 1995 en un área latina de Norwalk al sureste de Los Angeles. Después de que los permanentes ataques de las bandas contra niños y hogares forzasen a varias familias negras a irse del barrio Walnut Street, Robert Lee Johnson prometió quedarse. El 10 de febrero un francotirador le hirió en una pierna y en los pies mientras estaba viendo una película en el salón de su casa. Entonces, dos semanas después, un cóctel molotov explotó en el porche y provocó un incendio que quemó toda su casa. A pesar de sus muletas, Johnson consiguió sacar a su esposa, sus siete hijos y sus nietos que estaban durmiendo (de entre dos y veintidós años). Como explicó a la revista *Times:* «Son las cuestiones raciales las que nos están jodiendo, los hispanos amenazan a los negros. Toda mi familia estaba en mi casa, en sus camas. No les importó lo que pasaba. No les importaba a quién mataran dentro».

Los envejecidos suburbios obreros de Los Ángeles —el mejor destino para los negros y los latinos es abandonar el centro de la ciudad— han sido testigos de preocupantes estallidos raciales en sus sobresaturadas escuelas secundarias. El escenario típico es el de un cambio en la balanza del poder étnico (normalmente una mayoría latina emergente) combinado con un marcado deterioro del entorno educativo. En 1991, por ejemplo, la policía antidisturbios fue llamada repetidas veces en los institutos de las comunidades contiguas del sureste del condado de Los Ángeles, Lennoz, Lawndale, Hawthorne, Inglewood y Gardens, con el fin de detener las peleas entre estudiantes negros y latinos que a menudo estaban armados con tuberías u otras armas.

En el otoño de 1993 disturbios casi idénticos —otra vez requiriendo la intervención de la policía antidisturbios— empezaron repentinamente en los institutos de la bahía sureña (en las escuelas secundarias de Compton, Centenal, Domínguez y Long Beach) al igual que en la escuela secundaria de

Pomona en el valle de San Gabriel. Dieciocho meses después, las tensiones entre los 500 estudiantes negros y los 2.300 estudiantes latinos de secundaria en Paramount explotaron en una gran pelea que terminó cuando el departamento de policía despejó el campus. Paramount, una pobre ciudad obrera, al este de Compton, también ha sido el escenario de varios asesinatos de bandas debido a conflictos raciales.

Tal vez sea engañoso sugerir que estos disturbios que se dan en la forma de microprogromos en los patios de escuela tienen un impulso acumulativo e inexorable. En algunas ocasiones, los trabajadores comunitarios y los funcionarios de las escuelas han sido sorprendentemente eficaces en la mejora de las relaciones entre los grupos, aunque la actual pobreza de los recursos públicos hace que esto sea cada vez más difícil. A lo largo del condado de Los Ángeles, desde Midcity hasta Pomona, y en todas partes donde los negros están en el final de la transición demográfica, hay una siniestra tendencia hacia una mayor violencia interétnica. Esta lógica se ha puesto en juego, de la forma más completa y horrorosa, en la zona de Oakwood y de Venice, en la costa.

Oakwood desposeído

Como el Hobart Boulevard, Oakwood todavía pide respeto al sueño que alguna vez pudo llegar a prosperar. La población negra mayor, en el sur de California, todavía puede recordar los días de antes: «Jim Crow vive sobre la playa». Efectivamente, en la década de 1920 muchos pueblos al lado del mar, como Redondo Beach y Manhattan Beach, eran parte del imperio invisible del KKK. En la franja de la costa estaban los vecindarios más segregados de toda California, con una célebre excepción: la milla cuadrada de Oakwood, en Venice, que había sido establecida como una zona de «sirvientes». Al cabo de los años se convirtió en un orgulloso enclave de propietarios negros, con calles bien arregladas, con casas de un piso a pocas manzanas del paseo marítimo y del Pacific Ocean Park.

A finales de la década de 1960, sin embargo, mientras las inmobiliarias empezaban a «miamizar» la costa entre Ocean Park y Venice Pier, una oleada de cambios socavó Oakwood. En un clásico ejemplo de compra de manzanas enteras, agentes inmobiliarios persuadieron a centenares de propietarios tradicionales para que vendiesen sus casas. Cuando Miami no quería cruzar el Boulevard Ocean, las inmobiliarias explotaron las lucrativas ventajas fiscales de la sección federal del programa de viviendas para construir

quince edificios de apartamentos de estuco barato en el centro de Oakwood. Otros propietarios descubrieron un rentable mercado dentro de la contracultura blanca expulsada de la playas por el aumento del valor de las propiedades. Emergió así una precaria ecología entre los propietarios ancianos negros, los negros y los latinos inquilinos pobres de la sección 8, los jóvenes bohemios blancos, unos pocos ricos artistas y los arquitectos establecidos principalmente en el lado oeste de la zona.

La simultánea llegada de la cocaína y de la gentrificación en la última mitad de la década de 1970 y principios de la de 1980, hizo explotar este equilibrio barrial. Lamentablemente, Oakwood estaba perfectamente posicionado para convertirse en un supermercado de la droga 24 horas para los consumidores de las comunidades blancas de la playa. Los adolescentes resentidos y sin trabajo de los apartamentos de la sección 8 podían ser fácilmente contratados como fuerza de venta de bajo coste y siempre sustituible. Al mismo tiempo, las urbanizaciones privadas y las viviendas de diseño empezaron a reemplazar a las simples casas de un piso y a los chamizos del ferrocarril. En 1988 el barrio fue oficialmente nombrado como «unos de los mercados inmobiliarios mas calientes de todo la costa Oeste». Aparecieron incluso enormes mansiones, incluyendo la lujosa cúpula de Dennis Hopper, disfrazada como un búnker monolítico (con una cerca blanca para enfatizar la broma de mal gusto). Oakwood puede ser el único lugar en los Estados Unidos urbano donde las estrellas de las películas viven a cincuenta metros de los apartamentos subvencionados dominados por los Crips.

Como resultado, durante la mayor parte de la década de 1980, las tensiones estuvieron siempre a punto de estallar. Un último ingrediente ha sido el rápido crecimiento de una población de inmigrantes latinos hacinadas en apartamentos y casitas de alquileres bajos. Según el censo de 1990, la mitad de los 9.200 residentes de Oakwood eran latinos, una cuarta parte eran blancos y solamente una quinta parte eran negros. Evidentemente, muchos de los residentes negros están resentidos por lo que ellos sienten como una campaña intencionada para expulsarlos de su propio barrio histórico. Las dos mayores bandas de la zona —los Crips de la costa de Venice (negros) y los Venice-13s (latinos)— empezaron a pelearse en la última mitad de la década de 1970, en una breve pero salvaje guerra callejera que dejó cuatro muertos y una docena de heridos. Sin embargo, los activistas de la comunidad tuvieron éxito en lograr una tregua, y durante la década siguiente, si bien la fricción aumentó entre los blancos ricos y los negros pobres, los Crips y los V-13s se las arreglaron para no interponerse mutuamente en el camino del otro.

Durante los disturbios de abril de 1992, que se extendieron por toda la ciudad, los adolescentes negros —identificados por la policía como los Crips de la costa— atacaron los símbolos mas visibles de la gentrificación: Mercedes

benz que estaban estacionados, las urbanizaciones nuevas más caras y las casas de los miembros más conocidos del grupo antibandas llamado Neighborhood Watch. Un ciclista blanco fue golpeado hasta quedar inconsciente y varias casas fueron saqueadas. Después el LAPD acusó a cinco jóvenes negros de intento de asesinato y terrorismo callejero, incluido el hijo de un notable opositor a la gentrificación. Sin embargo, este caso, llamado «Denny West», se hundió rápidamente después de que el testigo principal del proceso —el activista antibandas más conocido de Oakwood— admitiese que inicialmente identificó mal a los sospechosos (en una línea fotográfica, seleccionó dos fotos: una de un hombre muerto y la otra de un recluso encarcelado).

A pesar de retirar la acusación de los principales cargos contra los «cinco de Venice» el barrio permaneció revuelto. Hubo posteriores ataques contra las viviendas de las casas de los informadores de la policía y algunos de los residentes blancos más conocidos se fueron de Oakwood. A pesar de las demandas de las comunidades judías, los desesperados inquilinos contrataron al Fruto del Islam —el grupo de seguridad de la Nación del Islam— para expulsar a los vendedores de drogas de los bloques de la Sección 8. Sin embargo, los desafiantes Crips de Shoreline, forzaron pronto a los seguidores sin armas de Louis Farrakhan para que se retirase de Oakwood. A la vez, un veterano del V-13 —Mark Herrera de 32 años— fue apuñalado de muerte por una mujer negra, Diane Calhoun, quien alegó defensa propia. Unas semanas después ella fue asesinada en lo que está ampliamente asumido como un asesinato en venganza.

En 1992 los asesinatos de Herrera y Calhoun fueron públicos y enconados, pero no provocaron un ciclo inmediato de venganzas. Entonces, el 27 de septiembre de 1994, Benjamín Ochoa de 41 años —a quien la policía identificó como otro veterano de la V-13— fue asesinado de un tiro por un negro en un callejón cerca de la moderna avenida Rose. Oakwood explotó. En las tres semanas siguientes hubo diez incidentes serios con tiroteos, incluidos dos ataques al LAPD. El 10 de octubre, en dos ataques separados, un hombre armado del V-13 mató a dos conocidos Crips del Shoreline. Once días después —después de una pelea en la escuela Venice High— un alumno, con un enorme tatuaje de la V-13 fue herido de bala a unas manzanas del campus. En las próximas seis semanas *chollos* y Crips se enzarzaron en un brutal toma y daca, en un proceso de intensificación de la violencia que se llevó ocho vidas más (cinco negros y tres latinos) y acabó con treinta heridos. Al menos uno de los muertos —Shawn Patterson (asesinado de un tiro el 16 de noviembre), un asistente de enfermería de la UCLA de 24 años— no tenía ninguna afiliación con las bandas y se supone que fue atacado por el simple hecho de ser negro.

Sin embargo, en varias entrevistas publicadas en *Los Angeles Times* y en *Outlook* (Santa Mónica), los activistas del barrio decían que Oakwood estaba siendo devorado por una guerra de bandas, no de etnias. Desde su punto de vista, la violencia había crecido casi de forma inadvertida —aunque como si las condiciones fuesen las de una caja de cerillas— desde el asesinato de Ochoa. Especialmente, los viejos residentes negros percibieron detrás de los asesinatos un complot tipo *Chinatown*. Como decía uno de ellos a la revista *Times:* «Los grandes promotores inmobiliarios están ahí sentados, esperando en sus tumbonas, hablando de que tan pronto como se maten entre sí, esto (Oakwood) se va a convertir en Marina Venice».

Mientras tanto, el LAPD ha continuado elaborando la hipótesis directriz de la conquista de EME del comercio de la droga callejero. Han señalado, específicamente, que los V-13s se habían unido a sus antiguos enemigos, los Culver City Boys (latinos), en una audaz invasión de algunos puntos de venta de droga controlados por los Shoreline Crips en Mar Vista, a una milla al este de Oakwood. Los Crips, ahora superados en número y pistolas, estaban peleando desesperadamente para proteger su sustento.

Al tiempo que la Navidad se acercaba la *vendetta* , sin embargo, parecía perder fuerza. Aunque hubo algunos tiroteos sin muertos en enero (incluyendo a Jimmie Powell, un mediador de bandas muy popular, herido por unos adolescentes latinos), que podrían relacionarse con los disturbios del Año Nuevo en Wayside, el invierno pasó sin más muertos. Algunos líderes de la comunidad hablaban con esperanza de «la tormenta que ya ha pasado». Pero los hombres armados del barrio simplemente estaban tomándose su tiempo. A principios de marzo los tiroteos comenzaron de nuevo —no sólo en Oakwood, sino de forma creciente en el resto de Venice y también en Mar Vista. El 20 los V-13 emboscaban a un importante miembro de los Crips del Shoreline OG (gángster original). Cinco días después Anselmo Cruz, un cocinero de 30 años que trabajaba en un geriátrico y que no tenía afiliación a ninguna banda, fue asesinado mientras llevaba en coche a sus dos hijas y a un amigo a la escuela. Los chicos resultaron heridos por los cristales que estallaron en el aire. Dos semanas después un joven latino fue asesinado en Mar Vista. A cambio, los V-13 o los Culver City Boys hirieron al actor Byron Keith Minns, que actuó como líder de una banda en la película *Southcentral*. A fines de mayo mataron a tiros a un residente negro de Oakwood sobre el gran boulevard Lincoln —la principal carretera entre Santa Mónica y LAX.

Tan pronto como empezó a acercarse la graduación escolar, los adolescentes de la zona de Venice empezaron a entender que eran objetivos potenciales en una lucha callejera que ya no hacía grandes distinciones entre los combatientes y su grupo étnico. El 7 de junio, por ejemplo, seis

adolescentes latinos fueron heridos cuando un hombre armado en un camión abrió fuego sobre una fiesta de fin de curso cerca del Centro de Recreo de Penmar en Venice. Tres días después, dos jóvenes latinos fueron asesinados y dos heridos cuando su coche fue atacado cerca de la escuela de secundaria de Venice por parte de tres adolescentes negros fuertemente armados. Las víctimas de dieciséis y diecisiete años, que vivían cerca del boulevard Hobart en Mid-Wilshire, tenían programada su graduación para la semana siguiente.

Tan pronto como empezó la carnicería de primavera, Marilyn Martínez —la periodista del *Outlook* que estaba haciendo la principal crónica de las guerras de Oakwood— apuntó «signos de que el barrio de 1,1 millas cuadradas estaba empezando a desenredarse bajo la presión de la violencia». Como los habitantes de Sarajevo, los residentes de Oakwood han tenido que aprender a evitar los tiros de los francotiradores viviendo en los cuartos del fondo de sus casas, no saliendo de noche y cambiando constantemente de ruta para ir a la escuela y al trabajo. Los chicos de primer grado conversan nerviosamente sobre los cuerpos que han visto en las calles, los tiroteos y los helicópteros policiales que no les dejan dormir. Sus padres discuten sobre las medidas de seguridad, las caídas del valor de sus casas y la impotencia de la policía para detener las matanzas. Centenares de personas simplemente se han ido.

Postscriptum

En los tres años que siguieron a la muerte de Óscar, el conflicto étnico en la cárcel municipal y en el sistema de prisiones estatal se ha intensificado. Los salvajes recortes gubernamentales en los servicios del condado, el empleo público y el subsidio federal han hecho aumentar la violencia en la vida cotidiana de los barrios del centro de Los Ángeles y en las periferias de la clase obrera. Pero la guerra callejera en Oakwood ha terminado.

En el momento en el que el conflicto estaba a punto de convertirse en un amplio Armagedón entre las bandas negras y latinas de toda la ciudad, los Shoreline Crips y los V-13 aceptaron una mediación de última hora, y con la ayuda de dos oficiales veteranos en libertad condicional adolescente, negociaron una paz que ha superado las inevitables provocaciones. Como me decía uno de los mediadores, «como la paz entre las bandas de Watts, esto es un pequeño milagro social que se levanta en la cara de quienes tienen

corazones duros y cabezas cínicas. Pero la gentrificación se está iniciando de nuevo en Oakwood y la cuestión clave para estos chicos sigue siendo el TRABAJO. Asegúrate de escribirlo con letras mayúsculas».

1995

Epílogo.
Ciudades muertas: una historia natural

Ciencia entre las ruinas

> Esta maravillosa ciudad, de la que se cuentan tantas leyendas, era después de todo sólo de ladrillo, y cuando la hiedra creció encima y los árboles y las plantas se extendieron, y por último surgieron las aguas subterráneas, la gran metrópolis fue derrocada enseguida.
>
> Richard Jefferies, *After London, or Wild England*, 1886.

Más o menos desde finales del siglo XIX la mayor parte de la energía que controla la especie humana se ha dedicado a la construcción y al mantenimiento de sus hábitats urbanos. La agricultura, que durante 8.000 años fue el principal espacio del trabajo humano y animal, es ahora secundaria en el inmenso, literalmente «geológico», drama de la urbanización. Los geólogos calculan que la energía fósil utilizada actualmente en modificar la superficie de la Tierra para las necesidades de una explosiva población humana de moradores urbanos es el equivalente geomorfológico —al menos a corto plazo— del trabajo de los principales agentes tectónicos del planeta: la difusión del suelo marino y la erosión de las montañas. («Ahora nos hemos convertido en el principal agente escultor del paisaje» escribe un experto en la historia de la actividad humana transformadora de la Tierra.)[1] Más alarmante aún, el metabolismo del carbono de las áreas urbanas está transformando el clima mundial, quizás en ese proceso esté destruyendo el reciente nicho de clima moderado que ha hecho posible la superurbanización.

---

1 Roger Hooke, «On the History of Humans as Geomorphic Agents», *Geology 28*, núm. 9 (septiembre 2000), p. 843.

Aparte del cambio mundial, siempre ha habido razones para preocuparse por la «sostenibilidad» de las grandes ciudades. La capacidad de la estructura física de una ciudad para organizar y codificar un orden social estable depende de su capacidad para dominar y manipular la naturaleza. Pero las ciudades son artefactos radicalmente contingentes cuyo «control sobre la naturaleza», tal y como ha señalado John McPhee, es finalmente ilusorio.[2]

La naturaleza está constantemente tensándose contra estas cadenas: probando puntos débiles, grietas, fallos, incluso las manchas de óxido. Las fuerzas que controla son por supuesto tan colosales como los huracanes y tan pequeñas como los bacilos. Las energías naturales, en ambas puntas de la escala, son capaces de abrir brechas que rápidamente pueden deshacer el orden cultural. Las ciudades, por lo tanto, no pueden permitir que flora y fauna, viento o agua, se vuelvan salvajes. El control del medioambiente demanda inversiones continuas y un mantenimiento sistemático, ya sea construyendo un sistema de control de inundaciones de miles de millones de dólares, o simplemente desbrozando el jardín.

Es una tarea de Sísifo. Incluso si ideamos las ciudades como «montañas inteligentes» con miríadas de sensores humanos con el fin de detectar y contrarrestar la erosión, los nexos fundamentales de relación con la naturaleza —las condiciones del ganado, el estado de los desagües y la provisión de agua, el control de especies comensales que acarrean enfermedades, como las ratas y las moscas...— habitualmente se encuentran desequilibrados. La crisis medioambiental es sinónimo de la expansión de la escala metropolitana. Además, las ciudades ricas no son necesariamente más estables que las ciudades pobres. «Esta metrópolis inorgánica, grandiosamente suspendida», escribía Ernst Bloch de Nueva York o Berlín (véase el prefacio), «debe defenderse diariamente, hora a hora, contra los elementos como si se tratara de una invasión enemiga».[3]

El crecimiento de la complejidad de las infraestructuras multiplica los puntos críticos en los que es posible un fallo catastrófico del sistema, tal y como han descubierto los estadounidenses durante el 11 de septiembre.

De todos modos, las ciudades ricas tienen mayor capacidad para exportar sus contradicciones naturales corriente abajo. Los Ángeles, por ejemplo, captura inmigrantes y energía, y exporta polución, basura sólida y ocio de fin de semana dentro de un gran ámbito que incluye doce condados del Oeste y de la baja California. La condición natural tradicional de la urbanización —la dominación de una gran vertiente de agua— se ha transformado

---

2 John McPhee, *The Control of Nature*, Nueva York, 1990.

3 Ernst Bloch, «The Anxiety of the Engineer», en *Literary Essays*, Stanford, 1998, pp. 307.

con la megalópolis en un imperialismo medioambiental de escala subcontinental. Para dar otros ejemplos, Nueva York, que una vez estuvo simplemente a horcajadas de ambas orillas del Río Hueso, extiende ahora su alcance (a través del poder hidrológico de Québec) a toda la bahía del Hueso. Tokyo, según un informe del Earth Council [Consejo de la Tierra], necesita para su sostenibilidad de un área biológicamente productiva de más de tres veces el tamaño de Japón.[4]

Las grandes ciudades —aquellas que no sólo dejan una huella regional, sino mundial— son igualmente los productos finales más dramáticos de la evolución cultural humana en la era del Holoceno.[5]

Lo normal sería que fueran objeto de las más urgentes y ambiciosas investigaciones científicas. No lo son. Sabemos más sobre la ecología de la selva que sobre la ecología urbana. Más aún, el estudio de las ciudades es uno de los últimos bastiones del análisis lineal de los problemas de la descomposición mecánica. Por ejemplo, la ingeniería ha tratado los problemas de la naturaleza urbana de uno en uno, diseñando infraestructuras que sirvieran a un solo propósito. Con el mismo espíritu de tozudez monolítica, los administradores de estas tecnologías vitales tienen poca tradición de ocuparse unos de otros, incluso en casos en que tratan diferentes aspectos del mismo sistema natural integral, como las inundaciones, el alcantarillado y la provisión de aguas.

Si bien en algunas áreas, como la química atmosférica o la meteorología térmica, dominan aproximaciones más holísticas, todavía no podemos vislumbrar la forma distante de una ciencia urbana realmente unificada. La necesidad más urgente es, quizás, la de estructuras conceptuales de gran escala con el propósito de entender la dialéctica de la naturaleza de la ciudad. La osadía puede ser aquí una virtud. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si simplemente borrásemos de la pizarra todas las ecuaciones diferenciales que representan el «trabajo» que hacen los humanos en el medioambiente de la ciudad? ¿Qué quedaría en el lado de la naturaleza? Más aún, ¿qué es la naturaleza urbana «subyacente» sin el control humano? ¿La ciudad sería reivindicada por su ecología original o por otra cosa, más parecida a una quimera? Las «ciudades muertas», en otras palabras, nos pueden decir mucho de las dinámicas de la naturaleza urbana. Pero ¿qué experto forense ha podido examinar el cadáver de una gran ciudad? ¿Quién ha podido poner un microscopio en las ruinas de Metrópolis?

---

4 Mathis Wackernagel *et alli*, *Ecological Footprints of Nations*, Toronto, 1998, y «The Ecological Footprints of Tokyo», www.soc.titech.ac.jp

5 Holoceno, es la era que sigue a la última glaciación entre el 11.500 y el 9.600 a.C. hasta nuestros días [N. del E.].

Dos excelentes naturalistas autodidactas —Richard Jefferies y George R. Stewart— llevaron a cabo poderosos ensayos en forma de novelas sobre la historia natural *postmortem* de amplias zonas de Londres y de la bahía de San Francisco. Por decirlo de alguna manera fueron el Darwin y el Wallace del archipiélago del Apocalipsis. Jefferies, importante historiador natural del Londres tardo victoriano y las zonas aledañas (Home Counties), escribió *After London [Después de Londres]* en 1886. Stewart, se añadió también con los clásicos medioambientales occidentales de *Storm* y *Fire* y publicó *Earth Abides* en 1949. En ambos casos los complots ficticios de los *Últimos hombres* (derivados de *Le Dernier Homme* de Cousin de Grainville, 1806) eran eclipsados por brillantes descripciones de la recuperación natural y la sucesión ecológica. Más aún, las conjeturas de Jefferies se reexaminaron y reactualizaron en 1996 en *The New Scientist*.

Pero las ciudades muertas no son sólo constructos de ficción. Como dice la pegatina de coche: «El Apocalipsis ocurre». El bombardeo estratégico de Europa y Japón durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, creó estaciones experimentales inadvertidas, óptimas para observar la naturaleza urbana en libertad. En los territorios bombardeados de Whitechapel, Altona y Neukolln los botánicos pudieron registrar las series pioneras de lo que Jefferies y Stewart sólo podían sospechar. Descubrieron que la guerra catalizaba la rápida expansión de especies antes raras y exóticas, dando como resultado la creación de nueva flora urbana a veces llamada «Naturaleza II». Su trabajo sirvió como fundamento de la «ecología solar», el estudio científico de los márgenes y tierras urbanas abandonadas.

Asimismo la destrucción de los centros urbanos de las ciudades norteamericanas durante la «Segunda Guerra Civil» (los disturbios urbanos), a finales de los años sesenta, produjo ruinas misteriosamente similares a las secuelas de los bombardeos. Aunque los amantes de los pájaros y los geólogos normalmente han evadido los centros desertificados del Bronx, Newark o Detroit, el fotógrafo Camilo Vergara ha documentado de forma obstinada los mismos lugares, mes tras mes, año tras año. Sus estudios continuados en el tiempo, y publicados en parte en *The New American Ghetto*, [*El nuevo ghetto americano*] de 1995, son un archivo único para entender el abandono como proceso de modificación del paisaje. A su vez, Deborah y Rodrick Wallace han utilizado las herramientas formales de la epidemiología matemática y la ecología demográfica para asociar el abandono de las viviendas y la reducción de la inversión en los barrios con las «nuevas plagas» de la tuberculosis, el VIH, el aumento de la mortalidad infantil y la violencia callejera. Han dirigido su atención sobre todo a la intrusión estilo Frankenstein del Rand Institute en el cuerpo de bomberos de Nueva York en la década de 1970. Su

trabajo es al mismo tiempo un rico ejemplo de ciencia urbana interdisciplinaria y una llamada de alerta de lo poco que aún sabemos acerca de las dimensiones no lineales de la ecología urbana.

La metrópolis tóxica

> La Tierra en la que caminó, la negra Tierra, dejando huellas fosfóricas detrás suyo, estaba formada por los cuerpos moldeados de millones de hombres que murieron durante los siglos de existencia de la ciudad.
>
> Jefferies, *After London*.

En febrero de 1884, en un par de célebres conferencias (publicadas bajo el nombre *La nube de tormenta del siglo XIX*), John Ruskin alertó a la audiencias de Londres de que su mundo burgués estaba a punto de atravesar una catástrofe sobrenatural. Una «nube venenosa» —de hecho, una «nube de plagas»— cubriría Inglaterra, un síntoma de la infección «miasmática, progresiva y al parecer fatal». Los escépticos, advertía Ruskin, sólo tenían que mirar por la ventana y ver como el cielo se estaba oscureciendo. Su propio jardín arruinado —un desastre de malas hierbas que echaban semillas y de rosas del jardín más alto convertidas en podridas esponjas marrones— daba la evidencia adicional de una degeneración irreversible:

> Les diré esto: si el clima de cuando era pequeño hubiera sido como el de hoy, no se hubieran escrito, ni se hubiera podido escribir nunca, libros como *Modern Painters*; porque cada argumento, cada sentimiento en ese libro estaba rodeado de la experiencia personal de belleza y ensalzamiento de la naturaleza, la primavera y el verano.... esa armonía ahora está rota, y rota en todo el mundo... mes a mes la oscuridad gana terreno al día.[6]

Ruskin estaba claramente desilusionado, aunque como Raymond Fitch ha enfatizado en un sólido artículo, hablaba con la autoridad del mejor estudioso del cielo y del mejor conocedor de las nubes de la era victoriana.[7] Más que

---

[6] John Ruskin, *The Storm-Cloud of the Nineteenth Century*, Orpington, 1884, pp 137-38.

[7] Raymond Fitch, *The Poison Sky: Mith and Apocalypse in Ruskin*, Ohio, 1982. El satánico y magnífico cielo de Londres en la de otro modo película *camp* de los hermanos Hughes, *From Hell*, 2001, sugiere que alguien en el Departamento de Arte ha leído a Ruskin.

eso, sus sospechas fueron confirmadas ese mismo año por otro experto observador: Richard Jefferies, célebre por su inigualable ensayo sobre los fenómenos naturales de Londres y su medioambiente (por ejemplo, «Las palomas del Museo Británico», «Hierbas en el Jardín de Kew», «Una trucha de Londres», etc.[8]), escribe la siguiente entrada en su diario del 21 de julio de 1884:

> Hyde Park. Comprobación:
>
> Pequeña aldea. Londres medieval. El Támesis. Agua podrida y oscura, cuerpo descompuesto bajo la hélice. Acciones de la oscuridad. El cuerpo. Nueve olmos apilados. Niños miserables, torturados, son iguales. La tiranía de los nobles ahora es igualada por la Corte Provincial. Maquinaria de extorsión. Los sistemas cloacales y desagües. El terreno preparado para una epidemia de cólera y la fiebre y podredumbre matan tanto como la plaga. Las 21 parroquias del Plan de Alcantarillado del Bajo Támesis sin ningún tipo de drenaje. Todo el lugar preparado para la enfermedad y la pestilencia.
>
> Este siglo es de retrete.

Un par de semanas más tarde, añade:

> La gran esperanza del futuro. El revolucionario.[9]

La extraordinaria asociación que efectúa Jefferies entre desempleo, cuerpos descompuestos en el Támesis, burocracia corrupta, alcantarillado y revolución comparte con el cielo envenenado de Ruskin la misma imagen inexorable de una miasma comelotodo. A pesar del nuevo trabajo de Koch y Pasteur, la gente más educada creía todavía, a la manera del famoso *Informe sobre las condiciones sanitarias de la fuerza de trabajo* de sir Edwin Chadwick, de 1842, que los «átomos miasmáticos y pegajosos» propagaban la enfermedad como si se tratara, literalmente, de la corrupción del aire. De hecho, tal y como observa Carlo Cipolla, «Chadwick y sus colaboradores actuaban no sólo como si todo mal olor fuera enfermedad, sino también como si la enfermedad sólo fuera mal olor».[10]

---

8 Estas obras de historia natural de Londres fueron reunidas en la antología de Samuel Looker de 1944, *Richard Jefferies' London [El Londres de Richard Jefferies].*

9 Samuel Looker (ed.) *The Nature Diaries and Note-Books of Richard Jefferies,* Londres, 1948, pp. 180-1 y 188. Ha habido mucho debate acerca de las posiciones políticas de Richard Jefferies, pero entradas posteriores en los *Note-Books* evidencian ciertamente una identificación con el nihilismo, sino con el comunismo místico tal y como interpreta H. S. Salt (véase su Richard Jefferies: A study, Londres, 1984, pp. 72 y 86-87).

10 Carlo Cipolla, *Miasmas and disease: Public Health and the Environment in the Pre-industrial Age*, New Haven, 1992, pp. 4 y 7.

Si Ruskin alegaba que el hedor de Londres había infectado mortalmente el cielo, Jefferies veía evidencias de una crisis urbana terminal cuyo símbolo era el nuevo sistema de cloacas derramando excrementos en su adorado Támesis.[11]

Hay razones para creer que 1884 fue de hecho un año de mucha oscuridad y pestilencia. Nietzsche (o, mejor dicho, «el imitador de Zaratustra») también se vió «asqueado [por] la gran ciudad, donde todo lo enfermizo, infame, lascivo, oscuro, rancio, mohoso, con forma de vagina y conspirador se pudre conjuntamente».[12] La contaminación del aire, tal y como ha mostrado Brimblecombe, alcanzó su apogeo en esos años del siglo XIX,[13] y el polvo estratosférico y los sulfatos de la erupción del Krakatoa de 1884 produjeron un clima anormal en todo el planeta. Más aun, la bizarra «nube de plagas» de Ruskin existió en realidad. Al mismo tiempo, el continuo escándalo del alcantarillado sin tratamiento y los suministros de agua contaminados, cuatro décadas después de que Chadwick identificara su potencia de morbilidad, provocaron que la llegada de nuevas plagas se hiciera inevitable. Igualmente, la creciente desesperación y rabia del este de Londres, donde miles de personas habían quedado desempleadas por la depresión mundial, levantaron los fantasmas de la anarquía e incluso de la Comuna de Londres.

Si Ruskin volvió desesperanzado de los cielos demoníacos, Jefferies, cuyo estrato social, la burguesía terrateniente de Wiltshire, había sido diezmado por la crisis agraria de la década anterior, estaba más inclinado a vislumbrar la Arcadia después del Apocalipsis.[14] Antes, en *Nevado*, un cuento de 1876 basado en la famosa tormenta de nieve de 1874, describió la rápida caída de Londres en la barbarie cuando se cortó la entrada de los flujos vitales de carbón y grano a la metrópolis y ésta fue asediada por las ratas y los saqueadores. Jefferies se dio con abierto placer a recordar a los

---

11 «La constante contaminación del Támesis a causa del sistema de alcantarillado convirtieron al río donde vivían los salmones, en un curso de agua que huele tan mal que se hace prácticamente imposible tomarse un té en la terraza del Parlamento en un día caluroso de verano» (en R. Fitter, *London's Natural History*, Londres 1945, p. 171).

12 Friedrich Nietzsche, *Thus Spake Zarathustra: A book for All and None*, Londres 1978, pp. 176-78 [ed. cast.: *Así hablaba Zarathustra*, Madrid, Edaf, 1982].

13 P. Brimblecombe, «London Air Pollution, 1500-1900», *Atmospheric Environment*, núm. 11 (1977), pp. 57-60. El estudio de la Royal Society sobre los efectos mundiales de Krakatoa, publicado en 1888, fue una pieza magistral de la ciencia del final de la era victoriana: véase G. Symons, Report of the Krakatau Committee, Royal Society, *The Eruption of Krakatau and Subsequent Phenomena*, Londres, 1888.

14 «Éste es, de hecho, un romance de la depresión agraria; los hombres del campo desertan de su sociedad y la dejan abandonada a su suerte»: W. J. Keith, *Richard Jefferies*, Londres, 1965, p. 117.

lectores que «sólo una fina y transparente hoja de frágil cristal» separaba a la civilización de lo salvaje: un hecho subrayado con la aterradora imagen de un iceberg en el Támesis.

Quizás era inevitable que después de *Nevado,* Jefferies volviese al tema de la naturaleza que desafía y devora la ciudad pestilente. *Después de Londres: o Inglaterra Salvaje* se incubaba en la mente de Jefferies claramente en el mismo momento en que escribía su diario en 1884. El libro fue publicado en 1886 y se ha reimpreso muchas veces desde entonces. Es más el sueño de un ecologista, al ver nuevamente entronizados a los poderes de la Naturaleza, que una pesadilla (William Morris escribió «esperanzas absurdas se erizan en mi corazón cuando lo leo»). La novela tiene dos partes unitarias: «La recaída en la barbarie» e «Inglaterra salvaje». La última relata las aventuras del travieso intelectual Félix Aquilas, que sobrevive a varios peligros darwinianos (animales salvajes y humanos involucionados) mientras atraviesa el paisaje medievalizado de una Inglaterra postapocalíptica en busca de la «ciudad de Londres totalmente destruida». Jefferies limpia el paisaje, tanto cultural como natural: cada trazo del siglo XIX se ha borrado, aunque los clásicos griegos y romanos sobreviven de algún modo. Es un ataque salvaje a la civilización victoriana, aunque su estilo es anacrónico y ahora la *Inglaterra Salvaje* interesa a los críticos sobre todo como un predecesor literario de la ciencia ficción de tipo alegórico y político que H. G. Wells dio a conocer.

La recaída en la barbarie, por otro lado, pone el famoso talento naturalista de Jefferies al servicio de una catástrofe misteriosa. Su narrador anónimo, que escribe varias generaciones después del holocausto que paraliza la historia, sabe tan poco del carácter de los últimos días como nosotros sabemos de la enigmática plaga que despobló Bizancio en tiempos de Polibio y de los desastres que la acompañaron. Londres puede haber sido asesinada por un encuentro cercano con un «enorme y oscuro cuerpo (cósmico) que crease un caos gravitacional en la Tierra» o simplemente puede haberse envenenado a sí misma con su propia contaminación. «Todo lo que parece cierto es que cuando sucedió, las inmensas muchedumbres congregadas en las ciudades fueron las más afectadas, y las clases medias y altas utilizaron su dinero para escapar» (pp. 28-29). A diferencia del enigma de la Catástrofe, el narrador puede describir la descomposición de la metrópolis muerta con una precisión forense. *La recaída en la barbarie* es digna de ser sintetizada, no sólo por sus especulaciones sobre la evolución acelerada de especies salvajes, sino también por las brillantes descripciones de Jefferies de cómo las fuerzas naturales renuevan el paisaje urbano: primero una explosión de malas hierbas, después reforestación inicial, seguida de la venganza del Támesis. Fue una de las primeras, y ciertamente la descripción más dramática de lo que más tarde se llamó «sucesión ecológica».

La primera primavera de *Después de Londres* «todo se volvió verde»: el trigo que ya no se cultivaba se volvió silvestre, entremezclado con *agropyro* invasor y otras malezas que también cubrieron los caminos. Millones de ratones —junto con gorriones, cuervos y palomas— se dieron banquetes con el trigo caído y maduro de los campos, mientras grandes ejércitos de ratas depredaban los graneros y los armarios de los hogares abandonados. Al principio los predadores no avanzaron tanto como los roedores, y cuando llegó el invierno, la explosión de la población alcanzó límites malthusianos. Entonces ratas y ratones se comieron entre sí en desesperadas orgías caníbales. Las tormentas del invierno golpearon las últimas parcelas de trigo y cebada de los alrededores de Londres.

Para el segundo verano los alguna vez civilizados granos se habían vuelto indistinguibles en la jungla salvaje de acederas, cardos, manzanillas, mostazas y zanahorias silvestres. Luego las ortigas y chirivías suplantaron a muchas de las colonizadoras, mientras los brezos y los espinos siguieron a las zarzas. (Jefferies sabía que en tiempos de Eduardo el Confesor, la Abadía de Westminster era una montaña de zarzas: «Thorney Island» [La isla espinosa]). Del mismo modo, los setos se agrandaron y comenzaron a achicar los campos y terrenos hasta que después de unos veinte años los ahogaron completamente. Mientras invadían los campos, en los terrenos de las casas y los caminos, aparecieron los retoños de nuevos bosques. Olmos, fresnos, robles, sicomoros, castaños prosperaron caóticamente entre las ruinas, mientras los bosquecillos de abetos, hayas y nogales, más disciplinados, ampliaban implacablemente sus circunferencias.

Al mismo tiempo, tanto cernícalos, búhos y sobre todo comadrejas habían controlado la población de roedores. Cuando los gatos, ahora más pardos y grandes que sus ancestros domésticos, recuperaron su habilidad de cacería ancestral, escogieron las aves de corral antes que los ratones. (De hecho, el detestado «gato de bosque» llegaba en ocasiones a atacar a los viajeros.) Forzados a defenderse por sí mismos, los perritos falderos de la antigua clase media (caniches, terrier maltés, pomeranias) se convirtieron enseguida en artículos comestibles y perecieron. Los perros más grandes —mastines, terriers, galgos, sabuesos— siguieron «como siempre fieles al hombre» y siguieron a sus amos en el abandono de la ciudad. Sin embargo, una tercera clase de caninos eligió la libertad de lo salvaje. Después de generaciones de selección natural evolucionaron en tres nuevas especies que dejaron de entrecruzarse: perros castaño-negros, descendientes de los perros pastores, que cazaban ovejas y ganado en grupos, pero no atacaban a los hombres; perros castaño-amarillos (más pequeños y dedicados a la caza de ciervos y liebres) y el lastimoso perro castaño blanco (un carroñero degenerado con miedo a enfrentarse incluso a un gato doméstico).

La evolución también manufacturó rápidamente nuevas especies o subespecies de otros antiguos animales domesticados. Jefferies se demora describiendo como después de milenios de humillante esclavitud al hombre, el ganado se ha metamorfoseado nuevamente en los espantosos dioses de los frisos minoicos. De hecho, el «muy peligroso» toro blanco o pardo es el monarca del nuevo bosque, aunque los humanos también temen al ganado negro. Empalizadas enormes defienden las granjas del ganado y de los cuatro tipos de cerdos salvajes, así como de los grandes caballos de los arbustos que viven en los matorrales próximos al agua. Los ponys de la pradera, establecidos en los matorrales, compartían las colinas de Chalk con dos variedades de ovejas velludas. Una tercera especie de ovejas había elegido vivir en las islas como protección contra los perros. Sin embargo cuando hacía buen tiempo los perros nadaban a las islas y las devoraban. Los supervivientes iniciales temían que los animales salvajes del zoológico y de los circos se multiplicasen en los nuevos bosques. En efecto, leones y osos vagaron por los campos algunos años. Pero su progenie, junto con la de las serpientes que habían escapado, fue muriendo con las heladas del invierno. «En el patio del castillo de Longtover aún se pueden ver los huesos de un elefante que se vio morir en la arboleda cercana» (pp. 24-25).

Descomponiendo y consumiendo así los suaves tejidos de la ciudad, los monstruosos poderes vegetativos de la naturaleza salvaje comienzan un ataque a gran escala contra el esqueleto de ladrillo, piedra y hierro de Londres:

> Para el decimotercer año no había un solo espacio por el que pudiera caminar un hombre, exceptuando las colinas, a menos que siguiera las huellas de animales salvajes o se abriese camino él mismo. Las acequias se habían llenado hacía tiempo de hojas y ramas muertas, y el agua que tenía que bajar por ellas se estancó y se fue acumulando en los lugares más bajos y las esquinas de lo que alguna vez fueron campos, formando marismas en las que juncos, helechos, hojas y ramas marchitas escondían el agua (p. 5).

Cuando las marismas recuperaron la ribera, las lluvias trajeron río abajo «grandes cantidades de madera, los despojos de pueblos y puentes» contra los pilares de los viejos y rotos puentes del Támesis. Los puentes de Waterloo, Londres y Tower se convirtieron así en embalses, almacenando las aguas e inundando los terraplenes. La presión hidráulica del sustrato inundado de la ciudad —los pasajes del metro, las alcantarillas y aguas cloacales— rompió pronto los cimientos de las casas y edificios, que así se desmoronaron formando cúmulos de escombros que a su vez impidieron el drenaje.

Con el tiempo la nueva vegetación y la vieja basura bloquearon totalmente el Támesis. Río arriba se formó un mar interior de 200 millas de largo, el Lago. Sus aguas de cristal —exquisitas de beber, con peces de todas las clases

y adornadas con islas verdes— simbolizaron la resurrección de una tierra verde y prometida (Hitler, en una curiosa coincidencia, propuso ahogar Moscú en un enorme lago después de su conquista). Pero, corriente abajo, donde Londres era literalmente un gran cáncer, toda la toxicidad de la era victoriana permanecía concentrada en el «verde y rancio» centro del pantano, exudando vapores apestosos que ocultaban el sol. «Toda la podredumbre de miles de años y muchos cientos de miles de seres humanos está aquí, supurando bajo el agua estancada, que se ha hundido y penetrado en la tierra, y ha hecho salir a la superficie las cloacas escondidas» (p. 69). En definitiva, el Londres extinto de Jefferies es un inmenso inodoro taponado, la muerte acechante, el «destino inevitable» de cualquiera lo suficientemente tonto como para exponerse a sus miasmas venenosas.

Jefferies actualizado

Después de quizás quinientos años de abandono, la Great Leaning Tower de Canary Wharf se cae finalmente.

New Scientist.

After London impulsó muchas secuelas e imitaciones. I. F. Clarke ha afirmado, por ejemplo, las excepcionales afinidades entre Jefferies y W. H. Hueso, el naturalista nacido en Sudamérica y más tarde especialista en los pájaros de Londres, cuya arcadia apocalíptica, *Una era de cristal,* apareció en 1887. «En violentos y agradablemente anticipados actos de destrucción, los dos hombres llamaron a la naturaleza para limpiar la infamia de la civilización urbana».[15] En su más celebrada variación de Jefferies, *Noticias de ninguna parte* (1890), William Morris no destruye completamente el «odioso pueblo», sino que lo encoge a las dimensiones humanas de la ciudad jardín socialista que vislumbró primero en *El Paraíso Terráqueo* (1868): «Londres, pequeña, blanca y limpia. El claro Támesis bordeado por el verde de sus jardines».[16]

Sin embargo, llevó más de un siglo que se examinara cuidadosamente la historia natural que aparecía en *After London*. En 1996 *New Scientist* pidió a importantes botánicos, etólogos animales, ingenieros y científicos en la materia que reconsiderasen el «experimento» de Jefferies.[17] El conocimiento

---

15 Laura Spinney, «Return to Paradise», *New Scientist*, 20 de julio de 1996, p. 30.

16 William Morris, *Selected Writings and Designs*, Londres 1962, p. 68.

17 Lo que sigue está parafraseado o citado del artículo excepcionalmente informativo de Spinney.

moderno brindó a la investigación un mejor entendimiento de la biogeoquímica del decaimiento urbano y de las dinámicas de reforestación, así como el fruto de un siglo de investigación sobre los ciclos de vida del acero y las estructuras de hierro y cemento (las mayores innovaciones en materiales urbanos, junto con el plástico, desde la década de 1880).

En cinco años, *New Scientist* descubrió que de hecho las malezas conquistarían los espacios abiertos, los caminos y las grietas de la ciudad. Sin embargo, desde los tiempos de Jefferies algunas especies foráneas hercúleas —especialmente el formidable arbusto *buddleia davidii*— han establecido sus fortalezas en Londres. Si los dientes de león y otras especies nativas «sólo explotan las debilidades existentes», la *buddleia* tiene raíces poderosas, «lo suficientemente poderosas como para penetrar el ladrillo y el cemento con el fin de conseguir humedad». Una planta de rápido crecimiento, diseminada por el viento, nativa del Himalaya —posiblemente importada como planta ornamental ya en 1880, pero especialmente después del Blitz—, la *buddleia* está adaptada al monumental trabajo de erosión de las montañas. Trafalgar Square no es problema para ella. Como dijo al *New Scientist* un botánico preocupado: «La *buddleia* ya está en todas partes en Londres, librando a la ciudad de ladrillo y cemento».

Sin embargo, los paisajes de cemento de la ciudad son una dieta pobre en nitrógeno, deficiente para las plantas. A la larga, los fijadores del nitrógeno como el trébol o el aliso pueden fertilizar los detritus arenosos y crear suelos propicios para los árboles del bosque. El fuego —que Jefferies curiosamente descuida— acelera enormemente esta transición. Londres tiene, como casi todos los paisajes, un ciclo de fuego regulado por el clima y (según uno de los expertos) «el comienzo del otoño a los cinco años de abandono es un buen momento para el fuego».

> Las calles han criado una capa de césped y hojas caídas. Una temporada seca y una tormenta eléctrica deja la ciudad en llamas. El fuego destruye los edificios que aún dominan el paisaje de Londres. Cuando las casas se incendian y los techos se caen, los nutrientes son liberados de sus cajas y de las capas de hojas secas, proveyendo el fertilizante que acelera el retorno de Londres a su pasado.

Los arbustos florecen en las cenizas, y rápidamente crean la superficie del suelo. Las zarcillas de hiedra llegan a trepar hasta seis plantas sobre los edificios públicos y las tiendas. Entonces los árboles —saúcos y abedules jóvenes, así como *buddleias* maduras— se apropiarían de la ciudad. Sus raíces tienen la fuerza de los martillos hidráulicos. Uno de los científicos entrevistados por *New Scientist* estaba asombrado por el daño que hacían

los árboles que había visto recientemente en la ciudad fantasma de Pripyat, cerca de Chernóbil: «Las bloques de cemento del pavimento de las plazas de la ciudad han sido destrozados y en algunos lugares han sido empujados casi un metro por las raíces de los árboles, como si hubiera habido un gigantesco terremoto».

Mientras tanto, tal y como predijo Jefferies, las mareas de primavera y las oleadas de las inundaciones convertirían gran parte del centro de Londres en pantanos, barrizales, cenagales. El venado rojo salvaje, los martín pescadores, las garcetas y las golondrinas —cuyo paso había llorado en unos artículos sobre Londres— volverían rápidamente a las marismas resurrectas.[18] Liberado de sus inhibiciones artificiales, el Támesis era probablemente demasiado astuto como para permitirse estancarse por la basura, tal y como Jefferies imaginó; en lugar de ello las ruinas de los pilares de los puentes se convertirían en presas, ideales para el desove del salmón. Cuando el gran río reanudase su curso natural a través de una vasta inundación, la isla de Dogs volvería a poblarse de juncos y gran parte de Southwark volvería a ser un barrizal, santuario de aves migratorias. Asimismo los antiguos tributarios del Támesis, los famosos «ríos perdidos» como el Westbourne bajo Sloane Square o el Fleet bajo Farrigdon Road saldrían a la superficie y reclamarían sus ancestrales cauces.

En todos lados, tal y como Jefferies describió, las crecidas de agua socavarían rápidamente las estructuras, exceptuando las islas colina como Hampstead o Highgate. Las construcciones de madera «serían las primeras en desvanecerse completamente seguidas de los materiales que unen los edificios —tabiques, aislamientos—, materiales que los insectos destruyen al andar por ellos» explicó a *The New Scientist* un ingeniero japonés. Ignorados por Jefferies, los pájaros representarían un papel fundamental en el decaimiento de las estructuras al introducir insectos destructivos. Las modernas estructuras de hierro y cemento resistirían la corrupción durante un siglo o dos, pero su corrosión ocasionaría un desenlace catastrófico:

> Mientras el cemento se mantuvo alcalino, las barras de acero que lo reforzaban se mantuvieron a salvo de la corrosión. Pero el dióxido de carbono disuelto en la lluvia carbonató gradualmente la superficie del cemento, abriendo su camino en él, mientras el ácido de la materia orgánica en el suelo infiltraba los cimientos del cemento.
>
> Una vez que el hierro se oxida el final es rápido. Los productos de la corrosión ocupan unas tres veces el volumen del hierro, así que al oxidarse se expanden hasta reventar la cobertura de cemento.

---

18 Véase *Richard Jefferies' London*, pp. 124-25.

Para cuando el Edificio Lloyd comenzase a dejar caer sus oxidadas vigas, el bosque de Middlesex ya estaba extensamente reestablecido. Habría, por supuesto, grandes modificaciones: huellas del ADN de la ciudad abandonada. Robles, seguidos por alerces y abetos, predominarían otra vez, pero asociados ahora con antiguos árboles de las aceras como castaños y especies exóticas como el sicomoro, el arce noruego y algunas coníferas. En la capa baja del bosque, habría marismas y praderas, morirían muchas de las miles de especies introducidas de interior y de jardín, pero algunas, incluidos los «super-céspedes» híbridos, sobrevivirían, llegando incluso a ser localmente dominantes.

La fauna podría ser más exótica en el año 2556. Aunque la evolución entre los animales mayores no trabaja a la precipitada velocidad imaginada por Jefferies, las mascotas fugadas y los nuevos migrantes podrían crear una espectacular comunidad de especies adaptadas. Por ejemplo, la persistencia de rascacielos arruinados por tantos siglos atraería seguramente a los buitres de Escandinavia. Los periquitos de cuello anillado (originarios de Asia) proliferarían en gran número, a pesar de la atención de los feroces gatos. Y «los lobos o los híbridos de los pastores alemanes, parecidos a los lobos, recorrerían el bosque para cazar gacelas, ciervos y venados, mientras los cerdos salvajes descendían de los depósitos del zoo de Londres y de las granjas de la ciudad»

Después de Berkeley

> A lo largo de miles de años el hombre, ha dejado su impronta en el mundo. Ahora el hombre se ha ido, seguramente por un tiempo, quizás para siempre. Incluso si quedaran algunos supervivientes, necesitarían largo tiempo para obtener de nuevo la supremacía. ¿Qué le ocurriría al mundo y a sus criaturas sin el hombre? ¡Esto es lo que le quedaba por ver!
>
> George R. Stewart, *Earth Abides*, 1949.

¿Se descompondrán las ciudades de forma distinta en la tierra abonada (compost) del Nuevo Mundo? No ha de sorprendernos que Jack London fuera el primero en salirse del patrón con una novela sobre el «después de San Francisco»: *The Scarlet Plague* (1912). Un duro seguidor de Spencer y Galton, que usó la ciudad muerta a la orilla de la bahía para ilustrar la ley de la supervivencia del más fuerte, al igual que los peligros de una licenciosa mezcla racial de hombres y animales. Su Naturaleza, por supuesto, es tan feroz como el capitalismo ladrón al que ha derrocado. Los perros, por ejemplo, se

alimentan primero de los cuerpos de sus dueños y después los unos de los otros. Todas las clases pequeñas y débiles son rápidamente eliminadas hasta que tan sólo una raza de lobos de talla media permanece viva. Los caballos, por otro lado, «degeneran» en pequeños y miserables caballos salvajes: las vastas manadas pisotean lo que fueron los viñedos y granjas del Valle de San Joaquín. Mientras, entre los humanos supervivientes, un bruto «excitado» reclama a una hermosa mujer de la alta sociedad como su amante e impone sus apetitos y deseos por encima de la «horda primitiva». «El héroe de Londres, un varonil profesor de literatura en la Universidad de Berkeley, lleva sobre sus hombros la carga de fomentar "el lento flujo ario" de vuelta a la civilización».[19]

The Scarlet Plage es una histérica polémica acerca de la eugenesia y una historia natural no muy imaginativa. No obstante tanto la obra de Jefferies como la de London, fueron reescritas por un dotado naturalista e historiador *amateur,* George R. Stewart. Si su *Earth Abides* se mantiene consagrado como un «clásico de la ciencia ficción», rara vez es citado, aunque lo tenga bien merecido, como una excursión única en la historia natural regional. Es más, en el panteón de los modernos escritores sobre el medioambiente estadounidense —Leopold, Stegner, Worster, Abbey, McPhee, etc— Stewart es quizás la figura más injustamente descuidada. Durante las cuatro décadas que pasó (desde 1923) en el Departamento de Inglés de la Universidad de Berckeley, fue parte de una extraordinaria comunidad de eruditos que incluía a Herbert Bolton, el padre de la historia comparada de la frontera; Carl Sauer, fundador de la «Escuela de Berckeley» de geografía cultural; Alfred Kroeber, figura dominante en la antropología de California; y Julian Stewart pionero de la «ecología cultural». En cada uno de sus distintos ámbitos de estudio, dieron una prioridad similar a las interacciones ecológicas entre los humanos y su ámbito natural. El concepto dialéctico de Sauer de «geografía cultural» como coproducción de la praxis humana y el proceso natural proporcionó un motivo de unificación. Escribió: «Estamos interesados ante todo en culturas que crecen con un vigor original fuera del regazo maternal de la geografía natural, y en las que cada una está comprometida en el completo transcurso de su existencia».[20]

Stewart siguió fielmente la receta de Sauer. Un regionalista canónico del New Deal, que fue autor de siete novelas y veintiún libros de no ficción, la mayoría de ellos acerca de California o el Oeste, incluyendo una biografía

---

19 William Morris, *Selected Writings and Designs,* Londres, 1962, p. 68.

20 Sauer es citado en Garret Eckbo, *Landscape for Living,* Nueva York, 1950, p. 31. La clásica exposición de Sauer se puede encontrar en *The Morphology of Landscape,* University of California Publications in Geography, Berkeley, California, 1929.

autorizada de Bret Harte y el exitoso relato del malogrado Donner Party, *Cannibal Winter in the Sierras*. La profunda huella de la ecología cultural de Berkeley es más que evidente en su cuarteto de «novelas medioambientales» —*Storm* (1941), *Fire* (1948), *Earth Abides* (1949) y *Sheep Rock* (1951)— cuyos «héroes» son, respectivamente, un sistema tormentoso invernal llamado «María», un incendio fuera de control llamado «Spitfire», la naturaleza de California que se pone de manifiesto y un lugar conocido como Sheep Rock.

Tal y como Wallace Stegner valoró en una reciente crítica de *Storm*, la estrategia de Stewart de hacer de la Naturaleza la protagonista, no es un retorno al antropomorfismo de Wordsworth y a la adoración de la naturaleza, sino una astuta estratagema que nos permite mirar «la argamasa que mantiene unida la civilización». «La Tormenta no es la heroína. María no es nada más que la crisis». De hecho, cada novela del cuarteto explora el control circunstancial de la humanidad sobre la naturaleza desde el ventajoso punto de vista de una crisis distinta. Stewart, cuya familia se trasladó desde Pensilvania a los naranjales del sur de California (Azusa, mas tarde Pasadena) encontró cuando tenía doce años, un drama sublime en la sisífica lucha de los occidentales por controlar el medioambiente. Las victorias temporales de los humanos han cedido siempre ante el pertinaz poder del lugar. Tal y como descubre Geoggrey Archer en su batalla por domesticar Sheep Rock: «En esencia, el lugar no había cambiado en ningún sentido. Había mantenido su integridad. Había vencido».[21]

Formado como biógrafo e historiador, Stewart era verdaderamente «un poeta y un purista» (Stegner) en sus meticulosos relatos de las fuerzas medioambientales. Los déficits existentes en su formación científica eran compensados por una heroica y original investigación. De esta manera a lo largo de su trabajo en *Storm*, «Stewart condujo (durante dos inviernos) hasta Donner Pass por las carreteras durante las tormentas, viajó en los quitanieves del Pacífico Norte, observó al encargado de la autopista US 40 y a su equipo, y vio en acción al personal de instalación de la línea de teléfono y de la compañía eléctrica. Consiguió contactos en la plantilla del Departamento Meteorológico de San Francisco, lo visitó durante las tormentas y aprendió a dibujar sus propios mapas meteorológicos». Escribiendo *Fire*, visitó líneas de fuego y pasó una semana en un puesto de observación anti-incendios en Sierra Buttes, mientras que su intrincada descripción del desierto de Black Rock en Nevada (escenario de *Sheep Rock*) se basó en una expedición en un remoto y desolado lugar hoy conocido por su festival neopagano llamado «Burning Man».[22]

---

21 John Caldwell, George R. Stewart, Boise, Idaho, 1981, pp. 30 (Stegner) y p. 41 (cita de Sheep Rock).

22 Ibídem, p. 30.

Razonablemente uno supone que *Earth Abides*, deriva de todas las fuentes que pudiera tener a mano, incluida la incomparable red de amigos naturalistas y científicos que tenía. Si *After London* y *The Scarlet Plague* están comprometidos en truculentas versiones del darwinismo y de la evolución inversa, *Earth Abides* destaca además como la primera novela en incorporar una sofisticada comprensión de la joven y todavía relativamente oscura (en 1949) ciencia de la ecología. Por ejemplo, al principio de la novela Stewart explica la cercanía del ser humano con la extinción directamente en términos de ecología demográfica y predación microbiana, sin recurrir a las habituales bombas atómicas, monstruos extraterrestres u «oscuros cuerpos» cósmicos. Ya que el número de seres humanos ha superado con creces la capacidad poblacional del entorno, surgen nuevas plagas para regular el equilibrio. Es la analogía humana con el ciclo de desarrollo y declive de la población de ciervos de 1920 en la zona de Kaibab Plateau en Arizona, elaborada por Aldo Leopold. Tal y como sabe Stewart, según la teoría de selección r/k, todas las poblaciones que tengan un incremento exponencial viajarán en una montaña rusa maltusiana —las «curvas de Lokta-Volterra»— de picos demográficos y hundimientos catastróficos.[23]

El superviviente de Stewart, un estudiante graduado, misántropo y narcisista que trabaja en una tesis acerca de la «ecología del área de Black Creek», se llama Isherwood Williams o «Ish» para acortar: una obvia alusión a un verdadero último hombre, Ishi, el único indio Yahi, que Alfred Kroeber trajo a San Francisco en 1911 como un «fósil vivo». Precisamente, así como el infortunado Ishi (que contrajo la tuberculosis de la esposa de Kroeber y murió en 1916) fue testigo del triunfo de la civilización urbana y blanca, también Ish es el único cronista científico de su propia desaparición. Afortunadamente, inoculado contra la plaga por una mordedura de serpiente de cascabel mientras trabajaba en las mismas laderas de la sierra donde Ishi encontró refugio una vez, Ish consigue volver a su casa en San Lupo Drive en Berkeley Hills. Se trata de una tribuna para presenciar «el mayor de todos los dramas»: el majestuoso trabajo de reivindicación de la Naturaleza sobre el espacio metropolitano.

La nueva plaga ha trabajado tan rápidamente que, salvo las tiendas de licores saqueadas y algunos fuegos localizados, hay muy poca destrucción física. Tampoco la infraestructura metropolitana se colapsa inmediatamente. Las grandes turbinas de la Sierra aseguran energía hidráulica durante algunos años; el agua continúa fluyendo a través de los acueductos y grifos

---

23 Demógrafos y ecologos de poblaciones contrastan las oportunistas especies de selección «r» o especies ruderales, cuyas poblaciones «explotan» bajo circunstancias favorables y los organismos equilibrados o de selección «k».

durante un periodo de tiempo mayor. La ausencia de riego mata, por supuesto, las plantas de los jardines templados y el césped, mientras las «feroces malas hierbas siguen avanzando en la destrucción de (otros) lugares cuidados y mimados por el hombre». Los miles de centenares de cadáveres humanos son devorados por los perros más grandes, mientras un exceso de comida podrida es el banquete de ratas, cucarachas, hormigas y moscas, cuyo número se dispara temporalmente hacia el infinito. Acerca de las especies domesticadas y de cría, Stewart afirma que tan solo las tres variedades de piojo humano mueren inmediatamente tras la destrucción de la humanidad:

> En el funeral del *homo sapiens* habrá pocas plañideras. *Canis familiaris* quizás envíe individualmente unos cuantos aullidos, pero como especie, recordando todas las patadas e insultos, pronto se verá reconfortado y correrá a unirse a sus compañeros salvajes. *Homo sapiens,* de todas maneras puede obtener consuelo al pensar que a su funeral irán tres sinceras y verdaderas plañideras. (p. 59)

Los primeros años de la era post-humana son un periodo caótico de salvajes cambios poblacionales y de competencia sin piedad entre especies. Donde Jefferies imaginó un proceso lineal de extinción, selección y especialización, Stewart sabe que la ecología moderna predice una fluctuación no lineal. El equilibrio del depredador / presa, parece que tan solo puede establecerse a través de una secuencia de catástrofes recíprocas. De esta manera después de unos meses, cuando los cuerpos y la comida accesible se han acabado, las colonias de hormigas y cucarachas se colapsan, mientras que los gatos se comen a los roedores y son comidos por perros más grandes. Pero los perros matan a demasiados gatos, y las ratas —desde sus reductos en los almacenes de ultramarinos y en los silos— tienen un espectacular resurgimiento. Esta segunda explosión de la población de roedores trae bajo su estela una plaga de peste bubónica: una nueva amenaza para los humanos supervivientes. Finalmente, habiendo consumido el grano que quedaba, las ratas se mueren de hambre. En el frenesí, atacan incluso a los perros, después se comen unas a otras.[24]

Tras esta «muerte secundaria», hay una breve pausa. Entre los perros (salvo las variedades de los «estúpidos malcriados», que perecieron inmediatamente) comenzaron a surgir nuevos pedigríes y a crear manadas de caza. Los gatos, mejor adaptados que los perros a la vida silvestre, aprendieron a

---

24 Las ratas son espectaculares, incluso como ejemplos monstruosos de «r-selección». Las camadas comprenden hasta una docena de cachorros y las hembras entran en celo a las 48 horas de haber parido. Las ratas jóvenes pueden aparearse a partir de los dos meses de edad.

superar la amenaza canina y su población se expandió hasta que chocó fatalmente con el territorio ocupado por los linces de la falda de la montaña (que prefieren a sus primos felinos que a los conejos). En cualquier caso, en el *año 2*, el campo, bajo la forma de ciervos hambrientos, conejos y ganado salvaje, invade las zonas residenciales ya muertas. Hacen estragos en lo que queda de la flora de los jardines y plantas ornamentales.

Mientras tanto, como cabe esperar en un clima mediterráneo, las máquinas naturales del paisaje están trabajando a velocidades mucho mayores que en el valle del Támesis de Jefferies. Las lluvias de octubre han comenzado la erosión de los vecindarios: los drenajes de las tormentas están bloqueados con escombros, hay estanques de agua en las calles, los hogares están inundados con barro y los jardines empiezan a embarrancarse. El verano del *año 3* es, además, extremadamente seco y termina con una tormenta eléctrica que reduce la mayor parte del este de la bahía a ascuas antes de que las lluvias las apaguen. Los arbustos y hierbas que crecen en las laderas quemadas la siguiente primavera proveen de un rico forraje al ganado salvaje. El ganado bovino, al igual que las ratas anteriormente, desborda cualquier límite sostenible y después va muriendo en masa durante la gran sequía del *año 6*. Los pumas, que han seguido al ganado hasta la ciudad, se dan un banquete con los cadáveres y después, medio locos de hambre, acechan a cualquier presa posible, incluyendo a los humanos supervivientes (quienes, sucesivamente, aprenden rápido a ser hábiles cazadores de leones). Las langostas, seguidoras de la sequía, son aún mas destructivas, y con la terrible eficiencia de miríadas de nano-cortacéspedes, devoran los rastrojos dejados atrás por el ganado hambriento.

Gran parte del área de San Francisco, tal y como previa y brevemente hizo durante la catastrófica sequía de 1860-63, parece ahora un desierto. Pero nuevas lluvias, que esculpen enormes arroyos y desatan miles de corrimientos de tierras, tornan verdes las colinas de la bahía. Las primaveras en la zona hace tiempo olvidadas —abandonando la esclavitud de un suministro de agua artificial— reaparecen y provocan mayor erosión. La flora y fauna ribereñas hacen reapariciones espectaculares. En el *año 10*, los humanos están asombrados al ver bancos de lubinas rayadas en la bahía de San Francisco y abundantes truchas de los riachuelos en la falda de las montañas. Si el Apocalipsis ha añadido más peligros a las vidas de los humanos, también ha devuelto a la gente al estado de gracia biológica que disfrutaron sus ancestros del paleolítico antes de la revolución agrícola. La cadena epidémica, que depende de altas densidades de humanos y especies comensales, se ha roto y los supervivientes se han librado de la mayoría de las enfermedades infecciosas. En el *año 19,* las tribus humanas también descubren una nueva fuente proteínica cuando el alce aparece enérgicamente en Oakland Hills.

Mientras tanto, las estructuras de madera que se han salvado de las llamas —tanto las casas prefabricadas de los llanos como las magníficas y artesanales mansiones en las colinas— comienzan un desmoronamiento acelerado gracias a la colaboración de las termitas, la lluvia y la aparición de agua subterránea. En el *año 20* un gran terremoto destruye miles de estas estructuras debilitadas. También fractura el hormigón y el asfalto, reduciendo su resistencia a las malas hierbas y a la erosión. Gran parte de la arquitectura del campus de la universidad, al igual que el centro de San Francisco, está en un avanzado estado de decrepitud, pero la magnífica bahía y los puentes del Golden Gate, aunque oxidados, se mantienen estructuralmente intactos.

A lo largo de la siguiente generación, el paisaje y sus mundos naturales sigue el mismo ciclo de marcada erosión: la lenta decadencia se acelera de pronto por los acontecimientos atmosféricos extremos, incendios fuera de control y terremotos. En el *año 44*, por ejemplo, se incendia la mayor parte de San Francisco. Otros fuegos destruyen el antiguo campus de la universidad poco después. Entonces, en las últimas semanas de Ish en su larga misión como «El Último Americano», un arco del puente de la bahía cae al agua. La corrosión del agua salada ha comenzado a disolver los últimos y arrogantes símbolos de la antigua civilización.

Ecología del bombardeo

> El símbolo de nuestros tiempos son las ruinas. Ellas rodean nuestras vidas. Ellas trazan las líneas de las calles de nuestras ciudades. Ellas son nuestra realidad. En sus fachadas quemadas no florece la azul flor del romanticismo sino el demoníaco espíritu de la destrucción, la decadencia y el Apocalipsis.
>
> Hans Werner Richter

Hubo, de hecho, una intensa curiosidad científica acerca de que florecería realmente en las ruinosas ciudades de Europa. Flores azules, flores demoníacas o simplemente dientes de león: los botánicos no estaban seguros de si «el potencial natural vegetal» recuperaría los desiertos de escombro del este de Londres o el distrito Neukolln de Berlín, o si malas hierbas desconocidas y los cultivos que se hubieran salvado se convertirían en los fuerzas ocupantes. Una observación cuidadosa de las dinámicas de sucesión en las «zonas muertas de las ciudades» (un término acuñado por analistas aliados del bombardeo estratégico) puede proveer respuestas empíricas a dos de las cuestiones que ponían a prueba a los estudiantes de la naturaleza urbana. Primero, cuán esencialmente la urbanización (seguida por la «desurbanización» caída

del cielo) había alterado el modelo biofísico del paisaje: la química de la tierra y el aire, el flujo de nutrientes, la hidrología, los microclimas y las reservas (de polen y semillas) genéticas. Segundo, los paradigmas clementsianos sobre la ecología regional de las plantas —una ordenada sucesión de especies llegando a una comunidad climática culminante en una optimizada adaptación a su medio— ¿habían descrito acertadamente las dinámicas de población o, tal y como habían argumentado algunos críticos antes de la guerra, el «equilibrio» era tan sólo una ilusión, y lo que era real era el flujo?[25] Las primeras observaciones publicadas vinieron del Club de Intercambio Botánico de Londres, mientras los misiles V-2 de Werner von Braun seguían propagando el terror aleatoriamente; más tarde, Berlín se convirtió en el principal laboratorio de investigación para la ciencia de la zona muerta, durante aquella «era del escombro» que duró hasta 1954.[26]

En el caso de Londres, había ya algo así como una tradición de historia natural de las secuelas del desastre. Por ejemplo, en la primavera que siguió al gran incendio de 1666 el naturalista John Ray y otros supervivientes se quedaron atónitos cuando se produjo una espectacular e inesperada floración de «flores del fuego», el famoso matacandil (*sisybrium irio*, una variedad de mostaza).[27] Así mismo, tras el primer ataque a Londres de los zepelines en la primavera de 1915, los preocupados amantes de los pájaros, dirigidos por W. H. Hueso, autor de la magistral *The Birds in London* 1895 (y, tal y como vimos anteriormente, de *A crystal Age)*, se desplegaron para ver si los bombardeos estaban asustando a los pájaros fuera de la ciudad.[28]

El resultado final de estas observaciones fue la curiosa monografía de sir Hugh Gladstone, *Birds and the War*, que incluía que sólo las palomas parecían sin duda molestas por la caída de las bombas y el fuego antiaéreo. De hecho «los ruiseñores son bien conocidos por su indiferencia hacia el fuego de artillería, lo que es más, muchas veces parece ser que lo consideran un vigoroso ruiseñor rival tratando de entrometerse en su territorio:

---

25 Las obras de Frederic E. Clements, *Research Methods in Ecology* (1905) y *Plant Succession* (1916) dotaron de un paradigma predominante a la ecología de las plantas hasta la Segunda Guerra Mundial. Clements creía que una comunidad de una única planta se adaptaba mejor a un equilibrio a largo plazo con el medioambiente o el biotipo de cada región. También mantuvo que las comunidades eran verdaderos «superorganismos» co-evolucionados y no tan sólo artefactos estadísticos.

26 Jeffry Diefendorf, *In the Wake of War: The Reconstruction of German Cities After World War II,* Oxford, 1993, p. 30.

27 Fitter, p. 231.

28 La duradera popularidad de Hudson se basa, sin embargo, en el éxito póstumo de su novela sobre la selva tropical, *Green Mansions,* transformada en una famosa película.

por ejemplo, durante un ataque en mayo, 1918 uno estuvo cantando con fuerza en las afueras de Londres durante un fuerte tiroteo y las explosiones de las bombas».[29]

Los relucientes bombarderos de Goering eran incomparablemente mejores a la hora de enfurecer a los ruiseñores macho que los armatostes de naves del conde Zeppelin. Aunque los amantes de los pájaros continuaron su vigilia durante el Blitz[30] (que, como balance total, favoreció enormemente a especies poco frecuentes como el tizón colirrojo) los nuevos páramos suponían una gran oportunidad para los botánicos londinenses guiados por J. Lousley, R. Fitter y E. Salisbury, director de Kew Gardens. «Algunos de los solares que ahora se muestran hasta los cimientos», decía Lousely entusiasmado, «pueden haber estado techados de forma continua desde los tiempos de Roma y uno tiene que ir hacia atrás, a los años que siguieron al gran incendio para encontrar la última oportunidad de hacer cualquier trabajo extenso de botánica dentro de los confines de la City.[31]

El censo botánico de solares tras los bombardeos en la City y en el East End revelaron un nuevo patrón de vegetación urbana adaptado al fuego, los escombros y el espacio abierto. Una flora autóctona poco común y una fuerte flora exótica fueron las plantas dominantes en esta inesperada «ecología del bombardeo». Por ejemplo, el colonizador que tuvo más éxito en las zonas bombardeadas fue el en otros tiempos poco común, laurel de San Antonio (*epilobium angustifolium*), que a lo largo de la vida de Jefferies sólo podía ser encontrado en el cementerio de Paddington y en unos pocos bancos de gravilla. Su tolerancia a suelos abrasados, así como su gusto por la luz y su prodigiosa producción de semillas, transformó su timidez previa en una intimidación agresiva, convirtiéndose «probablemente en la planta más común del centro de Londres» en 1943. Sus principales aliados eran miembros de la familia del senecio, en especial la margarita de Piria, que a pesar de su nombre anglosajón (*oxford ragwort*), es de hecho una recién llegada de Sicilia, «donde frecuenta las cenizas volcánicas, de modo que, como el Dr. Salisbury destaca, puede encontrar un hábitat agradable en el solar de un edificio quemado».[32] Entre el resto de especies foráneas que florecieron durante el Blitz estaban el humagón, planta ya familiar en los terraplenes adyacentes a las vías del tren, la temible budelia anteriormente descrita y la peruana *galinsoga parviflora*, «fugada» de Kew Gardens.[33]

---

29 El sumario de Fitter, pp. 229-30, de Hugh Gladstone, *Birds and the War,* Londres, 1919.

30 El bombardeo alemán de Londres en 1940-1941 [N. del E.].

31 Edward Lousley, *The Flora of Bombed Sites in the City of London in 1944* (reimpreso en Report of the Botanical Exchange Club, 1943-44), Arbroath, 1989, pp. 180-81.

32 Fitter, p. 232.

33 Íbidem, pp. 232-33; y Gilbert, pp. 180-81.

Estas nuevas «flores del fuego», tal y como O. Gilbert ha explicado recientemente, eran los heraldos de una revolución irreversible en la ecología urbana de Londres y de otras ciudades bombardeadas:

> En aquel momento, todas estas plantas estaban experimentando un periodo de expansión constante que recibió un renovado ímpetu de la repentina disponibilidad de hábitats en los terrenos bombardeados. Esto actuó como catalizador. Mientras las poblaciones crecían, ejercieron una tremenda presión en el área urbana y consecuentemente pudieron extenderse a nuevos hábitats. Tras la guerra se descubrieron como miembros permanentes de la flora urbana, donde anteriormente, en la mayoría de ciudades fuertemente bombardeadas, habían sido más bien poco frecuentes.[34]

Gilbert hace hincapié en la fascinante superposición genérica entre las especies de plantas pioneras de los terrenos bombardeados y los fuertes hierbajos y arbustos que colonizaron las morrenas de la última glaciación. El Blitz retrasó, en varios sentidos, el reloj ecológico unos 10.000 años. «La frecuencia de este género (artemisia, *epilobium*, etc.) sugiere que las condiciones en suelo baldío que incluyen alteraciones intermitentes, presión de pastos bajos, poca competencia y la presencia de tierras ricas y sin filtrar tienen que tener similitudes con las que existían justo después del final de la edad de hielo: un buen número de especies puede que no lo haya tenido tan bien desde entonces».[35]

En Europa central, por supuesto, una gran parte del tardío ambiente holocénico fue eliminado sin piedad. La destrucción infligida sobre la Alemania urbana por la campaña de «bombardeos en alfombra» de los aliados fue una orden de mayor magnitud que el bombardeo sobre Londres y las Midlands por parte de la Luftwaffe. La *katastrophe* de Hamburgo de julio de 1943, cuando los comandos de bombardeo de la «Operación Gomorra» abrieron las puertas del infierno con la primera tormenta de fuego urbana, incitó a Churchill y a sus asesores (con una reacia participación americana) a lanzar una guerra aérea total contra los civiles alemanes. Durante la ofensiva continua de bombardeos, desde el 1 de agosto de 1944 hasta la capitulación incondicional el 26 de abril de 1945, los aliados dirigieron 205 grandes incursiones de bombardeo, de las cuales prácticamente la mitad tuvieron como objetivo Berlín. Dos millones de toneladas de explosivos de gran potencia y de bombas incendiarias mataron entre 600.000 y 800.000 personas (un cuarto de los cuales eran trabajadores

---

34 O. L. Gilbert, *The Ecology of Urban Habitats*, Londres, 1989, pp. 180-81.

35 Ibídem, p. 72.

esclavos o prisioneros de guerra) e hirieron a casi un millón más. (Los aliados perdieron, a su vez, el 75% de las tripulaciones de los bombarderos: mas de 100.000 hombres.) La señal más común en muchas de las ciudades alemanas era horripilante: un aviso de cadáveres podridos entre los escombros. «En más de 40 ciudades alemanas la proporción de zonas construidas arrasadas sobrepasaba el 50%» y 333 kilómetros cuadrados de densas zonas de vivienda urbana fueron transformados en escombros.[36] Aunque ninguna ciudad alemana sufrió el destino cartaginés de Varsovia (700.000 muertos, y sus ruinas transformadas por las SS en vastos campos de minas), millones de habitantes urbanos fueron reducidos a trogloditas: «Tribus de las bodegas... agolpadas en sótanos miserables, búnkers antiaéreos y túneles de metro inquietantemente iluminados por velas parpadeantes».[37]

Tal y como Niels Gutshow ha expuesto, algunos de los ideólogos nazis de la línea dura acogieron con agrado los millares de bombardeos y tormentas de fuego, como «un ritual de limpieza de la influencia judía» en la vida de la gran ciudad y como el comienzo de una regeneración mística de la unidad aria con la naturaleza. Así, tras la desgracia de los holocaustos de Hamburgo, Colonia y Kassel en 1943, el «ecofascista» Max Karl Shcwarz, que compartía con Ruskin y Jefferies la aversión a la «toxicidad» de las grandes ciudades, propuso «revitalizar el paisaje» nivelando las escombreras y plantando árboles. Las viejas y densas ciudades no serán reconstruidas; es más, «tan sólo después de que las áreas destruidas sean animadas mediante bosques, será cuando surja el verdadero paisaje urbano, esto es, las casas y jardines». Las auténticas ciudades ajardinadas alemanas reemplazarán a las decadentes metrópolis «judías». Después de todo, ¿Zarathustra no había mandado a sus seguidores «escupir sobre esta ciudad de tenderos»?[38]

> Es la moda alemana de obtener aptitudes espirituales y fuerza física de las conexiones con la naturaleza. De todos modos este tipo de vitalidad ha sido cada vez más interrumpida para los alemanes por una perversa alineación de la Naturaleza... Me es claro que los edificios de varios pisos son una expresión del espíritu judío y con ese tipo de edificios hemos estado divulgando la paralizante idea de que cualquier cosa puede ser construida en base a la masa, el número y el peso... La reconstrucción planificada es un genuino reasentamiento, un nuevo enraizamiento, arraigado en la

---

36 Kenneth Hegwitt, «Place Annihilation: Area Bombing and the Fate of Urban Places», *Annals of the Association of American Geographers*, 73, núm. 2, 1983, p. 258.

37 Diefendorf, *In the Wake of War,* pp. 8-11 y 94; y Douglas Botting, *From the Ruins of the Reich: Germany, 1945-1949*, Nueva York, 1985, pp. 64 y 124.

38 Nietszche, *op. cit.*, pp. 176-78.

> tierra. Esta no es una idea romántica, sino más bien verdaderamente la única base para la futura vida de las luchas que nuestra vieja Europa ha de mantener contra las gentes del Este.[39]

En este caso, las malas hierbas, y no los árboles de tilo, han crecido igualmente sobre los cuchitriles de los barrios bajos y los suburbios. El poeta Gottfried Benn escribió sobre las ortigas «altas como hombres» que florecían por todas partes en «la ciudad fronteriza mongol, todavía llamada provisionalmente Berlín». En los inviernos de hambruna de después de la guerra (1945-49), los berlineses se convirtieron en expertos en las propiedades comestibles de la flora de los bombardeos, como los dientes de león y la estalaria. En su estudio de fotodocumentación del año zero, Dagmar Barnow comenta una fotografía tomada por un funcionario de la ciudad en el invierno de 1945-46:

> Más o menos al mismo tiempo, Durniok fotografió un grupo de berlineses de apariencia demacrada que participaban en el *aktion wildgemuse* («acción vegetales salvajes», eufemismo para designar las malas hierbas) y aprendían a distinguir entre plantas comestibles y no comestibles. La mayor parte de la gente son hombres y mujeres mayores vestidos con respetables abrigos y sombreros, que podrían haber cosechado en el frondoso parque del barrio o en el jardín gracias a un curso de botánica para adultos, si no fuera por sus rostros consumidos y ansiosos. Algunos de ellos están arrancando hierbajos, otros se quedan mirando. Llevarán los hierbajos a casa y los picarán para hacer sopa si tienen agua y combustible.[40]

El invierno de 1946-47 fue el más terrible. Los berlineses se sintieron como miembros perdidos de una inmensa y olvidada Donner party.[41] E incluso en Charlottenburg, que fue la capital del *haute monde* de Weimar, se verificaron informes sobre canibalismo. Si bien proliferaron los rumores salvajes —de conjuras aliadas de hambruna intencionada o sobre la fuga de Hitler en submarino a la Antártida—, también lo hizo la fauna y la flora. El Berlín ocupado fue, de pronto, tan asilvestrado como el Londres muerto de Jefferies. Verracos salvajes devastaron las afueras de la ciudad en manadas

---

39 Niels Gutshow, «Hamburg: The "Catastrophe" of July 1943», en Jeffry Diefendorf (ed.), *Rebuilding Europe's Bombed Cities*, pp. 115-19 y nota a pie de página 14, p. 128 (cita).

40 Dagmar Bamow, *Germany 1945: Views of War and Violence*, Bloomingon, Ind., 1995, p. 168.

41 Esta voz tiene su origen en un grupo de colonos americanos que migraron a California en 1846. Dos familias, los Donners y los Teeds, formaban la mayor parte de los 87 miembros de la expedición. En su migración fueron atrapados por grandes nevadas. Algunos miembros del grupo acudieron al canibalismo para sobrevivir. Sólo 47 llegaron vivos a California [N. del E.].

de cincuenta, que eran cazados ávidamente con arcos y flechas por civiles hambrientos o por aburridos soldados estadounidenses con armas de aire comprimido. Asimismo, los soldados británicos se ofrecieron voluntarios para ayudar a los berlineses (que ahora subsistían con menos de 1.000 calorías al día) a seguir la pista de las tres especies de ciervos hambrientos que se habían refugiado en los bosques de Spandau y Kopenick. Sus antiguos predadores estaban pisándoles los talones. En la autopista había señales que se ponían apresuradamente: «¡CUIDADO CON LOS LOBOS!».[42]

Mientras las «mujeres de las ruinas» de Berlín se dejaban la piel en despejar cien millones de toneladas de escombros, (finalmente se juntaron en tres montañas artificiales que permitieron a los berlineses contemporáneos practicar esquí), la flora urbana estaba experimentando una notable transformación. Como en Londres, aunque a mayor escala, el sustrato quemado y alcalino de la zona muerta favoreció la propagación de especies anteriormente exóticas como la robinia (acacia de flor blanca), el árbol del cielo, la cola de ardilla y el tepozán. Los botánicos estaban particularmente sorprendidos por la rápida propagación del *ailanthus altisima* (árbol del cielo), el equivalente berlinés a la variedad de mostaza de 1666. Importado de China en la era de Federico el Grande, nunca había mostrado capacidad alguna para crecer de forma espontánea durante los doscientos años de cultivo en los jardines y parques de Berlín. Entonces, gracias al Comando Bombardero y a la Octava Fuerza Aérea, se convirtió en una ávida colonizadora (con ese otro robusto foráneo, *robinia pseudacacia*) de los espacios calcáreos bombardeados: «El nuevo tipo de hábitat permitió al *ailanthus* establecer nuevas poblaciones. Este proceso se vio favorecido por su alto potencial reproductivo incluyendo la pronta y prolífica floración, que usualmente produce grandes cantidades de semillas, así como por un crecimiento rápido». El árbol del cielo, una especie termófila, se vio posteriormente favorecido por la «isla de calor» de la urbe de postguerra (el centro de Berlín es 3,2 grados más caliente que las afueras).[43]

La persistencia, todavía en la década de 1980, de unos cuantos terrenos bombardeados en Berlín Oeste, que no se habían despejado, (lugares notables como la Lutzowplatz en Tiergarten y el antiguo Schoneberger Hafen en

42 Botting, *From the Ruins*, pp. 109, 136 y 147-50.

43 Ulrike Sachse *et alli*, «Synanthropic Woody Species in the Urban Area of Berlin (West)», en H. Sukopp y S. Hejay, (eds.), *Urban Ecology: Plants and Plant Communities in Urban Environments,* La Haya, 1990, pp. 239-42. El árbol del cielo también es dominante en los desolados paisajes urbanos de Nueva York y Filadelfia. Eric Darton en su «biografía» del World Trade Center se maravilló con plantas «tan resistentes que crecen incluso en el hollín y la basura de las arquetas de ventilación del metro». *Divided We Stand: A Biography of New York's World Trade Center*, Nueva York, 1999, p. 221.

Kreuzberg), permitió observar, a los ecologistas liderados por Hans Sukopp y sus colegas, más de cuarenta años de dinámicas de sucesión ecológica. De hecho, la vegetación ruderal, y en conjunto la ecología urbana, probablemente han sido mejor estudiadas en Berlín que en cualquier otro sitio.[44] Las investigaciones han confirmado el papel de la Segunda Guerra Mundial en facilitar la naturalización de las especies foráneas y en establecer biotipos urbanos únicos, a cuyo hipotético estado de sucesión final y autorregulación se refieren a menudo como «Naturaleza II».[45] El componente de la flora de esta Segunda Naturaleza amadrinada por la guerra es llamativamente similar en la mayoría de ciudades del centro y oeste de Europa, a pesar de algunas significativas diferencias en su clima. Como en Gran Bretaña, donde Gilbert ha hecho hincapié en las «mezclas improbables» de especies de árboles con matorrales ruderales, la flora madura es una comunidad poco frecuente de plantas vasculares originarias del sur de Europa o de América.[46] Sukopp ha especulado que estas ecologías dominadas por especies foráneas, lejos de ser marginales, «pueden ser los ecosistemas predominantes del futuro».[47]

A principios de 1980, las comunidades de la zona muerta son, además, sorprendentemente ricas en especies. El viejo terreno bombardeado en la Lutzowplatz de Berlín albergó, por ejemplo, alrededor de cien plantas diferentes y más de doscientas especies de insectos.[48] En cambio, las cuidadas zonas verdes del colindante Tiergarten tan sólo desarrollaron una cuarta

---

44 Véase por ejemplo, H. P. Blume *et alli* [con Sukopp], «Zur Okologie der Grosstadt unter besonderer Berucksichtigung von Berlin (West)», *Schriftenreihe des deutschen Rates fur Landespflege 30* (1978). En el periodo de la inmediata postguerra, también hubo importantes estudios de ecología de las zonas bombardeadas por W. Kreh en Stuttgart y R. Gutte en Leipzig (GDR).

45 Ingo Kowarik, «Some Responses of Flora and Vegetation to Urbanization in Central Europe», en Sukopp y Hejny (eds.), *Urban Ecology,* pp. 57-58 (para los conceptos de «Naturaleza II» y el «Sistema Hemoroby» con el fin de construir escalas de impacto humano).

46 «Estos matorrales comprenden extrañas mezclas de fresno común, espino, sauce, retama y sauquillo que crecen al lado de *laburnum*, manzano, *sorbus intermedia*, *cotoneaster* y aligustre (Gilbert, p. 81). Este clímax quimérico del bosque se consigue habitualmente, de acuerdo con Gilbert, después de cuarenta años o más, siguiendo sucesivamente el senecio, la hierba alta, la pradera y etapas de matorrales y bosque —todas ellas dominadas por especies foráneas resistentes (pp. 72-81).

47 Véase Kevin Anderson, «Marginal Nature: An Inquiry into the Meaning of Nature in the Margins of the Urban Landscape», Departamento de Geografía, Universidad de Texas.

48 H. Sukopp, «Urban Ecology and Its Application in Europe» en Sukopp y Hejny (eds.), *Urban Ecology*, pp. 3 y 10. Una síntesis fundamental está en H.-P. Blume *et alli* [con Sukopp], «Zur Okologie der Grosstadt unter besonderer Berucksichtigung von Berlin (West)», *Schriftenreihe des deutschen Rates fur Landespflege,* núm. 30, 1978.

parte de esta diversidad. Tal complejidad ruderal ha sido descubierta tanto en las ruinas del «fordismo» como en las del «hitlerismo». En los últimos años, expertos en medio ambiente han comenzado a apreciar, tardíamente, que las zonas abandonadas de la Europa postindustrial son de hecho oasis biológicos —«islas verdes»— cuya diversidad de especies excede de forma peculiar no sólo la del resto de la ciudad sino la de las explotaciones agropecuarias de los alrededores y también las de los campos genéticamente modificados.[49] En los paisajes de las minas de carbón abandonadas de West Yorkshire, por ejemplo, el corresponsal sobre medio ambiente de *The Guardian*, Peter Bowler se maravilló ante aquella inesperada biodiversidad:

> Todas las minas tenían orquídeas comunes u orquídeas abejeras creciendo en gran número. Algunos tenían ambas. Los caminantes de los espacios postindustriales frecuentemente ven liebres comunes, una especie en franco declive y que está incluida en el plan de acción de biodiversidad del Reino Unido. He encontrado agujeros de tejones en pozos de ventilación abandonados, tritones crestados en la mayoría de las viejas minas de carbón y estanques de mampostería. Un estanque tiene los tres tipos de especies de tritones nativos y ambos tipos de sapo común y rana catalogados.[50]

Geomorfología del gueto

> ¡La desgracia sobre esta gran ciudad! Desearía haber visto ya la columna de fuego en la que será quemada. Esas columnas de fuego deben preceder la gran noche.
>
> Nietzsche, *Así habló Zarathustra*.

La mayor parte de las zonas industriales abandonadas de Europa occidental (para la consternación de los amigos de los tritones y los pájaros en vías de extinción), como las zonas bombardeadas que las precedieron, son recicladas eventualmente para un uso productivo, a menudo después de sistemáticos estudios y nuevos planes. Este no es el caso en los Estados Unidos, donde muchos eriales del centro de la ciudad se mantienen como paisajes

49 Un informe pionero es el de R. Gemmell, «The Origin and Botanical Importance of Industrial Habitats» en R. Bornkamm *et alli* (eds.), *Urban Ecology*, Oxford, 1982.

50 *The Guardian*, 15 de agosto de 2001.

aparentemente permanentes con el consiguiente beneficio para la naturaleza ruderal. Aquí la ruina urbana se ha convertido en el equivalente moral y natural-histórico de la guerra. En 1940-41, los bombardeos de los Heinkels y Junkers de la Luftwaffe destruyeron 350.000 viviendas y desalojaron a un millón de londinenses. En los años setenta, un *blitz* igualmente salvaje basado en la retirada económica de los propietarios, el *redlining*[51] bancario, y una «benigna negligencia» federal condujo a la destrucción de 294.000 viviendas sólo en la ciudad de Nueva York.[52] Durante las administraciones de Nixon y Ford, gran parte de los viejos centros urbanos del Medio Oeste y el Noroeste comenzó a parecerse al Ruhr de 1945. Ciudades como Detroit, St. Louis y Paterson que antiguamente poseían el porcentaje más bajo de tierras vacías per cápita tenían ahora los más altos. El mercado de vivienda de St. Louis disminuyó alrededor de un 50 % en la década de 1960 y principios de la de 1970, mientras que algunos distritos de Chicago como North Lawndale perdieron más de la mitad de sus viviendas por abandono o incendios provocados durante la década de 1970. A escala nacional, según Kevin Lynch, en 1980, una de cada veinte viviendas estaba tapiada con maderas. En algunas ciudades el abandono excedía los metros cuadrados dedicados a parques.[53] Ninguna civilización —especialmente ninguna tan rica y poderosa— había tolerado semejante destrucción física de su estructura urbana en tiempos de paz. Y, todavía en el umbral del nuevo milenio, la «era del escombro» estadounidense estaba lejos de llegar a su fin. Aún en 1996, eran abandonadas al año más de 20.000 viviendas en la ciudad de Nueva York, mientras Filadelfia, marcada por la viruela, continuaba tratando de resolver el problema de 55.000 edificios abandonados y parcelas desocupadas.[54]

¿Puede la ciencia medioambiental agregar algo al entendimiento de esta catástrofe? De hecho, la geomorfología propone epistemologías apropiadas para resolver las complicadas causas de los paisajes del gueto. En primer lugar, las zonas muertas urbanas ilustran un postulado básico que los geomorfólogos llaman *equifinalidad*: procesos diferentes que producen paisajes esencialmente similares.[55] De hecho, los procesos no pueden ser interpretados

---

51 Vocablo con el que se designa la aplicación sistemática de políticas que eluden a los grupos menos favorecidos en lo que se refiere al acceso al crédito y las oportunidades económicas [N. del E.].

52 John Jackie y David Wilson, *Derelict Landscapes: The Wasting of America's Built Environment,* Savage, Md., 1992, p. 176.

53 Kevin Lynch, *Wasting Away,* San Francisco, 1981, p. 91; y Ray Northam, «Vacant Urban Land in the American City», *Land Economics,* pp. 352-53.

54 *USA Today,* marzo de 2000 (estudio nacional de edificios abandonados; la ciudad de Nueva York rehusó a cooperar).

55 Alistair Pitty, *The Nature of Geomorphology,* Londres, 1982, p. 90.

simplemente a partir de la apariencia. Así sería una falacia afirmar exclusivamente a partir de su parecido, que Newark y Detroit fueron de hecho bombardeadas en alfombra desde 6.000 metros de altura, o que, en realidad, fueron devastadas por megaterremotos. En la misma línea, la geomorfología afirma que los verdaderos paisajes son siempre el complejo producto de dos o más procesos (tectónicos y erosivos), que funcionan con tiempos y escalas distintas. Se supone que esto debería ser cierto tanto para las «zonas cero» del gueto de la década de 1970 como para las sierras o las terrazas marinas.

Aquí la geomorfología clásica proporciona una distinción esencial entre niveles de análisis así como una inestimable advertencia contra el colapso recíproco de unos por otros. Tal y como explica Alister Pitty:

> Ninguna frase soporta una mayor repetición que la declaración de W. M Davis que dice que las formas de la tierra son una función de estructura, proceso y etapa. No obstante, su implementación real en los estudios geomórficos específicos requiere de un cuidadoso examen. En particular, cualquier énfasis en un solo elemento de esta trilogía fomenta interpretaciones que se sostienen por sí mismas, ya que las preguntas convergen en ese elemento. Los contrastes del elemento seleccionado pueden mostrar muchas opiniones diferentes dentro de la geomorfología. Se fabrican así dicotomías, ya que la atención exclusiva en uno de los elementos permite concepciones separadas del elemento que corre en paralelo, pero sin solaparse.[56]

Los tres elementos determinantes del paisaje natural de Davis pueden encontrar una analogía en el caso de la erosión económica y política de los barrios del centro de la ciudad. Así la *estructura* en la «geomorfología del gueto» es el equivalente a la disminución del funcionamiento de los determinantes macro-económicos del barrio urbano con unos intervalos medidos en décadas: desindustrialización, *white flight*,[57] discriminación en la vivienda y el trabajo, políticas federales anti-urbanas (pero pro-barrios residenciales periféricos), captación de ingresos municipales para intereses corporativos en lugar de para las prioridades del vecindario, etc. Sin embargo, incluso en

56 Ibídem, p. 100. William Morris Davis fue el homólogo de Frederic Clements a comienzos del siglo XX en geografía física. Desde su punto de vista los paisajes evolucionan en etapas ordenadas hacia una forma concreta, el peneplano, análogo al clímax comunitario de Clements. Aunque su visión del desarrollo de la tierra como un simple ciclo de erosión y denudación ya no es aceptada por los geólogos, sus aseveraciones epistemológicas mantienen mucha de su fuerza.

57 Término coloquial con el que se denomina la tendencia demográfica de la población blanca (de clase media y alta) a abandonar los barrios en los que crece o es predominante la población negra o latina [N. del E.].

esta escala, sería erróneo asumir que la misma historia explica necesariamente el pasado de la destrucción de la vivienda tanto en Newark como en Detroit, en Southside Chicago como en Bedford-Stuyvesant. Por ejemplo, en *The Assassination of New York* (1995), Robert Fitch ha mostrado con datos de peso, que las estrategias privadas de acumulación (y por encima de todo, los vastos cálculos de los bienes raíces de los Rockefeller) consiguieron manipular las políticas públicas con el fin de ayudar a conducir fuera de Manhattan a las pequeñas empresas manufactureras.[58] Este tipo de desindustrialización planificada, que aceleró en gran medida la negligencia con respecto de los barrios obreros, no fue probablemente el caso de Chicago o de Detroit.

El proceso, en el contexto urbano, corresponde con las fuerzas coyunturales que han traducido el debilitamiento estructural de la economía y los servicios públicos de los barrios urbanos en el actual abandono que sufren tiendas, fábricas y viviendas. En las décadas de 1950 y de 1960 los grandes motores de la destrucción de los barrios eran la renovación urbana y especialmente la construcción de autopistas. Luego, a finales de la década de 1960, las insurrecciones en los guetos pusieron a la América urbana al borde de una «Segunda Guerra Civil» y destruyeron parte del paisaje comercial del centro de la ciudad. Pero los adoquines y los cócteles molotov infligieron un daño menor en comparación con el que hicieron los lápices rojos de los prestamistas hipotecarios y de las compañías de seguros. La tercera y más catastrófica fase del deterioro del centro urbano ocurrió durante la década de 1970 y principios de la de 1980. Aunque los investigadores aún se quejan de que hay «muy poquito análisis empírico acerca del abandono de viviendas» (especialmente historias de ciudades específicas), las líneas generales del proceso están suficientemente claras.

La desinversión en las principales de las viejas ciudades fue liderada por los bancos, fomentada por las políticas federales, y reforzada por las consecuentes crisis fiscales y una reducción de los servicios municipales básicos.[59] Los bancos y las sociedades de ahorro y préstamo, lo primero que hicieron fue retirar capital de los centros urbanos, rehusando a prestarlo de nuevo, especialmente en los barrios de mayoría negra. Antes al contrario, drenaron los ahorros del Noreste hacia Sunbelt, donde provocaron un *boom* masivo de especulación urbanística. Por ejemplo, los bancos locales de Brooklyn de la década de 1970 destinaron menos de un 6% de las hipotecas a su distrito municipal: el 65% de los ahorros locales fueron exportados a Florida o a otro

58 Robert Fitch, *The Assassination of New York*, Nueva York, 1993.

59 Hago caso omiso a la creencia del «ala derecha» de que el control de la renta «liquidó» la vivienda asequible en Nueva York y que esto llevó a los propietarios a abandonar o incendiar sus propiedades.

lugar. De acuerdo con el influyente estudio de Richard Morris de 1978, esto no era otra cosa que la «"Estrategia para el Sur" de Mitchel, Nixon y Ford» en acción.[60] Como muestra en detalle, la FHA (Federal Assistance Mortgage) de la era Nixon fue el cerebro de una política de trasvase de ahorros de regiones con viviendas deficitarias a regiones con exceso de viviendas. Lejos de convertirse en cortafuegos contra la desinversión urbana, las políticas de la FHA fueron gasolina sobre las llamas.

> La FHA ya no fue nunca más una agencia destinada a reforzar la confianza de los bancos en áreas que sufren escasez de capital hipotecario. La FHA se convirtió, en cambio, en un mecanismo para dirigir la inversión bancaria lejos de las ciudades del Noreste y hacia la próspera tierra de Sunbelt. Las hipotecas dejaron de ser aseguradas en el centro urbano o en el Noreste; el grueso del volumen de los compromisos aseguradores de la FHA, discurrió en cambio hacia el Sur donde actuaron como atractores del dinero hipotecario de toda la nación, generando un boom en la construcción complementado con el atractivo aliciente de un seguro federal.[61]

Incapaces de vender los edificios, ya que los bancos rehusaron facilitar hipotecas asequibles, los dueños ausentes comenzaron a huir de las facturas e impuestos sobre sus antiguas «plantaciones» de pisos en alquiler. «El *redlining*», tal y como han escrito Jackie y Wilson, «puso en movimiento una profecía de seguro cumplimiento acerca del declive inevitable. En la mayoría de las ciudades, los bancos tasaban los barrios de forma negativa antes del deterioro urbano que se evidencia actualmente, sin referencia a las especificidades de nivel de crédito de los residentes, condiciones de la vivienda, viabilidad de la comunidad o solvencia del negocio».[62] En cuanto los valores de la propiedad se hundieron, también lo hicieron los ingresos de la ciudad. En 1976 —en la víspera de la crisis fiscal de Nueva York— la mitad del déficit de la ciudad consistía en impuestos sobre la propiedad no recaudados en los barrios marginados. Con las bases impositivas socavadas, Nueva York y otras viejas ciudades fueron excluidas del mercado de bonos municipales.

---

60 Richard Morris, *Bum Rap on America's Cities: The Real Causes of Urban Decay,* Englewood Cliffs, N.J., 1978, pp. 73 y 80.

61 Ibídem, p. 76. Jackie y Wilson también apuntaron sobre el desastroso impacto del programa 235 de la sección de la FHA de la era de Nixon, que teóricamente apoyaba la rehabilitación de viviendas pero que de hecho garantizaba enormes beneficios a los especuladores llenándose los bolsillos de los compradores de viviendas del centro de la ciudad. La «ruina urbana por beneficio» como llamaron al programa, fue responsable de que el 13 % del stock de viviendas se quedara vacío y bloqueado con sus maderas; el 40 % de estas viviendas fueron rápidamente saqueadas o quemadas (*Derelict Landscapes,* pp. 170-71).

62 Ibídem, p. 159.

Los salvajes recortes subsiguientes en servicios municipales vitales, incluida la protección contra incendios y la inspección de edificios, coincidiendo con la abdicación de los propietarios en el mantenimiento de los mismos, completaron el circulo vicioso.

Lo que ocurrió a partir de ese punto —cuando el mantenimiento y los servicios vitales fueron excluidos de los barrios residenciales del centro de la ciudad— corresponde al análisis de lo que Davis llamó etapa. Es también el momento en el que las fuerzas medioambientales vuelven a la escena. Curiosamente, en este periodo ninguno de los miembros del grupo de expertos de Washington, de los institutos de investigación o de las agencias gubernamentales tradicionalmente destinadas al estudio urbano, parece haber prestado atención a cómo los edificios y los barrios huérfanos evolucionan hacia el estado terminal de escombrera bombardeada. El gueto de 1970 y 1980 estaba intelectual, financiera y físicamente abandonado. Una gran excepción fue la foto-observación y el periodismo documental, no subvencionados, de Camilo Vergara. El escritor y fotógrafo nacido en Chile ha sido el «último hombre» de América, como Ish en *Earth Abides*, el único y entregado observador. Es raro decir esto, pero sin las miles de fotografías de Vergara, consecutivas en el tiempo y sobre los mismos edificios y barrios, prácticamente hoy no poseeríamos documentación científica o histórica acerca de los procesos del paisaje del gueto.

El «New American Guetto Archive» de Vergara —cuyos originales son ahora propiedad del Getty Research Institut en Los Ángeles— está formado por detallados estudios a lo largo del tiempo de lo que puede ser llamada la decadencia urbana «canónica». Los doce barrios, más o menos, documentados de forma exhaustiva, incluyen South Bronx, Harlem y la mayor parte del centro norte de Brooklyn, así como zonas muertas de Candem, Newmak y Detroit (especialmente la parte noroeste del centro de la ciudad), así como la mayor parte de los proyectos públicos de vivienda de Chicago. Vergara, como buen ecologista, se centró deliberadamente en los espacios «de los disturbios», incluidas las casas donde se pasaba droga, campamentos de sin techo y áreas de usos nocivos como vertederos, al igual que en un conjunto de variados márgenes e intersticios «que muchas veces carecen de representación política o incluso de un nombre». Cuando la epidemia del crack hizo de la fotografía a pie de calle una actividad cada vez más arriesgada, comenzó a hacerla desde las azoteas, con el fin de generar vistas de pájaro panorámicas, que con el tiempo revelaron facetas inesperadas del paisaje.

Un buen ejemplo de la tenaz metodología de Vergara es su caso de estudio de lo que fue un magnífico complejo de apartamentos en la esquina de la calle 178 y la avenida Vise cerca del zoo del Bronx. Cuando comenzó a visitar el «Castillo» en el invierno de 1980, la calefacción se había estropeado y los

inquilinos comenzaban a irse. Aparentemente, no había recursos disponibles para rehabilitar la marchita gloria del edificio. El siguiente otoño fue temporada de incendios. Aunque uno pueda suponer que los edificios arden y quedan en ruinas de abajo hacia arriba, Vergara descubrió que lo contrario es cierto. Los primeros doce fuegos en apartamentos comenzaron en viviendas situadas en los pisos más altos. Posteriormente los saqueadores se llevaron las cañerías y los radiadores de los apartamentos dañados por el fuego, lo que produjo inundaciones y daños producidos por el agua en los pisos situados más abajo. La huida de los inquilinos se aceleró. En enero de 1983 el complejo estaba totalmente abandonado y se habían hecho esfuerzos para sellar todas las ventanas y entradas con bloques de hormigón. Los saqueadores, no obstante, continuaron encontrando el camino para entrar y «extraer» del edificio todos los materiales vendibles. El edificio continuó su deterioro durante los dos años siguientes, esto arruinó el resto del barrio: atrayendo el crimen, reduciendo el valor de las propiedades y fomentando el abandono. Finalmente fue derribado en el olvido, en 1985.[63]

La pandemia urbana

> Con la clínica prenatal y los datos de muertes por SIDA como índices, podemos concluir que la destrucción de las viviendas de las personas con bajos ingresos, mediante una variedad de mecanismos directos e indirectos, impulsó la epidemia de SIDA en la ciudad de Nueva York, concentrándola enormemente en las áreas de las minorías pobres, y convirtiéndola en una epidemia mucho mayor de lo que podría haber sido; esto marcó a una generación al igual que seguramente la marcaron los asesinatos de niños por parte del faraón y de Herodes.
>
> Deborah and Rodrick Wallace, *A Plague on Your Houses*.

Basado en su familiaridad única con la historia de algunos espacios específicos y de sus poblaciones residuales, Vergara ha publicado algunos incisivos análisis acerca de los procesos sociales de abandono. En particular, ha subrayado las equivocadas e hipócritas políticas públicas, que habitualmente bajo la bandera de la «reconstrucción urbana» o de la «reinversión comunitaria», han puesto a los antiguos barrios devastados como objetivos receptores de la concentración de refugios de los sin techo y servicios relacionados. En Nueva York, por ejemplo, el alcalde Koch, seguido por Giuliani, despejó el

---

63 Informe de Vergara en *The Liveable City 15,* núm. 1, marzo de 1991, pp. 2-4.

camino para el *revival* de Times Square enviando a la mayor parte de los sin techo a South Bronx. Vergara teme que el resultado sea una hipersegregación y la aparición del «nuevo gueto americano» como prisión virtual para las clases trabajadoras superfluas. (Recientemente ha revisado esta tesis bajo la nueva luz del impacto dinámico de la inmigración latina.) De todas maneras, son otros, en particular Rodrick y Deborah Wallace, los que deberán construir un modelo teórico de los procesos captados en el archivo de Vergara.[64]

La pareja Wallace —un epidemiólogo matemático y una ecóloga de la población— eran miembros del Scientists and Engineers for Social and Political Action cuando en 1973 fueron abordados por los bomberos de Nueva York. Asesorado por el Rand Institute de Santa Mónica (cuyo trabajo habitual era la guerra nuclear y la contabilidad de los cuerpos de Vietnam), el Ayuntamiento estaba proponiendo una reducción de gastos en el departamento de bomberos y el cierre de las estaciones de bomberos en los barrios gueto en pro de sistemas de alarma automatizados por medio de la voz. Aunque los Wallace descubrieron más tarde, que el *Rand Fire Project* era sólo uno de los elementos de la estrategia para reducir los servicios municipales defendida por el comisionado para la vivienda Roger Starr y otro de sus *íntimos* unido a la industria de los bienes inmuebles,[65] la atención inmediata de Deborah Wallace se dirigió hacia la chapucera «ciencia» de las propuestas del Rand.

> Soy ecologista y, en aquel momento, estaba evaluando los modelos de población piscícola en el río Hueso... Cuando comencé a leer [los informes Rand], poco a poco fui viendo claro que la adquisición de datos, el análisis y la interpretación, y el modelo metodológico, eran mucho mas primitivos que aquellos de la población piscícola del río Hueso. El nivel científico del Rand Institute era inadecuado para la ecología natural y extremadamente inadecuado para hacer experimentos con poblaciones humanas.[66]

En 1973, por supuesto, unas misteriosas tormentas de fuego barrieron los barrios gueto de las ciudades más antiguas. Aunque South Bronx y el centro de Detroit (con su anual *Devil's Night*) fueron los infiernos mas tristemente célebres, la epidemia de fuego se libró también en algunas ciudades

---

64 Deborah y Rodrick Wallace, *A Plague on Your Houses: How New York Was Burned Down and National Public Health Crumbled*, Londres, 1998, p. 130.

65 Las justificaciones político-intelectuales de Starr para atacar a los servicios municipales esenciales, tal y como apuntaron los Wallace, habían sido creadas anteriormente por Daniel Patrick Moynihan y su defensa del «abandono benigno» durante su ejercicio en la administración de Nixon. Moynihan veía el interior de las ciudades como «comunidades patológicas».

66 Wallace y Wallace, *op. cit.*, p. xii.

industriales del Medio Oeste y del Noreste. De 1970 a 1977, por ejemplo, más de un tercio de las viviendas del principal barrio puertorriqueño de Chicago, el área de División Street, fueron destruidas, en su mayor parte por el fuego.[67] La opinión de la policía local y estatal, corroborada por una investigación del *Newsweek* de 1977, fue que los fuegos eran una forma criminal de renovación urbana: una estrategia para desplazar el coste del deterioro urbano de los propietarios a los aseguradores. Tal y como explicó *Newsweek*:

> Los edificios a veces se incendian por venganza, a veces para encubrir otros crímenes como el asesinato, y otras porque sí. Pero una gran parte de los fuegos intencionados, quizás la mayoría, son el trabajo de la industria de los fuegos provocados —un mundo en la sombra promovido por dueños de propiedades, encargados de hipotecas, bomberos corruptos, liquidadores de seguros y gángsters.[68]

En sus primeros artículos, los Wallace, sin disminuir la importancia de los incendios provocados por los propietarios, cambiaron el enfoque del debate acerca de los fuegos *per se* y lo dirigieron hacia las condiciones que los hicieron posibles en una escala tan desenfrenada y epidémica. En su opinión, los verdaderos pirómanos eran los poderosos y elitistas defensores de la reducción y redistribución geográfica de los servicios municipales, mucho antes que cualquier emergencia fiscal. Señalaron que mientras los fuegos estructurales habían crecido de modo espectacular a finales de la década de 1960, debido tanto al abandono de las viviendas como a los incendios provocados, la situación se había estabilizado mediante la introducción de nuevas brigadas de bomberos (en parte fundadas por la HUD [Housing and Urban Development]) en los barrios afectados. Sin embargo, a partir de 1972 el Ayuntamiento, asesorado por los expertos en gestión del Rand, comenzó su reestructuración de los servicios antiincendios: lo que los Wallace denunciaron como el «*redlining de incendios*». Treinta y cinco brigadas de bomberos fueron eliminadas de los barrios pobres con gran índice de incendios y lo que es más, el personal del departamento de bomberos de Nueva York fue recortado de 15.000 personas en 1970 a poco más de 10.000 en 1976.[69]

---

67 Félix Padilla, *Puerto Rican Chicago,* Notre Dame, Ind., 1987, p. 215.

68 *Newsweek*, 12 de septiembre de 1977, p. 89.

69 Rodrick Wallace, «Fire Service Productivity and the New York City Fire Crisis: 1968-1979», *Human Ecology,* núm. 4 (1981), pp. 435-36. Véase también Rodrick y Deborah Wallace, *Studies on the Collapse of Fire Service in New York City, 1972-76: The Impact of Pseudoscience on Public Policy,* Washington, D.C., 1979.

El resultado predecible fue la «tormenta de fuego del South Bronx» de 1974-1977. Los Wallace emplearon sofisticados modelos de enfermedades para explorar cómo el fuego se contagia, desatado por «un plan de recortes», y actúa sobre una crisis de la vivienda preexistente, creando una reacción de patologías en cadena:

> El uso de un modelo epidemiológico matemático para explicar el comportamiento de los fuegos en Nueva York debería angustiar al lector: dicho modelo describe un desastre ecológico en el cual han fracasado los mecanismos estabilizadores necesarios para mantener una población. Un modelo epidémico del fuego en Nueva York es, en espíritu, como un modelo acerca del colapso de la pesca, la catastrófica destrucción del hábitat, u otra calamidad ecológica.[70]

De hecho, lo que ocurrió en South Bronx (que tal y como han señalado «ni siquiera estaba señalada como un área pobre en 1967») se asemejaba de forma inquietante a las primeras y segundas dinámicas de asesinato descritas por Stewart en *Earth Abides*. Primero, mientras la protección antiincendios se deterioraba, los propietarios abdicaban en masa del mantenimiento de los edificios, lo que con el tiempo incrementó la frecuencia de los fuegos. La rápida calcinación del centro de South Bronx produjo un éxodo masivo hacia el West Bronx, donde entre la superpoblación y los continuos recortes de los servicios públicos a la vivienda y los servicios antiincendios, se produjo una segunda oleada de fuegos, que también se extendió a Harlem y a otras partes de Brooklyn. Después del pico máximo, con 153.263 emergencias en 1976 (año en el que los incendios triplicaron la tasa de 1964), la tormenta de fuego comenzó a apagarse. «El descenso de los fuegos estructurales después de 1976», apuntaron los Wallace de forma desalentadora, «no representa el final de la crisis o la mejora de los servicios antiincendios, sino más bien el simple agotamiento de los carburantes en las principales áreas de "infección" del fuego como South Bronx, Bushwick, etc.».[71]

Los Wallace podrían haber incluido fácilmente la inspección de vivienda y la exterminación de roedores, entre otros ejemplos, en su discusión acerca de los círculos viciosos creados por el «plan de recortes». A comienzos de 1970, Nueva York podía mandar 800 inspectores de vivienda al terreno de una sola vez. Desde 1975, sin embargo, este número se fue recortando de forma progresiva hasta que hubo menos de 200 inspectores trabajando —muy pocos para controlar los abusos de los propietarios y el deterioro de las viviendas

---

70 Wallace, «Fire Service Productivity», p. 439.

71 Ibídem; 1976 figura del *New York Times*, 9 de noviembre de 2001.

existentes. Asimismo, el departamento de Salud recortó el cuerpo de exterminación de roedores en dos tercios al mismo tiempo que prohibía las incineradoras ya anticuadas y contaminantes. Los elementos que las reemplazaron, los enormes trituradores de basura de acero que recogen la basura de los contenedores, pronto mostraron ser ambientes paradisíacos para la reproducción de las ratas. El florecimiento de la población de roedores superó inmediatamente al puñado de exterminadores.[72]

Los fuegos destruyeron redes sociales vitales para los barrios, así como sus casas. Las secuelas fueron que el nivel de personas sin techo y la violencia en las calles se disparó a niveles que no se habían visto desde la Depresión. La geografía de la pobreza en la ciudad de Nueva York, en el despertar de la «desertización» de gran parte del Bronx y de algunas partes de Brooklyn, se convirtió en «altamente inestable, casi explosiva» y las etnias blancas aceleraron su huida a las áreas suburbanas de las afueras. Tal y como enfatizan los Wallace, todos estos factores tuvieron profundas implicaciones para la ecología de las enfermedades y de la salud pública. Antes de 1970, por ejemplo, la adicción a la heroína en el Bronx se concentraba en unos pocos centros estables bien conocidos por los trabajadores de la salud pública. En 1976, sin embargo, los usuarios de agujas se habían dispersado por todo el distrito y por ello era más difícil identificarlos y tratarlos. Como consecuencia, en la década de 1980, la epidemia de VIH entre los usuarios de drogas por vía intravenosa (como inicialmente ocurrió con la tuberculosis en la década de 1990) fue imposible de contener. Un cuarto de las admisiones en urgencias en algunos de los hospitales del Bronx fueron testados positivamente en la prueba de VIH, un índice comparable al de las zonas muertas por SIDA en África.[73]

En un estudio reciente, los Wallace han continuado centrándose en los efectos diferidos a largo plazo (mortalidad infantil, bajo peso de los recién nacidos, homicidios, cirrosis, tuberculosis, etc.) de la reducción gubernamental y la catástrofe en la vivienda de la década de 1970. Con otros investigadores, se han preocupado por el papel que tienen los barrios hundidos y abandonados como «incubadoras de violencia». Argumentan que, «vectores culturales», como el «nuevo gueto» de Vergara con su pobreza hipersegregada, o a la inversa, una población de sin techo, nómada e inmunodeprimida, no sólo extienden la enfermedad (al igual que otros vectores como los insectos) sino que incrementan su virulencia. La aparición de una tuberculosis resistente a múltiples fármacos entre la población de usuarios

---

72 Sobre ratas, véase *Los Angeles Times*, 14 de julio de 1994.

73 Rodrick Wallace, «A Synergism of Plagues: "Planned Shrinkage", Contagious Housing Destruction, and AIDS in the Bronx», *Environmental Research*, núm. 47, 1988, pp. 15 y 25.

de jeringuillas y entre los sin techo es un aterrador ejemplo de esta virulenta evolución en condiciones de altos índices de transmisión. Solamente, un esfuerzo masivo de emergencia por parte de el departamento de Salud Pública de EEUU en 1990 consiguió someter la tuberculosis en los centros urbanos a algo parecido a un control sanitario público.

A pesar de este éxito, los Wallace son pesimistas ya que «el sistema urbano suburbano de EEUU tardará en ser capaz de restringir los elevados niveles de las enfermedades contagiosas, que crecen de forma virulenta dentro de las minorías, fuente puntual de sus epicentros». De hecho, el peor caso —«el modelo de colapso urbano como una "supernova en cascada"» — nos recuerda mucho a la pesadilla de Ruskin y Jefferies de la Metrópolis matándose a sí misma con sus propias toxinas. «La rápida implosión física y social, además de políticamente dirigida, de las comunidades minoritarias, produce "funciones delta" en el aumento de los índices de una creciente y virulenta enfermedad contagiosa que entonces estalla en enclaves propensos dentro de los áreas suburbanas ricas».[74] No hace falta decir que, estas enfermedades emergentes y las nuevas plagas no harán caso a las señales de «No en mi patio trasero» de las viviendas residenciales.

74 Rodrick Wallace y Deborah Wallace, «Inner-City Disease and the Public Health of the Suburbs: The Sociogeographic Dispersion of Point-Source Infection», *Environment and Planning*, núm. 25, 1993, pp. 1709 y 1718.